REVISTA

Año 3 Número 3 Octubre 2002 - ISSN 15148874

zigurat

CARRERA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACION

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

COMUNICACION Y POLITICA

escriben: **Kaufman, Rinesi, Mundo, Aprea, Martini, Calzado, Mangone, Mastrini Becerra, Garcia Leiva**

TRADUCCION
Fredric Jameson sobre **Brecht**

SINTESIS DE TESINAS

LECTURAS y BIBLIOGRAFICAS
escriben: **Schmucler, Pía López, Rodríguez, Micheletto**

zigurat

CARRERA DE CIENCIAS
DE LA COMUNICACION

La Crujía
ediciones

zigurat Carrera de Ciencias de la Comunicación 3

REVISTA
Año 3 Número 3 Octubre 2002 - ISSN 15148874

zigurat

CARRERA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACION

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

COMUNICACION Y POLITICA

escriben: **Kaufman, Rinesi, Mundo, Aprea, Martini, Calzado, Mangone, Mastrini Becerra, Garcia Leiva**

TRADUCCION
Fredric Jameson sobre **Brecht**

SINTESIS DE TESINAS

LECTURAS y BIBLIOGRAFICAS
escriben: **Schmucler, Pía López, Rodríguez, Micheletto**

staff

revista | zigurat

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES ***Decano***: Federico Schuster ***Vicedecano***: Eduardo Grüner **CARRERA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN** ***Director***: Damián Loreti ***Secretario Académico***: Mariano Mestman ***Equipo Editor*** Eva Fontdevilla/ Gerardo Halpern/ Stella Martini/ Alicia Méndez/ Silvia Méndez/ Daniel Mundo ***Escriben en este número*** Gustavo Aprea/ Rosana Bárcena/ Martín Becerra/ Libertad Borda/ Mercedes Calzado/ Carmen Crouzeilles/ Alejandra Davidziuk/ Laura C. Di Marzo/ Christian Ferrer/ Trinidad García Leiva/ Daniel Mundo/ Fredric Jameson/ Alejandro Kaufman/ María Pía López/ Carlos Mangone/ Margarita Martínez/ Stela Martini/ Guillermo Mastrini/ Alicia Méndez/ Karina Micheletto/ Daniel Mundo/ Carla Ornani/ José Luis Petris/ Analía Reale/ Eduardo Rinesi/ Pablo Rodríguez/ Valeria Román/ Héctor Schmucler/ Gabriela Wald ***Agradecemos los auspicios de*** Asociación Argentina de Trabajadores de las Comunicaciones –Seccional Buenos Aires-Radiodifusión; Asociación Mundial de Radios Comunitarias –ALC-; Asociación PERIODISTAS; Federación Argentina de Trabajadores de Prensa; LS1 Radio Ciudad de Buenos Aires; Sindicato Argentino de Televisión; Sindicato de Prensa Bonaerense; Sindicato Industria Cinematográfica Argentina ***Asimismo, agradecemos a*** ARGRA (Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina) y a UTPBA (Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires) ***Colaboraron con este número*** Sergio Caggiano/ Alejandro Kaufman/ Claudia Kosak/ Ana Longoni/ Guillermo Mastrini/ Natalia Pereyra/ Glenn Postolski ***Diseño gráfico*** Juan Manuel Mileo/ Enrique Dagnino

Correspondencia: Ramos Mejía 841, 2do. Piso. Carrera de Ciencias de la Comunicación **e-mail:** ccom@mail.fsoc.uba.ar

revista zigurat / tercera edición octubre 2002 / **© producción editorial y comercialización La Crujía** / Tucumán 1999 (1050AAM) Buenos Aires Argentina / tel-fax (0054) 43750664/0376/ **e-mail:** libreria@lacrujia.com.ar / **I.S.S.N** 15´4-8874 / hecho el depósito que marca la ley 11723 / impreso en Argentina/printed in Argentine. El contenido de las notas publicadas es exclusiva responsabilidad de sus autores.

foto LEONARDO ZAVATTARO

foto JULIO MENAJOVSKY

Las fotografías utilizadas para ilustrar este número de Zigurat se refieren a los sucesos del 19 y 20 de diciembre del 2001, por todos conocidos. Fueron tomadas en esos días en las calles de Buenos Aires por reporteros gráficos argentinos que pusieron su cámara y su cuerpo para registrar la protesta popular y la represión policial. Forman parte una muestra más amplia, titulada "Días de furia", e integran un CD editado por Jorge Bosch y Osvaldo Barattucci; una producción de la Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina (ARGRA). Gracias al trabajo y la gentileza de todos ellos estas imágenes se incorporan a nuestra revista, así como a nuestra memoria.

Queda terminantemente prohibida su reproducción.

índice◀

05 ◀ presentación

06 por Damián Loreti y Mariano Mestman

09 ◀ comunicación y política

10 Alejandro Kaufman: Sobre información, conocimiento, poder

20 Eduardo Rinesi: Palabras cruzadas. Política y comunicación en Hamlet

33 Daniel Mundo: Lo monstruoso de la política

41 Gustavo Aprea: Televisión. Crisis y política

52 Stella Martini: Sobre crónicas periodísticas: una agenda de modelos para controlar

63 Mercedes Calzado: Espacios comunicacionales, construcción de subjetividad y funcionalidad política

72 Carlos Mangone: Campo de los medios y del periodismo

78 Guillermo Mastrini y Martín Becerra: Dejar hacer, dejar concentrar: economía y política en la historia de la TV latinoamericana

90 M. Trinidad García Leiva: Contradicción y control. Las Políticas de Comunicación de De la Rúa

101 ◀ traducción

102 Fredric Jameson: Brecht y el método

índice

114 ◀ **tesinas**

115 María Alejandra Davidziuk: Las TIC como instrumento de inclusión comunitaria y desarrollo social

121 Margarita Martínez: A diestra y siniestra. Los símbolos políticos del PC Argentino y la derecha nacionalista (1920-1950)

126 Gabriela Wald: Comunicación y salud. Acceso, uso y apropiación de la información sobre VIH/SIDA

131 ◀ **lecturas y bibliográficas**

132 Héctor Schmucler: Los tiempos de la memoria

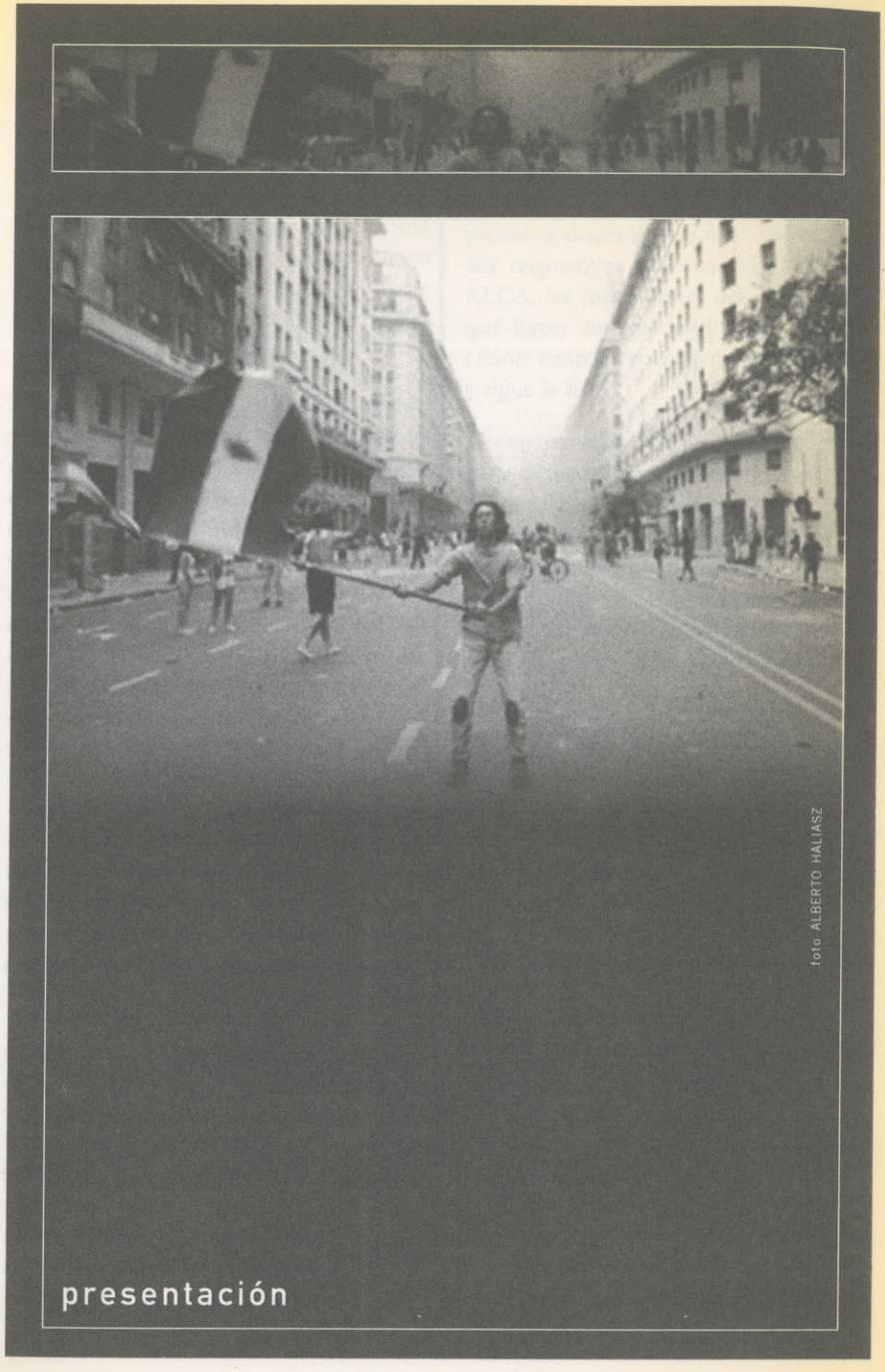
137 Pablo Rodríguez: El Imperio contraataca

145 María Pía López: Diciembre y después: la Argentina y sus relatos

150 Karina Micheletto: Hacia un horizonte totalizador en la teoría crítica

156 ◀ **In memoriam**

157 Imágenes de Maite Alvarado



presentación

Este número de *Zigurat* se ha hecho con un esfuerzo colectivo notable. Como siempre, pone en consideración la producción de docentes, graduados y estudiantes de la Carrera de Ciencias de la Comunicación. Pero este año se realiza en un contexto más difícil, y diríamos extremo para la Facultad de Ciencias Sociales de la que forma parte nuestra Carrera. El estrangulamiento económico que ha afectado la periodicidad del envío de fondos condiciona las tareas de investigación. Las dificultades materiales, económicas y edilicias ponen en riesgo el acto mismo de enseñanza en un ámbito físico que en muchísimos casos no alcanza a contener a nuestros estudiantes en sus horas de clase.

Pero aquí estamos. La tozudez, la creatividad y la vocación por la reflexión y el debate forman parte de nosotros, y se expresan a través de voces críticas del sistema comunicacional y político. Porque no podemos, ni queremos, subordinar este tipo de proyectos de intervención pública a las lógicas presupuestarias ni a los peajes de las modas y los modos del academicismo o los sistemas de investigación tal cual existen hoy.

Así, el camino iniciado por *Zigurat* sigue sin pausa. En esta oportunidad, la revista aborda centralmente diversas dimensiones de la articulación entre Comunicación y Política; una cuestión que asume una dinámica muy particular en estos tiempos en la Argentina. Con sus potencialidades y limitaciones impuestas por parte del poder económico y político.

A pesar de los nuevos impulsos participativos y democratizadores en amplios sectores populares en los últimos tiempos, como se sabe, las dificultades para la democratización comunicacional frente a la concentración de medios permanecen vigentes; acompañadas, cada vez más por políticas parlamentarias y legislativas con una clara orientación. El fracaso de la discusión de la ley de radiodifusión a fines de 2001 en la Cámara de Diputados tras seis audiencias públicas, los sucesivos cambios de gobierno, la media sanción a la reforma del Código Penal para constituir como delito la radiodifusión sin autorización legal luego de más de una década de inconclusos procesos de normalización, el mantenimiento a lo largo de dos años de la suspensión de venta de pliegos para la adjudicación de servicios de radiodifusión destinados a abonados, las sucesivas compra-venta de empresas que cambian permanentemente el paisaje mediático son asuntos que los estudiosos de la política de la comunicación ven a diario.

También ejemplifican esta complejidad los proyectos de ley de protección a las industrias culturales y los cuestionamientos que han levantado, o en el plano internacional, el inicio de las discusiones en Qatar de las nuevas condiciones de la Organización Mundial de Comercio para los productos y servicios culturales procurando los países centrales eliminar las cláusulas de especificidad cultural por la que los Estados tienen el derecho de preservar, desarrollar y poner en ejecución sus respectivas políticas culturales, el ALCA, las indecisiones del gobierno en qué hacer con los medios de comunicación estatales y su agencia de noticias, y sigue la lista.

Es menester situar la dificultad de la hora en la desocupación y la caída estrepitosa de los salarios reales de la población, las más que probadas –y ahora estudiadas- caídas de consumo de los productos más elementales y de los culturales, que se expresa en el desbarrancamiento de las pautas de publicidad en todos los medios.

En suma, todas cuestiones que remiten al rol social que deberían tener los medios de comunicación a fin de servir para la satisfacción de un derecho humano fundamental: el de recibir, difundir e investigar informaciones y opiniones.

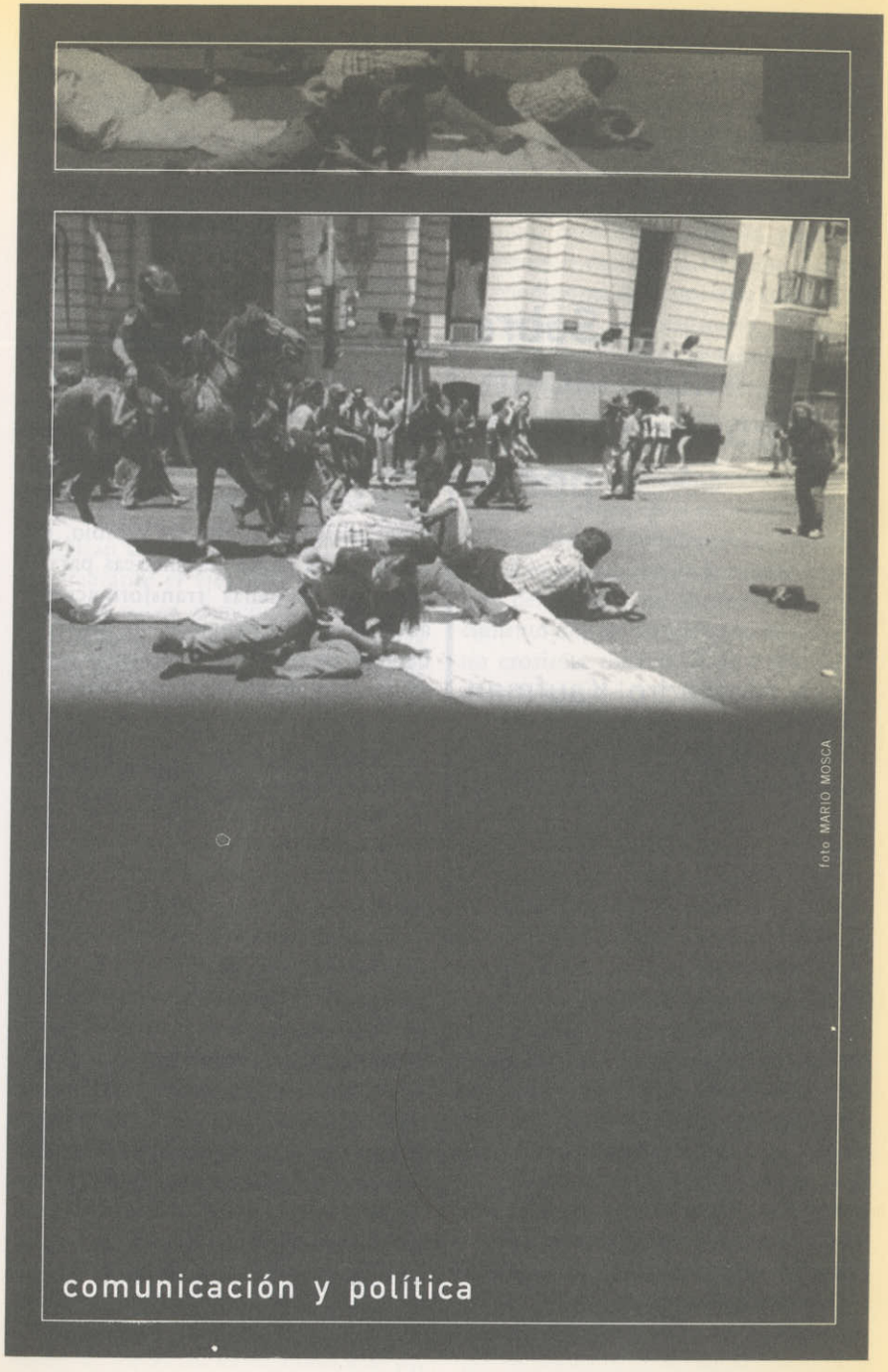
En este contexto, la Carrera de Ciencias de la Comunicación ha intentado desplegar en este año tan difícil una actividad que incite a la reflexión y a la participación de toda la comunidad académica. Seminarios, charlas, conferencias, muestras de cine y teatro de las más variopintas ópticas y orígenes han tenido y tienen su lugar en Comunicación. También, y por primera vez, en una iniciativa conjunta con el Centro de Estudiantes, nuestros alumnos desarrollan un programa de radio de la Carrera, que se difunde por Radio Nacional en FM.

Es nuestra intención que *Zigurat* pueda considerarse como parte de estas iniciativas; que se constituya en una revista que nos exprese como comunidad intelectual, que refleje lo mejor de nuestra institución de enseñanza y producción de conocimientos y, al mismo tiempo, nos "desinstitucionalice", nos ayude a distanciarnos del imaginario y la prácitca gerencial dominante en el administrativismo burocrático universitario, que queremos cambiar.

Al equipo editor, a los autores de los textos, a las organizaciones que colaboraron para la salida de este número y a los reporteros gráficos de ARGRA cuyas fotos lo ilustran; a todos ellos, gracias.

Damián Loreti

Mariano Mestman



Sobre información, conocimiento, poder

Alejandro Kaufman

I. El cambio radical como hábito no puede dejar de resultarnos extraño. Cada nuevo escalón abre horizontes inconmensurables para los estadios anteriores. La actual mutación industrial y cultural, cuyo eje radica en la "información", no parece ser más inteligible porque existan experiencias anteriores de cambio, tan innovadoras como traumáticas para la especie[1]. Aquellas transformaciones anteriores se sustentaron en discursos basados en promesas articuladas como relatos. Un eje principal para pensar en los procesos revolucionarios ligados a la emergencia del paradigma industrial fue su contrato emancipatorio[2]. El relato del progreso y la mejora de las condiciones de vida de la especie. La realización efectiva de antiguas promesas que la humanidad conservaba como legado, y que en la modernidad se revelaban como ilusiones. Frente a las ilusiones, opio del pueblo, se anteponía el dominio y la transformación de la materialidad concerniente a la naturaleza, como tránsito de la necesidad a la libertad. Las condiciones materiales eran a la vez el objeto destinatario de las acciones histórico sociales y la clave de bóveda de la inteligibilidad crítica del devenir histórico social considerado como acaecimiento. Si se superaron el economicismo, el materialismo vulgar y la ortodoxia lineal de base/superestructura fue para constatar la causalidad originada a su vez en la dimensión simbólico cultural. Durante algunas décadas el círculo entre materialidad y cultura organizó un campo fructuoso incluso para el pensamiento político.

Nuevos horizontes se nos presentan. Aparece un movimiento adicional: la misma distinción entre materialidad y mundo simbólico, antes que mostrar su relevancia por las relaciones recíprocas entre niveles pasa a constituirse en un nuevo campo de distinciones, o de indistinciones. Ambas instancias comienzan a confundirse. Las acciones histórico sociales se ejercen directamente sobre la base material misma; ahora modifican sus condiciones esenciales, ya no mediante el ejercicio de transformaciones sobre elementos o entidades identificables por su composición previa en una taxonomía estable, sino sobre las propias distinciones, mutando unas entidades o elementos en otros, modificando las referencias categoriales que sustentaban un estatuto taxonómico.

En otras palabras: emergen mundos virtuales. Cuando parece que se trata de un nuevo dominio superpuesto sobre la realidad, aunque heterogéneo respecto de ella, el orden emergente va adquiriendo un nuevo rostro: lo que se torna virtual es lo propiamente real. La "realidad" deja de ser una referencia estable, para convertirse en aquello que es en esencia susceptible de transformaciones. La tecnociencia comienza a dejar de pertenecer al mero orden de la razón instrumental, para pasar a concernir al orden de la *ficción*. La ficción determina lo real, o lo real se ficcionaliza, al desmaterializarse o "inmaterializarse". La cosificación y mercantilización del trabajo atraviesa un nuevo umbral. Primero se olvidan los límites autoconscientes que la experiencia humana se impuso en el sistema de referencias de la sacralidad. Se perdió así un equilibrio dinámico, vigente durante siglos, entre deseo, libertad y necesidad. No estuvo exento de antagonismos, conflictos y desvíos, pero fundamentó la experiencia tal como aún está en condiciones de recuperarse en términos de *memoria contracultural*. Luego se olvidan los límites señalados por el pensamiento tecnocientífico que se invoca como fundamento normativo en el presente. El desvanecimiento progresivo de la experiencia del trabajo encuentra su límite en las leyes de la termodinámica, y los procesos de simultaneidad informacional lo encuentran en la versión homóloga del teorema de Shannon. El conocimiento disponible acerca de esos límites no erosiona todavía el discurso de la desaparición del trabajo, ni viene a contribuir con el rescate de los sujetos sacrificados en el altar de la desocupación. Lejos de articularse la redistribución del trabajo, se produce un distanciamiento brutal entre incluidos y excluidos, inexorable hasta ahora, debido al avance incontenible de la revolución industrial en curso. Los cuerpos de los excluidos se incorporan a la biomasa general que integra los ciclos vitales, implicados ahora en la materia disponible para las operaciones de la mercantilización de todo lo existente, imaginable, nombrable. El cosmos, la biosfera, la subjetividad, las tramas simbólicas.

Desde luego, se trata aquí de distinguir de manera conceptual un conjunto entre las transformaciones en curso. Al organizarse los discursos en función de las parcialidades disciplinarias ajustadas a la

división del trabajo intelectual, nos encontramos con una sucesión de caminos paralelos laxamente vinculados entre sí. Cuando sucede que entre "sociedad de la información", "biotecnología", nuevas tecnologías de materiales y ciencia ficción se está constituyendo un mundo distinto de aquel en el que nacimos, y que se define por su episteme organizada en series entramadas.

Conectar acontecimientos o descripciones en principio o en apariencia independientes concierne a una operación fundamental de un pensar político cultural, involucrado en términos de intereses respecto del objeto de ese pensar. Si tenemos interés en pensar en el devenir "inmaterial" que está adquiriendo el mundo en que vivimos es porque somos entidades materiales. El relato que está adquiriendo una forma aún incipiente, y nada asegura que deba seguir el curso que promete, nos habla de que aquello que somos llegará más o menos pronto a su fin, y emergerá otra forma de vida como resultado de una evolución de la naturaleza de la que provenimos a la cultura que nos constituye y ejercemos, dejando en ese proceso de ser lo que fuimos y lo que somos. Abandono de la materialidad tal como la conocemos, y transformación radical en otra clase de entidades.

El estado de incertidumbre en el que estamos sumergidos es de tal magnitud que ni siquiera resulta claramente viable acordar en la descripción de lo que acontece. No obstante, el sentido común emergente, descriptor mediante claves metonímicas de nociones que se aceptan en forma más o menos mecánica, consigue instalar sin dificultad a través de numerosos difusores, un discurso sobre la ineluctabilidad de las mutaciones. Las distinciones entre las transformaciones efectivamente acaecidas y los márgenes de las acciones contraculturales o las operaciones intelectuales críticas no están tan al alcance de la mano, sobre todo en las culturas que reciben los conjuntos de transformaciones en forma de productos y no de procesos. En culturas subalternas como la nuestra, incluso sucede que la recepción de los discursos alternativistas se confunde de modo obtuso con los procesos hegemónicos, porque las distinciones se importan de manera unilateral y asimétrica, sin intervención propia en los procesos de producción de discurso ni en los antagonismos generadores de distinciones. Tienen lugar diálogos opacos, porque los agentes contestatarios procedentes de los ámbitos culturales hegemónicos no participan tampoco de los devenires locales. Los lugares comunes de la globalización favorecen en ellos la ilusión de que pueden comprender los procesos locales, que leen de manera descontextualizada y malinterpretan en función de sus caracterizaciones globales. En cambio los agentes hegemónicos, cuyo interés esencial es la circulación de mercancías, han hallado desde hace años las maneras de imponer la servidumbre voluntaria a través del encadenamiento deseante del consumo. Las configuraciones de matrices consumistas, materiales e inmateriales, diseñan los horizontes de sentido disponibles. El atraso existente desde el centro a la periferia se traduce en esperas de circunstancias ulteriores que aún no han tenido lugar en la periferia. El atraso acontece como dislocación, dilación y neutralización de la emergencia de subjetividades disconformes. De ahí que la disponibilidad discursiva para la disconformidad se articule en forma unívoca con residuos de formas de lucha pretéritas, obsoletas, que no antagonizan de manera efectiva con los acontecimientos presentes. Esto no les impide ocasionar efectos entrópicos de cierta magnitud. Lo hemos experimentado con claridad en lo que va del año en curso.

El curso de los acontecimientos tecnocientíficos (que comprende desde luego sus instancias económico políticas) no deja de ser inteligible en los términos resultantes de la historia. No atribuimos el estado de incertidumbre a procesos cuyo origen es trascendente o exterior de cualquier manera a la acción humana. Eso mismo los vuelve aún más extraños. Nos sabemos actores de un proceso respecto del cual carecemos de responsabilidad en lo que concierne al sentido que lo anima y a la dirección que lleva impresa. Su teleologismo nos resulta ajeno. Pero no acertamos a determinar otro agente que el que constituimos como colectivo. En esta paradoja radica uno de los fundamentos del desvanecimiento de la política tal como se verifica por todas partes. Apenas tranquiliza saber que el proceso es progresivo en un sentido aún conmensurable con el "discurso filosófico de la modernidad". Sin embargo, este residuo de inteligibilidad convence cada vez menos, y cada vez es más necesario apoyarse en recursos instrumentales para mantener la cohesión social expuesta a lesiones catastróficas. El discurso globalizador de los derechos humanos cumple esa función instrumental de cohesión mínima, y progresivamente se aproxima a la razón de estado de los poderes *enredados* en vínculos de nuevo tipo regional e internacional.

Hay un signo relevante para establecer una caracterización tan dramática, que atañe a que lo concebible como dimensión ético política se va pareciendo cada vez más, antes que al relato de un organismo autónomo y saludable, a la representación de un paciente en terapia intensiva: las tecnologías y recursos de control se vuelven más y más complejos, los parámetros que conciernen a la vida se tornan explícitos y visibles. Junto al paciente, las pantallas proliferan y representan con riqueza creciente los detalles del flujo vital. Pero al mismo tiempo, a los testigos, a los sujetos hablantes, narradores, sensibles al dolor y a la memoria, ese proceso vital que se nos presenta en términos de creciente desvanecimiento material se nos va tornando irreconocible y ajeno. Si en el siglo XIX la enajenación se relacionaba con el trabajo y con la producción, ahora es la existencia en su conjunto la que ingresa a un orden heterogéneo, inconmensurable con la esfera misma de la acción y el significado humanos. No es sólo el humanismo como ideología o relato lo que se torna ilusorio, sino que es lo humano, tal como nos podemos reconocer en ello o referirlo al pasado, aquello que se coloca en un umbral de mutación radical.

De ninguna manera nos resulta relevante formular consideraciones nostálgicas o abstractas. El paso necesario a continuación, enseguida, radica en establecer distinciones precisas y "objetivas" que sirvan de relevos para construir mapas en los que señalar las huellas capaces de compadecerse con el deseo de retornar al hogar, en medio de una aventura que si se despliega en forma tan irresistible es fuera de toda duda por lo que tiene de fascinante. Porque el embeleso del abismo es irresistible, y la perdición dulcemente seductora. La enajenación como

propiedad del trabajo y la producción modernos ya había reconfigurado la noción de opresión de un modo paradigmáticamente inconmensurable con los esclavos de la antigüedad o los siervos medievales. La actual reconfiguración de la subjetividad nos coloca en una trama de lazos deseantes con redes de flujos inmateriales, mallas de energía e información, acariciantes promesas de jardines de las delicias accesibles con sólo entornar los ojos, menos aún, ¡con sólo fijar la mirada –el iris- en el punto adecuado! La noción de opresión otra vez se establece en un escalón de indiscernibilidad. Otra vez, en un plano distinto, nos encontramos como los ludditas de antaño. Sabedores del daño que se nos causa, desesperados de impulsos destructores de lo que se nos presenta como obstáculo, pero impotentes para confrontar con las causas de nuestras desdichas e incertidumbres. En rigor, ese momento destructivo tal vez ya fue dejado atrás por nosotros, o tal vez las sucesiones entre momentos destructivos y momentos de resolución alternativa constituya series aún inimaginables. La idea de causar daños en las redes informacionales, dotada de cierta vitalidad hace tan sólo unos pocos años (en el sentido de que pudiera tener una lógica reconocible para un campo crítico) ya ha sido absorbida. Los virus informacionales no dejaron de ser una amenaza, pero su vigor disminuido los asimila a cualquier forma conocida de anomalía ilegal conocida y "solucionable". Esto comprende los respectivos sectores de la producción especializados en la prevención y resolución de lo que es peligroso.

Hay que recurrir a la ciencia ficción para identificar un futuro próximo en el que acciones destructivas puedan imaginarse dirigidas contra los productos de la biotecnología. Hoy, la denominación de "comida Frankenstein" que reciben numerosos productos del mercado nos augura algo más que una ironía.

Cuando hablamos de política no parece que estemos en condiciones de referirnos a los problemas aquí expuestos. Diremos que es una circunstancia mucho más marcada en un país como el nuestro que en los países hegemónicos. En ellos sí se discuten todas estas cuestiones, aunque en formas que según pareciera podríamos ignorar indefinidamente, también porque no ocupan la corriente central de las agendas. Desde luego, esos momentos incipientes fueron característicos de las formas emergentes de los pensamientos críticos y contestatarios en la modernidad. En ese sentido mencionábamos a ludditas y neoludditas: porque expresan un primer momento de la conciencia que padece la opresión. Cuando aún lo que se despliega no adquiere sus rasgos nítidos tampoco para los opresores.

La pregunta que interesa formular a partir de este contexto se refiere a si es imaginable un devenir autoconsciente de abandono de lo que se es en pro de algo que se impone como diferencia radical. Tampoco es clara la posibilidad de organizar una discusión al respecto. Los debates que se encuentran en las vanguardias tecnoculturales giran desde luego alrededor de estos problemas. Circulan discursos hegemónicos, prometedores y seductores, enfrentados con discursos contraculturales que adquieren mil rostros. Muchos de ellos en apariencia inocuos, estéticos, reflexivos, filosóficos o "culturales". Los límites entre los frentes son imprecisos, porque la confrontación se organiza alrededor de fenómenos muy

fluidos y variantes. Emergen formas de protesta que muy rápidamente son contestadas y asimiladas por los dispositivos dominantes. Esto sucede a través de sucesivos procesos de transformación antes que mediante fenómenos de represión o formas explícitas de violencia. El orden dominante busca de modo prevaleciente el ejercicio de la seducción, el ablandamiento de las conciencias en un mullido continente delicioso, en lo que concierne al orden de los "incluidos". Por fuera, la barbarie más descarnada, el hambre y la violencia genocida ejercidos de las maneras más brutales. En el medio, fenómenos de interfase como las migraciones, que presionan sobre el mundo acomodado y confortable que las pantallas muestran como promesa y seducción escopofílica. Después, cuando el dulce avizorado atrae a las moscas, hay que recurrir a los campos de concentración, recuperando los horrores que el discurso de los derechos humanos pretendía haber dejado atrás en forma que cada vez se presenta como más definitiva y proyectada desde la actualidad hacia el futuro.

II. Llamamos revolución industrial a un proceso histórico social que se articula alrededor del relato de una disposición eficaz e ilimitada de un conjunto de bienes. Las revoluciones industriales, proyectadas sobre horizontes de igualdad y equidad, establecen condiciones materiales que se perciben como condiciones de posibilidad de la emancipación. Se naturalizan los cambios que producen, sin retorno posible. Modifican las líneas evolutivas de la especie. Sin embargo, no llevan a cabo, no realizan la emancipación. La opresión se mantiene o aumenta, e incluso se vuelve más y más incomprensible en tanto los fundamentos ideológicos que la sustentaban se tornan obsoletos como consecuencia del incumplimiento de las promesas formuladas. En qué medida es verificable esta dialéctica depende también de la plenitud con que se experimenta la consecución de una revolución industrial dada. En sociedades donde el desarrollo es incompleto, parcial o inexistente, las promesas que asocian técnica y emancipación pueden mantener una vigencia aparente, que sólo se sustenta en la continuidad de expectativas que aguardan su realización. Esta latencia obtura la emergencia de formas de crítica y resistencia susceptibles de antagonizar con el despliegue pleno de los procesos sociotécnicos tal como tienen lugar en sus localizaciones originarias. Puede suceder que movimientos sociales contestatarios, incluso muy virulentos y certeros en sus determinaciones éticas fracasen por dos razones: primero, no antagonizan con el real *enjeu* presente en la vanguardia de las transformaciones sistémicas. Segundo, como consecuencia de lo anterior definen antagonismos desacoplados de las determinaciones intervinientes en un momento dado, lo cual genera cursos de acción y discurso divergentes. Desde luego, se trata aquí de una interpretación sustentada sobre un sistema de premisas. Cámbiense esas premisas y se articulará el Cordobazo argentino con el Mayo del 68 en una misma matriz, cuando desde la perspectiva que procuramos ambos acontecimientos son casos de divergencia y heterogeneidad paradigmáticas. El Mayo del 68 anuncia la caída del muro de Berlín, introduce la dimensión libidinal que las luchas sociales habían dejado a un lado durante décadas, verifica el lugar ausente del poder del estado cuando el capitalismo ya estaba ensayando la revolución de la información, el consumo y la subjetividad. El heroico Cordobazo, adecuado a las circunstancias regionales, en otra escala

remite a acontecimientos que habían tenido lugar en Europa con medio siglo de anticipación. ¿Pone en tela de juicio su oportunidad? En absoluto. Indica las características del capitalismo periférico y de su oponente, ambos partícipes de matrices diferentes a las presentes en otras partes. Tampoco se trata de devaluar un análisis unificador de los acontecimientos, siempre que se procuren señalar las contradicciones.

El estado de abundancia que producen las revoluciones industriales no se puede evaluar en términos del acceso equitativo a las riquezas producidas, porque no hay tal acceso equitativo, sino tan solo una promesa incumplida. La promesa formulada por la industria automotriz radica en la posibilidad individual de desplazarse en forma ilimitada. Esto nunca sucedió ni podría suceder. Aunque se superara el problema de la contaminación ambiental y el suministro energético, las transformaciones urbanizadoras, viales e industriales que se requerirían para un acceso *universal* al transporte automotor individual o de pequeña escala serían tan destructivas del *espacio*, que los costos podrían ser intolerables. Considerar el horizonte que abre una revolución industrial sólo sobre la base de las promesas de los poderosos y las insatisfacciones de los oprimidos pierde de vista las transformaciones reales, materiales, que produce una revolución industrial. En primer lugar cambian las condiciones de la experiencia. Más allá de la disponibilidad de objetos determinados en relación a los parámetros de su fabricación y consumo, las transformaciones de la experiencia tienen lugar como cambios en la subjetividad, el imaginario, las expectativas y los deseos. Cambia la estructura de las necesidades, por lo tanto se verifica una mutación de la noción misma de pobreza o carencia, y también del contenido de las luchas sociales en procura de la satisfacción de las necesidades. Aceptar en forma naturalizada estos cambios da cuenta del pasado, pero somete el presente al sistema ideológico de un momento actual determinado, durante el cual se vuelve inconcebible la reflexión crítica sobre un sistema de necesidades en proceso de transformación. Al eludirse esa reflexión crítica se establece un nexo de dominación que resulta estratégicamente definitorio de todo el destino de un curso contestatario, neutralizándolo desde su raíz. En segundo lugar se producen transformaciones reales y concretas de la experiencia. Las transformaciones de las revoluciones industriales son de tal magnitud y velocidad (ambas crecientes a medida que se suceden históricamente) que no dejan rincón fuera de su influencia. Los nuevos productos son tan abundantes y baratos que no resulta posible *eludirlos*. Cambian radicalmente las nociones vigentes acerca de la pobreza, así como de las necesidades. Después de la disponibilidad ilimitada y barata de vestimentas, productos de la industria textil, la pobreza dejó de asociarse definitivamente con la desnudez, como sucedía en tiempos pretéritos. La ropa es tan abundante que se usa y se descarta mucho antes de que sea inutilizable, sistema de la moda mediante (sistema que acelera la obsolescencia). Hoy en día es más fácil para un pobre estar vestido que estar alimentado. Lo que le resultará imposible es estar "bien" vestido, ya que al volverse abundante una determinada mercancía, el sistema de necesidades desplaza las distinciones a planos de calidad y jerarquía. Las carencias se definen en términos de escalonamientos y segmentaciones cuantitativas y cualitativas, y no de mera desposesión. El desposeído no se encuentra del todo exento del bien en juego, en parte porque a medida que se desenvuelven las revoluciones industriales, los bienes que regulan se alejan progresivamente de las necesidades heredadas en términos de condiciones elementales de supervivencia. Cualquiera puede hacer uso de algún medio de transporte, de forma legal o ilegal. La disponibilidad de los bienes es universal y resulta imposible mantenerse al margen. Cualquiera, con sólo disponer de unos centavos, puede mantener un contacto regular por e-mail, aunque puede suceder que padezca de grados diversos de desnutrición. Comer, hay que comer todos los días, y eso sólo se puede hacer si se tiene dinero, o si se vive en un ambiente de **abundancia intrínseca**. Con el alimento eso sólo sucede en ciertos ámbitos de la naturaleza o de los territorios rurales. Las revoluciones industriales crean ámbitos de abundancia intrínseca para distintos tipos de bienes. Convierten desiertos relativos a ciertos bienes en vergeles. Suprimen entonces carencias intrínsecas, sin que ello determine consecuencias predecibles sobre los procesos de distribución y consumo. Crean también los marcos discursivos y subjetivos que determinan los imaginarios acerca de la necesidad y la libertad, la pobreza y la riqueza. Clausuran ideológicamente los caminos de acceso a formas de vida alternativas. Allí radica la tarea de la crítica contracultural. Imaginar otros modos de producción, pero también sistemas alternativos de necesidades. A diferencia de la competencia que procuró practicar el "socialismo realmente existente" contra el capitalismo, desde hace años los movimientos contraculturales nos hablan de silencio, abstención, exilio, *empleo del tiempo*, reconfiguración de necesidades, reconstituciones estéticas de la subjetividad. En la medida en que la última revolución industrial implica cambios en los órganos mismos del pensamiento y del deseo, y en la medida en que el sistema de producción se transformó en un sistema de producción de subjetividad como modalidad hegemónica, los caminos alternativos encontraron un nuevo y formidable obstáculo. El frente de lucha cruzó un último límite y se libra en la ciudadela interior, por dentro de fronteras últimas.

III. ¿El dogma de la inexorabilidad e irreversibilidad del progreso puede ser revisado o es intangible? El curso teleológico que parece estar guiando el actual avance de la tecnología lleva a la destitución de la especie humana tal como la conocemos, para dar lugar a entidades posthumanas de impredecible condición. Una paradoja que atraviesa este "relato" consiste en que no hay fuerzas externas a la especie ni trascendentes a su esencia que fundamenten ni se responsabilicen de tal curso transformador. Somos los agentes activos del proceso, como no se cansan los tecnócratas de recordárnoslo, pero al mismo tiempo ese proceso es inexorable. La paradoja remite a un futuro más o menos mediato en la medida en que el devenir evolutivo de la técnica se experimenta en términos de un ciclo de emergencia de efectos adversos que dan lugar a soluciones generadoras a su vez de nuevos efectos adversos que ingresan a nuevos e interminables ciclos. Sin embargo, los relatos hegemónicos omiten de modo muy conveniente que el surgimiento de nuevos paradigmas científico técnicos no se limita a perfeccionamientos evolutivos de desarrollos anteriores, sino que se producen discontinuidades y saltos

eventualmente relacionados con ciclos de fracaso de determinados escalones del desarrollo. La actual revolución informacional no debería hacernos olvidar que la civilización del automóvil había ingresado a un atolladero en la década del 70. Por esos años también se percibía una crisis neomalthusiana de los "recursos". Mientras el automóvil fue más o menos dejado a un lado como objeto insignia del capitalismo, y sustituido por la computadora personal, la crisis de los "recursos" dio lugar en cambio a desarrollos superadores que comprenden nuevos materiales y operaciones sobre los materiales, diseño y síntesis de materiales, nanotecnología, etc. El paradigma de la energía nuclear, dominante durante cincuenta años, ha eclipsado en mayor medida todavía que la tecnología y la mercancía automovilística. Un hilo que une Hiroshima, Chernobyl y el fin de la Guerra Fría socava la vigencia de esa línea tecnocientífica, al menos en la escala que la definió en términos de hegemonía durante décadas.

El terreno que puede abrir perspectivas hacia el cuestionamiento del dogma de la inexorabilidad del progreso viene de la mano de las transformaciones de los patrimonios genéticos, tanto humanos como de las demás especies. En alianza con el desenvolvimiento del ciberespacio, la hibridación mente-artificios neurocomputacionales y la expansión de los saberes sobre el deseo, la voluntad y otros atributos del comportamiento humano llevan en forma específica hacia una transformación radical de la subjetividad. En esa dirección, los desarrollos teóricos ligados a la genealogía del biopoder señalan las tramas matriciales que sustentan el estado actual de las cosas. El carácter inexorable del desarrollo científico técnico se presenta aquí como relato que guía el curso de los acontecimientos. Es indudable que situaciones anteriores como el equilibrio del terror nuclear y la posible desaparición de la especie como consecuencia de un holocausto atómico prepararon el terreno para lo que viene en dirección a las transformaciones de la genética. Haber soportado medio siglo aquellas posibilidades de destrucción supone una coacción convertida en hábito frente a la cual el horizonte benéfico de las transformaciones genéticas se presenta como superador. Por otra parte los relatos de la posthumanidad no asumen rasgos frankensteinianos en particular, al menos que aparezcan como inasimilables. Al contrario, parecen estar articulándose en términos de sensibilidades contemporáneas viables. Nuestro drama es ése y es otro. Nos hemos expulsado bruscamente de un aparente curso de inclusión. Ahora ofrecemos al mundo globalizado una experiencia de crisis biopolítica que quizás contenga algunos de los gérmenes de futuros rumbos divergentes. Tal vez tengamos la oportunidad de explorarlos. La información no es conocimiento ni el conocimiento es sabiduría, pero por sobre todo la estructuración técnica de los saberes no mantiene relación alguna con la reflexividad: es decir que no puede saber acerca del saber, no puede saber acerca de lo que constituye su propia condición, ni puede saber nada sobre el deseo, la subjetividad ni el accidente. De esas indagaciones no tenemos porqué estar excluidos, ni esperar instrucciones de ninguna otra parte.

NOTAS

[1] El tópico posmarxista bermaniano acerca de que "todo lo sólido se desvanece en el aire" se desvanece a su vez como orientación de los acontecimientos que conducen nuestros primeros pasos en el siglo XXI. Muy rápidamente pasó de la vigencia como contemporaneidad a la retrospección filológica.

[2] En la actualidad el relato emancipatorio ha sido reemplazado por la coacción democratista. O se acepta la normatividad socialdemócrata, letárgica frente a la brutalidad del devenir histórico, distanciada de la empatía con los vencidos; o nos acosa el polo de la violencia, como si no se pudieran imaginar otros caminos de exigencia radical frente al democratismo posburgués, sin caer por eso en el suicidio colectivo. En contextos culturales de extrema debilidad de la sociedad civil como el nuestro, esta polarización adopta tonalidades de urgencia y dramatismo.

Lecturas seleccionadas

Castells, M., *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza, 1999.

Dery, M., *Velocidad de escape*, Madrid, Siruela, 1998.

Geertz, C., "Géneros confusos" en *El surgimiento de la antropología moderna*, México, Gedisa, 1991.

Haraway, D., *Ciencia,* cyborgs *y mujeres, La reinvención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995.

Hardt, M. y Negri, A., *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Heller, Á. y Fehér, F., *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*, Barcelona, Península, 1995.

Klein, N., *El poder de las marcas*, Barcelona, Paidós, 2001.

Martínez, J. T., (comp.), *Observatorio siglo XXI*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Mazlish, B., *La cuarta discontinuidad. La coevolución de hombres y máquinas*, Madrid, Alianza, 1995.

Rifkin, J., *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Schmucler, H., *Memoria de la comunicación*, Buenos Aires, Biblos, 1997.

Steiner, G., *En el cuarto de barba azul*, Barcelona, Gedisa, 1991.

Virilio, P., *Cibermundo ¿Una política suicida?*, Santiago de Chile, Dolmen, 1997.

Weil, S., *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, Barcelona, Paidós, 1995.

Palabras cruzadas
Política y comunicación en *Hamlet*

Eduardo Rinesi

I. La pretensión de que la mayor y más enigmática de las piezas de William Shakespeare, *Hamlet*, pueda ser objeto de un análisis en términos de lo que habitualmente llamamos "teoría política", o incluso "filosofía política", podría ser, si la anunciáramos aquí de entrada, motivo de burlas o de indignaciones que no carecerían, bien vistas las cosas, de justificación. En efecto: ¿no estamos hablando de una de las grandes creaciones del genio poético de todos los tiempos, de una pieza literaria de primera línea, de una obra de arte mayor, y acaso insuperada? ¿Vamos a hacer de ella –podría protestar el lector desconfiado, o simplemente sensible– el motivo de una pobre indagación politicológica, la triste carroña sobre la que lanzar los menesterosos instrumentos conceptuales de una disciplina teórica insulsa, prosaica y escasamente imaginativa? ¿Pretendemos acaso reducir este magnífico texto literario que es *Hamlet* a un conjunto de "ejemplos" de las tres o cuatro naderías que hemos aprendido en los libros de Norberto Bobbio, de John Dunn o –quién sabe– del talentoso Carlos Escudé? ¿Amenazamos con venir a fastidiar al lector –que tal vez haya sido capaz de alcanzar las más altas cumbres de la emoción trágica con el padecimiento de Ofelia, el dolor de Laertes o la vacilación de Hamlet– con algún torpe análisis sobre las características del "sistema político" de aquella remota Dinamarca, o con alguna vana comparación entre la política exterior del rey Claudio y la de su antecesor? Claro que no: Si pensamos que es posible poner en sintonía una lectura de *Hamlet* con una reflexión teórica o filosófica sobre la política no es porque imaginemos que una atención "de especialista" sobre las facetas más propiamente "políticas" de esa pieza pueda aportarnos gran cosa a la comprensión global de la misma, sino porque -casi justamente al revés– nos maliciamos que una comprensión global de la misma puede enseñarnos mucho (acaso más que la propia "politicología") sobre la naturaleza (trágica) de la política misma.

Ahora: Si en lugar de anunciar que consideramos a *Hamlet* un fértil campo de indagaciones para la teoría o la filosofía política se nos ocurriera comenzar diciendo que vamos a interrogar esa pieza *desde el punto de vista de una "teoría de la comunicación"*, la sonrisa o el escándalo de nuestro eventualísimo lector serían con toda probabilidad aun mayores. ¿Qué? -podría preguntar–: ¿Nos proponemos por ventura arrojar sobre este poema extraordinario los dos pesados volúmenes de la *Teoría de la acción comunicativa*, o andar buscando por todas partes "emisores" y "receptores", "mensajes", "códigos" y "canales", "ilocuciones" y "perlocuciones", "tubos shannonianos" y sabe Dios qué otras obscenidades? Imaginemos, por ejemplo, lo que un autor como Harold Bloom, que ha escrito alguna vez que todo el psicoanálisis freudiano (disciplina cuya dignidad epistemológica no habrá dificultad en admitir bastante menos equívoca que la de las improbables "ciencias de la comunicación") no es más que una nota al pie del gran teatro de Shakespeare, podría pensar de un intento semejante: ¿pretendemos acaso volcar sobre la obra de uno de los mayores poetas de la humanidad las pobres categorías de un saber universitario que mejor haría en abrirse él mismo, en cambio, a la refrescante inspiración poética de ese autor y de esa obra? Por lo demás, ¿qué tipo de material ofrecería a un abordaje semejante la obra de la que aquí estamos hablando? Para preguntarlo de otra manera, que quizás pueda darnos un pie para superar estos escollos y abordar de una buena vez nuestra materia: ¿qué tipo de "comunicaciones" son ésas que tienen lugar en *Hamlet?*

Propongamos una hipótesis muy general: se trata, siempre, de comunicaciones *distorsionadas*. Mejor: *fallidas*. En *Hamlet*, en efecto, las personas *no se entienden*, y esa incomprensión recíproca es consustancial a la situación de desquicio general del mundo que la pieza tematiza. Y que se expresa, entre otras cosas (pero se trata ésta de una "cosa" fundamental) en el desquicio del *lenguaje*, del propio medio lingüístico en el que se producen las interacciones entre los personajes: en *Hamlet*, los significados de las palabras están, ellos también, "fuera de quicio", las palabras quieren decir más de una cosa al mismo tiempo, y eso vuelve al terreno donde se producen los intercambios lingüísticos entre los sujetos un campo de incertidumbre y malentendidos permanentes. Desde luego, sería posible "explicar" este hecho desde una perspectiva histórica (desde la perspectiva de una historia de las configuraciones simbólicas europeas), replicando para

Hamlet el tipo de análisis que hace ya casi cuatro décadas ensayó Michel Foucault con el libro más famoso de ese estricto contemporáneo de Shakespeare que fue Cervantes, y mostrando cómo la obra del poeta inglés expresa (y expresa con notable autoconciencia) una situación de descomposición del orden simbólico "premoderno" que podríamos caracterizar diciendo que, en ella, *las palabras* "ya" han perdido los lazos naturales que, en una configuración epistemológica anterior, las ataban a *las cosas* que nombraban, pero "todavía" no han terminado de forjar el nuevo tipo de lazo ("artificial", científico: moderno) que poco después les permitiría designar a esas mismas cosas "a distancia", a esa prudente distancia a la que llamamos *representación*. Erosionada *ya*, entonces, la creencia en una adecuación natural entre las palabras y las cosas, ausente *todavía* esa nueva forma de reunión entre ellas que proveería el discurso moderno de la ciencia, las palabras –en esa situación de "crisis" que el *Quijote* o *Hamlet*, en esta hipótesis, expresarían– podían vagar libremente por el mundo, sin relaciones estables con sus referentes ni significados fijos universalmente aceptados.

Pero no me interesa avanzar aquí por la vía de esta posible "explicación histórica" de la situación de dislocamiento del mundo simbólico que la obra que tenemos entre manos sintomatizaría, sino subrayar lo que constituye la evidencia más poderosa, en su mismo texto, de esta situación: la fundamental *ambigüedad de los sentidos de las palabras*, ambigüedad que, lejos de constituir un aspecto meramente formal de la pieza, se ubica en realidad en su mismo centro conceptual, y que constituye el terreno sobre el que se levantan la maestría retórica de Claudio, la pompa vana e insustancial de Polonio y los múltiples juegos de palabras del propio Hamlet, como en

POLONIO *What is the matter, my lord?*
HAMLET *Between who?*

("-¿Cuál es el problema, mi Señor? / -¿Entre quiénes?"), cuya gracia, obviamente, radica en que Hamlet finge entender la palabra *"matter"* en un sentido distinto al que Polonio le había dado. Pero es necesario subrayar que estos juegos de palabras no constituyen nunca, en *Hamlet*, apenas simpáticos alardes de agudeza, sino que tienen una función estructural en la historia. Así, por ejemplo, cuando leemos, en cierto diálogo entre Gertrudis y su hijo:

GERTRUDE *Why seems it so particular with thee?*
HAMLET *Seems madam? nay it is, I know not seems*

("-¿Por qué te parece tan extraño? / -¿Parece? No, señora: es. Yo no sé de apariencias"), no estamos apenas ante un chiste más o menos astuto: la ambivalencia de *"seems"* es lo que le permite a Hamlet introducir una reflexión que en realidad apunta al corazón mismo de la tragedia que protagoniza, uno de cuyos temas principales es justamente el de las falsas apariencias, la representación de la verdad, los disfraces, las convenciones y las artes de la simulación. Los ejemplos en el mismo sentido podrían multiplicarse, pero no quiero dejar de mencionar uno, cuando Hamlet es mandado llamar por Claudio tras la muerte de Polonio y le informa que éste está *"At supper"*, en una cena:

CLAUDIO *At supper? Where?*
HAMLET *Not where he eats, but where a is eaten. A certain convocation of politic worms are e'en at him. Your worm is your only emperor for diet (...)*

("*-¿En una cena? ¿Dónde? / -No donde él come, sino donde es comido. Una asamblea de gusanos lo está comiendo. El gusano es el único emperador de la alimentación*"). Aquí no hay uno, sino varios juegos de palabras. El más obvio, claro, es el que está contenido en la primera frase de la respuesta de Hamlet: Polonio está en una cena, pero no en una cena donde él come, sino en una donde él es comido. (Ignoro si Borges tenía en mente este pasaje cuando aludió, en su "Fundación mítica de Buenos Aires", al lugar "*en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron*", verso magnífico cuya gracia radica en que lo que los indios comieron fue, precisamente, a Juan Díaz.) Pero me gustaría llamar la atención sobre *los otros* trocadillos que se suceden en las siguientes dos frases del príncipe. "*Diet*", naturalmente, significa tanto "régimen alimenticio" como "asamblea", que es también el significado de "*convocation*". Ahora: la asamblea/banquete de la cual habla Hamlet es una asamblea de gusanos, *worms*, a los cuales, por lo demás, Hamlet califica de "políticos", lo que si por un lado no deja de connotar a la figura del propio Polonio, político de profesión y participante privilegiado del banquete en cuestión (y de paso a Claudio, ciertamente), por otro lado remite a la ciudad alemana de Worms, que había sido la sede de una de las mayores Dietas de la época, dietas que –en Alemania– eran convocadas, y presididas, *por el emperador*. Así, designando al gusano *emperor* de la "dieta", Hamlet utiliza el típico recurso cómico, grotesco, de replicar una escena "alta" –la del emperador y los políticos reunidos en solemne asamblea– con su inversión "baja", carnavalesca y sarcástica: la de la "asamblea" de los verdaderos emperadores del ciclo alimenticio y vital comiéndose a uno de esos políticos de la Corte.

Pero nos equivocaríamos si supusiéramos que Shakespeare recurre a los juegos de palabras sólo en los pasajes cómicos de la pieza y apenas con la intención de enriquecer algún paso de comedia de los muchos que esta magnífica tragedia contiene: las travesuras lingüísticas de los personajes habitan hasta los momentos de mayor gravedad y dramatismo de la obra. Es así que, en la escena final, el príncipe se lanza sobre Claudio para obligarlo a beber de la copa envenenada al grito de "*Drink off this potion. Is thy union here? / Follow my mother*" (que no consigo traducir mejor que "*Bébete de un trago este brebaje. ¿Está aquí tu perla, tu prenda de unión? / Únete pues a mi madre*"), donde *"union"* designa a la perla que el Rey había colocado en la copa destinada a Hamlet, pero también, *al mismo tiempo*, a la incestuosa *unión* matrimonial de Claudio con Gertrudis. Apenas es necesario observar que, en todos estos casos, la ambivalencia de las palabras, la separación entre ellas y "las cosas", el libre juego de los signos, aparece como especialmente perturbador para la estabilidad del poder, que desearía –en Elsinor como en todas partes– que los significados de las palabras suspendieran su danza insoportable, que cada palabra significara una cosa y sólo una, y que ese fino esgrimista del lenguaje que es el príncipe Hamlet no aprovechara cada ocasión que se le presenta para recordarle a la pareja real la hipocresía de sus convenciones ("*I know not seems*"), la miseria de su condición ("*Your worm is*

your only emperor") y el carácter incestuoso de su vínculo (*"Is thy union here?"*).

II. Estamos en la primera escena del Tercer Acto. Nuestro príncipe acaba de pronunciar su monólogo más famoso, y sus ojos tropiezan ahora con la figura de la bella Ofelia. El diálogo que se entabla entonces constituye uno de los momentos más altos, complejos y equívocos de toda la pieza. La historia es conocida: la presencia de Ofelia, que *fingía* estar leyendo la Biblia en un lugar por donde Hamlet solía pasearse, ha sido preparada por su padre, Polonio, quien, junto con el rey Claudio, se ha apostado detrás de los tapices para escuchar la conversación. El soberano y el consejero real confían en que el príncipe revele ante la muchacha las causas profundas de la conmoción de su ánimo, respecto a la cual cada uno tiene, por otro lado, su teoría: Claudio está convencido de que Hamlet está enfermo de ambición; Polonio, de que está loco de amor por su hija. A fin de resolver el enigma, éste último había concebido el plan que ahora llevan adelante unas pocas escenas atrás:

POLONIO (...) *le soltaré a mi hija.*
Vos y yo observaremos el encuentro
Ocultos tras un tapiz.

"Le soltaré (*loose*) a mi hija", dice Polonio. La frase no podría ser más ruda –ni la actitud del viejo más rufianesca. De hecho, el verbo *to loose* se usa más bien con animales –caballos o vacas–, a cuyas hembras se "suelta" para el apareamiento. La connotación es obvia: Polonio planea utilizar los encantos de su hija para sonsacarle a Hamlet su secreto, lo que por otro lado acerca la historia de Shakespeare al mito danés en el que la misma está inspirada, donde el rey le "suelta" al príncipe, a fin de averiguar las causas de su estado, una bella prostituta.

Llegamos aquí a un punto interesante. La mayoría de las ediciones de *Hamlet* (obra de la que no nos ha quedado el manuscrito original) indican que, cuatro líneas después de que Polonio ha pronunciado las palabras que acabamos de citar, "Entra Hamlet leyendo un libro". La reina es la primera que nota su presencia (*"Pero mirad: ahí viene el pobre desgraciado, leyendo tristemente"*), presencia que el consejero aprovecha para trabar de inmediato con el joven una conversación que, confía, llevará agua para el molino de su tesis sobre la "locura por amor":

POLONIO *Retiraos, os ruego a ambos, retiraos.*
Lo abordaré ahora mismo.
Salen Claudio, Gertrudis y los criados
-Oh, disculpadme.
¿Cómo estáis, mi buen Príncipe Hamlet?

Sin embargo, el crítico inglés Dover Wilson observó, hacia 1930, que algunos aspectos fundamentales de los diálogos que siguen a estas líneas quedan sin una adecuada explicación si se acepta la idea, compartida entre casi todos los editores de la pieza, de que Hamlet entra a escena *después* de las palabras de Polonio que habíamos transcripto antes, y sostuvo en cambio que era necesario entender, contra lo que por el error de algún copista se había vuelto hábito aceptar, que Hamlet aparece, en este pasaje que estamos considerando, *unas pocas líneas más arriba* que lo que la mayoría de las ediciones aceptan, y que lo hace de modo tal que puede *oír sin ser visto* el diálogo entre su madre, su tío y el consejero real. Esa tesis de Wilson ha sido, desde que él la formuló, objeto de todo tipo de debates en la crítica especializada. Aquí querríamos examinarla brevemente, a fin de verificar si nos permite entender mejor una serie de intercambios que tienen interés para nuestros fines.

El primero es el que se produce inmediatamente después de las líneas que acabamos de citar. Habíamos dejado a Polonio preguntándole a Hamlet cómo estaba: "Bien" –dice éste.

POLONIO *¿Me conocéis, mi Señor?*
HAMLET *Perfectamente, sois un pescadero.*
POLONIO *No, mi Señor.*
HAMLET *Pues ojalá fuerais un hombre tan honrado.*

Todo el peso del chiste de Hamlet –que el estúpido Polonio, por supuesto, no puede entender, *pero que nosotros podemos entender a condición de que aceptemos la hipótesis de que Hamlet conoce el plan del que su interlocutor proyecta hacerlo objeto*– está en la palabra *fishmonger*, "pescadero", y en su cercanía fonética con *fleshmonger*, "tratante de blancas" (*fish:* pescado, *flesh:* carne humana): Polonio –dijimos– se propone "prostituir" a su hija para arrancarle a Hamlet su secreto. Es lo que el príncipe parece volver a sugerir unas pocas líneas después:

HAMLET *(...) ¿Tenéis una hija?*
POLONIO *Sí, mi Señor.*
HAMLET *No la dejéis caminar al sol. La concepción es una bendición, pero del modo en que vuestra hija puede concebir... Amigo, estad alerta.*
POLONIO (Aparte) *¿Qué quiere decir con eso? Otra vez con la cantinela de mi hija. Sin embargo, al principio no me reconoció, dijo que yo era un pescadero... Está muy perdido, muy perdido.* (...)

"¿Qué quiere decir con eso?", se pregunta Polonio, que definitivamente no entiende nada. Es que, convengamos, la situación es sumamente confusa: Hamlet, que está aquí en su mejor forma, *finge* estar loco de remate y estar diciendo cualquier cosa. Pero lo que está diciendo es muy claro, o se vuelve muy claro si podemos entender *el otro* juego de palabras que está aquí presente, que es el juego con "No la dejéis caminar al sol" (*"Let her not walk i'th'sun"*), donde Hamlet aprovecha la sonoridad muy semejante de *sun*, "sol", y *son*, que es "hijo", *el hijo*, el hijo –entendemos– *del rey* (del "sol", del antiguo y asesinado "sol" de Dinamarca: la metáfora del rey como sol del microcosmos político tenía ya una larga militancia en la época de Shakespeare). "No la dejéis caminar al sol", no la *expongáis* al "sol" (al *son/sun*, a ese "hijo/sol" *que es, entonces, el propio Hamlet*), tiene así un significado inequívoco. No me expongáis a vuestra hija, no me "soltéis" a vuestra hija –le está diciendo Hamlet a Polonio–, o atenéos a las consecuencias. Y por si no quedara claro: porque "del modo en que vuestra hija puede concebir...". Y todavía: "Amigo, estad alerta". Pero no hay caso: es inútil amenazar a alguien que no entiende que está siendo amenazado.

Dejemos ahora esta escena tan interesante y volvamos a la otra, aun más poderosa, cuya consideración habíamos prometido más arriba, y que todavía no pudimos abordar: Poco tiempo después de estos intercambios, se produce finalmente el encuentro entre Hamlet y Ofelia, quienes están ahora conversando mientras escuchan, detrás de los tapices, Claudio y Polonio. Y supongamos enton-

ces lo que Dover Wilson nos invita a suponer: que Hamlet *sabe* que están siendo escuchados. Esa escena es, en efecto, muy impresionante, y deberíamos analizarla con atención. No podemos hacerlo aquí en detalle, pero podemos sí subrayar al menos dos breves pasajes. Uno es en realidad una breve frase, muy famosa, y sobre cuyo significado se ha discutido mucho. Ofuscado por la situación, y por la pretensión de Ofelia de ser "virtuosa" (*"¡Ja, ja! ¿Sois virtuosa?"*), Hamlet le espeta su célebre "*Get thee to a nunnery*", que si literalmente significa "*Vete a un convento*" (cosa que sin duda Hamlet *quiere decir:* las líneas que siguen, como veremos, así lo confirman) tolera *también* ser leída –a partir del uso vulgar que la palabra *nunnery* tenía en el inglés popular de los días de Shakespeare– como "*Vete a un prostíbulo*", lo que implicaría una acusación de Hamlet a su antigua amada coherente con la línea interpretativa que estamos esbozando. El segundo pasaje que quería anotar sigue inmediatamente a esa frase. Veamos:

HAMLET *Vete a un convento. ¿Por qué habrías de andar pariendo pecadores? Yo mismo soy moderadamente virtuoso, pero aun así podría acusarme de tales cosas que sería mejor que mi madre no me hubiera echado al mundo. Soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más impulsos criminales que pensamientos para darles nombre, imaginación para darles forma, o tiempo para llevarlos adelante. ¿Por qué deberían existir sujetos como yo arrastrándose entre la tierra y el cielo? Somos todos unos canallas consumados, no te fíes de ninguno de nosotros. Vete a un convento. ¿Dónde está vuestro padre?*

OFELIA *En casa, mi Señor.*

HAMLET *Verificad que las puertas estén bien cerradas, a fin de que no vaya a hacer tonterías fuera de su propia casa.*

El fragmento es notable: El mandato inicial, la pregunta (retórica) que le sigue y la primera frase de la respuesta que Hamlet ofrece a esa pregunta están sin duda dirigidas a Ofelia. ¿Pero por qué Hamlet indica después, enumerando sus presuntos vicios, los de ser soberbio, vengativo, ambicioso y criminal, cosas que no sólo parecen irrelevantes en ese contexto, sino que además son notoriamente falsas? La respuesta sólo puede ser ésta: *Porque Hamlet no le está hablando, en esa frase fundamental, a Ofelia, sino... ¡a Claudio!*, que lo está escuchando (*que él sabe que lo está escuchando*) detrás de los tapices, y cuya propia hipótesis sobre las causas de su locura (Claudio, dijimos, cree que Hamlet está loco de ambición) se está dedicando, mientras *finge* estar hablándole a Ofelia, a confirmar. Confirmación y amenaza, entonces, al tío escondido tras el cortinado, y después, en la pregunta y en la frase subsiguientes, vuelta al diálogo con Ofelia y *también*, como a lo largo de toda la obra, consigo mismo: Una vez más, en efecto, ese melancólico "de libro" que es Hamlet nos dice que encuentra al mundo y a los hombres (a él mismo, en primer lugar) despreciables. De modo que no hay más remedio: "Vete a un convento", repite. *Pero Hamlet no está del todo seguro de que Ofelia no merezca –como suele decirse– "otra oportunidad"*, y decide dársela. *Entonces le pregunta si sabe dónde está su padre.* La tensión es máxima: Claro que *Ofelia sabe* dónde está su padre, *y además Hamlet sabe que Ofelia sabe.* Pero Hamlet *debe fingir que no sabe*, y Ofelia (mujer, hija y súbdita) *también debe fingir que no sabe*, por la simple razón de que es lo que le han ordenado. Así pues, contesta lo único que podía contestar: "En casa, mi Señor", provocando en Hamlet una respuesta llena de odio (a ella, al rufián que escucha tras el cortinado) *y obviamente dirigida, de nuevo, no a ella, sino, esta vez, a Polonio:* Pues que se quede en casa –dice–; que no haga tonterías fuera. *Es la segunda vez que Hamlet amenaza a Polonio.* Es la segunda vez que Polonio no entiende la amenaza. *Que no haga tonterías fuera de casa:* La próxima vez que Polonio haga, fuera de casa, *exactamente la misma tontería que está haciendo ahora*, sabremos que mejor habría sido para él prestar atención a lo que Hamlet le estaba diciendo.

III. ¿Pero qué es lo que *nosotros*, por nuestra parte, estamos tratando de decir? Algo tan simple como esto: Que si, como indicábamos al comienzo, no resulta fácil levantar sobre la indócil materia que ofrece *Hamlet* ninguna "teoría de la comunicación", es porque *Hamlet* constituye una tematización (una estilización, *una estetización)* de las condiciones en las que *se ausentan* todos y cada uno de los requisitos para que algo así como una comunicación entre las personas pueda establecerse. Dicho de modo menos drástico: que si por ventura alguna "teoría de la comunicación" pudiera venir a proponerse a partir de las situaciones presentadas en esta pieza, *ésta sólo podría ser una teoría que entendiera a la comunicación como necesario malentendido, como inevitable fracaso, como forzoso desacuerdo, como –en el límite– radical imposibilidad.* En *Hamlet*, vimos, las mismas precondiciones para que una comunicación que aspirara a ser *otra cosa* que eso están pulverizadas. Están pulverizadas, en primer lugar (y como ya dijimos), porque está hecho añicos el terreno común del lenguaje como campo en el que el entendimiento recíproco podría hacerse posible: todo a lo largo de esta pieza, las palabras (los significados de las palabras) están –como el tiempo, como el mundo– "fuera de quicio", y no sería exagerado decir que es precisamente en ese desquicio de los órdenes simbólicos donde radica el núcleo trágico de toda la situación. Pero no se trata sólo de eso. No se trata sólo de que las *palabras* estén, en *Hamlet*, "fuera de quicio", sino de que *las narraciones*, los relatos sobre los que se sostiene el sentido mismo de la vida de cualquier grupo social, y cuya aceptación compartida por todos los miembros de ese grupo constituye un fundamento básico de su misma existencia, están también aquí puestos en cuestión. En efecto: no sólo no hay, en la Dinamarca de *Hamlet*, significados comunes para las palabras, sino que tampoco hay una creencia universalmente compartida en los relatos que deberían constituir el cimiento mismo de la vida de ese reino.

Y del *poder político* –agreguemos– de ese reino. No hay una creencia universalmente compartida en esos relatos, en efecto, y de ahí que abunden en *Hamlet* los rumores, las murmuraciones y las voces que (viniendo a veces de lugares tan poco tranquilizadores como el Más Allá, o tan poco nobles como el populacho) se obstinan en atacar la conciencia de sus súbditos "infectándolos" (las metáforas del veneno y la infección son abundantísimas en *Hamlet)* con versiones de las cosas diferentes a las que promueve el mismo Rey. Bien vistas las cosas, *es exactamente eso lo que ocurre en la plataforma del*

castillo, al final del primer Acto, cuando el "veneno" del relato que el espectro del antiguo rey destila en los oídos de su hijo consigue hacer tambalear, en el interior de la conciencia atormentada de éste, la credibilidad de la *historia oficial* de los hechos. Y es exactamente eso lo que volverá a ocurrir más tarde con los relatos sobre la muerte de Polonio, cuya insuficiente justificación por parte de la corona da lugar a los rumores que "infectan los oídos" del joven Laertes y lo llevan a la sedición y al borde mismo del golpe de Estado. Es cierto que Claudio, político hábil y de sangre fría, detendrá oportunamente ese golpe, pero también lo es que el modo en que lo hace parece revelar menos su fuerza que su debilidad. En efecto: el rey se ofrece a contarle a Laertes, ante testigos que lo invita a elegir él mismo, su versión de la historia de la muerte de Polonio, y le promete su vida y su corona si su relato no logra convencerlo de su inocencia. *"¡Pero qué rey es éste!"*, estamos tentados a decir con el buen Horacio. ¿Qué tipo de rey es éste que no consigue que sus súbditos dejen de murmurar historias y que debe someterse a uno de ellos para probar ante testigos la verosimilitud de su relato, que no parece pasar de uno entre muchos ni valer más que el del último de los murmuradores? Definitivamente, algo anda muy mal, *algo está podrido* en Dinamarca. ¿Qué cosa? *No tanto que el poder político se sostenga sobre un hecho violento o criminal (¿cuál no lo hace?), sino que entre las grietas del relato que ese poder ha construido sobre el fundamento de su propia legitimidad otras interpretaciones posibles de las cosas hayan conseguido abrirse camino, hacerse audibles y volverse verosímiles.*

Pero todavía hay más. Todavía hay otra circunstancia, en *Hamlet* (además de la ausencia de un universo de palabras con significados universalmente compartidos y de un sistema de creencia sostenido sobre la también universal aceptación de una *historia oficial* de las cosas), que dificulta la posibilidad de que cualquier comunicación entre sus protagonistas sea algo más que un malentendido, y que acaso justifique este pequeño ejercicio que estamos intentando: el de buscar en esta pieza extraordinaria algunos elementos para una posible teoría de la (in)comunicación entre los hombres. Me refiero al hecho de que, como hemos ya empezado a advertir, en el curso de la acción narrada en esta obra *todo el mundo representa un papel*. Y no me refiero *solamente* al hecho de que esta obra, como se ha vuelto un lugar común señalar, constituye una tematización del viejo tópico del *theatrum mundi*, del mundo (y sobre todo el mundo de la corte) como una puesta en escena, de las personas como actores que –como podría decir hoy un Erving Goffman o un Norbert Elías– usan máscaras y representan roles, *sino a la circunstancia más radical de que, en por lo menos muchos de los pasajes fundamentales de la pieza, los protagonistas simplemente fingen, engañan, mienten:* se presentan como lo que no son, pretenden no saber lo que saben o entender las cosas en un sentido diferente a aquél en el que les fueron dichas. En las escenas que comentábamos antes, estas artes del fingimiento, el engaño y la mala fe se expresan de diversos modos: Hamlet *finge* no entender a Polonio cuando en realidad lo entiende perfectamente (mucho mejor, por cierto, que lo que éste es capaz de entenderse a sí mismo), *finge* no saber que el rey y el mismo Polonio se esconden detrás de los tapices y *finge* hablarle a Ofelia cuando en realidad les habla *a ellos*. Pero también Ofelia *finge* no conocer la estrategia de la que es el instrumento y *finge* no entender los reproches que Hamlet le dirige (*"¿Qué quiere decir vuestra alteza?"*).

Pero no hay duda de que hay sobre todo *una* escena, en *Hamlet*, en la que esa sensación de que nada es lo que parece, de que nadie es lo que finge ser, de que todos mienten, engañan y actúan un papel que falsifica su yo frente a los otros es llevada al paroxismo. Me refiero, claro, a la fundamental escena de la "pieza dentro de la pieza", en la que un grupo de actores representa, bajo la dirección de Hamlet y para toda la Corte, un drama que reproduce las circunstancias de la muerte del antiguo Rey, mientras, en la "platea" de ese drama *que duplica y comenta el otro Drama del que todos lo presentes son actores*, el rey, el príncipe y los cortesanos siguen jugando el juego de ser lo que no son y fingen estar haciendo algo distinto de lo que hacen: Hamlet, que *finge* estar poniendo en escena una obra para divertimento suyo y de la Corte, en realidad está tendiendo una trampa a Claudio, cuya conciencia atormentada espera atrapar a través del lazo de la representación. Para ello ha pedido al buen Horacio, que *finge* estar mirando la obra, que no pierda mirada al rostro del rey. Todo el mundo hace algo distinto de lo que aparenta hacer, y mira hacia donde finge no mirar. Pero si esa mirada de Horacio nos interesa aquí tan especialmente es porque constituye la perfecta réplica y contracara de la auscultación (igualmente secreta, igualmente disimulada) a la que Claudio y Polonio, escondidos detrás de los tapices, habían sometido al príncipe en la escena que veníamos de comentar.

Es que en *Hamlet* todo el mundo, además de fingir ser lo que no es, se dedica a espiar, a escudriñar a los otros para descubrir qué es lo que *los otros* ocultan detrás de sus disfraces. *La desconfianza es la lógica que preside la relación entre los personajes de la pieza en general, y entre el tío y el sobrino* (los *"dos poderosos adversarios"* cuya lucha constituye el hilo secreto de toda la acción) *en particular*. Podemos recordar aquel *"Hay algo en su alma / Que su melancolía está incubando, / Y temo que lo que revele al romperse el cascarón / Sea peligroso"*, o aquel otro *"No me gusta el modo en que está actuando, ni nos resulta seguro / Dar rienda suelta a su locura"* con los que Claudio explicita, primero ante Polonio y más tarde ante Rosencrantz y Guildenstern, su recelo ante el comportamiento de su sobrino. Podríamos igualmente recordar aquella otra frase en la que Hamlet, hablando con su madre, se refiere a los dos enviados del rey como *"mis dos compañeros de estudios, / En quienes confiaré como en serpientes venenosas"*, y tendríamos el cuadro completo de una situación de recíproca desconfianza entre los principales antagonistas del duelo cuyo desarrollo sostiene toda la pieza, desconfianza que lleva a ambos a multiplicar las prevenciones frente al otro y a espiarse mutuamente, uno tratando de conocer los secretos del alma del otro a partir de los movimientos de su rostro, el otro tratando de averiguar las intenciones del primero espiándolo detrás de los tapices o escudriñándolo a través de sus espías.

IV. Así, lo que tenemos en *Hamlet* es una situación en la que, por un lado, las palabras y los relatos (sobre el pasado, sobre la legitimidad del poder político presente) no cuentan con significados

universalmente aceptados, y por otro lado todo el mundo *disimula* y *finge* frente a los demás y *desconfía* de los demás, sobre los que con razón supone que también disimulan y fingen frente a él. Lo que ahora querría observar es que en una situación de ese tipo no sólo la comunicación entre los hombres es, como ya dijimos, imposible, sino que además *la guerra entre los hombres es inevitable*. ¿No es exactamente esto lo que nos enseñó hace tres siglos y medio Thomas Hobbes? Porque, en efecto, ¿qué es esto que estamos describiendo (un estado donde el significado de las palabras y de los relatos está "fuera de quicio" y donde todo el mundo tiene motivos para desconfiar de los demás) sino lo que el viejo Hobbes llamó, en su *Leviatán*, "estado de naturaleza"? Una hipótesis de trabajo, una "idea pura de la razón" para comprender la cual no es necesario suponer a los hombres esclavos de sus pasiones ni cargarlos con las peores cualidades psicológicas y morales. No: veremos que hasta es posible suponer que todos y cada uno de los hombres que habitan ese "estado de naturaleza" son personas decentes, virtuosas y honorables. Porque no es la maldad de los hombres, sino la misma "estructura" de esa situación, lo que la convierte en un infierno. ¿En qué consiste esa estructura? O, de otro modo, ¿qué es el estado de naturaleza, para Hobbes? Simplificando, un estado en el que: a) los hombres no pueden entenderse, porque las palabras y los relatos no tienen significados comunes y universalmente aceptados, b) los hombres desconfían unos de otros, porque no tienen ningún buen motivo para no hacerlo, y esto porque c) *no existe un garante externo de la paz*, es decir, una autoridad represiva capaz de inhibir los crímenes. Que es exactamente, notemos, la situación en la Dinamarca de *Hamlet*, cuyo Estado está –¡es el mismo Rey el que lo admite!– "*disjoint and out of frame*", desunido y desquiciado.

Pues bien: en una situación así, decimos, todos y cada uno de los hombres pueden ser personas tiernas y afables. El problema es que, en el estado de naturaleza –esto es, repitamos, *en la hipotética ausencia de un garante externo de la paz*–, ninguno de los agentes puede excluir racionalmente la hipótesis de que otro pueda querer alcanzar sus fines (no importa cuáles sean éstos: los bienes, el poder, la gloria, las mujeres –de todo eso habla Hobbes, y de todo eso, por cierto, trata *Hamlet*–) eliminándolo violentamente, y cada uno debe, necesariamente (y más allá de toda consideración sobre su propia bondad o maldad, y sobre la posible bondad o maldad de quienes lo rodean y acaso lo amenazan), *ponerse en guardia*. Y, puesto en guardia y alertado por su prudencia y su razón sobre el peligro que corre o que puede correr (un peligro que se multiplica, además, si nuestro sujeto piensa que el otro, o que cualquiera de los otros –que son iguales a él– tienen también buenas razones para sospechar de él y para ponerse, por su parte, en guardia, y para pensar eso mismo que él ahora está pensando), no hay ningún motivo para que *él mismo* no tome la iniciativa (más: sería irracional que no lo hiciera) y se ponga a eliminar a todos aquellos cuya mera existencia constituye una amenaza potencial para su seguridad y para su propia vida. El filósofo carioca Luis E. Soares ha discutido muy sagazmente esta estructura lógica (en la que es fácil reconocer la figura de la "profecía autocumplida") del "estado de naturaleza" hobbesiano. Que quizás pueda *definirse*, entonces, como ese estado en el que, fatídicamente, toda potencia se actualiza, todo horizonte de riesgo se realiza y ninguna situación puede escapar del cumplimiento de su propio destino trágico. Si esto es así, ¿no podríamos caracterizar el programa teórico-político de Hobbes como el de restablecer, entre la potencia y el acto –entre el pronóstico y el diagnóstico, entre el destino y la realidad, entre el sueño y la pesadilla–, la distancia, las *mediaciones*, que hagan posible que el compromiso autoconservador de la razón no asuma la forma autodestructiva que no puede sino asumir fuera del mundo pacificador de las instituciones?

Podemos ahora volver a *Hamlet*, en cuya trama es posible encontrar, sugeríamos, una sorprendente estilización *avant la lettre* de la figura hobbesiana del "estado de naturaleza", y cuyo final todavía nos reserva un motivo más de reflexión. Porque el final de *Hamlet* nos presenta una figura que –después de la guerra y la destrucción recíproca, después de la muerte de todos los protagonistas mayores de la pieza– llega a Elsinor para levantar sobre nuevas y más sólidas bases esas "instituciones" que todo a lo largo de la acción se habían revelado incapaces de cumplir su función pacificadora. Se trata del príncipe noruego, Fortimbrás, a quien antes de morir Hamlet había dado su voto moribundo para que se convirtiera en el futuro rey de Dinamarca, y que, tras observar el "cuadro horrible" que se presenta ante sus ojos, toma las riendas de la situación y se pone a impartir órdenes. Entre ellas me interesa aquí la que dirige al sobreviviente Horacio, el amigo del príncipe Hamlet, a quien Fortimbrás solicita un relato fiel de lo ocurrido, sin olvidarse de llamar a los grandes del reino ("*Y llamemos a los más nobles a la audiencia*") para que participen de esa revelación. Esta precaución del futuro rey es muy significativa: si la causa de los disturbios que habían conducido a la "guerra de todos contra todos" había sido la falta de un relato sólido y unificado del pasado, de lo que se trata ahora es de construir un relato semejante. Para eso nada mejor que reunir al que detenta el saber (Horacio, el *scholar*, el intelectual racionalista que va a contar lo que vieron sus ojos) y a los que detentan el poder (el futuro rey y los nobles del reino). ¿No estamos acaso ante una temprana anticipación de lo que cierto sardo obcecado y empeñoso llamaría mucho más tarde "hegemonía"? ¿Y no fue acaso Hobbes, decíamos (y aquí podemos recordar aquella idea de Sheldon Wolin según la cual el Leviatán hobbesiano es antes que nada un "Gran Definidor"), el primer teórico moderno de esta necesidad que tiene siempre el poder de construir su legitimidad en el mundo simbólico de las creencias? (Leiser Madanes tiene razón, en su libro *El árbitro arbitrario*, en señalar que la función del Estado no es para Hobbes enseñar la verdad sino garantizar la paz, pero se equivoca –en su afán por criticar la fábula escolar de Hobbes como un enemigo de la libertad– al suponer que ambas cosas pueden ser independientes).

¿Que nada garantiza que esa nueva historia oficial de Dinamarca que se fragua ahora en la alianza entre el dueño de la verdad y los dueños del poder no vaya a tener en el futuro contratiempos, no vaya a poder ser impugnada y combatida, y no vaya un día a ser derrotada por

otra que exprese un proyecto diferente? Por supuesto. ¿Que Fortimbrás nunca podrá –como ha observado Eduardo Grüner con razón– retirar "realmente" los cuerpos, porque éstos siempre estarán volviendo, porque el pasado nunca nos deja en paz? Qué duda. *Pero sería un error suponer que Hobbes pensaba otra cosa sobre las virtudes del contrato*. Nadie como Hobbes, en efecto, supo de la fragilidad de cualquier orden político y de la durable presencia del fantasma de la guerra y de la muerte acechando en los márgenes de toda sociedad civilizada. Hobbes, pensador ciertamente *trágico* al que no en vano nos hemos atrevido a poner en relación con el bardo de Stratford, es el gran teórico de la inconsistencia última de cualquier orden, y en ese sentido podemos imaginarlo también como el primero en advertir algo que hoy solemos reconocer sin dificultad: que todo orden es fatalmente contingente y que toda hegemonía es insanablemente precaria. Que es como decir: que la posibilidad de la comunicación entre los hombres está siempre asediada por el espectro de la incomprensión, que el malentendido no es la excepción a alguna regla que nos destinaría, en principio, a entendernos, sino, al revés, *la regla* contra la cual tercamente luchamos, y casi siempre en vano. *Hamlet* constituye una preciosa meditación, hecha en los albores mismos de los tiempos modernos, sobre las dos cuestiones que, medio siglo después, también ocuparían a Hobbes, y que son en realidad –como suele decirse– "dos caras de una misma moneda": la de las insuficiencias de nuestro lenguaje y la de la precariedad de nuestros órdenes políticos. Esas dos cuestiones no fueron especialmente problemáticas mientras los hombres pudieron suponer a las palabras atadas a significados eternos e inmutables, o a los Estados sostenidos sobre una legitimidad que les venía de lo Alto. Pero si algo define la modernidad es precisamente la ruptura con ambas ilusiones, la comprensión de que el mundo está –siempre, constitutivamente– "fuera de quicio", y de que es en ese desquicio que estamos condenados a (con)vivir y a hacer eso a lo que, no sin optimismo, solemos llamar comunicarnos. De ahí que una teoría de la comunicación que quisiera hacerse cargo de esa radical precariedad de su objeto no haría nada mal en buscar inspiración en el mundo de lo trágico shakespeareano.

"El más grave error de la filosofía es el haber desatendido y ocultado la diferencia entre obedecer y conocer, el de hacernos tomar los principios de obediencia por modelos de conocimiento"

Gilles Deleuze

"Político querría decir una comunidad que se ordena a la inoperancia de su comunicación"

Jean-Luc Nancy

Lo monstruoso de la política

Daniel Mundo

I. Política y comunicación

El temor a la desaparición de la acción política constituye una de las principales características, y tal vez el rasgo más pensado, del siglo XX. No es para menos. Hoy sabemos que lo *más* propio del hombre no es pensar o conocer, como había creído la filosofía tradicional, ni tampoco -como creyó la Epoca Moderna- trabajar: la humanidad de su ser se funda en la posibilidad de actuar-junto-con-otros en un lugar común, ya que sólo este actuar en común de un modo desinteresado es lo que potencia -en palabras de Aristóteles, válidas aún para nosotros- una buena vida (*to eû zèn*) o una vida políticamente significativa. Más que una vida confortable, la buena vida remite a la facultad de suspender los requerimientos vitales y sociales, a saber limitar las necesidades, a darles un lugar específico para liberar así el poder humano de lo innecesario. Este poder instaura una

comunidad, crea un ámbito de reunión, aunque nadie pertenezca a él ni consiga apropiárselo; junto con las necesidades, la buena vida sabe suspender la orden y la sumisión: allí no se manda ni se obedece. Se hace difícil sostener que en la actualidad la política consiste o se ocupa de una práctica parecida a ésta. Tampoco es usual afirmar que la acción política trata de la verdad y que está esencialmente relacionada con la comunicación: la política, más bien, se piensa como el terreno del engaño y la mentira, escenario montado por publicistas en el que los discursos y las acciones de los actores tienen la solidez y las repercusiones de los argumentos esgrimidos por los sofistas. Hemos olvidado que la política, la comunicación y la verdad pueden concebirse como los principios que rigen los fines últimos de lo humano, principios y fines que, por otro lado, la matriz social de la Epoca Moderna desfonda y desvía, reivindica y frustra. En la sociedad de la comunicación la experiencia de la comunicación, de la escucha amorosa, de la palabra amable, tiembla en el límite de su desaparición.

El sentido común -ese sentido que en otra época permitía orientarse por el mundo y que hoy resulta de un complejo juego de construcciones ideológicas y creación de hábitos nominalmente autónomos- da por supuesto que la política es una actividad especializada a la que se dedica lo que se llama "la clase política", del mismo modo que pensar es la actividad privilegiada que realizan esos especialistas llamados filósofos. Pareciera que el compromiso político se ha perdido, o que éste sólo está motivado por intereses que responden a deseos mezquinos y ambiciosos que se caracterizan por ignorar la verdad en la que lo humano se expresa, y la comunicación en la que los hombres y mujeres nos encontramos. Estamos a punto de olvidar qué significa la comunicación, y el respeto hacia la verdad se nos hace una actitud anticuada, una antigualla. No hay verdad y todo es comunicación, se podría decir. De este modo, implicarse en política terminaría siendo una deshonra antes que una virtud, y como es tradicional por lo menos desde Platón en adelante, cada vez más el pensamiento parece desentenderse y alejarse de la acción común. Ahora bien, este sentido que se le suele dar a la práctica política está fundado en un olvido, y los olvidos, como los recuerdos, son siempre actos políticos: la política los antecede, es el fundamento en el que ellos se inscriben y graban. No es el hombre, que como ser productivo puede vivir sin ninguna ocupación política, desentendiéndose de todo destino común y borrando la presencia de cualquier otredad, sino lo humano -los hombres- lo que responde a la llamada originaria de lo político. Y así como para Kant el pensar es una actividad que cualquier persona está capacitada para practicar, no hace falta un saber especial para que los hombres recordemos qué es la acción y qué significa la política. Se necesitó, en cambio, una política expresa, una intención fuerte de dominar y de ser dominado, para hacernos olvidar que nuestro estar-afectados en el mundo, las comunicaciones afectivas que podamos sostener con otros, los modos de comunicar, de hablar y escuchar, de palpar, son los que fundan las prácticas originarias a partir de las cuales, *en* las cuales, se abre el espacio de nuestra cultura y el tiempo de nuestras experiencia. La política[1].

Pensar que la política no tiene nada que ver con nuestra vida, o que tan solo es una obligación formal que el Estado nos exige cumplir de un modo ritual una vez por año, es haber aceptado como inevitable lo que resulta de la impotencia de nuestro pensamiento, que parece no guardar ningún enlace con la forma de nuestra existencia, como si nuestro pensamiento y la política, el actuar y hablar con otros y el comunicarme conmigo mismo, fueran experiencias irreconciliables. Esta escisión es el fundamento sobre el que se edifica la sociedad moderna: un pensamiento separado de su vida, una existencia agotada en su sola vivencia. Los acontecimientos más propios o característicos de la sociedad moderna precisamente ponen en tela de juicio el estatuto de lo político como condición de posibilidad de lo humano. ¿Hay hombre o es pensable lo humano aun en una sociedad postotalitaria? ¿Cómo hacer para pensar *eso*? Enfrentados a estas preguntas, la figura del monstruo viene en nuestro auxilio. Parecería que sólo un monstruo fuera capaz de habitar esta sociedad futura. El monstruo, lo monstruoso, el límite entre lo que guarda la forma de lo humano y lo animal, la naturaleza salvaje, se presenta como el último sujeto político, el único superviviente que encarna hoy la política y que todavía comunica un sentido. En verdad, hace más de cien años que hemos decretado la muerte del hombre, o entrevisto su posibilidad (entrever una posibilidad es ya haberla visto). Esto no significa, por supuesto, que nos sea sencillo o grato desprendernos de los principios humanísticos que la idea del hombre porta, aunque este humanismo nos pese como una piedra insoportable a la hora de pensar el mundo que se viene, y que ya forma parte de nuestro pasado[2].

Cuando la política termine de desaparecer bajo la fuerza arrolladora de una Ciudad sin límites, lo que aparecerá en su lugar será un hombre incapaz de imaginar una comunidad. El monstruo. La figura del monstruo se expresa en dos formas. En su forma violenta, el monstruo político, desencadenado por la furia y la decepción, arrasa con la vida en común: el sujeto multitudinario asola e inhabilita los lugares por los que atraviesa debido a que en ellos no hay espacio para la palabra. En su forma pacífica, la lengua del monstruo produce un chirrido imperceptible que atenta contra cualquier comunicación: la multitud que habita en el individuo social no se calma, y a nadie le preocupa su efervescencia: se quiere saber que está bien, feliz y alegre, no que cuente -si aún supiera qué significa relatar- cómo está. Este monstruo es un ser social que vivirá, seguramente, contiguo a otros seres semejantes a él, pero esa contigüidad estará vacía de sentidos: la figura del "musulmán"-uno de los tipos de comportamiento que los hombres pueden practicar según nos han enseñado los campos de concentración nazis: tal vez la figura humana más insoportable y dolorosa, difícil de recordar y literalmente imposible de llevar-, puede ayudarnos de algún modo a imaginar este nuevo sujeto postpolítico: a nadie le interesa hablarle, y de hecho todos tienen miedo de dialogar con él -como si su abatimiento, su desazón, su mudez, fueran contagiosas-; a él, por su parte, tampoco le importa hablar con nadie: en el esfuerzo de hablar se le iría la vida. Es menos que un animal sin llegar a ser una simple cosa que se mueve. La otra cara de la misma figura es el oficial, el jerarca, cualquier individuo que detenta, posee o ejerce una función de poder: un ser arrogante que en vez de tartamudear un sentido distribuye consignas y sentencias, preocupado tan sólo

por llenar su estómago y el de su familia, abocado a acumular electrodomésticos e información, sin preguntarse por otra cosa que no sea cómo actuar de un modo eficiente o qué hacer cuando consiga un rato libre y se vaya de vacaciones. Si estos son los rasgos preeminentes del hombre contemporáneo, esto significa que no sólo hemos perdido un cierto tipo de práctica social, o una de las tantas actividades que el hombre conoce, la acción política; lo que se ve afectado es el fundamento mismo del *ser* humano, hasta el punto que nos veríamos obligados a relativizar el valor de ese concepto tan manoseado: «hombre». Habría que pensar al monstruo como el verdadero actor político del presente.

II. El hombre perdido

El humanismo nos dificulta comprender las condiciones de existencia del mundo contemporáneo: sus principios insuperables gobiernan nuestra imaginación cuando pensamos los fundamentos del mundo y la sociedad que deseamos. Esto atora la capacidad de imaginar y pensar nuestras potencialidades fácticas de acción. Nos debilita y envenena. Fue Nietzsche el que le dio nombre a este ser que despunta en un mundo posthumano: lo llamó *Übermensch*. La traducción de este término es problemática; si se lo traduce literalmente por «superhombre», da la idea de un ser que conduce hasta el extremo las características positivas del hombre: su valentía, su coraje, su fuerza, etc. No es éste el único significado que se desprende del concepto. Se lo puede traducir también como ultrahombre -como hace Sánchez Pascual-, o como infrahombre, un ser-hombre que ya no-es-humano, un ser que está más allá de lo humano, por lo menos de lo humano tal como fue definido por la filosofía y la metafísica heredada. La consumación de la metafísica que lleva adelante Nietzsche[3] vuelve a problematizar la tarea de pensar, esa facultad humana aparentemente incomunicable y que, sin embargo, se expresa cada vez que los hombres distinguen entre lo que les gusta y lo que les desagrada, entre lo que está bien y lo que está mal. El pensar se reduce a instrumento de localización y registro, se ve abandonado a la hora de comprender su situación histórica. Las categorías tradicionales con las que el pensamiento se orientaba por el mundo -como anunciaba Simmel a comienzos del siglo XX- ya no sirven para pensar las condiciones de existencia de los hombres en el mundo contemporáneo. Hay que inventar nuevas categorías. El peligro, como también lo detectó Simmel, reside en que este invento o esta creación se haga de un modo absoluto y de espaldas al pasado del que somos herederos. Al desconocer el peso del pasado, las nuevas categorías se verían obligadas o constreñidas a aceptar de un modo acrítico los imperativos técnicos y económicos que regulan la vida y la muerte de las poblaciones modernas, como si la cultura, las costumbres, el hábito, el *ethos*, sólo pudieran o supieran responder a la lógica de la eficacia y del confort, a la industria planetaria del espectáculo, al olvido generalizado del juicio. Todo lo que facilita nuestra vida, lo que la hace cómoda y confortable, está bien; lo que nos hace doler, o simplemente nos recuerda que podemos sufrir, debe ser eliminado: la cámara de gas y el control remoto.

Al humanizar la técnica -ésta parece ser la única salida que encuentra el pensamiento para paliar su situación- se está reconociendo la dificultad con la que nos enfrentamos cuando intentamos formular de nuevo aquellas preguntas a las que aún no hemos podido dar respuesta, y que sólo hallarán una respuesta cuando nos cerremos en una postura dogmática: la belleza es esto, la justicia aquello. Son las preguntas trágicas. La experiencia trágica tal vez sea en la actualidad una de las pocas experiencias que en lugar de profundizar en lo que es o consolarse con el estado presente de las cosas, aún pueden hundirnos en nuestro propio pasado, haciéndonos responsables de las decisiones políticas que *todavía* tomamos. En vez de desviar la mirada hacia un pasado o un futuro inventado, ubicar el pensamiento en el límite insustancial que reúne y separa lo que ya no se es de lo que aún no llega a ser. Ese lugar de los alumbramientos es la comunicación.

La crisis de la política es un fenómeno mundial: asola desde hace años tanto al viejo como al nuevo mundo. A fines de la década del '30 Carl Schmitt había advertido que en la Epoca Moderna la política (que para él no es otra cosa que la intensidad de un conflicto) se juega en el ámbito de la economía como en épocas pretéritas se jugaba en el plano de la religión o de la ciudad. Argentina, aquí como en tantas otras cosas, parece ser un país de vanguardia. Los acontecimientos que sacudieron los cimientos institucionales de nuestro país sobre el final del año 2001 pueden ser interpretados como hechos que aceleran los tiempos de la Época, oponiéndose o resistiéndose a la desmundanización de los hombres que lleva adelante la modernidad; de este modo se presentarían como la forma amorfa que encontró la sociedad contemporánea para refrenar las políticas vigentes y conducir al hombre a su morada. Podrían leerse, así, como un esfuerzo ímprobo por refundar la política. La crisis política que pone en jaque la lógica del capitalismo tardío es un acontecimiento interno de ella: esa lógica, como un sepulturero alcohólico, como un sonámbulo feliz, cava el abismo que la derrumbará. Ahora bien, nos equivocaríamos si creyéramos que darles a los hechos un sentido como éste es sobrevalorarlos: lo que ocurre es que tan solo el ansia de volver habitable el mundo nos haría sordos a la serie histórica en la que estos acontecimientos se hunden. Una vez más, la imagen del futuro empaña y nubla el pasado, un pasado que va mucho más allá de la terrorífica década menemista o de los años violentos de la dictadura, y que supera las fronteras nacionales o territoriales.

El orden mundial que tanto se alaba como rechaza hoy en día viene impulsado desde el origen mismo del proyecto moderno. Las crisis que sacuden este proyecto, por otro lado, no hacen más que alimentarlo, porque este proyecto se funda sobre principios contradictorios e irreconciliables: la homogeneización general va de la mano con la desigualdad esclavista y la particularización estandarizada de los gustos, la riqueza desmesurada con la miseria más extrema. En una sociedad en la que nada se salva de volverse noticia, es decir, algo digno de contarse, la vida de los individuos se convirtió en un hecho anodino sin nada relevante para señalar. En el mismo gesto de liberar al hombre de los dolores que comporta la existencia, al facilitarle la vida, la lógica de sumisión y rebeldía que gobierna esta sociedad se

apropia de la totalidad de su vida, poniendo esta apropiación bajo un lustre de desprendimiento y generosidad: hace de la comodidad el fin último de todas las tareas, sean productivas u ociosas. La productividad y la utilidad son los principios vectores de esta Era: cualquier cosa que se haga tiene que servir para algo, hasta pensar, la actividad más inútil de las que los hombres y mujeres podemos practicar. Es tal nuestra confusión que el hecho-de-pensar se termina emparentando con el trabajo de investigación y la búsqueda de conocimiento: ambas tareas remitirían a una misma práctica, y el registro y la acumulación de datos, el manejo minucioso de información, la rectificación de los experimentos -que son las maneras correctas de conocer- se han convertido en el modo *apropiado* de reflexionar. Este orden vigente, como ya se imaginará, implica también convertir a la política en una actividad necesaria, un mal menor necesario para administrar y gobernar la ciudad o el Estado -transformarla, podríamos decir, en un poder impotente que se frustra en su misma realización. Ahora bien, la política, en términos clásicos, no es un saber que se relaciona con el hecho de mandar o de obedecer, es más bien una actividad que no rinde beneficio alguno ni tiene utilidad, una actividad fundamental que, como el pensar, no sirve para algo ni conoce otro objetivo que la propia consumación. Esta característica nos permite comprender la insistencia con la que Hannah Arendt intentó resguardarla: el hombre puede vivir y sobrevivir apaciblemente sin la política, como un rebaño de vacas que pace en una reserva de pastos verdes y yuyos. Pero lo que sobrevive de este modo ya no es un hombre.

III. Los sobrevivientes

Los gobiernos totalitarios del siglo XX crearon unas condiciones de existencia en las que todos estos temores aparentemente hipotéticos que rodean y acosan la acción política se encarnaron. Los campos de concentración fueron y son el espacio adecuado para hurgar en las utopías que alentaron al mundo moderno. Es más, podría arriesgarse la sospecha de que esas utopías se han terminado cumpliendo en las sociedades postotalitarias. En estas sociedades, como de un modo escalofriante lo supo mostrar Giorgio Agamben, la política, el espacio y el tiempo de exceso con respecto a las necesidades biológicas y sociales, se subsumió a la vida: la vida misma, el grado cero del sentido, la vida desnuda, se ha convertido en el sujeto de la política. Foucault utilizó el concepto de biopolítica para caracterizar esta forma de pensar y practicar la acción en común. La acción política administra la vida, la regula, la extiende, la extermina. Esta transformación le permite a Agamben sostener que los campos de concentración constituyen el *nómos*, la legalidad que enmarca las leyes que gobiernan las existencias postotalitarias. Esto no se debe tan sólo a que el recuerdo de los campos sea una obligación política, ni a que la voz de los muertos nos asedie como un fantasma, sino a que las modulaciones existenciales que se dieron en ellos atraviesan los variados regímenes de vida del mundo de la postguerra. La Argentina no es ajena a este destino fáustico.

Hay dos características de los *Lager* que me interesa nombrar aquí y que considero fundamentales en el momento de reflexionar sobre las condiciones de la política en la sociedad contemporánea. De una ya he sugerido alguna cuestión, me refiero a la preeminencia que tiene la vida biológica en el momento de pensar la comunidad humana. Los inventos tecnológicos, las prácticas de fertilización, los controles prenatales, toda discusión sobre la moralidad o inmoralidad de la eutanasia, el registro mediático de cualquier acontecimiento, difícilmente logren escapar a los proyectos concretos que llevó adelante el nazismo. Reducir a los hombres a una forma de ser que sólo alcanza a imaginar actividades que le permitan ganarse la vida, alterarla, mejorarla, es decir reducir la vida a sus instancias más elementales, era algo que estaba en la base de los regímenes totalitarios. Para decirlo con otras palabras, conseguir la construcción de un hombre al que le sea imposible confiar en el vecino, he aquí el comienzo del atardecer de la política, la inauguración del fin de una época que cuenta con más de dos mil quinientos años. Los *reality shows* y la biotecnología, lo más banal y lo más sofisticado del presente, tienen un origen común, que nosotros, al pensarlo espurio, preferimos ignorar.

La otra característica que atenta también contra el poder o la potencia política de los hombres se relaciona con una anécdota que narra Primo Levi en *Si esto es un hombre*. Primo Levi cuenta que los guardias del campo les advertían que terminara como terminara la guerra, había una batalla que ellos, el nazismo, habían ganado: el relato que el sobreviviente del campo pudiera articular -decían- referirá hechos tan atroces que será difícil que consigan hacerlos verosímiles. Nadie les creerá, era la sentencia explícita de los guardias nazis. Subyacente, estaba la confianza en que los sobrevivientes no iban a poder contar y narrar lo que habían vivido, porque lo que habían vivido se encontraba y encuentra aún en el límite de lo que los hombres pueden vivir y creer. En este acto simple y cotidiano se inauguraba un mundo en el que la comunicación no sólo no sería posible sino que, lo que es indeciblemente peor, sería superflua: implica un esfuerzo que ya no vale la pena.

En este mundo postmoderno y postotalitario los hombres deambulan por un espacio ilimitado. Este espacio desolado que se abre por acciones que han dejado atrás la carga de cualquier principio y la búsqueda de un fin no se caracteriza porque la ética y la política -que en última instancia remiten a una misma práctica- desconozcan sus principios y sus fines: la tan renombrada pérdida de los valores. Más bien lo que sucede es que no se llega a imaginar ningún medio para que la ética se cultive y la acción política aparezca. La sociedad moderna está asentada sobre grandes principios, derechos humanitarios, obligaciones, deberes, lo cual, por supuesto, es una gran conquista del espíritu democrático que alienta la época; pero también es verdad que no hay otro lugar para que estas guías de comportamiento y acción aparezcan que no sea un discurso que ya no comunica, una palabra muda, una voz afónica (los manuales de ética, los libros de los cientistas sociales o de los filósofos, los textos periodísticos: preocupados seguramente por la comunidad, como todo pensamiento bien intencionado, no le llegan a decir nada. Se los lee, quizás, se los discute, se los vivencia, pero no dejan rastro ni marca, no se hunden en la piel, no lastiman ni alegran).

Al pretender darles principios y fines a nuestras acciones comunicativas y políticas, al forzarlas a partir de un principio y a perseguir un fin, se está ignorando, precisamente, que estas acciones, más que un fin en sí mismas -como todavía podía suponer Kant-, son medios, medios sin finalidad -dice Agamben-, medios que no tienen más fin que ser el lugar común de los des-encuentros gracias a los cuales los seres humanos nos comunicamos. En esos des-encuentros nos encontramos. Abandonar el prejuicio ético de que hay un fin más alto que el encuentro entre hombres y mujeres que hablan tal vez sea el primer paso para restituir la política y la comunicación a una comunidad fracturada -monstruosa- a la que nada avergüenza, que sin hablar no llega a callar, y que ha olvidado cómo hacer para decir algo. El fin de la política, entonces, tal vez se funde en imaginarla, de nuevo, como un medio de malentendidos y transgresión, un medio puro que potencie los modos adecuados para tomar una decisión e instituir sentidos. En otras palabras, aprender, de nuevo, a discriminar lo bueno de lo malo, lo que gusta de lo que beneficia o de lo que desagrada, lo que deseamos de lo que nos debilita. En este aprendizaje reside aún una opción política.

NOTAS

1 Lo que nos proponemos en este breve ensayo es hacer dialogar a una parte del pensamiento italiano contemporáneo (Negri, Virno, Galimberti, y especialmente Agamben), que ha creado un lugar fundamental para pensar la política, con una de sus fuentes incontestables: la obra de Hannah Arendt. Cuando la filosofía se plantea volver a las cosas mismas, o lamenta la pérdida de la experiencia comunitaria, está tratando de encontrar la manera de volver a preguntarse por la política, de hacer de la política un tema y una forma de pensamiento.

2 Entre otras cosas, lo que entendemos por este nuevo hombre, por este hombre posthumano, remite a un ser-consumidor que construye su identidad con aquello que destruye de su mundo circundante, y que ignora con cierta felicidad qué sentido tiene preservar un espacio. En otras palabras, este ser-histórico (uno de los grandes descubrimientos de la época moderna) ha perdido las coordenadas de la historia, lo que provoca que no pueda ni sepa discriminar entre el pasado que perdura, el presente creador y la responsabilidad que carga y que viene de su futuro. La historia en su totalidad -todo el pasado, todo el futuro- se ha reducido a un presente sin consistencia, un presente que ya es el futuro, o que pretende serlo, al tiempo que no deja de ser su propio pasado olvidado. El visitador de museos, el lector de periódicos o el espectador de noticieros, el hombre bien informado, serían los representantes de esta nueva forma de ser hombres.

Hay una frase cabalística que dice algo así como que "el porvenir es lo pasado que viene". El saber que porta esta frase se opone a cualquier tipo de acumulación de información histórica, aunque plantea que el único lugar donde los hombres pueden consumar su subjetividad es en la historia objetiva: recordándose en un desierto de exilio tan vasto como el mundo entero. El modo de experimentar la historia aquí es muy distinto a cómo la experimenta la sociedad moderna, desprendida de toda tradición, convencida de que una revolución supone comenzar todo de cero. Tal vez en esta experiencia tan singular, incompartible casi, en esta forma tan propia y a la vez ajena de vivir la historia, se esconde algo intolerable, aquello que debe eliminarse porque constituye el residuo -la sobra- y el secreto de lo que no volverá a ser. Si esta sobra -lo judío- fuera eliminada de la faz de la tierra, esta remota manera de realizarse en la tradición de un futuro cifrado en lo pasado se perdería definitivamente. Desaparecido el último testigo, que a la vez es la ruina de lo ido, el pensamiento puede por fin liberarse de este origen no asumido, y entregarse al nuevo concepto de la historia. Por ello, todo aquel que sea capaz de imaginar la experiencia que la frase cabalística supone se transforma en un superviviente, que es un refugiado, un paria, un apátrida.

3 Dejo de lado aquí la primera interpretación que realiza Heidegger de Nietzsche en los seminarios que dicta entre 1936 y 1942, en los que coloca a Nietzsche como el último representante de la Metafísica. Nietzsche, en verdad, puede ser pensado como límite en la fractura del pensamiento Occidental: no está ni adentro ni afuera de un solo relato de la historia de la filosofía, ni enteramente en la serie histórica que puntúa la metafísica ni enteramente en la dislocación del pensamiento postmetafísico. En su obra -podría decirse- se despliegan hacia delante y hacia atrás la totalidad del devenir del pensamiento.

Televisión. Crisis y política

Gustavo Aprea

Los medios en la crisis

La noche del 19 de diciembre de 2001 no se había terminado de emitir por televisión el discurso del presidente De la Rúa anunciando el estado de sitio cuando miles de habitantes de la ciudad de Buenos Aires comenzaron a golpear sus cacerolas y a salir a las calles como señal de protesta ante la política gubernamental. Pronto los manifestantes que atravesaban la capital y las principales ciudades de la Argentina se convirtieron en el centro de una transmisión casi excluyente de los canales de aire porteños que se extendió hasta el día siguiente. Durante el transcurso del día 19 los ciudadanos porteños habían visto, muchas veces en directo a través de ese mismo medio, los saqueos a supermercados en el conurbano bonaerense. A lo largo de todo el mes de diciembre los mismos medios de comunicación habían informado sobre momentos claves de la crisis política que llevaría a la caída del gobierno de la Alianza: el anuncio del corralito, la defensa que el ministro Cavallo realizó de su política económica, numerosas protestas activas, los ataques exaltados al gobierno por parte de políticos, periodistas y comentaristas de todo tipo.

La mención de todos estos acontecimientos resulta pertinente para señalar que los medios de comunicación durante

la culminación de la crisis política que llevó a la caída de De la Rúa jugaron un papel que excede el de meros testigos o simples transmisores de información. Se convirtieron en un centro del debate y uno de los actores del drama que se estaba desatando. Esta no fue la primera vez que los medios audiovisuales diluyeron la diferencia existente entre los actos y las manifestaciones discursivas, y encogieron la distancia entre los acontecimientos y sus testimonios. Tal como lo describe Roland Barthes haciendo referencia a las jornadas de mayo del 68 francés en las que los manifestantes marchaban escuchando radios portátiles: "esa palabra [la de la radio] le daba una inflexión al acontecimiento, lo modificaba, en resumen, lo escribía"[1].

La existencia de los medios electrónicos genera un registro y conocimiento de los sucesos socialmente relevantes que ya no es producto exclusivo de la palabra impresa, tal como se imaginaba desde los comienzos de la modernidad. La televisión y la radio comprimen el tiempo que separa los acontecimientos de sus testimonios y hacen simultáneos el registro de los hechos, su interpretación y la posibilidad de actuar inmediatamente sobre el curso de los sucesos que se están exhibiendo.

Por otra parte, las imágenes mediáticas generadas en nuestra cultura desde la invención de la fotografía actúan como soporte de una serie de operaciones de tipo indicial[2] planteando algo más que simples "representaciones"[3] que reproducen un acontecimiento "externo". Es así como los medios de comunicación pueden ser considerados como los lugares donde se perfilan aspectos definitorios de la realidad social y un punto desde el cual observar la aparición de nuevos fenómenos y cambios sociales. Es por esto que los momentos de crisis son particularmente significativos para analizar cómo en nuestra sociedad se construye un real social sobre el que se orientarán las diferentes acciones que emprenderán sus miembros. La emergencia de nuevos fenómenos difíciles de tipificar o la velocidad con que se suceden los acontecimientos hace que los medios deban "improvisar" y actuar de un modo menos "convencional". Esta aparente espontaneidad en la construcción de los acontecimientos en realidad permite dar cuenta de las repeticiones con las que habitualmente los medios masivos construyen los diversos fenómenos que conforman la vida social. El análisis de estas construcciones discursivas resulta pertinente tanto para comprender el desarrollo de la crisis política como para describir el modo en que los medios y nuestra sociedad delimitan aquello que se puede decir y qué resulta visible de ciertos fenómenos sociales.

En una sociedad compleja como la nuestra, la creencia en una determinada construcción de los sucesos que se muestran a través de los medios no se basa -al menos exclusivamente- en la experiencia vivida personalmente. Los diversos actores sociales actúan de acuerdo con hechos que conocen en y por los medios de comunicación. Esos mismos hechos desarrollan múltiples existencias y son retomados *ad infinitum* por una palabra que es tanto mediática como no mediática.

¿Cómo es posible ver la pobreza?

A esta altura de los acontecimientos en nuestra sociedad existe un acuerdo general que considera a los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001 como una de las expresiones de una crisis más profunda que -según quién sea el que la define– puede ser: de un modelo económico, de representatividad política, moral, ideológica o de todos estos combinados entre sí. Un análisis que pretendiera dar cuenta del conjunto de factores involucrados en esta crisis resultaría imposible, al menos desde el punto de vista de la construcción de sentido. Toda crisis produce esta trama compleja de hechos que involucra numerosas perspectivas y posibles abordajes.

Pese a la multiplicidad de puntos de vista existen coincidencias con respecto a algunos datos que son vistos por todos como uno de los componentes fundamentales de la crisis. Uno de ellos es el aumento de la pobreza en la Argentina. Medios gráficos y audiovisuales exhiben estadísticas sobre el empobrecimiento constante y acelerado de la mayor parte de la población. Durante el año 2002 aparece un dato contundente: la mitad de la población argentina es pobre. Es decir, según cifras oficiales el 53% de los argentinos tiene ingresos no que cubren el costo de la canasta básica de alimentos y servicios. La experiencia cotidiana no hace otra cosa que ilustrar y encarnar esta información. Analizar cómo un medio, la televisión, da cuenta de esta situación que involucra a la mayoría de los argentinos es un buen punto de partida para considerar el modo en que la crisis es visualizada por el conjunto de la sociedad.

La noticia sobre el crecimiento de la pobreza no ha sido ni censurada ni relegada a lugares secundarios como sucedió en otros momentos históricos, por ejemplo, las dictaduras militares. Es decir que esta es una información que ha sido ampliamente difundida, discutida y descripta de diferentes maneras por la televisión argentina e internacional. A su vez, vale la pena plantear que ésta no es ni la primera ni la única vez que se habla y se muestra la pobreza en la Argentina y en el mundo. Esto implica que para entender la construcción mediática de la pobreza en nuestro país en este momento histórico es necesario considerar ciertas recurrencias en la conformación de un tema reconocido tradicionalmente por la sociedad e identificar algunas de las características que definen este nuevo modo de ver una pobreza que afecta a la mayor parte de la población por primera vez en muchos años. Desde el punto de vista de la construcción mediática esto implica un problema: ¿cómo se hace visible un acontecimiento que afecta a muchas personas a la vez durante un período prolongado?

Una de las formas en que se expresa el crecimiento de la pobreza es su tematización a través de múltiples lugares y situaciones tanto en forma directa como indirecta. La mayor parte de los géneros televisivos de alguna manera se aproximaron al problema aunque en muchos casos no variaron sus formas habituales de hablar sobre la pobreza.

Dentro del campo de los géneros televisivos ficcionales -básicamente la telenovela y la telecomedia- existe una construcción sumamente convencionalizada de los pobres y el entorno en que

se desenvuelven. Por lo general suele presentarse una visión romántica e idealizada de la pobreza siguiendo rasgos de la tradición folletinesca: por oposición a los ricos, los pobres son presentados como personas humildes, dignas, que encarnan valores sociales positivos. Así se construyen estereotipos fuertes como el barrio y sus personajes característicos, el buen muchacho pobre, la heroína humilde. Estos pobres honrados[4] no desentonan con el universo visual armónico que exhibe el resto del programa. Sólo un modo de utilizar el lenguaje puede diferenciarlos del resto de los personajes: se desarrolla un "habla popular" que los distingue de los demás personajes.

Durante los últimos años se producen una serie de transformaciones sobre la versión tradicional de la pobreza. Algunos telecomedias como *Gasoleros* o *Campeones de la vida,* de alguna forma tematizan -al menos en el comienzo de sus relatos- el empobrecimiento de la clase media mientras que programas como *Okupas* se desarrollan en casa tomadas, entre personajes sin ocupación fija. Las comedias sostienen la mirada amable sobre la vida cotidiana que define a este género desde unos orígenes que evidentemente son anteriores a la televisión. Sobre la base de esta convención, estas telecomedias pueden mostrar el empobrecimiento de algunos de sus personajes pero no exhibir la pobreza como un problema generalizado que afecta a un conjunto de personas mucho mayor que los que la "sufren" en la historia que cuentan.

En cuanto a *Okupas* -en general elogiada por la crítica televisiva por su realismo- lo que se exhibe es la marginalidad, no la pobreza. La forma en que se muestran los personajes marginados y su mundo corresponde más a una exasperación de los rasgos que lleva a la identificación con los héroes malditos a la manera del romanticismo, que a una descripción de tipo realista que pretenda expresar una situación que afecta a una parte amplia de la sociedad.

Paradójicamente -o no tanto- en la medida que la crisis se acelera o generaliza, las referencias a los pobres en las ficciones narrativas televisivas se minimizan o recuperan sus características tradicionales en programas como *Kachorra* o *Franco Buenaventura, el profe.* Este repaso sobre la construcción ficcional de la pobreza en la televisión argentina no pretende desenmascarar las convenciones con que estos programas tratan la pobreza. Por el contrario, la pretensión es observar cómo estos programas incorporan ciertos cambios en la percepción de la situación social, de una determinada problemática.

Si la ficción narrativa procesa el crecimiento de la pobreza a través del filtro de sus convenciones genéricas que excede la historia de la televisión, aquellos programas que tienen su origen en este medio y se asientan casi exclusivamente en él también registran a su manera la nueva dimensión de la pobreza. Producto de la llamada neotelevisión[5], una amplia variedad de géneros y programas espectacularizan la vida cotidiana y exponen temáticas que habitualmente caían dentro del ámbito de la vida privada. Este tipo de televisión combina un trabajo basado en el valor referencial del medio televisivo con la ficcionalización y cierta dimensión lúdica.[6]

En este universo amplio y de límites difusos, basado en una hibridación constante de géneros y formatos preexistentes, se asienta una serie de programas que va desde los *talk shows* o *reality shows* hasta ciertos *magazines* que articulan personajes o sucesos extraordinarios en el ámbito de lo cotidiano o espectacularizan la vida privada de ciertos personajes excepcionales a los que se les atribuye una cualidad "mediática" que los hace dignos de la atención pública. Asimismo, encontramos algunos programas de juegos o competencias que comparten con estos ciertas características como la aparición activa de la audiencia ante las cámaras o la exhibición desprejuiciada del dispositivo televisivo.

Se puede describir así un estilo televisivo que se basa en la espectacularización referida, un trabajo constante sobre las particularidades de los personajes que presenta y una opinión explícita sobre todos los asuntos que trata. Este parece ser un ámbito ideal para hacer visible el crecimiento extraordinario de una pobreza que afecta a buena parte del público que suele aparecer ruidosamente en estos programas, ya sea como protagonistas, audiencia presente en el canal o mediante comunicaciones telefónicas. Por otra parte, el foco puesto en lo excepcional de la vida cotidiana debería señalar aspectos de un cambio que afecta a la mayor parte de la sociedad.

A excepción de algunos programas de competencias que se basan en situaciones relacionadas con el empobrecimiento de buena parte de la sociedad como *Recursos Humanos*[7] o *Números rojos*[8], la pobreza no aparece como un tema específico. Aún estos "juegos basados en la realidad" exhiben más las consecuencias del empobrecimiento a través de personalidades individuales que la cotidianeidad de una pobreza generalizada.

Precisamente la individualidad excepcional es lo que permite a los miembros de la audiencia ocupar un lugar protagónico dentro de programas como los *talks shows* o rendir testimonio en *magazines* que combinando diversas formas del espectáculo construyen una mirada asombrada frente al espectáculo de lo cotidiano. La construcción del asombro frente a ciertos sucesos implica la ruptura de una causalidad basada en una lógica cotidiana e intenta integrar de alguna manera ese acontecimiento inexplicable en el ámbito del sentido común, tal como lo plantea Roland Barthes[9].

Los personajes o los testimonios aparecen en función de su carácter único, irrepetible y no como producto de una operación de tipo metonímica que los hace representativos de un universo social más amplio. Sin embargo, la repetición constante de casos particulares excepcionales permite atribuirles una causa oculta que los une a todos. En estos programas los participantes son pobres o al menos parecen serlo. Es así como la pobreza se convierte en una condición que está en la base de la credibilidad de este tipo de personaje. Se genera la percepción de que sólo alguien con carencias insalvables puede contar cosas tan degradantes en público[10]. Lo que convierte a los participantes en actores dentro de este tipo de juego son sus peculiaridades que, por lo general, se basan en el quiebre de ciertas normas de convivencia[11], la inversión del juego con ciertos clisés sobre lo que es

aceptable socialmente[12] y la exageración de ciertos rasgos[13].

La mirada asombrada sobre estos personajes excluye ciertos recursos que son habituales en la televisión contemporánea y resultan válidos para legitimar lo que se está viendo. Aquí no hay cámaras ocultas, grabaciones secretas ni movileros reclamando un testimonio. No se persigue lo oculto. Por el contrario, aquello que debe esconderse lucha por exhibirse descaradamente. Esta irrupción se legitima por las carencias que construyen la verosimilitud de los personajes: falta de recato, de educación, de un manejo del lenguaje similar al de los conductores televisivos.

Este tipo de programas ha exhibido a los pobres individualmente desde su aparición. Sin embargo, nunca los presentó como casos que actúan como índices de una situación más amplia, la pobreza, cuyas causas se pretende explicar. Esto quiere decir que en ellos la televisión sólo puede hablar de la pobreza multiplicando la cantidad de casos y exagerando cada vez más los rasgos de sus participantes. Como consecuencia, el único modo en que pueden dar cuenta del agravamiento de la situación social es a través de una intensificación de la mirada asombrada, es decir, exagerando cada vez más.

La pobreza como noticia

Tanto la construcción ficcional de la pobreza como la proliferación de casos cuyos protagonistas son los pobres no hablan explícitamente de asuntos de debate público aunque implican una mirada política sobre el problema. Por el contrario, los programas informativos suelen ser relacionados con repercusiones políticas visibles y deben abordar directamente el tema de la pobreza como un elemento clave de la situación social argentina.

Un grupo amplio y variado de géneros constituye el espacio dentro del que se pone en escena la relación entre política e información. A través de este conjunto se informa, interpreta y opina sobre esa construcción mediática que denominamos actualidad. Noticieros, investigaciones periodísticas, *magazines* de sucesos y programas políticos de opinión producen una trama discursiva basada en una forma que atraviesa los medios, los géneros y las etapas históricas: la noticia.

Para analizar cómo la televisión informa sobre la pobreza es necesario comprender cómo se conforman las noticias que hablan sobre ella. Existen ciertos condicionamientos que delimitan el modo en que la información es presentada en los noticieros televisivos argentinos. En primer término, es necesario considerar el modo en que se organiza la presentación de las noticias. Más allá de la presencia de algunos especialistas en economía, deportes o política previsional, las noticias son presentadas dentro de un marco que, en términos de la prensa gráfica, puede ser definido como información general. Esto implica un modo particular de relacionar la información presentada y su interpretación.

Diversos autores han planteado que la noticiabilidad de un hecho significa, por un lado, la existencia de un acontecimiento destacable por presentarse como una ruptura de la "normalidad" dentro de la vida social. Por otro, la noticiabilidad implica un intento de encauzar esta disrupción en alguna forma de orden que permita acceder a las causas que la generan. Básicamente existen dos modos de regular este desorden[14]. Uno de ellos conecta el acontecimiento expuesto con un campo de la actividad humana como la política, la economía o la cultura para justificar su existencia a partir de un conocimiento previo y anterior a su aparición. En este marco la noticia se presenta como un aspecto parcial de un mundo ya conocido y regulado. Así el entendimiento previo sobre la naturaleza de la vida social permite comprender las causas que generan el acontecimiento. Sobre este modelo se basó la mayor parte de la información de la prensa gráfica "seria" durante casi todo el siglo XX.

El otro modo de explicación y construcción de un acontecimiento es el que Roland Barthes[15] denomina suceso. Los sucesos son presentados como noticias que tienen un valor inmanente. Estos casos "monstruosos" se convierten en una información en sí mismos. No es necesario plantear una visión organizada del mundo para comprender un suceso. El modo en que se establece la causalidad de estos acontecimientos extraordinarios es incluirlos en alguna forma narrativa. Esta operatoria resulta posible ya que la estructura de este tipo de noticia es comparable con lo que André Jolles[16] define como caso y tiene una extensa tradición en la presentación de acontecimientos.

El modo en que se organiza la información en los noticieros argentinos sin secciones explícitas, la insistencia en los casos individuales y el lugar acotado que ocupan los especialistas marcan el predominio absoluto de las noticias como sucesos en la televisión argentina. Esta forma de construir la noticiabilidad intensifica la tendencia general de la prensa a referirse a los cambios sociales sobre la base de acontecimientos que se presentan como una ruptura del orden habitual de los hechos. Esto quiere decir que el proceso de empobrecimiento masivo de la sociedad argentina sólo puede ser visto por los noticieros en dos momentos: cuando se exhiben casos excepcionalmente graves de desnutrición o abandono o cuando se ilustran las estadísticas sobre indigencia o desocupación cada vez que éstas son renovadas.

En ambos casos la pobreza es vista como una anomalía a través de sus rasgos más conmovedores. En las notas en que se ejemplifica el crecimiento estadístico de la pobreza se ven escenas y se escuchan testimonios de desocupados, familias con niños hambrientos o personas que realizan alguna forma de asistencia a los indigentes. Las noticias sobre casos excepcionales de desnutrición focalizan estos problemas en situaciones individuales límites que exceden el marco de una pobreza generalizada. Esta forma de construir los acontecimientos borra la diferencia entre la pobreza y la miseria. Tanto desde el punto de vista del sentido común como desde una perspectiva técnica[17] pobreza y miseria son conceptos diferentes en nuestra sociedad. Sin embargo, los noticieros televisivos funden ambos términos en uno solo.[18] En este marco, el único modo de hacer visible la expansión de un fenómeno como la pobreza es a través de la presentación de sus casos extremos. Así, un proceso social amplio y de múltiples repercusiones es visto a través de sucesos aislados. Esto implica que las noticias sobre la pobreza se basan en la estructura que explica los acontecimientos de un modo inmanente. El desconcierto que producen estos

hechos se transmite tratando de dar cuenta de unas causas que se consideran aberrantes. No en vano el comentario más difundido sobre este tipo de noticias, tanto en los noticieros como en los programas de opinión, plantea una paradoja inadmisible: en el granero del mundo hay gente que se muere de hambre.

Tanto en la presentación de historias patéticas sobre la indigencia como en la ilustración de las estadísticas el tratamiento a través de casos individuales implica una forma de generalización. El caso funciona como disparador de nuevos temas que se abren a la discusión pública. De este modo el caso se presenta como el índice de una situación que exige una legitimación que articule este hecho con otros constituyendo una serie explicativa[19].

Este tipo de notas no construye relatos cerrados en sí mimos. Están articulados, -como la mayor parte de los sucesos emitidos por televisión– en forma de sintagmas descriptivos en los que imágenes inconexas son presentadas juntas en un orden de asociación visual que les confiere cierto sentido generalizado de un acontecimiento[20]. Los casos excepcionales se ubican en una serie narrativa siguiendo diversos episodios: se muestran las víctimas, se convoca a la solidaridad social y se exhibe su recuperación. A diferencia de otros casos que abrieron el debate político como los de María Soledad Morales o el conscripto Carrasco[21], por ese camino se obtura la discusión social sobre el tema y se lo aísla. El dramatismo de las escenas presentadas no acepta ni permite una variedad de puntos de vista. Las ilustraciones sobre las estadísticas tienen una estructura similar. Definen otras series para construir una explicación sobre el fenómeno informado. En algunos casos como los de las emisiones de las cadenas internacionales o los programas de investigación periodística, las imágenes sobre la indigencia se complementan con comentarios de expertos que desglosan las cifras presentadas. En otros, aparecen los comentarios morales sobre la indignidad la situación y establecen rápidamente las líneas de culpabilidad que se atribuyen a todos los problemas sociales: el gobierno, la clase política, la insensibilidad de los poderosos.

En ninguna de las maneras de conformar la noticiabilidad de la expansión de la pobreza los noticieros y la mayor parte de los programas de investigación periodística o de opinión política se conecta estos sucesos extremos y se los relaciona con otros casos que se presentan como índices de situaciones afines: diversas formas de protesta social, caminos de adaptación a la crisis como el trueque o los cambios en los hábitos de compra, el colapso de la educación o del sistema público de salud. Por el contrario, la televisión argentina construye con los casos series temáticas que se diferencian entre sí y se yuxtaponen. Por ejemplo, las diferentes formas en que se presenta la protesta social: los piqueteros, los ahorristas, los indigentes constituyen tipos bien definidos y diferenciados que parecen responder a una causa común pero no se relacionan directamente entre sí.

En ese sentido, la construcción mediática de la pobreza en los programas informativos queda limitada entre la exposición abstracta de las cifras y los intentos de darle carnadura presentando casos que expresan la masividad del fenómeno a través de la exhibición de la pobreza en sus formas más dramáticas.

Algunas consecuencias políticas

El modo en que se hace visible la pobreza habla de una política de construcción de la imagen en la televisión argentina y está en la base de la discusión pública sobre el tema.

Desde el punto de vista de la construcción de la imagen, uno de los mayores problemas es cómo poder dar cuenta de un fenómeno masivo que afecta la vida de la mayor parte de la población y de la audiencia. El modo en que la televisión da cuenta de la masividad de un hecho no se relaciona únicamente con la pobreza. Afecta también a otro tipo de hechos negativos como la construcción de la inseguridad urbana o la desocupación y se extiende tanto a los campos ficcionales como a los del entretenimiento. La mezcla de casos presentados como índice de una situación más amplia, la forma en que constituyen relatos y los efectos patéticos en la información o cómicos en el entretenimiento que se generan al describir los acontecimientos producen un tipo de construcción que espectacularia y opina al mismo tiempo sobre aquello que se está mostrando. Al mismo tiempo se hace creíble la masividad que se supone que está por detrás de los hechos a través de la exhibición de las diferencias existentes entre caso y caso, entre tipo construido y tipo construido. La televisión puede hablar de la masividad multiplicando y alineando diferentes sucesos comparables entre sí. Así se articulan temas que recortan conflictos sociales tal como se presentan en un momento histórico dado. Esto implica cierta facilidad para exhibir los cambios y una dificultad para hacer encarnar conceptos abstractos como los datos estadísticos. Esta clase de datos construidos sobre el orden simbólico[22] que implica otra forma de abstracción y generalización, se contrapone con el tipo de mediatización basada en la indicialidad sobre la que trabajan la televisión y los demás medios audiovisuales.

La imposibilidad para trabajar con conceptos formales que generalizan situaciones amplias orienta buena parte de la discusión pública que surge a partir de los temas construidos por la televisión. Los problemas sociales visualizados a través de casos aislados orientan la discusión mediática sobre la pobreza -o cualquier otro conflicto grave- sobre dos ejes. Por un lado, se repite muchas veces que ante el dramatismo del problema sobran las palabras y son necesarias acciones concretas. Estas acciones, en el caso específico de la pobreza se convierten en intervenciones puntuales[23]. Por otra parte, en lugar de establecer la causalidad que se encuentra por detrás de los problemas de la pobreza se atribuyen responsabilidades en un sentido muy amplio: los políticos, la globalización, la insensibilidad de los funcionarios o la ineficiencia estatal. De este modo se dificulta una visión articulada de los conflictos sociales como la pobreza, la inseguridad o el desempleo. Esto implica que en la discusión política mediática domine la tendencia a plantear soluciones parciales a problemas complejos y a señalar

como causa última de esos problemas a entidades abstractas con las que ni la televisión ni su audiencia parecen tener nada que ver.

Pese a la constante apelación a las acciones concretas, la construcción de sucesos para encarnar conflictos sociales plantea una toma de distancia con respecto a los problemas que se exponen. Por ejemplo, la exageración que funde la pobreza con la miseria y la narrativización de los casos planteados dramatizan la información brindada. Una operatoria similar articula los casos presentados en los géneros que espectacularizan la vida cotidiana. De esta forma, ya sea por la producción de un efecto patético o de un humor basado en la ridiculización de los personajes se genera una distancia con respecto a aquellos que ocupan el centro de la escena: los pobres, los miserables siempre son los otros.

Este modo de procesar el asombro frente a una situación social conflictiva se define por su construcción en forma de suceso. Vale la pena recordar el planteo de Roland Barthes[24] sobre ciertas consecuencias que tiene esta forma de interpretar acontecimientos que salen de los cauces habituales con los que el sentido común ordena la vida. Según Barthes los sucesos se sostienen sobre una ambigüedad entre elementos racionales e irracionales. Esta ambivalencia resulta históricamente necesaria ya que la vida social requiere de discursos que la organicen y tranquilicen pero al mismo tiempo necesita otros de contenido incierto que la irresponzabilizen por la existencia de quiebres de la lógica que ordena la vida cotidiana.

NOTAS.

[1] Barthes, R., "La escritura del suceso" en Barthes, R., *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1994. El artículo original en francés fue publicado en la revista *Communications* en 1968.

[2] En el sentido peirciano del término, una operación de tipo indicial define a aquellos signos que tienen algún tipo de relación física con el objeto que denotan y se ven afectados por aquellos objetos a los que hacen referencia. Numerosos autores como Roland Barthes, Jean Marie Schaeffer o Eliseo Verón han destacado el carácter indicial que tienen los productos surgidos de dispositivos como el fotográfico, el radiofónico o el televisivo.

[3] En este sentido vale la pena considerar los cuestionamientos que autores como Eliseo Verón (Verón, E., *El cuerpo de las imágenes*, Buenos Aires, Norma, 2001) y Francisco Varela (Varela, F.; Thompson, E. y Rosch, E., *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*, Barcelona, Gedisa, 1998) hacen a la validez teórica del concepto de "representación" dentro del campo de las ciencias sociales dado el reenvío semántico al concepto de analogía y simple reproducción de rasgos que implica.

[4] Este lugar común de la ficción se contrapone con la tópica presente muchas veces en el discurso informativo -también en el político- según la cual la pobreza es la principal fuente de la delincuencia.

[5] El concepto de *neotelevisión* alcanza amplia difusión a partir de un artículo de Umberto Eco: "TV: la transparencia perdida", en Eco, U., *La estrategia de la ilusión*, Barcelona, Lumen, 1983. Retomado por numerosos autores para confirmarlo o criticarlo, aquí es utilizado por el valor descriptivo de las formas que la televisión ha adoptado en los últimos decenios.

[6] Resulta pertinente recordar planteos como los de Verón en *El cuerpo de las imágenes*. Allí señala que la distinción entre realidad y ficción no es una diferencia de tipo ontológico. Verón la considera como el producto de una serie de operaciones que construyen *mundos*. Es decir, espacios mentales con una fuerte interconectividad interna y una visible segregación externa. En ese sentido, los límites entre ambos *mundos* resultan necesariamente difusos, aunque son reconocidos socialmente por el público televidente.

[7] Este programa produce competencias entre participantes desocupados cuyo premio es la obtención de un empleo.

[8] Los participantes de este programa juegan para ganar un dinero que les permita pagar deudas.

[9] En Barthes, R. , "Estructura del suceso" en *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1967.

[10] Una de las críticas recurrentes que se realiza a este tipo de programas es que los participantes cobran dinero -algunos de ellos cifras ínfimas- por prestarse a hacer papelones frente a las cámaras.

[11] Por ejemplo relaciones incestuosas o casi incestuosas, confesiones de infidelidad repetida, adultos que pretenden ser mantenidos sin trabajar o testimonios de delincuentes comunes.

[12] Por ejemplo, una mujer abandona a su marido por un enano porque lo considera un mejor amante.

[13] Estos rasgos son algunos de los que define Barthes en "Estructura del suceso" como cualidades necesarias para que un suceso pueda ser exhibido como un caso excepcional.

[14] Según el punto de vista de Barthes, en Bartes, R., op. cit., 1967.

[15] En op. cit., 1967.

[16] En Jolles, A., *Las formas simples*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1972. La edición original del libro es de 1930. Jolles analiza ciertas formas discursivas como el caso, el mito o el enigma cuya estructura se repite tanto en las culturas orales como en las manifestaciones mediáticas o de la alta cultura. El caso se relaciona con la construcción de la noticia como suceso tal como la describe Barthes.

[17] Las propias estadísticas oficiales que ilustran los noticieros establecen una diferencia entre pobreza e indigencia.

[18] Si bien ambos términos se separan en nuestro sentido común social, ésta no es la primera vez que se tienden a fundir. Las crisis tanto personales como sociales que plantean la "caída" en la pobreza pueden se vistas como una caída en la miseria, tal como señalara Oscar Masotta en Masotta, O., *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, CEDAL,1982.

[19] En este punto se puede afirmar que ésta es una de las formas posibles que adoptan los casos según la descripción de Aníbal Ford y Fernanda Longo en "La exasperación del caso. Algunos problemas que plantea el creciente proceso de narrativización de la información pública", en Ford, A., *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, Norma, 1999.

[20] Tal como lo describe Christian Metz, en Metz, C., *Lenguaje y cine*, Barcelona, Planeta, 1974.

[21] Así lo plantean Ford y Longo en op.cit.

[22] En el sentido peirciano del término que remite a signos que denotan a partir de una ley que determina la relación de interpretación entre el símbolo y el objeto.

[23] Expresada, por ejemplo, en la multiplicación de campañas solidarias sostenidas por los canales o los programas de entretenimiento o el otorgamiento de lugar de autoridad sobre el problema a personas que organizan planes asistenciales.

[24] En "La estructura del suceso", op. cit, 1967.

Sobre crónicas periodísticas: una agenda de modelos para controlar

Stella Martini

Los acontecimientos, los relatos, los medios

El acontecimiento es del orden de la historia, se inscribe en una secuencia temporal, involucra acciones y conocimientos de individuos y sociedades, y es del orden de la cultura, corte de un significado habitual en sus prácticas (materiales, simbólicas). El acontecimiento produce la ruptura en un devenir, y en un entorno, dirá Moles[1], que queremos (creemos) uniforme. Pero el acontecimiento es situado y es relacional, es puntual y cruza el azar con la ecología de la praxis de la humanidad. Necesita ser visible: de allí las concepciones del relato como revelador u ocultador. Pero hay más que prácticas de la censura o del ocultamiento manipulador, se trata de la puesta en escena de diferentes visiones del mundo. Cuando el delito, por ejemplo, era parte de las geografías de los arrabales porteños, en los comienzos del siglo XX, no era noticia en los diarios cuyos lectores no frecuentaban (o no confesaban hacerlo) aquellos espacios y aquellos actores. Justamente, *Crítica* (fundado en 1913) instala e "inventa" la noticia policial en la gráfica argentina en un sentido moderno y resignifica la información – y las clasificaciones- sobre el delito al incluir, en la misma sección, noticias sobre formas varias de privación social.

Todo acontecimiento es reconocido porque es contado[1]. La *narración* es una práctica que nace con el ser humano, *homo narrans,* que la ha usado para comunicar conocimientos, experiencias y sucesos de su entorno. El relato aparece datado y datando la historia de la humanidad. La cualidad de "natural" que se asociaría a esta caracterización se desarma al reconocer la inscripción del relato en el orden de lo simbólico y su posibilidad de introducir "nuevas...visiones o perspicacias (*insigths*) en el mundo social"[2]. La práctica de narrar y el producto narrado son artificios, con lo que coincidimos con Genette en que su definición simple y evidente, "la representación de un acontecimiento o una serie de acontecimientos...", oculta las fronteras y los territorios borrosos (y los intertextos posibles) que atraviesan un relato que así fluiría de manera espontánea, ocultando las variadas disimetrías que se juegan en su interior[3].

El relato es construcción y complejidad, espacio en el que se juega la lucha por la explicitación e imposición del sentido (incluimos el nivel de la historia y el nivel del discurso del relato). En el espacio público, los sucesos que afectan a la sociedad son narrados por los organismos oficiales (u oficiosos) y por sectores de interés que se hacen fuente de la noticia periodística.

Los sucesos del 26 de junio pasado, en Avellaneda, anclan en la agenda periodística y social de la violencia, reúnen los órdenes del reclamo y de los enfrentamientos/ represión institucional y se inscriben en la serie que se articula desde la memoria de hechos recientes (represión y muertes en Plaza de Mayo, el 20 de diciembre último), y con la historia de la represión y la violencia en nuestro país.

La índole y el propósito de este trabajo, la identificación y el análisis de las crónicas periodísticas sobre el conflicto social y político como narrativas de (exigencia de) control social obligan a reconocer la capacidad argumentativa, racional, del relato.

El relato, con al menos un tema donde ancla el suceso, un protagonista y un escenario, trabaja en/ con el tiempo. Y en algunas de sus diversas expresiones –por ejemplo en los constructos populares, masivos, religiosos, sociales, familiares- cierra en una moraleja o encuadre en un paradigma de verificación, celebración, reconversión en términos "positivos" sobre el individuo (héroe) o los efectos de las acciones, paradigma ubicado en una interpretación del mundo. Así, la "narrativa es un acto *socialmente* simbólico en un doble aspecto, adquiere sentido sólo en un contexto social, y desempeña un papel en la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los actores sociales..." aunque "... no hay un isomorfismo simple entre la narrativa (o cualquier otra forma simbólica) y el dominio social", y esto tiene que ver con el "carácter tenue, precario, librado a la negociación, del orden social..." que permite identificar en la sociedad "una constante 'lucha por el sentido'"[5].

La información periodística cuenta la realidad presente (y recientemente pasada) y es formante (en diversos grados) de la opinión pública y difusora de los imaginarios sociales. El campo mediático nacional, altamente concentrado, articula las lógicas del mercado con las voces hegemónicas del poder y dice reconstruir

en las agendas informativas las voces de la ciudadanía. La historia de la prensa gráfica, relacionada con las necesidades de la modernidad, ha instalado la imagen de la noticia como sustentadora de las prácticas republicanas / democráticas, valor-noticia ligado al Estado-nación, la soberanía y las prácticas participativas (reales o ilusorias) del colectivo social y a las necesidades de información sobre lo público. La movilización, la organización popular, el cuestionamiento de los sitiales de la autoridad fueron temas de agenda obligada en los medios entre diciembre del año pasado y febrero de este. La cualificación de tales sucesos era (pseudo)celebratoria. Ya en marzo, las agendas atributivas pasaron a responder a las explicaciones hegemónicas acerca de los efectos del (des) orden y el (des)control en la sociedad, y en las noticias se explican pues necesidades de gobernabilidad, intereses preeleccionarios, financieros y hasta culturales.

La noticia como relato del acontecimiento asegura que pasan cosas en el mundo, y los medios se proponen como "transmisores" de esa información. La noticia es discurso autorizado, en gran medida, por esa capacidad de conectar a los individuos con la realidad a la que no pueden acceder por la propia experiencia directa. El valor noticia de "pregonero de la novedad", la imprevisibilidad, de lo que rompe con la rutina cotidiana.

En los últimos quince años aproximadamente, el desarrollo tecnológico puso a la televisión, por el directo y el satélite, como ventana al mundo y "garantía" del reclamo y la transparencia. En esta función que parte de la sociedad otorga a (la información) de los medios se expone una de las tantas contradicciones que hacen a la relación medios-público. Productores de las grandes narrativas de legitimación del discurso hegemónico y del ocultamiento, reciben el reconocimiento de llevar a la luz -a la pantalla, al aire- la "realidad" y la voz de los que no suelen tenerla.

En este otro valor-noticia se articulan formas del conocimiento y la curiosidad exploratoria, del ocio y los placeres, del ver para la catarsis y hasta del "ver para creer".

La interconexión exasperada entre individuos, culturas, espacios pretende demoler las barreras temporales: la noticia nos trae el presente, ya no es "lo que sucedió", sino "lo que está sucediendo" y por aquellos que han estado en el lugar de los hechos. El valor-noticia que legitima a los demás es el lugar del testimonio, que se une al valor de la objetividad, los medios aseguran que se está frente a "la verdad" más que ante un verosímil y que ésta es producto de su lucha constante por el derecho a la información.

La carga ideológica contenida en este complejo significado social y en las modalidades discursivas con las que apelan al público hacen de las noticias un agente fundamental en la *normalización* o *naturalización del sentido*. La crónica periodística (y también la histórica) ponen en marcha mecanismos que identifican arbitrario con natural y que superponen las cualidades de natural y cultural. Los relatos del presente y del pasado construyen un verosímil del presente que es posible por el grado de poder de que están investidos, se cargan de un efecto social de legitimidad que "no depende de la verdad del criterio de definición, sino de la competencia para imponerlo como verdadero"[6].

Un caso de estudio: el conflicto social "no hace a nuestro estilo de vida"

Los hechos ocurridos el 26 de junio de este año, en ese territorio de lucha entre jurisdicciones y poderes, prácticas aceptadas y estigmatizaciones reiteradas, en el contexto de una movilización del Bloque Piquetero Nacional, la Coordinadora de Desocupados Aníbal Verón, la Organización Barrios de Pie, el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, y que culminaron en el asesinato a mansalva de dos jóvenes manifestantes por parte de la Policía Bonaerense constituyen un caso paradigmático para el análisis de la construcción de relatos de ocultación y de control por parte de los grandes medios de comunicación. La marcha, organizada en el conurbano para exigir la vigencia de los planes de trabajo y contra la política económica del gobierno, significó una disyunción en el orden nacional.

La crónica del mismo 26 en la televisión y de los matutinos al día siguiente no relata un hecho inédito. Las noticias periodísticas y los discursos oficiales ponen los efectos como causas, la protesta con violencia es responsable del desorden y las muertes. Los relatos se distorsionan, simplifican, confunden: están las series de la protesta, los piquetes, las amenazas al orden público, y la que pide "pacificación social". No se leen correctamente ni la serie del hambre y del desempleo, ni la del desplazamiento de la mitad de la población al estatuto de no ciudadanos.

Los grandes medios ofrecen al menos *dos versiones, dos historias, una sucede a la otra. La* del *ocultamiento,* el mismo día de los hechos y el siguiente, dice de grupos radicalizados de piqueteros y de agitadores políticos enfrentados con violencia con la policía, cometen desmanes y resultan dos manifestantes muertos a balazos (*TN Noticias* 26-06; *Canal 26,* 26-06; "Después de Hora", *América*, 26-06; *La Nación*, 27-06-02, entre otros).

La de la supuesta *revelación,* día 28 y siguientes, desplaza de manera parcial la primera historia y se instala como "la historia oficial": hubo un enfrentamiento violento y algún/os policía/s dispararon contra Santillán, en presencia del comisario a cargo del operativo. La noticia permite la revelación de "lo que realmente sucedió", la clave, la fotografía periodística, testimonio que daba vuelta por las redacciones de todos los medios desde las 14 y 30 del mismo 26 (pero que aparecen públicamente el 28).

Se trata de una narrativa de ocultamiento más (en todo caso, la policía "deberá dar las explicaciones a la justicia", *Clarín*, 28-06).

Lo cierto es que hay *un gran único relato,* poco cambia el hecho -la noticia- de que varios policías son acusados y separados de la fuerza. No hay inscripción del hecho en las series de la represión y/o la ausencia de un Estado que ejerce la violencia al impedir el acceso a casi la mitad de la población a trabajo, vivienda, salud, educación, seguridad y participación real. Las agendas de los medios cierran en el hecho puntual, más los efectos cuasi inmediatos como "purga" en la Policía Bonaerense, el contexto eleccionario o la crisis institucional.

En *Clarín*, el día de la "revelación", algunas notas llevaban estos títulos: "Debate en el gobierno por el costo político del caso"; "Cadena de repudios en todo el país"; "Hubo fuerte impacto en la prensa internacional"; "Había algunos que no parecían piqueteros".

Tanto la información de la mayoría de la prensa gráfica como la televisiva coincide en construir una descripción y explicación de los sucesos en que el protagonismo fue adjudicado a la violencia, ejercida tanto por la policía como por amplios sectores de los manifestantes, en el marco de la movilización y el corte del puente, que constituye un hecho violento en sí (ilegal), aunque se reconoce la necesidad del reclamo por la gravedad de la realidad nacional. En el comienzo eran nutridas columnas de manifestantes y numerosos "guardianes del orden" en un espacio, que no podía ser compartido -de modo similar que en el relato tradicional-, en una secuencia temporal que se fue acelerando y un cierre, con las consecuencias, dos muertes, heridos, golpes, destrozos, pánico y represión, y la moraleja, la inconveniencia de la protesta masiva, violenta, desarticulando el espacio público.

Los relatos de la prensa pueden funcionar a modo de construcciones míticas, narrativas que con una fuerte impronta ideológica condensan y (re)fundan opiniones hegemónicas, imágenes tradicionales (y reaccionarias) que resurgen en momentos de conmoción y explicitaciones del campo del poder, y que son la *síntesis* de lo ocurrido. Greimas identifica en la estructura del relato mítico un armazón, que implica la necesidad de un cierre obligado y la existencia de la marca temporal de un "antes" y un "después"; un código, "que funciona como una combinatoria relativamente abierta"[7]; y el mensaje narrativo, que analiza en el nivel de los contenidos y en el nivel de las secuencias narrativas.

Los discursos publicados en esos días dicen de muertes cuasi merecidas o al menos esperables. *La gravedad, la imprevisibilidad y los efectos posibles (seguros) sobre la sociedad,* cualidades del orden de la noticiabilidad con que cargan los acontecimientos, ocupan como agenda casi todo el espacio destinado a la información política. El día 27, *Clarín* pone un titular en la tapa y deja al suceso casi sin protagonistas, *"la crisis causó 2 nuevas muertes"*, con una foto, que impresiona a posteriori porque es el relato que revela lo que pretende ocultar, se centra en el cuerpo yacente de Costeki, y el policía que apunta a un *fantasma* (efectos de la obturación al disparar), en dos etapas, que al día siguiente se recompondrá como la imagen de Santillán, que intenta huir de la muerte.

En *La Nación,* el título de tapa dice de *"2 muertos al enfrentarse piqueteros con la policía"* (27-06), con un copete: *"Grupos radicalizados de izquierda destrozaron negocios y quemaron autos y colectivos"*. Las fotos muestran "combates", destrozos de propiedades y la imagen de Costeki muerto en el hall de la estación Avellaneda. En este titular se leen dos consecuencias: los piqueteros son los responsables de lo sucedido y es peligroso "enfrentarse" con la policía. El relato remite a la memoria de los '60 y los '70 para ubicar la responsabilidad en "la izquierda" que, según nuestra prensa más "conservadora", trabaja para construir el

caos. *La Nación* pone en escena su sentido del mundo tradicional, pero no será el único medio, la televisión redunda en acusaciones diversas y en advertencias que recuerdan los discursos oficiales de las dictaduras militares.

El centro de la historia del segundo día cambia casi con naturalidad: los medios explican que los dos piqueteros han sido muertos por balas de plomo y que, al menos uno de ellos, fue víctima de la policía, durante una marcha que alteró el orden público (actos homicidas que se explican por el mito de "los sectores indeseables de la maldita policía"). Las fotos[8] y la gravedad de los acontecimientos ponen el tema en la agenda del resto de la prensa argentina. Las imágenes son las mismas, la focalización y las leyendas de los epígrafes han cambiado. Los medios no aclaran la demora en el revelado de las fotos y se atribuyen la responsabilidad cívica de proporcionar los datos en imágenes para develar la "verdad". La televisión repite en todos los noticieros, en cámara lenta, las secuencias en que dos policías, uno uniformado, el otro de civil (vestido como un "piquetero", se aclara) recorren las calles el mismo 26 en busca de los casquillos de los proyectiles para hacerlos desaparecer como prueba de la responsabilidad en la represión.

La prensa gráfica abusa de la *infografía: Clarín* ("Política", 27-06, p.5) publica un patético "juego de mesa" con relojes, fotos de momentos de los enfrentamientos, mapas e instrucciones para el recorrido, "jugadores", "tareas", "castigos", ¿"premios?" incluidos. También hay en todos los diarios exceso de *columnas* que se preguntan por la salud de la república y por el (sin)sentido de la violencia (que habría quedado en el pasado junto con las reivindicaciones de justicia e igualdad social de los '60 y los '70 que le "dieron origen") (*La Nación*, 27-06-02)

Agendas para (armar) el control

La narración privilegia las imágenes sobre la represión (casi justificada por la "ferocidad" de los ataques a comercios, vehículos, policías). La televisión pone en escena caras tapadas por pasamontañas o pañuelos, jóvenes iracundos, autos destrozados, corridas, policías reprimiendo, junto con el testimonio del individuo común que llora por el destrozo de su comercio o auto, o al que han obligado a abandonar el colectivo que conducía *"a punta de itaka"* (el "armado del personaje" del colectivero fue reconocido días más tarde por testigos y algunas fuentes). Después, las muertes, parcializadas, editadas. Una correcta representación "posible", contexto, protagonistas, acciones, una variable, la violencia de los que reclamaron, y una lógica, la de la represión, con una consecuencia "fatal": dos muertos. La imagen de la sangre en primer plano, la información televisiva busca la sensación dura sobre el público: el sentido construido, un país alterado, el riesgo acechando en el espacio público, los peligros de los reclamos. El relato televisivo cierra con escasas fisuras. Hay una marca, sin embargo, que no se puede borrar del todo: la violencia brutal de los policías cuando arrastran a Santillán, con vida aún, fuera de la estación. La televisión se sostiene en *la espectacularización de la realidad:* el conflicto es descontrol, infracción a la ley, la negación del "silencio de los sepulcros blanqueados", y el "exceso de los policías" se parece al discurso sobre los "daños colaterales" según el Pentágono,

o quizás se trate de un "complot" que hace eje en las internas del Partido Justicialista o en los mandos de la provincia de Buenos Aires.

El énfasis está puesto en la necesidad de ordenar la situación. Para narrar de manera eficiente "la verdad", la televisión "muestra las dos campanas". Hay programas donde integrantes de los movimientos piqueteros intentan demostrar que son "normales" y "democráticos", y sus entrevistadores les reprochan el estado de agitación a que someten a la sociedad toda. La modalidad de la "columna de opinión" en televisión trabaja sobre dos cuestiones, el valor del testimonio directo y la ilusión de permitir el diálogo con algunos de los actores de los acontecimientos. Se naturaliza lo particular en la historia social: la presencia en el espacio público de los "otros" amenazadores, distintos es dramatizada, por ejemplo, en el programa de Nelson Castro (*El juego limpio*, viernes 28- 06, 22 horas) a modo de puesta en escena de la "lucha de clases" (piqueteros y representantes de los comerciantes de Avellaneda). Se intenta desjerarquizar ese tipo de violencia (el discurso hegemónico dice que es la única) y proponer el diálogo "pacífico" siempre y cuando los que reclaman dejen de hacerlo.

Las noticias entendidas como relatos de y para el control social, y en modo especial los discursos de la información sobre el (des)orden, operan en varios sentidos. Uno de ellos es el que revela, o el que muestra una versión como la real, y la mitologiza (la "congela"), le quita la carga política que contiene. En otra dimensión, apelan a las experiencias de los individuos, que pueden clasificar el tema en una serie de ocurrencia determinada, y que también es contexto cultural. Y hablan de control, que oculta el sentido naturalizado. En el caso que se analiza aquí se articulan las dos versiones discursivas/ políticas, si la prensa armó, según la versión de la fuente oficial, una historia de los sucesos en el Puente Pueyrredón, ocultó en el primer día de la información lo que sucedió exactamente. Pero en la segunda versión de la historia, el sentido ocultado es el de la vigencia de la arbitrariedad, la represión, la injusticia, la violencia institucional, la corrupción. Y es la segunda versión la que legitima la interpretación ahora oficial y también oficiosa de los medios. Y un relato que ordena y controla ha de tener un buen escritor, o una retórica eficaz para construir un verosímil. Si los medios permiten la *visibilidad* de los acontecimientos, los construyen favoreciendo la imagen de "verdad" sustentada por un grupo o grupos de opinión.

En estos momentos se construye la agenda del "conflicto social" en términos de *sensacionalismo*[9], porque está el escándalo de lo anteriormente ocultado, y se apela a la anécdota más que a la argumentación, hay intromisión en la vida privada de los individuos que sufren, que son nuevamente victimizados, esta vez en las noticias. Sin embargo, la narración propone sus argumentos: la sangre, el llanto, la muerte. Y también se hace presente la amenaza: los jóvenes muertos eran "buenos chicos", trabajaban en comedores barriales, peleaban por los derechos de los más chiquitos. "Participar tiene sus riesgos", dice la moraleja que cierra uno de los capítulos de este relato trágico.

La información sobre el conflicto social puede ser leído como un relato explicativo que potencia los pedidos de vigilancia, de orden, y exige un mayor control (social). La trama básica del relato (de control): todo accionar violento, que se ubica por fuera del marco legal, genera más violencia ("espiral"; "escalada"), instala el caos, contribuye a la inseguridad y socava el estilo de vida democrático.

Por las tramas de la violencia

Las clasificaciones –que abundan en las crónicas periodísticas- se transforman en fórmulas explicativas simplificadas y simplificadoras, de fácil reconocimiento. La más sencilla es la de las formas identitarias básicas, "nosotros" y "los otros" y que los medios reconstruyen en todo tipo de situación conflictiva ("democráticos" y "agitadores o agentes del caos"; "ciudadanos" y "malvivientes"; "trabajadores" y "piqueteros"; "legales" e "ilegales"). Entran en juego las categorías universales, los efectos de las operaciones de clasificación que introducen un orden en el mundo, y en la construcción de estereotipos y contribuyen a las operaciones de estigmatización y discriminación, represión y "mantenimiento del orden establecido" (hay delincuentes por "portación" de clase, de edad, de procedencia geográfica; y hay "posibles subversivos" con una presentación similar).

Los sucesos del 26 de junio reactualizaron una de las series favoritas, la de la **violencia**, que califica a la realidad con los atributos de la (in)seguridad; el (des)orden; el (des)control; la corrupción, y se inscribe en la agenda del fracaso del Estado y sus instituciones. La violencia marca la realidad (cotidiana) y se lee en una serie que excede las series habituales de la prensa: se extiende a las del relato histórico.

En las agendas analizadas, la metáfora de la explosión se hace sinónimo del desvío de la norma de armoniosa vecindad (imaginada) entre individuos, grupos sociales, naciones, y hasta barbarie o fanatismo. Hay secuestros trágicos y menores que matan por un par de zapatillas, hay jóvenes "agitadores sociales" que reclaman trabajo y hay fanáticos religiosos que defienden con la vida su territorio y su fe e imponen la ley de la destrucción donde sea. La irrupción de los "otros" amenazadores llega al espacio de los grandes relatos explicadores, que alcanzan el carácter de *míticos*, y a los que hemos denominado relatos de (exigencia de) control social. En esta construcción trabajan también las clasificaciones que ordenan en unas pocas categorías hechos y conductas e intentan contribuir a la (ilusoria) recuperación del "orden establecido" o de la armonía original.

En las noticias acerca de los sucesos del 26 de junio, inscriptas en la serie del conflicto social, aparecen diversos grados de intertextualidad posible, el mundo del delito común y el mundo de los atentados "terroristas" a nivel inter/ transnacional. Las imágenes, los tipos, los tropos y las modalidades con que se califican los tres tipos de series las reúne en una sola: la violencia "irracional". Son todas noticias con sus figuras estereotípicas de héroes y de villanos que se superponen.

Las noticias sobre el crimen con el incremento de los delitos y del grado de violencia se han multiplicado en los

medios. La referencia a la situación de crisis económica y social y de corrupción institucional, si bien explica de manera incompleta la información, no impide que las imágenes resultantes sean las de una sociedad insegura y asustada. El delito proviene, aseguran instituciones oficiales (fuentes informativas) y medios, de los sectores marginales de la sociedad. Las villas son la geografía del delito, y no aparecen más que como territorios "tomados" por la delincuencia, nunca son barrios con vida propia, sino "guaridas". Sus habitantes son potenciales delincuentes, de allí son los jóvenes pobres y morochos, los estigmatizados (los que más mueren de manera violenta según las estadísticas de los últimos 10 años). Sus familias no son más ámbito de contención.

La realidad de la protesta proviene de los territorios más pobres del país y sus protagonistas son los desempleados, sin techo y sin pan. Son casi esos protagonistas de delitos violentos (que protagonizan la noticia policial). Las imágenes construidas de delincuentes y piqueteros se parecen de manera sospechosa. Y de modo bastante peligroso, también lo hacen los tipos de discursos con que se narra el conflicto social ("robamos para llevar comida a nuestras familias", reiteran ante las cámaras algunos menores al tomar rehenes en un asalto violento, por ejemplo). Los que reclaman trabajo y participación también "violentan" y "roban" un lugar que es común a todos en el territorio de lo público. Las imágenes reiteradas de jóvenes llenos de furia retoman una narrativa en vigencia, los bárbaros contra los civilizados, o la subversión contra la democracia (el periodista Jorge Lanata, en su programa diario "Detrás de las noticias", en *América* a las 21 horas, entrevista en el piso a un militante de la Coordinadora A. Verón y le pregunta por qué se tapan la cara).

Son noticias que se cruzan con la serie de los jóvenes y los menores pobres "criminalizados". ¿En qué serie noticiosa se juntan y se articulan y cobran sentido macroestructuras, grupos de clase, casos, geografías de la miseria, personas, vidas? La construcción de los sucesos del 26 de junio criminaliza la protesta, el reclamo ciudadano, la pobreza, la juventud.

Con la pretensión de hablar de la verdad, el discurso dominante se sustenta en la ley humana (sustentada a su vez en la ley divina) y que se hace sentido común en el binarismo irreconciliable de virtudes y vicios, normalidad y estigmas. Y si se "criminaliza" el reclamo, la protesta es inaceptable (ilegal) y es más responsable del enfrentamiento "trágico", que impide el desarrollo de "esta nuestra democracia perfectible aún"[10].

La imagen general es la amenaza: el espacio público ya es ajeno, asaltos, secuestros a manos de delincuentes, o la imposibilidad de circular por calles y rutas "tomadas" por los piqueteros. La coincidencia con algunas agendas de la sociedad es cierta pero también es cierto que las representaciones mediáticas, en especial en situaciones críticas, se hacen una de las versiones simplificadas, estereotipificadas y oficiales de la historia.

Se hace cada vez más "normal" en los medios el discurso del "sentido común", que dice que las rutas son para el tránsito o las plazas para los niños y el diálogo la única instancia posible para el reclamo social. Hay variables de estilo "políticamente correctas", algunas parecen sinceras en su compromiso, otras, asistencialistas, cuasi pietistas. Y aumentan (es lógico, diría cualquier teoría sobre el poder) las formas más comunes de la censura/ represión.

La información sobre el conflicto inter y transnacional construye también imágenes de descontrol, caos, sufrimiento y violencia en grados cada vez mayores. Y en esas crónicas están los "ilegales" por su metodología y el "fundamentalismo" que los animaría. No sólo se superponen las imágenes (la cadena *CNN* reitera como lugar común el enfrentamiento violento en casi todas las geografías que no pertenecen al mundo desarrollado), también son similares las interpretaciones y las "moralejas".

Estas noticias también son marco de la producción y del reconocimiento de la información sobre el conflicto local en nuestro país. Se hace macrorrelato que explicaría a vastos sectores de nuestra sociedad la inevitable operatoria y realidad de los que han elegido moverse por fuera de la ley.

Cuando se enfatiza el problema que causa en la vida cotidiana el corte de rutas y calles o una movilización, se trabaja desde el discurso naturalizado de la "tranquilidad" necesaria para el desarrollo de las actividades sociales y desde el discurso de la libertad individual y del ejercicio de los derechos (democracia = goce de derechos) o el de la importancia del trabajo (la dignificación del hombre por el trabajo, el trabajo como "bendición", o la ecuación "trabajo-comida" o "trabajo-techo", y todas las calificaciones esenciales del carácter "sagrado" de servir/ trabajar/ producir/ crear o hasta la cita bíblica "ganarás el pan con el sudor de tu frente").

El desorden y la violencia aparecen como las imágenes más habituales a la hora de sintetizar el efecto del estado de movilización y ocupación de los espacios comunes y de recrear la realidad cotidiana. Todo relato cierra en la necesidad de un ordenamiento y una agenda de (exigencia) de control social (que tiene niveles y matices). El problema por el control es también el problema por el sentido, la lucha por el control es la lucha por la apropiación e imposición del sentido del mundo.

NOTAS

[1] Moles, Abraham (1972) "Notes pour une typologie des évenements". En *Communications*, 18, París

[2] Cfr. Rodrigo Alsina, M. (1993) *La construcción de la noticia*. Barcelona, Paidós.

[3] Bennett, Lance y Edelman, Murray (1985) "Toward a new political narrative". En *Journal of Communication*, Autumn, p 156.

[4] Aunque Genette trabaja las tramas del relato en la literatura, extender sus hipótesis al campo del relato periodístico es altamente probable y productivo. Cfr Genette, Gerard (1966) "Fronteras del relato". En *Análisis estructural del relato. Comunicaciones*, nº 8, Bs As., Tiempo Contemporáneo, 1972, pp 93 y ss.

[5] Mumby, Denis (1993) "Introducción: narrativa y control social". En Mumby, D. (comp.) *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1997: 16. Hay diferentes posturas teóricas acerca del "control social" como resultado de la operación de los medios. Los medios ejercerían de manera indeliberada una influencia "respaldando los valores dominantes en una comunidad", mientras que de manera más crítica, otra teoría sostiene que "los media son esencialmente conservadores debido a la interacción de las fuerzas del mercado..." (McQuail, D. (1994) *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona, Paidós, 2000, 551), en tanto el marxismo reconoce a los medios como responsables de legitimar el capitalismo.

[6] Costa, Ricardo y Mozejko, Danuta (2001) *El discurso como práctica. Lugares desde donde se cuenta la historia*. Bs As., Homo Sapiens, 38.

[7] Greimas, A. J. (1970) "Elementos para una teoría de la interpretación del relato mítico". En Barthes, R., Greimas, A. J. et al. *Análisis estructural del relato. Comunicaciones.* Bs. As., Tiempo contemporáneo, 1972, 56.

[8] La clave que abrió a la diferencia entre la versión 1 y la versión 2 de la historia es la secuencia fotográfica que muestra cuando varios policías y el comisario Franchiotti asesinan a sangre fría a Darío Santillán, arrodillado junto a Maximiliano Costeki, ya moribundo, en el piso de la estación de tren de Avellaneda. La secuencia, producto de la capacidad profesional de varios fotógrafos, de *Clarín, La Nación*, y del que ilustra el periódico de las Madres de Plaza de Mayo, fue censurada por los grandes matutinos y a instancias del gobierno se podría suponer (tengo el testimonio indirecto proporcionado por varios periodistas independientes de que ese mismo 26 al menos uno de los matutinos decidió desestimar el testimonio fotográfico y construir la primera versión de la historia, la que ofreció el Gobierno junto con la Policía. Sólo *Página 12*, "presionado" -al parecer- por varios de sus periodistas y columnistas, arma para el mismo 27 una versión más cercana a la realidad de los sucesos).

[9] Cfr. Martini, Stella (1999) "El sensacionalismo en las agendas sociales", en *Diálogos de la comunicación*. Lima. nº 56. junio, Sunkel. Guillermo (1992) "Las matrices culturales y la representación de lo popular en los diarios populares de masas", en *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago de Chile, Ilet; Barata Villar, Francesc (1998) "El drama del delito en los mass media", en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, año 7, nº 11-12.

[10] Aunque la expresión proviene de un programa de cable en el canal *P&E*, a una semana de los sucesos analizados, fue retórica explicativa común también en muchos medios y muchos discursos periodísticos ("Después de hora"; *La Nación*, etc.).

Espacios comunicacionales, construcción de subjetividad y funcionalidad política:

el "joven delincuente" en los medios de comunicación

Mercedes Calzado

"..nos interesa la fabricación de los sujetos más que la génesis del soberano."

M. Foucault

Los grandes conglomerados urbanos de la Argentina en la década del '90 han sido testigos del fortalecimiento de las representaciones del sentido común en torno a la "delincuencia juvenil". La expansión del discurso de la "inseguridad urbana producida por los jóvenes" tiene como punto de transición la reconstrucción del "menor delincuente". La modificación de los espacios comunicacionales de constitución de subjetividades tiene como principal objetivo la generación de sujetos que sean funcionales a un determinado escenario político y social. Así, los jóvenes de los sectores más empobrecidos son presentados como lo degenerado, reduciendo el nivel de conflictividad y dejando a un lado el análisis de estos sectores como producto del modelo económico y social vigente.

Ante la degradación permanente del modo de vida de amplios sectores de la población (70% de los menores de 18 años vive por debajo de la línea de pobreza) y el progresivo abandono del Estado como distribuidor de políticas públicas básicas, la mutación de la institución estatal se apoya en el fortalecimiento de su aspecto punitivo. En el caso de la adolescencia esta respuesta se produce tanto a través de la agudización de estados de violencia social

-judicialización y represión-, como de iniciativas políticas, tal es el caso de la presentación de proyectos que promueven la baja de la edad de imputabilidad para quienes cometen delitos. En este contexto es interesante analizar no sólo la función de los mecanismos de control social sino también la relación entre dispositivos comunicacionales, construcción de subjetividad y funcionalidad política.

Asimismo, este escenario permite introducirnos en las transformaciones en la construcción de la subjetividad del "menor delincuente". La constitución de subjetividades implica una demarcación entre *lo mismo* y *lo otro* que separa aquello en lo que nos reconocemos como semejantes y su contracara, lo diferente desde lo cual se constituye lo propio. En las *sociedades de disciplina*[1], lo otro giraba en torno al delito y debía ser observado, diagnosticado, curado y reinsertado. Sin embargo, en la actualidad dicha conceptualización del otro parece estar mutando. Esta situación puede observarse con claridad en la construcción que realizan los medios de comunicación en torno de la "delincuencia juvenil". Este proceso permite analizar la transformación de los dispositivos de construcción de significación y la forma por la cual los medios masivos de comunicación participan en la constitución de los sujetos que la agenda política requiere, en nuestro caso respecto de la necesidad imperante de bajar la edad de imputabilidad.

La construcción del "joven delincuente"

Una genealogía de los dispositivos de control aplicados a la infancia permite estudiar la forma en que las prácticas sociales constituyen a los sujetos "menores en riesgo" como otro, como una "infancia peligrosa" que amenaza a lo mismo y que es susceptible de ser clasificada. Si bien la construcción de sentido en torno de la peligrosidad de los jóvenes comienza a realizarse en el siglo XIX desde la justicia -en tanto espacio de circulación de sentido-, los medios de comunicación son en la actualidad un actor privilegiado para generar desde sus prácticas al "joven delincuente". Es destacable a su vez que ciertos programas televisivos espectacularizan la situación con esquemas similares a los de la práctica judicial[2].

Los medios desarrollan un papel de (re)generadores de opinión pública e incidentes de la agenda política y social, así como de relegitimadores de las representaciones del sentido común en torno a temáticas sociales y policiales. Los formadores de opinión que se presentan en los programas televisivos simplifican la problemática de la infancia pobre articulada con la (in)seguridad ciudadana, generando un discurso que postula el aumento de la inseguridad urbana y la profundización de la "violencia juvenil". Asimismo, señalan como causa principal del problema la "inimputabilidad penal de los menores" y el "alto grado de reincidencia en la acción delictiva" de estos jóvenes. Así, se legitiman las políticas represivas y se tejen discursos de resolución del conflicto a partir de la necesidad inmediata de modificar la legislación existente a través, especialmente, de bajar la edad de imputabilidad.[3]

En este marco, para analizar los rasgos característicos que se destacan en la constitución mediática de subjetividad en torno a los jóvenes delincuentes, tomamos como referencia un hecho producido durante este año que adquirió una fuerte presencia en la agenda mediática: la muerte de un policía que se desempeñaba como custodio de Carlos Ruckauf, actual canciller, "a manos de dos menores delincuentes". Para ello, trabajamos a partir de la observación del noticiero de Mauro Viale, emitido el día 8 de abril de 2002, en el que se encontraban en el piso como invitados la madre del "supuesto menor asesino" y familiares de las "víctimas muertas a mano de la delincuencia". El análisis del programa se organiza a partir de una división en dos planos: el primero, que hemos denominado plano de lo visible, se refiere a la distribución espacial y desarrollo de las imágenes. El otro, es el plano de lo enunciable y hace referencia a aquello que se dice durante el programa mencionado.

El plano de lo *visible* del caso nos presenta, prologando la discusión, una serie de imágenes que intentan connotar el "desorden social", el "golpe" sufrido por la institución policial producto de la muerte de uno de sus miembros y la "peligrosidad" de algunos adolescentes. Asimismo, la distribución espacial del programa ayuda a pensar la construcción de subjetividad. El periodista principal de la emisión, Mauro Viale, se encuentra de pie e indaga a los familiares de las "víctimas y victimarios" dirigiendo su mirada a cada uno de ellos y al telespectador en los momentos de síntesis de lo que está sucediendo, buscando una identificación con el rol ocupado por éste último (el vecino preocupado que saca sus propias conclusiones a partir de la información que se brinda). Su cuerpo, a su vez, se construye como el lugar de la imparcialidad. Por su parte, los familiares de las "víctimas asesinadas a manos de los delincuentes" (en la mayoría de los casos adolescentes) se ubican frente a la madre del "supuesto asesino del oficial" que ocupa el lugar de la indagada y representa el rol de su hijo, el de acusada. El último actor que se presenta es un comisario que, al igual que el conductor, se encuentra parado, en una actitud semejante a la de un fiscal -defendiendo los intereses comunitarios- y de un abogado defensor (la policía como "víctima principal de la violencia ejercida por los jóvenes inadaptados"). Este posee el saber técnico necesario para realizar un análisis "real y desde la experiencia" de los "jóvenes delincuentes". De este modo, en el plano de lo visible asistimos a la construcción de un escenario similar al de la justicia teatral.

El plano de lo enunciable, por su parte, presenta una serie de características destacables. En primer término, se observa la profundización de la figura construida en el plano de lo visible en relación con la posición del periodista que indaga desde la objetividad propia del rol del juez. Así, a modo de justificación del desarrollo del programa destaca la importancia de "analizar qué pasa con las familias", "entender qué pasó" y "narrar los hechos" de aquellos menores que son "imputados periodísticamente". Luego de posicionarse en esta instancia analítica, -en lo periodístico como el lugar desde donde se puede develar "la verdad"-, el conductor pasa ubicarse en un espacio similar al ocupado por un juez de menores cuando "indaga a los imputados" buscando la causa de las "conductas anormales". Así,

le pregunta a la madre del menor acusado: "¿usted permanece ajena al comportamiento de su hijo?, ¿usted se hace responsable del asesinato cometido por su hijo?, ¿identifica ciertos rasgos en el lenguaje de su hijo?, ¿por qué cree que su hijo asesinó?". Finalmente, una vez que todos los "testigos" han declarado, el periodista es quien, en una charla "a solas" con la madre, "devela" la culpabilidad de una familia que no ha desarrollado su rol como debía hacerlo, motivo por el cual el hijo se convierte en "asesino". Es decir, una vez que han sido presentadas todas las pruebas, el periodista realiza una "condena ética", con la que se compromete indirectamente al espectador.

Hay dos lugares que, discursivamente, pueden ser observados como los que representan el rol de la "indignación social". En primer lugar, el policía -representando a toda la institución policial ("no habla Gómez, hablan 80.000 policías")- se ubica como sujeto de un saber técnico desde el que presenta pruebas y realiza afirmaciones acusadoras ("usted integra un grupo delincuente y es la cabeza de dicha asociación ilícita"; "su hijo estuvo detenido por robos a siete supermercados y el juez lo soltó"; "acá el autor material del hecho es su hijo, está claro"; "su hijo comparte los códigos de los menores delincuentes y utiliza los mismos términos, el mismo lenguaje"). Asimismo, posee un saber vivencial en dos sentidos: sobre la responsabilidad de los jueces "garantistas" ("el juez lo soltó y es el que indirectamente aprieta el gatillo"; "si se hace cargo la justicia de menores, en tres meses está suelto") y sobre la responsabilidad cuasi genética de la familia en la educación desviada de los hijos ("25 años escuchando a familiares de víctimas.., usted le guió los pasos"; "cuando la defensa de la familia es tan sólida, uno se pregunta si no es toda la familia delincuente"). En segundo lugar, los familiares de los "muertos a manos de delincuentes" representan tanto a la víctima como al "ciudadano común" y "asustado", lugar desde el que señalan: "tenemos hijos muertos por los hijos de ustedes" y "cada vez que muere un policía, pasamos por lo mismo, es como morir en vida".

Sin embargo, el rol del policía -como el del familiar- se ubica en la posibilidad de develar los apriori que constituyen al sujeto delincuente. De este modo, se señala que "la delincuencia tiene que ver con el ser de la persona", "en la vida hay dos caminos; el trabajo y el afano; total soy menor y salgo cuando quiero" o, más claramente: "hay gente buena que labura y gente mala que afana y mata". Por lo tanto, aparece aquí fuertemente la marca del positivismo criminológico que, a través de la neutralidad del investigador -en este caso la figura del policía-, llega a sostener todo un conocimiento y clasificación de las conductas desviadas de los jóvenes. De la concepción de la escuela criminológica italiana de Lombrosso y Ferri se desprende que las conductas son consecuencia directa de determinaciones ambientales y biológicas[4]. Así, a lo largo de todo el programa no se habla del hecho, se analiza el «basamento» de los sujetos.

Es importante recalcar la división del *nosotros* y el *otro* observable en el plano de lo visible y de lo enunciable de esta práctica, y que da lugar a una reconfiguración actual de la construcción del «menor delincuente». Rastreando en ambos planos, se infiere un lugar del *nosotros* caracterizado por el vecino indignado por «estar profundamente afectado por la delincuencia de los jóvenes», por la inseguridad «que viven día a día». A su vez, el *otro* está construido como un victimario, ya sea quien comete «el hecho», como todo aquello que lo rodea. En tanto se habla de los sujetos -no del hecho- y que lo que se contrapone son los «familiares implicados», se construyen dos tipos de espacios familiares y, con ello, dos subjetividades: *nosotros* como víctimas que «es preciso defender» y el *otro* como el joven delincuente, fuertemente estigmatizado, que «ya no tiene retorno», no hay guía capaz de «reeducarlo», es preciso marcarlo y denegarlo, ya no reinsertarlo.

La mutación de las técnicas de control: los medios y la construcción de subjetividad

Podemos sostener que la ruptura presente entre las sociedades de disciplina y las actuales se ubica en el modo en que se ejercen las relaciones de poder. Deleuze analizó las sociedades actuales como *sociedades de control*[5] caracterizándolas desde la distribución y la interiorización total de los mecanismos normalizadores de control a partir de la extensión de los mismos sobre las prácticas cotidianas de los individuos. Las sociedades disciplinarias, al contrario, ejercen un control estructurado desde instituciones sociales. Es decir que el ejercicio del poder hoy se dispersa a través de redes flexibles y fluctuantes y la construcción de subjetividad se realiza ya no sólo desde ámbitos disciplinarios -como el judicial-, sino también (y apoyados en los anteriores) a partir de nuevos mecanismos -los medios de comunicación- que dispersan el ejercicio del poder a todo el aparato perceptivo. Así, ya no actúa sólo en la marcación del cuerpo sino que genera una red de poder que llega a todo el entramado social y totaliza aun más el espacio perceptivo.

Si tenemos en cuenta que los sujetos son construcciones que emergen a partir de prácticas sociales concretas, es decir se constituyen en las relaciones de fuerza en las que están insertos, la *episteme* actual respecto de las prácticas constitutivas de la subjetividad del «joven delincuente» puede ser analizada a partir de ejes tales como la visibilidad, el cuerpo y el saber, todos en implicancia directa con el poder[6]. Estos puntos muestran en forma clara la existencia de rupturas respecto de viejas formas de construcción de sentido en torno del «joven delincuente», rupturas que permiten analizar la reestructuración del modo de ejercicio del poder en las sociedades de control.

La *visibilidad* es, probablemente, el nivel en el que se registra una marcada mutación. En la práctica disciplinaria -tomada, por ejemplo, en el plano judicial-, la visibilidad se da a partir de la preponderancia de la estructura panóptica -pocos miran a muchos y uno mira a todos- desde la centralidad de la mirada del juez, que posibilita que el poder se ejerza todo el tiempo sobre el cuerpo presente del joven; pero, por otro lado, el castigo se oculta a partir de la institucionalización del poder de castigar y el aislamiento de las instituciones de encierro del cuerpo social.

Por su parte, en las sociedades actuales el régimen de visibilidad presenta rupturas. Esto se produce debido a que el

joven ya no aparece, no sólo se lo circunscribe -como sucede con los mecanismos disciplinarios que ocultan al sujeto desde el momento del castigo-, sino que directamente no es registrado en lo visible, la misma técnica en el caso analizado lo excluye. Los medios masivos permiten que la situación aparezca ante el telespectador, de modo tal que ya no es uno el que mira sino que son muchos los que miran la representación de lo real construida por uno[7]. El hecho no sólo se oculta -no aparece-, sino que su representación se hace pública desde la «realidad uniforme» que presenta la pantalla. Ya no se trata de ideologías que trabajan sobre las conciencias -como sucedía en general con las tecnologías de control de la sociedad disciplinaria-, sino de regímenes de visibilidad que imponen a los sujetos visiones de mundo sobre su propia mirada, no sobre la conciencia. No hay necesidad de pasar el filtro de la mirada, la realidad es sólo una y es ésta la que se presenta ante los sujetos que observan la pantalla. Es decir, el nuevo regimen de visibilidad por un lado oculta y por otro devela; al tiempo que nunca vemos al joven y al hecho que se relata, la percepción de éste último se presenta en todas sus facetas y administra la autonomía de «lo real» a partir del control total del campo visual. El mundo visual se abre y diversifica desde una única mirada y posiciona a estos jóvenes como «lo peligroso que acecha».

La relación entre *cuerpo y poder* presenta otras características. Tal como decíamos anteriormente, el cuerpo encerrado no es visible. Sin embargo, si pensamos en una operación de sustitución y tomamos la referencia del cuerpo de la madre del joven acusado en el programa televisivo como ocupando en lugar del cuerpo mismo de su hijo, observamos que lo que se construye en las técnicas de control actuales es, en alguna medida, similar al cerco tutelar propio de las técnicas disciplinarias. Más allá de estas similitudes, es preciso establecer una diferencia central en la forma en que el poder actúa sobre el cuerpo en los medios masivos y en las técnicas disciplinarias. En las sociedades de disciplina la acción se realizaba directamente sobre el cuerpo del condenado y, en menor medida, sobre su "alma". Esta situación era asimilable a todo el control social. En cambio, en las sociedades actuales el poder actúa con mayor eficacia sobre el «alma», sobre la subjetividad de los hombres. El cuerpo como materia ya fue cercado por las sociedades de disciplina y el cuerpo de quienes son encerrados parece ya no tener ninguna función, ni siquiera ideal, de utilidad y docilidad. En la actualidad el mayor trabajo está asentado sobre el inconsciente colectivo desde la generación de «imágenes dominantes» que intentan destituir la posibilidad de generar «realidades alternativas»; el trabajo ya no es sólo sobre el condenado sino que actúa sobre la reconfiguración del sentido de la delincuencia y del delito[8].

Por último, la subjetividad se constituye desde la relación entre el *saber y poder*. En las sociedades de disciplina la centralidad de la mirada -posible desde una visibilidad propia del panoptismo- produce dos instancias de observación dadas por la vigilancia y el conocimiento desde las que empiezan a desarrollarse leyes sociales

condicionantes de la conducta humana. Así, el conocimiento de la figura del delincuente deja de lado los actos y pasa a hacer observables su vida, impulsos, tendencias conductuales. De manera similar, el positivismo criminológico -que intenta transformar a los sujetos en seres cognoscibles-, parece estar altamente asentado en el mecanismo de construcción de sentido y control mediático de las sociedades actuales. La criminología positivista como lugar del saber está presente fuertemente, en el caso estudiado, en la figura del policía y en los discursos del sentido común que desarrollan los familiares de las «víctimas». A su vez, la deconstrucción final la hace el sujeto que recibe la noticia a través de la intermediación del periodista. La relación entre saber y poder parece extenderse a todos los dominios de la vida cotidiana a través de este proceso de refuerzo del sentido común, por el cual se reafirma el consenso acerca de la defensa de valores propios de la concepción del mundo de las clases dominantes: la familia y la propiedad privada. Por ello, cabe resaltar que los medios se encuentran insertos en un entramado mayor de relaciones de poder, son productores y producto de las mismas. Su función principal se puede hallar en la homogeneización del discurso en torno, en este caso, de los «jóvenes delincuentes» desde el que ratifican «principios racionales y positivos» que refuerzan la concepción integral del mundo de las clases dominantes.

Los medios, entonces, a diferencia de los dispositivos propiamente disciplinarios, poseen el poder de extender el «saber» y ello permite que el dispositivo no sólo se realice puertas adentro de los laboratorios de encierro, sino en la cotidianeidad de los sujetos. De ese modo, el telespectador se transforma en un «científico» gracias a los saberes que le aproxima la pantalla y dispone de todas las herramientas necesarias para identificar la peligrosidad de un «joven amenazante». Los medios de comunicación profundizan la capacidad de establecer efectos de verdad y permiten la construcción de subjetividades propias a los nuevos tiempos, profundizando la relación entre saber y poder. Estos discursos de verdad-saber generados por el poder terminan de construir la posibilidad de reproducir estas mismas relaciones de poder, es decir, de legitimar un orden político determinado.

En relación con los tres ejes mencionados podemos sostener que los medios masivos de comunicación hacen visible una mutación de las prácticas de subjetivación, pero su función es similar a las tecnologías disciplinarias: personas que hay que controlar. Las sociedades disciplinarias a través de la reticulación de los cuerpos -en toda su extensión- y, por su parte, los mecanismos de control en las sociedades actuales, se asientan en la función de las tecnologías previas y van un paso más allá ya que no sólo se cuadricula y se encierran los cuerpos materiales, sino que esto se extiende a todo el regimen visual y el alma de los sujetos. Los mecanismos de construcción de sentido actuales logran aquello que las sociedades de disciplina intentaron: intervenir en todos los planos de la constitución de los sujetos, reforzando la identidad de lo mismo y de lo otro.

Algunos puntos para concluir

"La policía es el cerco que cuida la sociedad y ese cerco está siendo atacado...después van por ustedes"[9]

Es sensible el cambio que encontramos en el paso de las sociedades de disciplina a las sociedades actuales. En las primeras, el proceso de generación de sentido judicial acerca de la infancia pobre genera un nosotros presente en la categoría de ciudadano -moral- capaz de guiar al desviado y excluirlo en caso de ser necesario. La subjetividad del otro en estas sociedades se propone como el excluido capaz de ser reinsertado a partir de la acción de los mecanismos disciplinarios. En cambio, las sociedades actuales construyen significativamente un otro basado en la denegación de sí por parte de un nosotros ya no caracterizado en tanto ciudadano, sino como vecino preocupado, indignado, atemorizado y atomizado.

Los sujetos emergen a partir de prácticas sociales, en la generación de sentido, es decir, son constituidos en las relaciones de fuerza de las que participan. Lo que observamos fuertemente es una mutación en la constitución del otro que produce, a su vez, la construcción de una subjetividad determinada por la subordinación -desde la entrega de la totalidad perceptiva, subjetiva- a dicho sistema y una línea demarcatoria entre lo otro y lo mismo a partir de esta situación: lo otro es lo que no se inserta, en consecuencia debe ser denegado por lo mismo en tanto aquello que se inserta -y corre el riesgo permanente de dejar de serlo o estarlo-. Esta puede ser una respuesta a la complejidad de la demarcación de las sociedades actuales ya que lo otro no se ubica fuera, -no es exclusivamente excluido-, sino que se encuentra entre nosotros, nos amenaza, puede entrar y nosotros mismos podemos pasar a ser un otro -o nuestros hijos, como muestra permanentemente el caso mediático analizado- si somos excluidos del sistema. Es este peligro el que nos obliga a denegarlo: se encuentra cerca y nos acecha. La funcionalidad política de la construcción de sentido del tema de la (in)seguridad -que gira en torno de los «menores delincuentes»-, posee como objetivo fundamental ocultar causas, visibilizar razones y consecuencias que demuestran lo imperante de resoluciones desde políticas de «mano dura» y modificación de leyes, en este caso la baja de la edad de imputabilidad.

Las técnicas de control social siguen siendo ejes de construcción de subjetividad y el delito -en el caso analizado el delito juvenil- sigue manteniéndose como una de las líneas demarcatorias más importantes de lo otro. Sin embargo, cabe aclarar que si bien tanto en las postulaciones de las sociedades de disciplina como en las de control el castigo es asociado al carácter individual y lo que lleva de peligroso para los demás[10], ambas difieren en las tecnologías utilizadas. Es relevante señalar, a su vez, que el efecto más importante del discurso y las visibilidades producidas y reproducidas por los medios masivos de comunicación -especialmente los audiovisuales- por excelencia es naturalizar y legitimizar el poder de castigar.

La construcción de subjetividad ya no se realiza únicamente desde técnicas disciplinarias sino también desde mecanismos que permiten una mayor fluidez a la hora de trabajar sobre un campo visual que posibilite demarcar una realidad capaz de diferenciar lo propio y lo otro y, al hacerlo, denegar aquello que no se perciba como parte del nosotros. Así, se construye una subjetividad en torno al joven delincuente como un ser incapaz de ubicarse en «lo social», pero que se encuentra aquí porque se hace visible en la pantalla, y nos acecha.

Las características de la mutación de correlaciones del poder de castigar y la distribución y universalización de los efectos se observan con precisión en la (re)generación de los efectos de sentido en torno al «joven delincuente». La profundización del discurso de la inseguridad y la violencia producidas en gran medida, ambas, por jóvenes de los sectores más empobrecidos, marcan el umbral en la solidificación de significantes que emergen de una nueva configuración de las relaciones sociales. Según esta resignificación el otro, antes excluido, hoy nos acecha: debemos descubrir la forma que toma quien nos puede atacar y volver a entramar el cerco que nos diferencie de lo denegado. Son estas construcciones de sentido las que funcionan claramente como regeneradoras de un orden social «perdido» que es imperioso reconstruir... antes que sea tarde y que ya estén aquí, esta vez, por nosotros.

NOTAS

[1] Tal como las llamó Foucault en *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1999.

[2] Es interesante resaltar algunas características de la configuración de sentido judicial en la que se propone una teatralidad cuya distribución espacial habla por sí misma. Al frente, el estrado donde el juez se encuentra sesgado por los otros dos miembros del tribunal. En el medio de la sala toma lugar aquel que debe declarar, vista al frente y dirigiéndose al juez. Rodeando la escena, a la izquierda se ubican los representantes de la fiscalía y la asesoría de menores. A la derecha el secretario, los acusados y el defensor de oficio. En el fondo de la sala están los familiares de los acusados. Concéntricamente se rodea al acusado cada vez que debe declarar, situación que puede asimilarse al cerco tutelar que rodea al niño peligroso. En esta "justicia teatral" el juez tiene como objetivo la defensa ritualizada de los valores institucionalizados -familia y propiedad- y, a través de ello, promueve un sentido de solidaridad moral entre los ciudadanos y propicia la "defensa social". En este sentido, el juez se impone como una guía superior capaz de curar y reinsertar al "joven delincuente". Cfr. Platt, A., *Los "Salvadores del Niño" o La invención de la delincuencia*, México, Siglo XXI, 1997.

[3] En algunas ocasiones, incluso, se postula no sólo el incremento de las penas, sino, indirectamente, hasta la pena de muerte para el "delincuente".

[4] La influencia de esta escuela se encuentra presente en gran cantidad de figuras argentinas de principios del siglo XX, entre ellas Ramos Mejía, Eusebio Gómez y José Ingenieros. Luis Agote, propulsor de la ley 10.903, sostiene la necesidad de proteger a la infancia pobre de todo «peligro físico, material o moral», separando al niño de su medio y poniéndolo a disposición del juez.

[5] Deleuze, G., "Posdata a las sociedades de control", en Ferrer, Ch., (comp.), *El lenguaje literario*, T2, Montevideo, Ed. Nordan, 1991.

[6] Foucault, M., *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1999.

[7] Esta situación ejemplifica el concepto de visibilidad foucaultiano por el cual "las visibilidades, por más que se esfuerzan por no estar nunca ocultas, no por ello son indirectamente vistas ni visibles", Deleuze, G., "Los estratos o formaciones históricas: lo visible y lo enunciable (saber)", *Foucault*, México, Paidós, 1991.

[8] En alguna medida hay aquí un retorno de la pena en tanto signo-obstáculo de los reformadores penales, ya que la búsqueda de los regímenes de visibilidad y enunciación de las sociedades actuales se asienta en la importancia de mostrar el delito como un enemigo de los cánones establecidos al cual es preciso temer. En este sentido, Beccaria sostiene que las penas no son un fin en sí mismo sino que se justifican por la prevención de nuevos delitos: «La certeza de un castigo, aunque moderado, hará siempre mayor impresión que el temor de otro más terrible..». Beccaria, *De los delitos y las penas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p. 83.

[9] Afirmación del ex-comisario presente en el programa analizado. (Es relevante señalar la similitud entre este discurso y el sostenido por los medios durante la última dictadura: el «subversivo» y el «delincuente» se ubican en el lugar del que «nos acecha» y «debe ser eliminado»).

[10] Foucault, M., *Los anormales*, Buenos Aires, FCE, 1999, ps. 133 a 136.

Opinión

Campo de los medios y del periodismo:

menos trabajo, más concentrado y muy flexibilizado

Carlos Mangone

La economía política de la Comunicación se ha dedicado especialmente a estudiar las estructuras de propiedad y su influencia sobre el contenido y la circulación de los mensajes masivos. Si bien no son excepcionales los análisis del sistema laboral en los medios masivos, no resultan suficientes como para comprender un campo que, aunque ratifica en lo fundamental las tendencias generales del sistema económico, adquiere formas materiales un tanto específicas que lo vuelven un objeto de interés para la reflexión de los especialistas.

En el caso de nuestro país, la temprana aparición de la radio y la televisión sin un marco adecuado de servicio público y la concentración de la producción mediática en el área pampeana en detrimento de un declamado federalismo cultural resultan un contexto singular que acentúa las restricciones de acceso y permanencia en el campo. La reconversión de la estructura de los medios al multimedia y la explosión demográfica de las carreras afines con los medios implica un nuevo factor que agrava aun más el ya dramático cuadro de concentración y flexibilización laboral. Lo que fue una constante del funcionamiento del sistema de medios en la Argentina actualmente adquiere otra importancia por la novedosa presencia de un ejército de reserva laboral de periodistas, diseñadores, cineastas, teatristas, especialistas radiofónicos, etc. Pasada la euforia del quinquenio 1990-1995 se ven hoy expuestos a una racionalización económica y laboral contradictoria con las expectativas creadas por entonces.

Por lo tanto, a los objetivos de una disciplina, se unen las preocupaciones de un campo académico y de formación profesional al que se agrega naturalmente la tarea de los gremios involucrados en la producción artística y periodística del sistema. Lo que sigue ambiciona ser solamente una serie de apuntes, un mapa de situación que permita encarar la resolución de la crisis.

I. Algunos antecedentes

En el sistema de los medios masivos y de la industria cultural en general la llegada de la televisión en 1951 y su desarrollo privado a partir de 1960 produjo un reacomodamiento de las figuras principales. El nuevo medio, si bien incorporaba las voces y los cuerpos de figuras populares radiales y cinematográficas, descartaba a una buena parte por no dar con el "físico" adecuado. A partir de allí se dio un fenómeno paulatino de concentración laboral ya que la hegemonía televisiva permitió un camino inverso, las figuras populares de la televisión empezaban a ser "reclamadas" por la radio; se comenzó de esa forma a restringir fuertemente el acceso a los trabajadores formados específicamente en el medio radiofónico. Otros ámbitos, como el teatro, lo sufrieron de alguna manera, ya que la industria del espectáculo desarrolló un teatro comercial con las figuras televisivas cuya exacerbación fueron las célebres temporadas de Mar del Plata en donde la continuidad televisión-teatro veraniego era una misma cosa. Los magazines radiales a partir de finales de los años setenta en las emisoras más escuchadas y por influencia de productoras independientes que ya trabajaban al mismo tiempo en radio y televisión, integraban a actrices, actores, cantantes, etc., en programas de larga duración que limitaban aun más la diversidad estética y el pluralismo de ideas. La televisión empezó a ser el pivot alrededor del cual giraba la industria y la extracción de beneficio, acentuado por los éxitos fulminantes y el declamado aprovechamiento de la "buena racha laboral", que provocaba, por entonces y hasta la actualidad, el desfile de los protagonistas por cuanto formato exista.

II. Las pautas de programación como factor de restricciones

La forma que fue adquiriendo la programación radial y televisiva en nuestro país colabora intensamente con las limitaciones para el acceso laboral. La poca o casi nula instalación de los programas televisivos de media hora en la tradición televisiva, el auge de los programas de larga duración, el carácter vitalicio que muchas entregas tuvieron en los sesenta y setenta, la pauta diaria de programación en grandes segmentos del día, entre otros, fueron factores restrictivos para la diversidad televisiva.

En el caso de la radio, el fenómeno de concentración en figuras principales alrededor de las cuales no solo giran los programas sino también las emisoras colabora enormemente con la crisis de

acceso laboral. Un ejemplo de este funcionamiento son los horarios cubiertos por figuras centrales, muchas con gran presencia televisiva, que dieron origen a los programas de variedades, llegando en el caso de la por muchos años hegemónica Radio Rivadavia a describir su grilla con cinco o seis figuras (Aldao-Fontana o Larrea-Carrizo-Mareco, Muñoz, etc.) El sistema de lealtades radiofónicas -más cercano a escuchar aquello con lo que se acuerda- incentivó una programación muy concentrada en las radios de dial "ancho".

Últimamente, en algunas emisoras radiales, se ha puesto de moda, al estilo de los comienzos de Radio América puramente informativa, reiterar a lo largo del día numerosos y extensos segmentos de programación para cubrir, como en el Cable, a una audiencia de otros horarios. En algún caso, como en la madrugada de Radio Continental, esto implica reemitir programas completos.

III. El salto de los noventa: del multimedia empresarial al multimedia humano

El salto privatizador de los noventa en la televisión consolidó las estructuras multimediáticas en un marco de mutuos apoyos promocionales entre medios. Se debilitó el "control" y la crítica intermediática acentuándose la circulación de las mismas figuras por distintos formatos, géneros y medios. No resultaba (ni resulta) difícil encontrar una secuencia de trabajo de las primeras figuras que abarque en distintos segmentos horarios la radio A.M o F.M, el canal de aire, algún programa de Cable y las colaboraciones frecuentes en las publicaciones del multimedia. En las radios más escuchadas, Mitre y Radio 10, se da un caso singular: los elencos de los magazines se rotan en los horarios intercambiando el papel de conductores y de columnistas. El columnista de la mañana puede conducir a la tarde o en el fin de semana y el que acompaña a la tarde encabeza programas de la noche.

La existencia de pocas productoras independientes y la ausencia de una política pública que auspicie el acceso de nuevas propuestas hace que las figuras del espectáculo y del periodismo se conviertan en emblemas de los medios y, si bien no actúan de manera "vitalicia" como en otras épocas, son un elenco estable que circula por casi todos los programas.

IV. La ficción de dar trabajo

Hace pocos años la Asociación Argentina de Actores hacía una campaña pública acerca de la necesidad de recuperar espacios televisivos para la ficción. En ese contexto en donde se señalaba la ausencia de programas con actores en algunos canales, era el caso de América TV, resaltaba como alternativa la propuesta de la productora de Adrián Suar, por entonces con sus productos *Gasoleros* y *Campeones* en la pantalla. Como ocurre habitualmente cuando se pondera la influencia en el nivel de empleo de los hipermercados (el principal empleador privado de la Argentina es una cadena de esas características), pocas veces se ajusta la cifra con el número de empleos destruidos por ese nuevo sistema de comercialización que irrumpe sin más planificación que su voracidad mercantil en contextos oligopólicos.

La analogía no es gratuita. La consolidación de los horarios centrales de la noche para un mismo programa durante toda la semana (habitualidad comenzada en la dictadura militar con el trabajo de las productoras independientes pero limitada al horario de las 19hs., 20hs. ó 23hs.), que se extendió a casi todos los canales, deja en claro la grave restricción al acceso de pantalla para otras propuestas que no pasen por la puerta de Polka, Ideas del sur, Cuatro Cabezas o algunas pocas productoras más. Quedan nuevamente afuera numerosas posibilidades genéricas, estéticas e ideológicas.

La conclusión no podría ser más elocuente, la desaparición de tradicionales géneros de la televisión argentina que empleaban a numerosas profesiones del "mundo del espectáculo": bailarines, escenógrafos, cantantes, animadores, humoristas, actores, etc. El palimpsesto televisivo, que planta reales en el magazine, se extiende hoy a la tira de la noche que introduce "partes de género" como para reemplazar a los ausentes.

El corolario de toda esta censura estructural de trabajo artístico es la ampliación de la programación semanal de América TV al sábado con lo cual este espacio de la televisión abierta reservado en otras épocas a ciertas experimentaciones o propuestas medianamente alternativas queda definitivamente terminado.

V. Los pasantes de los periodistas empresarios

Aunque se extiende a buena parte del campo periodístico, el fenómeno de los "pasantes" periodistas suele encontrarse más presente en la especialidad del periodismo deportivo, en donde la oferta privada de formación es la más extendida. Representa en los hechos una fuerte restricción al acceso laboral de los periodistas formados en un lugar que no sea el que hegemoniza el periodista "estrella" o el gestor del espacio radial o televisivo. Los efectos de estas pasantías no institucionales entre Escuela y Trabajo no se limitan al problema laboral solamente sino que abarcan también, como en todo Taller medieval de formación o en cualquier protectorado, al acuerdo ideológico y ético con la fuente dadora de trabajo. Tonos neutros, clones ideológicos, seguidismo en las editoriales, formas de ver el mundo (y el deporte) muestran claramente que para "estar" hay que "ser" de una determinada manera. Reforzado esto además con el usufructo del trabajo periodístico didáctico para cubrir horas de programación pautada publicitariamente. La "muestra" de Talleres, informes especiales, pasantías en medios, estados a prueba, etc., disimulan que se trata de espacios financiados con publicidad y los jóvenes periodistas deslumbrados por las "luces del centro" debilitan conciente o involuntariamente aun más su perspectiva de trabajadores y su inserción gremial.

Este perverso funcionamiento del capitalismo flexibilizado y concentrado se agrava paradójicamente con la figura del periodista-empresario que compra un espacio -con su productora independiente-, regula la fuerza de trabajo con pasantías y contactos personales y acostumbra trabajar con la rotación de los entusiasmos puestos a prueba en contadas oportunidades. Si a esto se le agrega que, a veces, se trataría de periodistas adscriptos

a posiciones conocidas como "progresistas", el cuadro se complica aún más.

VI. Las vocaciones despertadas y las profesiones polivalentes

La televisión al igual que el sistema de educación privada invirtió muy poco en la formación de sus cuadros profesionales; salvo Canal 13 y por poco tiempo, nunca se consolidó una estructura que fuera un marco adecuado para el acceso meritocrático al mundo del espectáculo y del periodismo. Esta situación se profundiza cuando el poder de negociación de los artistas y periodistas en el campo está muy debilitado (aspecto que se extiende a todos los agentes que negocian en el mercado o con el Estado en el contexto de las políticas culturales). Se produce de esta manera una constante "rotación" entre las profesiones: modelos, animadores, cantantes, actores, periodistas, que juegan distintos roles sin ninguna preparación especial para el desempeño de esas tareas.

De allí que las empresas no recurran a los lugares de formación sistemática para cubrir los lugares que se abren o participar de los proyectos diseñados. Así, las profesiones se ven ante la evidencia de agentes que aprovechan los "contactos" institucionales o mercantiles. Looks específicos, capitales simbólicos ganados en otros ámbitos (deporte, empresas, profesiones liberales e incluso la política), son la puerta de entrada para ejercer cuotas de influencia desde pantallas y micrófonos. Un doble juego de los que pagan para estar y los que cobran poco como derecho de piso en el campo corona con la pre-contratación de los participantes de los reality show. Al estar ausente el concurso, la licitación abierta o el casting transparente el sistema de medios simula una suerte de democratización del acceso en las multitudinarias convocatoria masivas para participar de programas o en la elaboración de los productos mediáticos como los grupos de música pop.

VII. El pluralismo ideológico, bien gracias

El efecto de estos funcionamientos en el campo tiene una carga extra en el subcampo periodístico en donde las dificultades de acceso se ven acentuadas por los márgenes de acuerdo ideológico con las estrategias de las empresas y de los periodistas empresarios, conductores o estrellas. El resultado inmediato es que la representación ideológica de la sociedad no se ve en absoluto reflejada en las tendencias ideológicas o políticas de los principales periodistas. Con sólo explorar el dial radiofónico en AM y FM en los programas de editorialismo de la mañana o en el atardecer nos encontraremos con un sobredimensionamiento de las propuestas solventadas por empresas de servicios o auspiciadas por sectores financieros, lo que en los hechos representa una sobredeterminación del seudoperiodismo económico que eufemiza los lobbys más crudos del monetarismo y de los sectores concentrados de la economía.

Si se tomaran como referencia las últimas elecciones nacionales, proyectándose los espectros ideológicos sobre el campo periodístico, nos encontraríamos con un gran desajuste entre las opciones electorales, por ejemplo de la izquierda más extrema y su reflejo como agenda de problemas o perspectiva de las noticias en el cuerpo del periodismo. La reiterada inscripción de buena parte de los periodistas en el espacio "progresista" (amplio territorio que recibe trayectorias sin beneficio de inventario) nuevamente disimula que un conjunto importante de la población no se ve representada en el sistema de medios. Y si agregamos a esto el carácter gubernamental de la oferta periodística del subcampo periodístico estatal el panorama se agrava aun más.

VIII. Los lúmpenes sociales y la rentabilidad del desecho

Los norteamericanos, ante el problema de que el uranio empobrecido debía ser guardado bajo tierra a un gran costo, descubrieron que ubicado en la punta de los misiles provocaba temperaturas similares a las bombas atómicas sin radiactividad. De allí que los aviones que regresaban de las incursiones en los Balcanes debían arrojar las bombas sobre el Adriático por la fricción de los aterrizajes. El desecho se había convertido en beneficio. La televisión lo había logrado antes con la rentabilidad de lo que en otras épocas fue el desecho. El error o blooper convertido en trama o tema, el rumor en noticia, el divorcio en acontecimiento, la derrota en reflexión y el lúmpen social en protagonista. Los nuevos personajes televisivos y radiales no poseen más mérito que la actuación en medios que crean su demanda y potencian de manera multiplicada sus horas frente a la pantalla. Acentuada su presencia por los programas resumidores que repiten las "mejores" escenas de los magazines y talk shows, dejan poco margen para que especialistas ocupen las columnas de opinión al mejor estilo de los años setenta y ochenta. La crisis financiera y publicitaria de los medios ayuda a bajar los costos justamente en un contexto de expansión de las vocaciones afines al campo y en medio de una crisis laboral inédita.

Dejar hacer, dejar concentrar: economía y política en la historia de la TV latinoamericana

Guillermo Mastrini
y Martín Becerra

I. Introducción

Reconstruir la historia de los medios de comunicación latinoamericanos supone una tarea ardua. Las perspectivas para encarar su estudio son diversas. La relación con el poder, su participación en el desarrollo de las culturas populares o su imbricación en el conjunto de las industrias culturales son sólo algunos de los enfoques posibles. Hemos preferido centrar el análisis en cómo un grupo reducido de propietarios de medios ha ocupado un lugar central en la definición de sus políticas. Desde nuestra perspectiva, la historia económica y política del audiovisual latinoamericano puede sintetizarse a partir de un pequeño grupo de empresas concentradas que ejemplifican, como emergentes de mayor envergadura, el desarrollo del sector. Cabe aclarar, sin embargo, que en el ámbito latinoamericano aparecen experiencias que no pueden ser resumidas en los casos que a continuación se analizan. Un ejemplo de estas excepciones lo constituye el desarrollo de la televisión chilena.

El objetivo del presente artículo será analizar cómo la concentración de los medios de comunicación en América Latina, en particular la televisión, constituyó un modelo específico que no puede ser considerado sólo una variante del comercial norteamericano. En un completo estudio sobre la televisión latinoamericana John Sinclair[1] destaca que la base del modo de propiedad y control se encuentra en sus estructuras familiares con figuras patriarcales fuertes. Si bien este modelo mantiene preponderancia, debemos analizar los cambios que se han producido en los últimos años a partir de la internacionalización de los mercados audiovisuales y del recambio generacional acaecido en los principales grupos de comunicación. Los descendientes de los patriarcas retienen el control familiar sobre los grupos pero aplican nuevas formas de administración. Los antiguos "campeones nacionales" están siendo reconvertidos en actores importantes del mundo globalizado.

Una de las características de la llamada revolución en las comunicaciones producida en los últimos años del Siglo XX es la alteración de lógicas de acción de las principales industrias y la consecuente modificación de los roles y perfiles de los actores protagonistas de este proceso. En América Latina esta tendencia es complementada por la concentración[2] de los mercados informacionales, cuyos actores fundamentales son los grupos de mayor envergadura de la región y su alianza con los principales grupos globales. A partir de la crisis económica y política que afecta la región, consideramos imprescindible realizar una historia de la concentración de los medios que ayude a comprender el rol de los medios de comunicación.

Es por ello, y porque entendemos que han sido las empresas y no el Estado las que han asumido el desarrollo de la televisión en el continente, que centraremos nuestro análisis en los cuatro grupos que ostentan un lugar principal en el mercado. Tres de estos forman parte de los 50 años de historia de la televisión latina. El cuarto también se relaciona con la industria cultural antes de la mitad del Siglo XX, pero su vínculo con el audiovisual data de la última década. Nos estamos refiriendo a los grupos Televisa de México, Globo de Brasil, y Cisneros de Venezuela en primera instancia y al grupo Clarín, en segundo lugar.

II. Aproximación a la historia de la TV latinoamericana

Los procesos de concentración de medios en América Latina no son nuevos ni desconocidos. En el caso de la televisión, a partir de los años 50 se impuso la noción de servicio de interés público que fue funcional a las inversiones que las principales cadenas televisivas norteamericanas hicieron prácticamente en todos los países. En este sentido cabe destacar que en 1950 México se convirtió en el sexto país a nivel mundial en disponer de la televisión, y Venezuela en el onceavo en 1953 (en Brasil la primera transmisión fue en 1950; en la Argentina en 1951). Este hecho señala una rápida asimilación de las nuevas tecnologías informacionales disponibles, aunque no de su desarrollo.

Frente a la iniciativa privada, los diseños de políticas culturales vinculadas a la organización de la televisión encontraron su arraigo en gobiernos populistas donde el Estado ocupó un lugar de "condensación" de los valores nacionales que no cuestionaba las formas ideológicas dominantes[3]. Estos elementos deben analizarse

conjuntamente con un factor histórico: la dificultad por parte de los Estados latinoamericanos para establecer políticas de medios. Puede afirmarse al respecto que ha sido el mercado el que ha fijado de hecho las principales estrategias en materia televisiva, para que, con posterioridad, el Estado ajuste el marco regulatorio a dicha situación.

Durante los años 60 el modelo desarrollista consolidó el proceso de "modernización" económica y renovación cultural. Sus características centrales no sólo suponían la masiva entrada del capital extranjero en la economía sino, además, la sustitución de trabajo por capital en el desarrollo industrial. La gestión de los medios tuvo un desarrollo familiar, patriarcal y artesanal. El sistema televisivo presenta muchas de las características del actual: empresas privadas que compiten por la audiencia, centralización de la producción en las grandes ciudades y dependencia del capital extranjero. La influencia de las tres grandes cadenas televisivas norteamericanas (CBS, NBC y ABC) se extendió a la mayoría de los países latinoamericanos.

En términos generales, podemos señalar que la relación entre los gobiernos y los propietarios de medios se resolvió por la incapacidad de los gobiernos para fijar políticas hacia los propietarios de medios, a cambio de obtener un cierto control político sobre los contenidos. Elizabeth Fox caracteriza a este modelo como un sistema comercial políticamente dócil[4].

México fue el primer país latinoamericano en contar con televisión. Emilio Azcárraga, fundador del grupo Televisa, ya contaba con experiencia en medios por operar estaciones de radio. La concentración de la propiedad de la televisión mexicana tuvo lugar a la par que sus dueños estrechaban lazos con el partido gobernante, el Partido Revolucionario Institucional. Durante la década del 60 Televisa consiguió instalar emisoras en todo el país. Otra de sus características fue su rápida incorporación de la última tecnología disponible y su estrategia de vender no sólo al mercado latinoamericano, sino también al mercado hispano norteamericano, a través de su participación en la cadena Univisión desde 1976. Soledad Robina Bustos señala que su estrategia se basa en desarrollar productos propios y distribuirlos a través de una gama completa de medios de comunicación[5].

En Brasil la televisión surgió a través de iniciativas privadas dispersas en las principales ciudades. A mediados de la década del 60 el *holding* de la familia Marinho, encabezado por el diario O Globo, comenzó a tener presencia en el mercado televisivo. Como señala Fox[6], TV Globo nació con la dictadura que se estableció en 1964 y a la que sirvió de apoyo para el proyecto de modernización conservadora. A partir del aporte de las inversiones norteamericanas del grupo Time Life, Globo pudo desplazar a sus principales competidores y comenzar su expansión hasta alcanzar cobertura nacional. Su crecimiento interno se realizó aprovechando las cuantiosas inversiones que realizó el Estado para desarrollar las telecomunicaciones a través de la Empresa Brasileña de Telecomunicaciones. El grupo supo generar un producto con denominación de origen: las televonelas.

En Venezuela la llegada del Grupo Cisneros se retrasó hasta comienzos de la década del 60. Este grupo constituido a partir de la figura de Diego Cisneros, no provenía de la radiodifusión sino de un *holding* empresarial muy diversificado que se destacaba por tener la licencia de fabricación de Pepsi Cola. La relación de los propietarios de medios venezolanos con el poder político no constituyó una excepción a la regla. Fueron ellos los que impusieron de hecho las reglas del juego comercial, sin comprometer el proyecto político del gobierno.

El grupo Clarín en la Argentina no participó de la radiodifusión hasta comienzos de la década del 80. En 1957 el gobierno militar prohibió la participación del capital extranjero en la radiodifusión y la formación de cadenas de alcance nacional. Estos puntos nunca se cumplieron más que en la formalidad de los papeles, pero la competencia entre las emisoras impidió la consolidación de un canal monopólico. En la década del 70 el Estado revirtió para sí mismo los permisos de radiodifusión. Como señala Jones este hecho retrasó la formación de grupos multimedia[7]. Mientras tanto el diario Clarín afianzaba una posición hegemónica en el mercado de periódicos hasta llegar a ser el de mayor tirada de habla castellana. Su fortaleza económica le permitirá a partir de 1980 convertirse en uno de los principales grupos de la región.

III. Hacia una nueva economía informacional

A fines de los sesenta comienza a observarse un proceso de agotamiento del sistema productivo desarrollista cepalino e incipiente fragmentación social en el marco de un avance de la presión de los sectores populares por convertirse en actores políticos protagónicos. El fracaso de los políticos latinoamericanos para establecer un acuerdo que superase esta crisis desembocará en dictaduras militares que sentarán las bases para la adaptación de la economía a las nuevas tendencias del capitalismo internacionalizado, concentrado y con distribución de ingresos regresiva.

En el campo específico de los medios audiovisuales, las cadenas norteamericanas se retiraron de la propiedad de los medios de la región casi a la par que se sucedían los reclamos por un Nuevo Orden Económico y un Nuevo Orden Informativo. Además, los años 70 atestiguaron la formulación y desarrollo de las Políticas Nacionales de Comunicación (PNC's), que tuvieron el mérito de explicitar varios conceptos que remitían a la democratización de las comunicaciones.

En cambio, los 80 evidenciaron la derrota de las concepciones que bregaban por las PNC. Esta derrota no se explica únicamente por causas endógenas, sino también por el marco socioeconómico mundial, y por el proceso que hace de la información un insumo cardinal en la estructuración económica de las sociedades. El modelo de televisión latinoamericano comercial y altamente concentrado resultará funcional para desarrollar proyectos vinculados al nuevo lugar que ostentará la comunicación en la economía mundial. También coincide la ofensiva del fundamentalismo de mercado liderado por el gobierno norteamericano de Ronald Reagan y la desarticulación de las condiciones que daban marco al Estado de Bienestar en los países desarrollados.

Por su parte, la mutación de la estructura económica de las sociedades en las últimas décadas es contemporánea a los progre-

sivos cruces entre informática, telecomunicaciones y audiovisual, que dieron cabida al proyecto de la Sociedad de la Información. En las últimas décadas es posible identificar cuatro procesos que intervienen para cristalizar el ordenamiento económico de la información y la inversión de las lógicas de desarrollo tradicionales del sector:

1. El salto tecnológico auspiciado por la convergencia de soportes y mecanismos de distribución en la esfera de la información;

2. El deterioro o desmantelamiento de las empresas y entes públicos;

3. Las estrategias de mundialización de los grandes actores del mercado;

4. La expansión de la publicidad como mecanismo privilegiado de financiamiento.

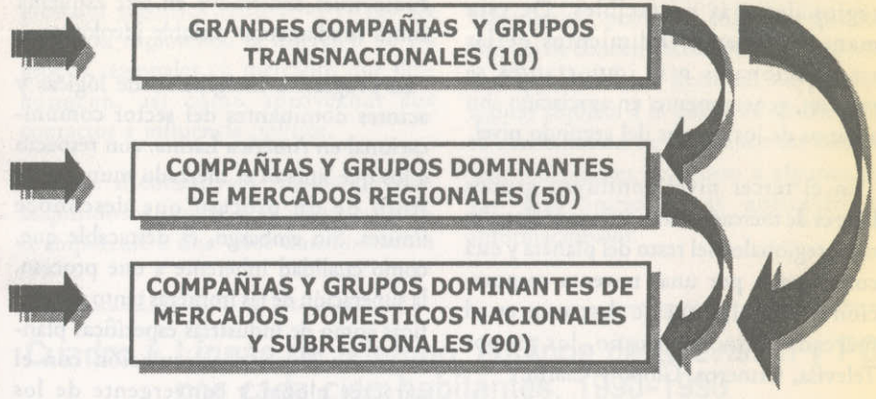
Estos procesos han condensado en la emergencia de un sistema global comercial de actividades de info-comunicación en el que América Latina aparece completamente inmersa, con un rol subordinado respecto de los grandes grupos que dominan el escenario planetario. Globo y Televisa cuentan con años de experiencia en procesos integrados de producción y distribución de contenidos culturales, plausibles ahora de ser multidistribuidos. Estos grupos han sabido adaptarse a las tendencias del salto tecnológico que se difundió durante las últimas dos décadas. Los impactos sobresalientes son: la disminución del tiempo de difusión de los contenidos; el incremento exponencial del volumen de contenidos que pueden ser distribuidos; la disminución de los costos de producción y distribución. En consecuencia, el nivel del acceso a los bienes y servicios informacionales se revela como una instancia medular en la configuración de los nuevos mercados de estas actividades. Aquí aparece uno de los puntos débiles de la región dado que la enorme desigualdad en la distribución de la riqueza restringe los niveles de acceso.

La publicidad continúa siendo la principal fuente de ingresos del sector. Está, a su vez, vinculada con los segmentos cualitativos y cuantitativos de consumo, de modo tal que el consumo forma parte de la estrategia misma de producción de un servicio informacional. No obstante, la expansión del mercado publicitario no supone la retirada absoluta del sector público que, y al igual que en otras actividades, como consumidor gigantesco y también como financiador, sigue estando presente por la doble naturaleza ideológico económica de la comunicación. De modo que aunque el financiamiento por publicidad se apunta como una de las características de la conformación del mega sector de actividades de la información y la comunicación, también existe la especificidad que le da el carácter ideológico de los productos que son, mayoritariamente, intangibles.

Si antes de los 90 era preciso comprender primero el contexto local y nacional para elucidar la lógica de las actividades informacionales, a partir de entonces la operación analítica se invierte: hoy es necesario partir del estudio de la lógica del mercado globalizado y luego intentar comprender sus diferentes escalas[8]. Estos elementos se conjugan en la evolución de un sector que, de ser "estático y protegido", pasó a convertirse en "dinámico, concentrado, transnacionalizado, de alta rentabilidad y donde cada vez se encuentran comprometidos mayores volúmenes de capital"[9]

La esfera privada, que plantea una variada gama de actores de los cuales los más influyentes constituyen el núcleo destinatario de los cambios realizados en el marco de la Sociedad de la Información, puede ser dividida en un plano conceptual, en tres niveles de implicancias globales, graficados en la figura siguiente:

Figura: Sistema global comercial info-comunicacional y niveles de jerarquia (*)



Fuente: Elaboración propia en base a McChesney (1998) (*) Se adopta la denominación de McChesney.

En los tres niveles del sistema global comercial de la información y de la comunicación debe especificarse que se trata de grupos para dar cuenta de la diversidad de empresas y actividades económicas que protagonizan la compleja conformación del sistema.

El primer nivel ilustrado en la figura se corresponde con el de una decena de grupos transnacionales que operan con todo el planeta como mercado y cuyas cotas de penetración en las diferentes regiones y países encuentran pocas barreras. De esta manera, se distinguen General Electric, AT&T, Disney, Time Warner, Sony, News Corp., por sus redes globales de distribución[10] y su control de diferentes actividades informacionales. La lógica de operaciones del primer nivel en importancia de los grupos informacionales globales se construye a partir del funcionamiento del mercado estadounidense, donde todavía obtiene sus mayores ingresos.

El segundo nivel en que pueden ser agrupados los actores del mercado global

es el de un conjunto de 50 grandes grupos. La lista incluye, entre otros, Dow Jones, The New York Times, Hearst, McGraw Hill, Times-Mirror, Pearson, Havas, Mediaset, Hachette, Canal + y Reuters[11]. Son el núcleo dinámico del sistema global, pues establecen relaciones con los diez primeros, y permiten traducir las estrategias de los más grandes a los entornos regionales más apetecibles. De esta manera, los emprendimientos de las transnacionales más importantes se realizan, generalmente, en asociación con algunos de los grupos del segundo nivel.

En el tercer nivel confluyen grupos líderes de mercados domésticos nacionales o subregionales del resto del planeta y está conformado por unas noventa corporaciones entre las que se destacan, en el mercado latinoamericano, los grupos Televisa, Cisneros, Globo y Clarín.

IV. La Sociedad de la Información en América Latina

En América Latina Televisa, Cisneros, Globo y Clarín dominan el mercado regional y su comportamiento tiene una lógica semejante a la que observan los principales actores corporativos a escala global. Estos grupos regionales tienen negocios cruzados entre sí, a la vez que tejen y destejen alianzas internacionales con los actores con mayor peso en el mercado planetario.

Precisamente el comportamiento de estos grupos es emergente de la inversión de dos lógicas fundamentales que dieron identidad a las industrias de la comunicación: en primer lugar, su diversificación en distintas escalas de la cadena de valor, con una superación de las convencionales divergencias históricas de las ramas de las industrias culturales[12]. En segundo lugar, estos actores poderosos en la región antes estaban más supeditados a las condiciones nacionales que ahora. Las telecomunicaciones y la informática desempeñan un rol central en esta nueva transformación reduciendo las limitaciones de tiempo y espacio[13], a la vez que el audiovisual contribuye en este esquema como fundamental variable ideológica.

La progresiva integración de lógicas y actores dominantes del sector comunicacional en América Latina, con respecto a los que lideran el mercado mundial, es fruto de un proceso que desconoce límites. Sin embargo, es destacable que, como cualidad inherente a este proceso, la superación de las fronteras tanto geográficas como de industrias específicas plantean una objetiva articulación con el carácter global y convergente de los cambios.

En rigor, la concentración es un atributo inherente al funcionamiento del «mercado libre». En el ámbito concreto de la comunicación sólo los países con una fuerte tradición de servicio público atenúan el hecho que el mercado quede en pocas manos. Pero ello justamente se contradice con la consigna fundamentalista de la «mano invisible» que se extendió en América Latina. En las últimas dos décadas los países latinoamericanos liberalizaron, desregularon y privatizaron las principales áreas informacionales, incorporaron capitales externos, permitieron el cruce de capitales de una industria a otra y profundizaron la erosión de la intervención estatal en el control de estas actividades.

Por otra parte, si se advierte la inserción de los grupos dominantes globales en los países latinoamericanos en asociación con los grupos más fuertes de la región, se concluirá que es falsa la apreciación de lo nacional como valla de contención a lo global. Las alianzas se revelan como mutuamente beneficiosas: para los grupos regionales implica incorporar tecnología, contenidos y mejorar en lo inmediato su capacidad financiera; para los grupos globales significa reducir el riesgo de inversión explotando la inserción de los grupos regionales en mercados que desconocen, así como aprovechar sus contactos e influencia política.

Frente al considerable poder que han adquirido los grupos, la sociedad civil asiste impotente a una veloz transformación de su categoría de ciudadano-usuario a cliente. Los procesos de exclusión no van a darse ya por la ubicación geográfica, sino por la capacidad de pago. Como puede observarse en la siguiente tabla, los índices de penetración de tecnologías informacionales siguen siendo bajos en el continente. Este hecho le otorgaría una enorme potencialidad de crecimiento cuantitativo, pero si se considera que los índices de concentración de la riqueza son notables, miles de personas no pueden aspirar siquiera a la categoría de clientes. A continuación se reproduce un cuadro con indicadores de acceso a algunas de las más importantes aplicaciones informacionales:

Cuadro I: Líneas de teléfono, equipos de televisión y PC por cada cien habitantes, 1990-1998

Ranking PNUD	País/Variable	Teléfonos		Televisión		PC's		Internet Hosts
		1990	1998	1990	1998	1990	1998	1998
3	EEUU	54,5	66,0	77,2	84,7	21,7	45,9	11,2
1	Canadá	56,5	63,4	62,8	71,5	10,7	33,0	3,6
9	Japón	44,1	50,3	61,1	70,7	6,0	23,7	1,3
35	Argentina	9,5	20,3	24,9	28,9	0,7	3,9	0,1
38	Chile	6,6	20,5	20,6	23,2	1,1	4,8	0,2
39	Uruguay	13,4	25,0	38,8	24,2	---	9,1	0,4
55	México	6,5	10,4	15,0	26,1	0,8	4,7	0,1
74	Brasil	6,5	12,1	21,3	31,6	0,3	3,0	0,1
56	Cuba	3,1	3,5	20,6	23,9	---	---	0,0
65	Venezuela	8,2	11,7	17,7	18,5	1,1	4,3	0,1
80	Perú	2,6	6,7	9,6	14,4	---	1,8	0,0
81	Paraguay	2,7	5,5	5,2	10,1	---	---	0,0
68	Colombia	9,2	15,2	13,8	21,7	---	2,8	0,0
91	Ecuador	4,8	7,8	8,6	29,3	---	---	0,0
114	Bolivia	2,8	6,9	11,3	11,5	---	---	0,0
	Promedio Mundial	9,9	14,2	18,6	25,3	---	---	0,7

Fuente: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2000).

Muchos países latinoamericanos están por debajo del promedio mundial en el acceso a bienes informacionales. Ahora bien, en un contexto de baja injerencia del Estado, resulta complejo advertir cómo se garantizará a los usuarios de bajos recursos el acceso a la información. Los mercados oligopólicos fruto de la concentración informacional en América Latina, suponen problemas explícitos no sólo para garantizar la pluralidad de voces, sino también para aspirar a la mucho menos ciudadana opción de cliente. Esto implica, en una región de marcada disparidad en el acceso, una deserción por parte del Estado de una de sus primeras obligaciones, que es garantizar la equidad.

V. Los grandes grupos latinoamericanos

Si en la década del 60 los grupos de comunicación aprovecharon sus vínculos políticos y sus relaciones con el capital extranjero para adquirir una dimensión nacional, en los 90 su lógica de adaptación a la nueva dimensión de la economía mundial va a sustentarse en aprovechar su solidez en los mercados nacionales de base para encarar su expansión diversificada y regional.

Los grandes grupos latinomericanos conservan el dominio sobre sus mercados originales. En comparación con la década del 60 la participación del capital extranjero en la radiodifusión hertziana es relativamente baja. Sin embargo, sí se han desarrollado importantes alianzas entre los grupos latinoamericanos y grupos transnacionales a los efectos de promover el desarrollo de nuevos servicios informacionales. La deresgulación, las privatizaciones y la desnacionalización de la economía se realizaron siguiendo las necesidades del mercado.

El grupo Televisa suele presentarse como la compañía de medios de comunicación más grande de habla castellana. Con una producción de más de 50.000 horas anuales de programas televisivos, se convierte en el más importante productor de habla castellana. Posee mas de 300 estaciones de televisión en México, negocio por el que obtiene más del 60% de sus ingresos. Con ello no sólo mantiene una cómoda supremacía en el mercado mexicano, sino que además le permite ser un actor de importancia en la principal cadena hispana de Estados Unidos, Univisión. En relación con las nuevas tecnologías, Televisa detenta el 51% de Cablevisión, que es el segundo operador de cable del país y el 60% de la señal de DTH Sky.

Por su parte, el Grupo Globo es el mayor proveedor de contenidos de Brasil, que no sólo le permiten abastecer a su red de estaciones, sino además sostener un ambicioso plan de exportación a nivel mundial. Cuenta además con la principal red brasileña de TV por cable, el diario O'Globo, y una participación en la operadora de televisión satelital SkyLA. También es propietario de compañías de radio, comunicaciones satelitales, y de telecomunicaciones. Por medio de Globocabo, el Grupo Globo inició hacia fines del año pasado una etapa experimental para brindar acceso a Internet a través de la TV por cable.

El grupo Cisneros presenta dos grandes diferencias con los hasta aquí reseñados. Pertenece a un *holding* industrial con inversiones en diferentes áreas de la economía, aún cuando las industrias culturales son su mayor fuente de divisas. En segundo lugar, no cuenta con medios gráficos. Ha alcanzado una importante expansión en el control de estaciones de televisión en América Latina con la participación en estaciones en Chile, Colombia y el Caribe. Es el mayor accionista de la cadena Univisión y de la señal Galavisión. En materia de televisión paga es socio de DirecTV Latin América. En sociedad con America On Line desarrolla AOL Latin América, uno de los principales proveedores de Internet.

El Grupo Clarín comenzó en la década del ochenta su etapa de expansión hacia otras ramas de la industria cultural al comprar Radio Mitre. Con la adquisición del Canal 13 se constituye como grupo multimedia y comenzará a experimentar un crecimiento constante. En 1992 ingresa al mercado de la televisión por cable al adquirir Multicanal, uno de los mayores operadores de cable en América Latina con más de un 1.400.000 abonados. A diferencia de otros grupos argentinos, Clarín no realizó alianzas que lo subordinaran a otro socio, si bien durante el año 2000 vendió por 500 millones de dólares al banco estadounidense de inversiones Goldman Sachs el 18% de todo el Grupo, con la excepción de Multicanal. Sin embargo, desde enero de 2002, Clarín enfrenta una grave crisis por estar fuertemente endeudado en dólares. En estos momento encabeza los grupos que presionan para limitar la posibilidad de que capitales extranjeros se adueñen de los medios locales[14].

Cuadro II: Comparación de grupos de comunicación latinoamericanos

	Grupo Globo	Grupo Televisa	Grupo Cisneros	Grupo Clarín
Televisión	Rede Globo	Red Televisa	Venevisión Chilevisión CCN (Caribe) Caracol (Colombia)	Canal 13
TV Cable	Globocabo	Cablevisión	GTC	Multicanal
TV DTH	Sky	Sky	DirecTV Vía Digital (España)	
Video	Globo Video	Grupo Videovisa	Videomovil	
Radio	Rede Globo	Radiópolis	Radio Chile	Radio Mitre FM 100
Discos	Som Livre	Discos Melody	Rodven	
Diarios	O Globo	Ovaciones		Clarín
Revistas	Editora Globo	Editorial Televisa		AGEA
Agencias Noticiosas	Agencia Globo	ECO		DyN
Productoras cine	Globo Films	Televicine	Cinematik	Patagonik
Televisión Educativa	Fundación Roberto Marinho	Fundaci ón Cultural Televisa		
Promoción	Vasglo	Promovisión		
Distribución Televisiva	Dpto. Marketing Internacional	Protele		Proartel
Televisión USA	Univisión		Univisión Galavisión	
Otras industrias culturales	Publicidad TV Impresión Gráfica Marchandising Estudios Mercado	Doblaje Distribución	Señales de TV paga	Señales de TV paga TyC Sports Papel Prensa Estudios Mercado
Telecomunicaciones	Telefonía Móvil	PanAmSat		CTI Telefonía Móvil CTI Telefonía Vocal Básica
Internet	Globo.com	Es mas	AOL Eccelera El Sitio	Ciudad Internet Ciudad Digital

Fuente: elaboración propia a partir de Sinclair, op. cit.
Nota: Si bien en la mayoría de los casos se trata de empresas controladas, también se mencionan empresas participadas.

Como se puede observar, los grupos cubren casi todos los rubros de las industrias culturales. Se puede apreciar además que son socios y competidores entre ellos. Por ejemplo, Televisa y Cisneros, socios en la televisión norteamericana, compiten en el mercado de la televisión satelital a través de Sky y DirecTV. Este hecho refleja la integración plena de los grandes grupos latinoamericanos de medios en la lógica de flujo de capitales propia de la actual etapa del capitalismo. Paralelamente a este proceso, cabe destacar que en la década del 90 se produjo en tres de los grupos (Televisa, Globo y Cisneros) un recambio generacional en sus cuadros ejecutivos que implicó que jóvenes de no más de 40 años asumieran su conducción, reemplazando a los patriarcas fallecidos. Si bien se mantiene el modelo familiar de propiedad, las nuevas generaciones parecen alejarse del modo patriarcal de dirección y asumen plenamente los métodos del *management* norteamericano.

VI. Consideraciones finales

Nos gustaría realizar dos precisiones. Hemos preferido focalizar nuestro análisis en las empresas más dinámicas del mercado audiovisual. Al hacerlo, hemos dejado de lado no sólo una multiplicidad de países y experiencias, sino también procesos muy importantes en la actualidad: el desarrollo de un polo de producción y distribución para el mercado latinoamericano en Miami y la expansión de algunas empresas europeas en la región, claramente encabezadas por Telefónica de España. En segunda instancia, queremos destacar que deliberadamente hemos recorrido este análisis de la televisión en la región sin mencionar leyes o decretos. El carácter funcional de la reglamentación en América Latina, respecto de las necesidades de los principales grupos económicos, permite evadir su mención.

Si en el mercado audiovisual latinoamericano de los años 50 y 60 la inversión de las grandes cadenas norteamericanas era medular, hoy los grupos mundiales de mayor envergadura en el sector mantienen influencia. Sin embargo, la propiedad de los grupos multimedia más importantes de la región latinoamericana es ejercida por capitales locales, tales como Televisa, Globo, Cisneros y Clarín.

El panorama de las industrias informacionales en las últimas dos décadas atestigua la inversión de dos lógicas fundamentales: por un lado, se evidencia el pasaje de una lógica divergente, en la que las principales industrias se desarrollaban con pocas sinergias, a una convergente que permite a los grupos del sector intensificar las economías de escala y la concentración horizontal y vertical. Por otro lado, si antes de los años 80 era imprescindible identificar causas endógenas en cada país en cuanto al desarrollo de medios, para después articular esas causas con los procesos internacionales, en los últimos años se invierte esa lógica conforme se consolida la integración del sector en un sistema global. El sistema de medios consagrado en el mundo entero encuentra en los mercados locales y regionales actores que complementan y vigorizan la estructura de dominación ejercida por los principales grupos del planeta.

Hasta los 80 la gestión de medios latinoamericanos tuvo una impronta familiar, mientras que en las últimas décadas, y acompañando el proceso de conversión de la información en un recurso económico cardinal en la estructura de las sociedades, la gestión de los medios se ha profesionalizado y sofisticado mediante la incorporación de las estrategias de *management*.

El acceso a los bienes y servicios informacionales se revela como una instancia fundamental en el diagnóstico del sector en América Latina. Se advierte una heterogeneidad entre los indicadores de los diferentes países de la región que es sin embargo relativizada por un común denominador: la desigualdad de oportunidades en un esquema que tendencialmente utiliza el pago como condición de usufructo. La baja tasa de televisores y ordenadores en la región, si bien respalda a quienes esperan un crecimiento en el acceso en la región, también es síntoma de condiciones socioeconómicas que distan de ser las de otras regiones con indicadores más altos.

Como señala Perry Anderson, el neoliberalismo tuvo la audacia de decir abiertamente que la democracia representativa no es un valor supremo en sí mismo[15]. Tampoco lo es la democracia económica. América Latina es una región que desde sus épocas coloniales mantiene una relación de dependencia con los centros de poder. Dictaduras, desaparecidos y crisis, dan cuenta de la dificultad de sus clases hegemónicas para articular un modelo de acumulación que integre al conjunto de la sociedad. La televisión no pudo escapar a este contexto. El alto grado de concentración de la propiedad de los medios ha clausurado hasta ahora las opciones de un desarrollo más democrático. La concentración de la riqueza en muy pocas manos marca que este no es sólo un problema del sector audiovisual.

NOTAS

[1] Sinclair, John, *Latin American television*, Nueva York, Oxford, 1999.

[2] A los fines de este trabajo se entiende que las dos formas tipificadas de concentración informacional son la integración vertical y la concentración horizontal. Se trata de una diferenciación analítica, toda vez que las estrategias pueden ser combinadas. La integración vertical implica el control de los canales de producción y comercialización de un determinado mercado por parte de un actor o grupo de actores. Es el mismo actor el que controla las diferentes fases del proceso de valorización. La concentración horizontal supone que un actor lleva a cabo una diversificación de sus actividades en diferentes mercados. Cfr. Sánchez Tabernero, Alfonso, et al., *Concentración de la comunicación en Europa. Empresa comercial e interés público*, Barcelona, CIC Generalitat, 1993.

[3] García Canclini, Néstor, "Políticas culturales y crisis de desarrollo: un balance latinoamericano", en *Políticas culturales en América latina*, México, Grijalbo, 1987.

[4] Fox, Elizabeth, *Días de Baile: el fracaso de la reforma de la televisión de América Latina*, México DF, FELAFACS-WACC, 1990.

[5] Robina Bustos, Soledad, "Televisa: de los cables subterráneos a PANAMSAT", en Crovi, Delia (coord.) *Desarrollo de las industrias audiovisuales en México y Canadá*, México DF, UNAM, 1996.

[6] Fox, Elizabeth, op. cit.

[7] Jones, Daniel, "El despegue frustrado de la televisión argentina", en *Voces y Culturas* N° 1, Barcelona, 1993, p. 57-69.

[8] McChesney, Robert, "The political economy of global media", en *Media Development* nº4, Londres, WACC, 1998, p. 3-8.

[9] Zallo, Ramón, *El mercado de la cultura*, Donostia, Tercera Prensa, 1992, p. 245.

[10] McChesney, Robert, op. cit.

[11] Ibídem.

[12] Becerra, Martín, "De la divergencia a la convergencia en la sociedad informacional: fortalezas y debilidades de un proceso social inconcluso", en *Zer*nº8, Bilbao, Univ. del País Vasco, 2000, p. 93-112.

[13] Sussman, Gerald, *Communication, technology, and politics in the Information Age*, Londres, Sage, 1997.

[14] Pese a la crisis referida, el "Grupo Clarín" sigue siendo uno de los principales actores en la construcción de la agenda pública en la Argentina. Así, conserva la fuerte presencia y capacidad de presión que mantuvo en las últimas décadas en relación con la coyuntura política nacional.

[15] Anderson, Perry, «Más allá del neoliberalismo: lecciones para la izquierda», en Sader, E. y Gentili, P. (comps.) *La trama del neoliberlalismo*, Buenos Aires, CLACSO-Eudeba, 1999.

Contradicción y control

Notas para el análisis de las Políticas de Comunicación del gobierno de Fernando de la Rúa

M. Trinidad García Leiva

Las transformaciones producidas en el sector de las Comunicaciones en la Argentina en los noventa son una de las más radicales de su historia. El sector experimentó simultáneamente procesos de expansión, incorporación intensiva de tecnología, concentración de la propiedad de los medios y desembarco del capital extranjero como resultado de la aplicación de políticas neoliberales. Como consecuencia, se constituyó una herencia compleja: supervivencia de un marco legal desactualizado y alterado por numerosos decretos y resoluciones; caos administrativo y técnico en los organismos de aplicación; regulaciones y favores concedidos, producto de las buenas relaciones entre el corrupto regulador y los poderosos regulados-actores del sector, que profundizaron la concentración y centralización en favor de Buenos Aires y un sistema de medios públicos poco creíble, reducido a su mínima expresión y al borde de la quiebra. Considerando este punto de partida de las Políticas de Comunicación del gobierno de De la Rúa, es nuestra intención proponer un análisis de su accionar en relación con la Radiodifusión.

De la Rúa: 740 días en el poder

El régimen neoliberal instaurado con sangre en 1976 y actualizado en 1991 con Menem supuso para nuestro país el pasaje de un capitalismo productivo basado en la dupla beneficio/salario a un capitalismo de renta con eje en la especulación financiera, en los exorbitantes beneficios de los servicios públicos monopolizados y en los ingresos de recursos naturales como el petróleo. Así se construyó un modelo rentístico-financiero sustentado en el incremento de la deuda externa, la retirada y desarticulación del Estado y su subordinación a Estados Unidos y los organismos crediticios internacionales, la concentración y extranjerización de la banca y las empresas más importantes del país producto de la apertura comercial y financiera, y una política antiinflacionaria basada en la sobrevaluación del peso a través de la convertibilidad.

El gobierno de la Alianza, que llegó al poder el 10 de diciembre de 1999 con Fernando de la Rúa como presidente, cambió la forma de conducción pero dejó intacto este modelo. Profundizó el régimen neoliberal en lugar de encarar una propuesta reformista como había prometido, agravando la crisis económica y manifestando el deterioro institucional. Por ello, cuando acabaron las posibilidades de endeudamiento y el modelo entró en su fase terminal, a una semana de cumplirse dos años de la llegada de De la Rúa al poder, estalló una crisis que no se apaciguó hasta su caída. Saqueos, estado de sitio, represión y cacerolas mediante.

Dos años con Políticas y algo de Planificación para la Radiodifusión

Transparencia para el COMFER

Desde que asumió de la Rúa[1], la intervención en el ámbito de las Comunicaciones fue una constante: se tomaron cartas en todos los asuntos relevantes y pendientes de la Radiodifusión nacional. Como encargado que debía cumplir con la construcción de una imagen de transparencia y austeridad en la materia, el COMFER, principal organismo de implementación de las políticas para el sector, puso en marcha una serie de medidas que apuntaron en esa dirección. Generó nuevas vías de comunicación con los emisores y receptores, aumentó su presencia social, se comprometió con objetivos mensurables de gestión a través de la *Carta de Compromiso con el Ciudadano*[2], elaboró un nuevo proyecto de ley de radiodifusión que defendió a lo largo de su existencia e inició una cuestionable normalización del espectro.

El Comité hizo especial hincapié en el control y fiscalización del sistema de medios a través de distintos mecanismos. Por la vía de la construcción de instrumentos legales como decretos, resoluciones y el proyecto de ley, se decidió a ordenar el espectro y perseguir la ilegalidad; con la *Guía de Contenidos*[3] acordada con el sector televisivo y las abundantes sanciones por infracción al horario de protección al menor, puso en marcha la fiscalización de los contenidos escu-

dándose en el cumplimiento de diversos pactos y tratados suscriptos por la Nación Esta actitud de "hacer cumplir la ley", manifestada en numerosas oportunidades por el interventor López, fue totalmente contradictoria con los argumentos esgrimidos para cambiarla y con la ausencia de sanción en el caso *Telefónica*[4]. Lo mismo puede decirse del avance en la normalización del área según una normativa desactualizada, al tiempo que se defendía un proyecto condenado a no ser ley desde su aparición.

Si bien puede admitirse que el órgano de contralor transparentó su accionar y llevó adelante una conducción que podría considerase prolija (actualizó manuales de procedimientos internos, publicó constantemente sus decisiones, sometió a consulta muchos de los cambios previstos), es evidente que no se democratizó ni se federalizó. Siguió siendo el ejecutor de las decisiones gubernamentales. Por ello, pueden diferenciarse dos niveles distintos de responsabilidad e injerencia en la toma de decisiones. Uno, formado por los funcionarios pertenecientes al COMFER, puso en marcha las diferentes iniciativas establecidas para la Radiodifusión. Pero el otro, superior, que podríamos denominar "el Gobierno" por tener origen en el entorno presidencial, decidió la posición final a adoptar, aunque ello implicara dar por tierra con las iniciativas anteriormente mencionadas.

A pesar de ello, es necesario mencionar que el organismo brindó un interesante apoyo a lo que puede denominarse la dimensión social de la radiodifusión, aunque constreñido a un papel más bien subsidiario y por ello insuficiente (incentivó a las radios universitarias, en cárceles y en zonas de fomento y frontera). Además, fue la única instancia que demostró algún grado de planificación para el sector, previendo de forma ordenada aunque injusta el otorgamiento de licencias de radio y televisión.

Normalizar el espectro y perseguir la ilegalidad

En relación con la normalización del espectro radiofónico, el gobierno suspendió a través del COMFER todas las adjudicaciones hechas por la administración anterior, sobre todo las que Menem autorizó días antes de dejar el poder. Se dio así lugar al proceso de análisis de 438 adjudicaciones que terminó en septiembre de 2000, del que resultaron confirmadas 157 licencias y revocadas 275. La segunda etapa de la normalización, concluida a fines de 2001, consistió en entregar provincia por provincia todas las radios que estuvieran en condiciones en las zonas no conflictivas, a partir de resolver aquello que estaba pendiente de adjudicación. En las provincias normalizadas, paralelamente a la entrega de licencias, se habilitó un registro de preinscripción cuyo objetivo final sería conocer la cantidad, localización, frecuencia y potencia de todas las emisoras.

La tercera y última etapa de normalización prevista por la gestión de López, nunca realizada, pretendía normalizar las restantes 17 zonas del país consideradas conflictivas, llamando en cada una a un censo de interesados para establecer si la asignación se haría de modo directo o por concurso. Aquellas radios que quedaran fuera de este plan no tendrían más remedio que esperar anualmente a que se abriera el registro para poder ingresar, o bien, "elegirían estar en la ilegalidad".

Para dar sustento a este proceso, De la Rúa firmó el *decreto 883/01* que apareció en el Boletín Oficial el 12 de julio de 2001, modificatorio del *310/98*, con el objetivo de "facilitar" la normalización de las FM[5]; y el COMFER presentó el 13 de julio con la *resolución 1138/01* la nómina de los primeros 88 concursos públicos para la licitación de radios FM que habían sido anuladas en la primera parte del Plan de Normalización.

En el caso de las concesiones hechas para radios AM, la administración López no las anuló sino que siguió con el proceso de adjudicación. Se analizaron las impugnaciones y se realizó un segundo llamado a licitación porque el 80% había quedado desierto. Un decreto elevado por el COMFER en octubre al PEN, que finalmente no fue firmado, permitía la transmisión en red[6] para las radios pero establecía seis horas de producción propia y local, de las cuales cuatro debían ser en horario central. En cambio, las repetidoras sí estaban autorizadas a emitir absolutamente toda la programación y no podrían insertar publicidad local, aunque esta excepción a la ley estaría limitada a emisoras instaladas en zona de sombra o donde no hubiera otra.

Más allá de estas medidas, el proceso de normalización estaba pensado para ser sostenido no sólo a través de la asignación de licencias, sino también por medio de la lucha contra la clandestinidad. Por ello el COMFER solicitó a la CNC (Comisión Nacional de Comunicaciones) el decomiso de aquellas radios que transmitían sin permiso y, en un intento por acotar el problema, el organismo emitió dos resoluciones. La *resolución 500* del año 2000 que reglamenta el sistema de denuncias, caótico durante mucho tiempo, y la *703*, que en su artículo 5º permite al particular damnificado tener una copia certificada de la resolución que declara la clandestinidad y acudir ante un juez federal para que le ordene a la CNC el decomiso.

Los propietarios de medios privados, nucleados en ARPA, ARBO y ATA no se quedaron atrás. Hicieron el suficiente lobby como para que a fines de septiembre de 2001 comenzara a tratarse un proyecto de ley para penalizar las emisiones ilegales de radio y TV. Esta iniciativa se concretaría a partir de una reforma del Código Penal: penalizar las emisiones clandestinas y sancionar a los que posibiliten y/o realicen las conexiones no autorizadas. Si bien existe un vacío legal en este punto, las verdaderas intenciones de los propietarios de medios apuntan a eliminar de una vez por todas a aquellos emisores sin licencia y a reducir al mínimo la competencia.

Este proyecto, a diferencia del de radiodifusión, obtuvo rápidamente dictamen de las Comisiones de Legislación Penal y Comunicaciones en el mes de octubre de 2001 y se aprobó por unanimidad sobre tablas en la Cámara de Diputados. Los licenciatarios también lograron que Nicolás Gallo[7] firmara una nota para que se intime a las empresas eléctricas del país a cortar el suministro de energía a las radios no autorizadas y que se advierta a las empresas para que no pauten publicidad en medios sin aval oficial.

Si estos fueron los cambios puestos en

marcha para la esfera radial, la normalización en radiodifusión también debía comprender a la televisión y su expansión. Por eso el COMFER llevó adelante un censo para interesados en el servicio, con la intención de usar los datos relevados para confeccionar un nuevo plan técnico de frecuencias. El plan técnico comenzó a elaborarse oficialmente cuando el PEN firmó el *decreto 1473/01* que levantó la suspensión impuesta en 1984 al plan anterior[8], ordenando la realización de uno nuevo llamado Plan Nacional de Televisión, con la intención de licitar canales grandes y chicos para el sector privado. El plan técnico debía tener en cuenta a los inscriptos en el relevamiento, a las emisoras operativas, a las que tuvieran autorizaciones y a los actuales licenciatarios.

El Nuevo Plan Nacional de Televisión fue presentado por Fernando de la Rúa el 15 de noviembre de 2001 y básicamente implicaba el llamado a concurso público para otorgar al menos 50 licencias para TV abierta en todo el país. La intención era licitar cuatro categorías de canales, según su potencia de emisión. Dicho Plan también apuntaba a reglamentar el funcionamiento de las redes de TV abierta, no autorizadas finalmente por ninguna regulación[9], estableciendo Licencias Nacionales, Regionales y Locales[10] de TV. Para ello el país se dividiría en cinco regiones: Noroeste, Noreste, Centro-Cuyo, Patagonia y Buenos Aires. Según el COMFER, la idea era modificar el actual sistema televisivo, con la oferta condensada en pocos oferentes, apostando a que los licenciatarios produjeran contenidos tentados por un mercado que se multiplicaría por 5 o más. Pero los empresarios del interior manifestaron su oposición a este plan al señalar que el proyecto sólo beneficiaría a los grandes grupos del sector.

Un proyecto más, convenios y gravámenes

En lo que respecta al proyecto de ley, se pone de manifiesto que si las reglamentaciones menemistas abrieron las puertas a la gran concentración, este proyecto es funcional a esos mismos objetivos puesto que no desmonta ni cuestiona los cambios operados en la última década. Por el contrario, les da fuerza de ley. De modo que de haber prosperado hubiera sancionado cuestiones de hecho y dado estatuto legal formal a las maniobras permitidas[11]. La propuesta conservaba la estructura de propiedad vigente ya que la futura ley de radiodifusión no hubiera sido retroactiva. Los holdings no hubieran visto afectados sus intereses e incluso algunos podrían haber salido fortalecidos al poder constituir redes permanentes, imponiendo desde la Capital Federal un modelo que profundizaría la centralización y concentración monopólica.

Si entendemos que el objetivo del Gobierno era contar para el 2003 con un país normalizado desde el punto de vista de la radiodifusión, ello hubiera podido representar un avance si no fuera que esa meta se sumaba a una estrategia más vasta y coherente que puede deducirse enlazando sus políticas: la organización del sistema de medios para el control. En tanto sólo hubiera emisores en la legalidad, se llevara adelante la organización de todo el espectro radial, se licitaran nuevos canales y se los organizara según las licencias nacionales y regionales, el

Gobierno podía quedarse tranquilo controlando los contenidos y manejando los medios públicos. Mientras, los grandes grupos de la comunicación podrían seguir realizando y expandiendo su negocio. Expansión que comenzó coartando una vez más cualquier posibilidad de legislar de modo ordenado y democrático en radiodifusión, continuó logrando la persecución de los emisores "ilegales", la firma de los convenios de competitividad y la reducción del gravamen que los benefició y hubiera acabado, probablemente, con la regulación por decreto de las redes de radio y televisión en su favor.

En relación con el Convenio de Competitividad para incentivar al sector radial firmado en octubre de 2001 por el Estado Nacional, ARPA y 4 gremios, cabe destacar que el acuerdo preveía ventajas desde el Estado para con las estaciones radiales con licencia, permisos provisorios y empresas productoras de programación y contenidos (entre otras cosas se las eximía del pago del impuesto a la Ganancia Mínima Presunta y se computaban como crédito fiscal para el IVA los aportes patronales). Como "contrapartida" ARPA se comprometió a preservar los niveles de empleo, generar crecimiento y poner al aire campañas contra la evasión impositiva. Como si estas concesiones no hubieran sido suficientes, las presiones de los propietarios de medios sobre el PEN directamente y a través del Ministerio de Economía rindieron sus frutos. Gracias al *decreto 1522/01* obtuvieron la largamente ansiada reducción de los gravámenes que pagan por ley al Estado los licenciatarios de servicios de radiodifusión. Para "incentivar el desarrollo de las empresas", desde diciembre de 2001, la TV abierta y por cable pagan un 63% menos y las radios, entre un 50 y 66%.

Estos procesos demuestran en verdad quién terminó regulando las políticas para el sector y cómo la cercanía entre los regulados más importantes y algunos funcionarios con relativa autonomía, encabezados por Nicolás Gallo, logró beneficios puntuales para los propietarios de medios y frenó toda iniciativa que pudiera cuestionar su posición en el sector, aunque ninguna lo hiciera efectivamente (como la promesa nunca cumplida de habilitar a las radios comunitarias, ya fuera por ley o por decreto).

El Sistema Nacional y los ¿Medios Públicos?

Así, si el presidente fue sumamente expeditivo en el veto de la ley conocida como RTA (Radio y Televisión Argentina) no hizo lo mismo con el *decreto 1005/99* firmado a último momento por Menem, verdadero visto bueno a la concentración y centralización. Días después de llegar al poder, de la Rúa veta mediante el *decreto 152/99,* la ley 25.208 promulgada el 24 de noviembre de ese año, según Lopérfido, porque "la situación hace imposible ponerla en práctica"[12].

A pesar de la "situación", de la Rúa crea a través del *decreto 94/01* de fines de enero del 2001 el Sistema Nacional de Medios Públicos (SNMP), también conocido como "Multimedios Oficial", que integra el SOR, Canal 7 y la Agencia de Noticias Télam. A su vez, se delega en la Secretaría de Cultura y Comunicación el ejercicio de los derechos societarios que le corres-

ponden al Estado Nacional por su participación en el capital accionario del Sistema.

Esta temprana impronta autoritaria podría haber sido reformulada por la administración de la Rúa con el plan de normalización puesto en marcha. Pero si bien este buscó y logró cierta transparencia su legitimidad es cuestionable. El ordenamiento del espectro radiofónico comenzó a hacerse según la ley 22.285 con sus modificaciones, a la par de que paradójica y supuestamente se intentaba cambiarla y se la criticaba. Esto implicó dejar fuera, a pesar de las promesas, a un número importante de emisores.

En el caso de la televisión abierta, si la licitación de más canales en todo el país podía representar una posibilidad en la mejora de la maximización de coberturas y un camino para acabar con el centralismo y aumentar la diversidad de emisores, ello hubiera sido desaprovechado. La prueba de que estos objetivos nunca fueron buscados es que se los anuló de raíz con el llamado a concurso con un marco legal inadecuado y la ligazón de las futuras adjudicaciones al plan de Licencias Regionales y Nacionales, en desmedro de los canales del interior y los emisores no comerciales. Así, la estructura prevista para la explotación, continuaría sin cambios sustanciales.

En lo que respecta a los medios públicos, el veto de una ley como RTA pone de manifiesto una actitud avasalladora de las decisiones legislativas. Este hecho ilustra tempranamente uno de los más importantes rasgos de su intervención en el área: las decisiones unilaterales, sin consenso legislativo ni partidario y con ausencia de debate público. Lo cierto es que el desplazamiento de RTA por lo que se dio en llamar el "Multimedios Oficial", al igual que la "recuperación" de la señal de ATC[13], no representó más que la negativa del Gobierno a perder el control sobre los medios estatales.

Contrariando sus discursos pre-electorales, de la Rúa continuó la lamentable tradición de hacer de los medios públicos, instrumentos del gobierno de turno. El SNMP es un servicio público pero gubernamental, ya que depende directamente del Poder Ejecutivo y no posee instancia alguna, plural, colegiada e independiente que lo controle. No sólo no da cabida a la participación de la sociedad en general, sino que tampoco federaliza la radiodifusión pública ni prevé instancias de planificación. Podemos afirmar por eso que desde el inicio se manifestó la ausencia de una política concreta y definida dirigida a responder a los requerimientos y necesidades de lo "público". Quizás por ello, a pesar del cambio de estética y dirección a que fueron sometidas las emisoras, su credibilidad aumentó poco y nada.

Contradicción y Control

En síntesis, se puede caracterizar a las Políticas de Radiodifusión del gobierno de la Alianza como *ambiguas*. Su ambigüedad estuvo dada por dos mecanismos puestos en marcha al mismo tiempo. Uno podría denominarse doble construcción discursiva: la de las palabras y la de los hechos. Si por un lado se buscó construir una imagen de eficiencia y claridad y se pretendió generar un debate siempre postergado por una nueva ley, por otro, las decisiones importantes se definieron a puertas cerradas y bajo la influencia de las presiones de los grandes grupos del sector, al tiempo que se continuó el ejercicio de contralor con el marco legal vigente.

Caracterizamos al otro mecanismo como el de un doble movimiento generado por los dos tipos de iniciativas diferentes que se llevaron adelante. Se puede detectar, en cada una de las políticas analizadas, de qué manera se sumaba tarde o temprano a toda decisión tomada para la Radiodifusión, una medida que demostraba que el objetivo era mantener la estructura de poder existente, erosionando cualquier iniciativa que pudiera afectar los intereses de los grupos poderosos de la comunicación. Por ello, lo que finalmente quedó en pie de esta gestión fue la centralización en el PEN del manejo de la radiodifusión pública, un fallido intento de cambiar la normativa vigente, la normalización del espectro según un criticado marco regulatorio y el otorgamiento de beneficios puntuales como exenciones impositivas a los propietarios.

Por otra parte, se hizo evidente que el Gobierno no renunciaría al control del sistema, en una actitud que podría calificarse de "paternalismo a medias". En ese sentido, desplegó una serie de políticas *fiscalizadoras* y *de control*. Este afán supervisor supuso, como hemos mencionado, dos maneras de tomar injerencia en los asuntos de la radiodifusión. De los funcionarios con poder suficiente para decidir sobre el destino del sector en función de la relación clientelística que mantuvieron con los grandes grupos como *Clarín* y *Telefónica*, se diferencian otros que esgrimieron cierto grado de planificación en función del mandato completo.

Estas dos formas remiten, respectivamente, a la diferenciación establecida entre "el Gobierno" y el COMFER. A partir del accionar de estos dos niveles, es que caracterizamos a las políticas de este período como contradictorias. Porque todas aquellas decisiones que contrarrestaron cualquier iniciativa del COMFER que afectara o pudiera afectar los grandes intereses de la radiodifusión, tuvieron origen en "el Gobierno", contribuyendo así a la mencionada ambigüedad. Es decir, que cada vez que se lanzaba una política que intentaba algún tipo de avance en Radiodifusión, también se tomaba alguna medida compensatoria. Este doble movimiento dependió directamente de estos dos niveles de responsabilidad e injerencia, ya que dichos avances tuvieron origen en el COMFER, pero las presiones sobre el otro nivel con mayor poder, finalmente los erosionaron hasta hacerlos desaparecer. De ahí que sólo sobrevivieran las iniciativas "compensatorias".

De esta manera se condenó a la esterilidad cualquier discusión y propuesta alternativa. Primaron las decisiones *unilaterales*, *sin debate* de ideas *ni consenso*, por ende, *sin legitimidad*. Cabe agregar por último, que prevaleció una toma de posición conservadora, destinada a mantener el *statu quo* en radiodifusión.

Regula el regulado

El análisis de las Políticas de Radiodifusión del Gobierno de la Alianza ha puesto de manifiesto un accionar contradictorio y ambiguo que marcó dos años más de ausencia de debate y legitimidad. Partiendo de esta caracterización, puede concluirse que no se promovieron la

participación ni el acceso igualitario y universal a la información, por tanto, no se democratizaron las comunicaciones ni se intentó hacerlo. Este accionar se enmarca en un legado histórico caracterizado por la ausencia de políticas públicas claras para el sector. Se ha verificado en general un ordenamiento de medios donde se privilegia un sistema de interés público motorizado por emisores privados guiados por la lógica del lucro. Este armazón ideológico en la materia que se profundiza con Menem es continuado por de la Rúa.

Sin embargo, el análisis de la intervención del Gobierno en el área permite poner de manifiesto quiénes fueron los verdaderos reguladores y re-reguladores de la Radiodifusión durante este período: los grupos poderosos de la comunicación encabezados por los hegemónicos *Telefónica* y *Clarín*. No sorprende que así fuera si tenemos en cuenta que forman parte del bloque en el poder y, más concretamente, de su fracción hegemónica (por ser la información, su mercancía principal, elemento de renta financiera). El bloque, a través de esta fracción, rigió los destinos económicos de la administración De la Rúa. Por eso es que de modo paralelo y coherente con la exacerbación del modelo neoliberal rentístico-financiero, pretendió para la radiodifusión la profundización del modelo de subordinación política y obediencia al mercado.

Se comprende así el fracaso del proyecto de ley. No porque cuestionara e intentara revertir las estructuras de poder del sector, ni porque se opusiera a sus planes futuros, sino porque no contentaba todas las aspiraciones de los poderosos de la radiodifusión local. El fracaso estuvo condicionado por la lucha librada al interior de dicho grupo por mayores cuotas de poder, ya que la hegemonía "compartida" por los dos holdings más importantes del país se demostró frágil por sus recelos y se vio imposibilitada de consensuar una línea de acción. Está en juego el negocio de la posible concurrencia de servicios y cada uno desea la mejor tajada.

Por lo tanto, ambos se niegan a que se pongan límites a la multiplicidad y transferencia de licencias, la emisión de publicidad, la transmisión en red y a que se legisle sobre Convergencia. Aunque parecen esperar que la crisis de un respiro "para saber hacia adónde se dirige el mercado", *Clarín* se niega rotundamente a que las telefónicas puedan ser sujetos de radiodifusión. Estas a su vez pugnan por entrar con una presión tal, que fue suficiente para que el Gobierno no tomara partido por ningún actor y sentenciara a muerte al proyecto al poco tiempo de haber nacido.

Por el momento, pareciera que el lobby para el logro de regulaciones puntuales que favorezcan sus intereses, sigue siendo la vía elegida por los actores poderosos para lograr sus objetivos: redes de radio y televisión, reducción del gravamen y penalización de las emisiones clandestinas de radio y TV. En estos dos años, es evidente que no se modificó la cercanía entre regulador y regulado, sino que parece instalarse con la naturalidad con que el lobbying de las empresas y grupos poderosos del sector se apropia de los organismos reguladores y privatiza la función pública para la consecución de sus objetivos.

Esta apropiación no se dio en el período considerado de modo directo sino a través de Gallo, una figura clave que logró controlar toda la esfera de la comunicación estatal y gubernamental. El secretario, además de influenciar la redacción final del proyecto de ley, probablemente lo hizo también con los decretos presidenciales que favorecieron a los poderosos del sector. Es decir, hubo una particular relación entre un bloque de funcionarios con poder y relativa autonomía y los grandes actores de la radiodifusión que permitió a estos ejercer progresiva presión en función de sus intereses, para finalmente terminar decidiendo los términos de la regulación. Por otra parte, también a diferencia de la administración anterior, se observa una orientación explícita para la radiodifusión que, aunque acabó siendo moldeada por las presiones de los grupos dominantes, no puede ser definida como de simple subordinación.

Desde el comienzo, con el veto de la ley RTA de la Rúa explicitó su objetivo: conservar los privilegios existentes a cambio de fiscalizar los contenidos y los medios públicos. Por eso lo único que puede rescatarse de su gestión, debido al accionar de algunos funcionarios del COMFER, es cierto impulso dado a la radiodifusión a través de la apertura de radios en escuelas de frontera, la intención de normalizar el espectro aunque no la forma elegida y el intento, no la propuesta, de cambiar la ya obsoleta ley 22.285. De nada sirvió la fachada de eficiencia y transparencia buscada ni las muestras de planificación consciente, ante la relación clientelística y cómplice del Gobierno y la clase política en general con el bloque en el poder.

En estas condiciones, es prácticamente imposible pensar en planificación y mucho menos en una coherente implementación de políticas públicas. Que el regulador comparta su poder con el regulado, da por tierra con la posibilidad de autonomía estatal en la gestión y administración del espectro, ya que esta privatización de la función pública que implica un retroceso en la autonomía estatal, supone que aquellos que ya tienen el poder económico sumen progresivamente el poder político, haciendo cada vez más evidente que vivimos en una democracia formal de interés privado. Lo cual explica, al menos en parte, las limitaciones de este Gobierno y del Legislativo desde el retorno de la democracia, para imponer a los dueños de la comunicación no ya una ley de radiodifusión democratizadora, sino un simple pero necesario debate público y plural que comprometa a la ciudadanía en la definición de su sistema de medios.

NOTAS

[1] Inmediatamente interviene y designa nuevos directores para ATC (Hermida), Radio Nacional (Cella), Télam (Pouzá) y el COMFER (Gustavo López). Darío Lopérfido es nombrado Secretario de Cultura y Comunicación.

[2] A través de este documento el COMFER se vinculó al Plan de Modernización del Estado.

[3] Elaborada en octubre de 2000.

[4] La venta de *Azul* supuestamente dependió de una resolución del COMFER que dejó en claro que *Telefónica Media* violaba la norma que impide a una misma empresa poseer dos canales de TV abierta en el mismo área de cobertura. Pero en realidad dicha medida se dictó recién a hacia fines de 2001, debido a las revelaciones de una investigación de Defensa de la Competencia.

[5] El *decreto 310/98* facultó al COMFER para adjudicar licencias de FM mediante concurso público, para las estaciones de las categorías A, B, C y D: y bajo la forma de adjudicación directa para las de categorías E, F y G. Las reformas más importantes vía *decreto 883/01* son: derogar los artículos que disponían el cese de transmisiones a aquellas

emisoras no autorizadas y su sanción, y que impedían a aquellas radios con Permiso Precario Provisorio acceder a la adjudicación de licencias durante la primera parte del régimen de normalización, cancelando su permiso; establecer que las radios de alta potencia seguirán siendo asignadas por concurso público igual que las de baja en aquellos lugares donde no sea posible satisfacer la demanda, ya que el Poder Ejecutivo reasume la facultad de adjudicar por decreto, luego del concurso público correspondiente, las categorías A y B, mientras que las C y D las adjudica el COMFER con la intervención de la Procuración del Tesoro de la Nación, las E, F y G las adjudica también el COMFER previa intervención de la Secretaría General de la Presidencia; y retirar la prórroga sucesiva por períodos de 5 años, de modo que las radios se adecuarán al plazo de 15 años previsto por la ley con posibilidad a extenderse por 10 años más.

[6] Autorizada por *decreto 1005/99*, nunca reglamentado ni derogado.

[7] Nicolás Gallo ocupó en un primer momento el cargo de Ministro de Infraestructura y Vivienda; luego fue nombrado Secretario General de la Presidencia.

[8] El Plan Nacional de Radiodifusión del último gobierno de facto fue suspendido, al igual que el llamado a nuevos concursos, hasta tanto se sancionara una nueva ley de radiodifusión, por el *decreto 1151/84* firmado por Alfonsín.

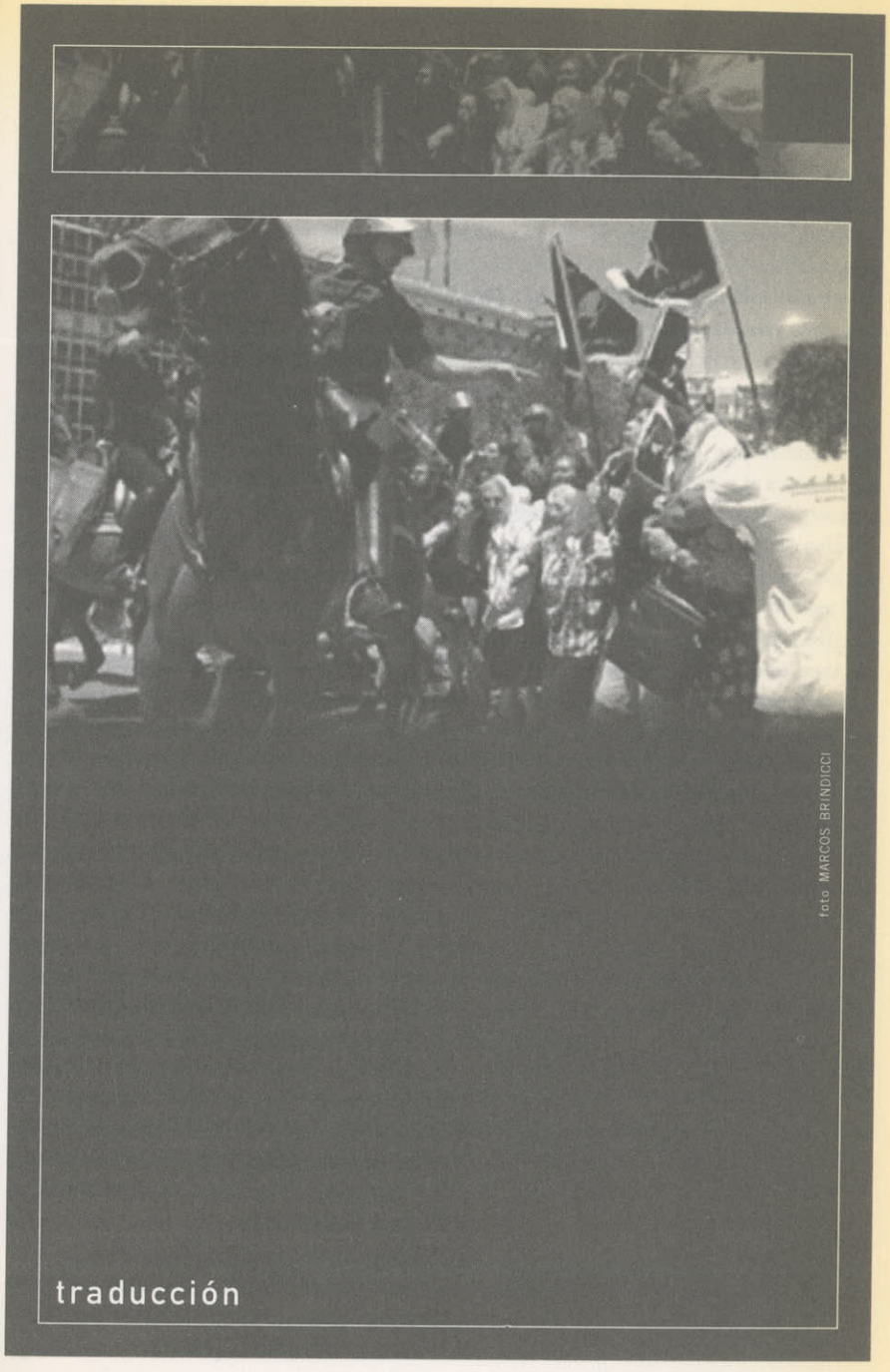
[9] De la Rúa tuvo en consideración desde septiembre de 2000 un decreto que reglamentaba el funcionamiento de las redes de TV, lo que demuestra que sus intenciones en favor de las mismas estuvieron definidas tempranamente y el objetivo era lanzarlas junto a las nuevas adjudicaciones de TV abierta.

[10] Versiones no oficiales indican que la idea de organizar el sistema televisivo a través de Licencias Nacionales, Regionales y Locales tuvo origen en el *Grupo Clarín*. Las primeras autorizarían a un canal de cabecera a tener 12 repetidoras en 5 regiones del país (3 de las cuales elegiría el COMFER en zonas a fomentar) siempre y cuando tuviera 50% de producción propia, 60% de producción nacional, emitiera un mínimo de 10 horas semanales de ficción y las estaciones o repetidoras asociadas tuvieran la obligación de producir un mínimo de 10 horas semanales y ceder espacios para el sistema educativo y las provincias. Estas repetidoras asociadas, a su vez, podrían tener repetidoras en sí mismas. Los requisitos eran menores para una Licencia Regional: 30% de producción propia, 5 horas semanales con artistas locales y una hora de ficción. El canal que cumpliera con estos requisitos podría expandirse dentro de la región en la que estuviera establecida su emisora de cabecera, colocando 6 repetidoras (cinco a elección y una donde el Estado le indicara). Para la Licencia Local se subían los requisitos de producción propia a 20 horas semanales.

[11] El proyecto conserva la transferibilidad y multiplicidad de licencias (mantiene el tope de 24 con un máximo de 12 licencias para los servicios de TV abierta aunque prohíbe más de una estación de TV por área de cobertura); se permiten las redes permanentes y transitorias que, habilitadas por Menem, consagraron la existencia de algunas cadenas, básicamente, una con cabecera en Canal 11 y otra más pequeña con cabecera en Canal 9. En lo que respecta a nuevos aspectos considerados por el proyecto, si bien es cierto que se levanta la prohibición al sector privado no comercial para ser sujeto de radiodifusión, se excluye a las cooperativas de servicio público en un intento por mantener fuera del sector a las telefónicas por cinco años.

[12] RTA era una sociedad estatal no gubernamental, controlada por el Congreso, a cargo de la administración de ATC, Radio Nacional, el S.O.R., y la R.A.E. Entre otras cosas, la ley establecía que los medios de RTA no podrían publicitar alcohol, tabaco ni juegos de azar y debían emitir programas culturales y educativos. RTA se financiaría con dinero proveniente del presupuesto nacional, el 30% de lo que recaudara el COMFER y un fondo de "renovación tecnológica" formado por un porcentaje de lo que el Estado recaudase por la adjudicación de las licencias. Además, el organismo tendría en su estructura un Comité de Evaluación integrado por representantes de diversos orígenes.

[13] El interventor del COMFER desistió en marzo de 2000 del juicio en el que el Estado Nacional insistía con la venta de la señal 7 y su reemplazo por el canal 4 (frecuencia de TV de baja potencia con alcance sólo en Buenos Aires). A través de los *decretos 1022/95* y *1023/95* se había dispuesto la privatización del canal estatal y el cambio de frecuencia, para la posterior venta de la señal. Con el desistimiento judicial, se recuperó la señal 7 y el Gobierno derogó formalmente, tiempo después, los mencionados decretos.



traducción

Brecht y el método

Fredric Jameson

Traducción: Libertad Borda

Extraído de Fredric Jameson, *Brecht and Method*, London, Verso, 2000; pp.165-179.

Epílogo

Modernidad

Hay otra temporalidad que es preciso mencionar antes de concluir, puesto que es la evidente cancelación de todo esto (que se seguía afirmando sobre la temporalidad de lo feudal, y de la experiencia campesina): aun el capitalismo podría ser aquí una pura actividad mercantil de ninguna manera contradictoria con la superchería del carromato y la indiferencia de los ejércitos mercenarios que arrasan a las sumisas poblaciones dueñas de las tierras. Lo que genera otro acento en el concepto mismo de lo Nuevo -ya no una mera presencia para estas inversiones dialécticas atemporales, sino la erupción de algo radicalmente diferente, la emergencia de un *Novum* después de lo cual nada puede volver a ser lo mismo- es la modernidad de la máquina en sí, que Brecht también acoge con agrado y celebra. Sin duda, es el Brecht para quien "vale más lo malo por conocer que lo bueno conocido": es el Brecht del vuelo de Lindbergh y de las obras para radio, el Brecht de las cantatas y las voces al unísono, que presiden las conquistas de la maquinaria como un coro griego cuyo significado histórico ha sido violentamente alterado, aunque deba seguir presente en el fracaso y la muerte de los individuos. ¿No caerá Lindbergh

víctima de la fuerza del Sueño, mayor aún que la Bruma o la Nieve? ¿Y cómo aceptar la muerte de los aviadores caídos (en *Badener Lehrstück**) o los sacrificios del "Jasager" ** o el militante condenado de *Die Massnahme****? Es verdad que la maquinaria casi no está presente en la sobriedad *Noh* de estos *Lehrstücke* ****, posteriores y más desarrollados: sin embargo, quiero sostener que lo que resta de la tecnología modernista/futurista en este caso es su propia sobriedad, que emerge de la obra para radio, y en la cual el propio medio radiofónico sustituye a la máquina que las voces incorpóreas no pueden transmitir. Su propia pureza como incorporeidad es la de la máquina como tal, sólo en apariencia inhumana: la radio toma el relevo del aeroplano; sus efectos estilizados se basan en su abstracción de voz pura. Todavía no tenemos el tipo de análisis del breve momento de la radio que se ha emprendido con tanta pasión en el caso del cine, por una parte, y de la televisión, por otra; pero el modernismo de Brecht -y el propio modernismo de su momento de historia en general- está indisolublemente ligado a la radio, y exige el reconocimiento de la unicidad formal de la radio como medio, de sus propiedades fundamentales como arte específico por derecho propio, una forma en la que ya no es válida la antítesis de palabras y música, sino que se realiza y se ensaya una nueva simbiosis de estas dos dimensiones antes separadas. Entonces puede incorporarse a la radio una nostalgia productiva que es uno de los modos historicistas de aceptar esta era (lo cual ha sido representado en artefactos variados como la novela de Vargas Llosa *La tía Julia y el Escribidor*): en armonía, también, con el genio de Welles (de quien hasta se puede decir que su propia caída, en *Sed de mal [A Touch of Evil]*, se enuncia a modo de interferencia radial),[1] y de generaciones de música pop para las cuales las grabaciones (que luego se volverán autónomas y un medio por derecho propio) son un mero sustituto. Un hombre, una máquina: en efecto, para cualquiera que lo vea flotando humildemente entre las naves voladoras de la historia, desde la inmensa armazón de tablillas de madera en la que alguna vez se ubicó uno de los hermanos Wright, hasta los siniestros aviones de combate o los ciegos y herméticos aviones de pasajeros de punta roma de los años treinta y cuarenta, el *Spirit of St. Louis* es perfectamente proporcionado al cuerpo humano, a la manera de la sección dorada renacentista. En realidad, podría decirse que es la Idea Platónica de ese otro índice de modernidad que le es contemporáneo, el automóvil, ya que aloja al cuerpo y se fusiona con su velocidad, pero vuela como un ejemplar único en el elemento indiferenciado de nubes y bruma, cruza de automóvil y radio. Este ser móvil, entonces, organiza todo un complejo de temas, como el caballo en la sociedad clásica:

> *la prehistoria del dios Poseidón indica que antes de que reinara sobre el mar, un Poseidón equino, Hippos o Hippios, asociaba en la mente de los primeros helenos y*

* N. de la T.: El título completo de la obra es *Badener Lehrstück vom Einverständnis* [Ejemplo badense de la convivencia].
** N. de la T.: Jameson hace referencia a la obra tetral *Der Jasager und der Neinsager* [El que dice que sí y el que dice que no].
*** N. de la T.: *La toma de medidas*
**** N. de la T.: Obras didácticas.

de otros pueblos el tema del caballo con todo un complejo mítico: caballo-elemento acuoso; caballo-ríos subterráneos, mundo infernal, fecundidad; caballo-viento, tormenta, nube, tempestad.[2]

Ésta es, sin duda, la modernidad brechtiana: el vuelo de Lindbergh no es sólo nuevo, nunca se ha visto antes cosa semejante; causa asombro en el vacío de la propia Naturaleza, el reino inhabitado de la altitud transoceánica, como el mundo antes de la aparición de la vida. Por eso es que la Bruma misma se dirige al cuerpo extranjero que penetra en ella:

Yo soy la bruma
Durante mil años no se ha visto a nadie
Que intente revolotear en el aire
¿Quién podrás ser?

No obstante, no sólo los elementos externos salen al encuentro de Lindbergh con tanto asombro como hostilidad: hasta un elemento interno, la gran fuerza natural del Sueño, lo desafía como personaje, convirtiéndolo así no en una subjetividad heroica, sino más bien en un elemento por derecho propio, un nombre. Por tanto, fue irónico que Brecht tuviera que eliminar su nombre -cuya ascendencia alemana con toda seguridad aumentaba su interés y atractivo europeo, como un estado-nación centroeuropeo inmensamente magnificado y amplificado por el espacio extraordinario del Nuevo Mundo- cuando el aviador redescubrió sus propios orígenes del modo equivocado, en la época de Hitler. El título en alemán de la autobiografía de Lindbergh *Wir zwei* (Nosotros dos), sin embargo, subraya la diferencia entre esta simbiosis modernista y el androide posmoderno o la síntesis de máquina y biología, igualmente distinta de la relación tradicional con la herramienta, del granjero con el arado, o del artesano. Sin embargo, la modernidad ha significado producción, y se plantea un problema crucial a partir de la producción simbólica de justamente esos emblemas modernistas que ponen en primer plano a los propios medios como el soporte tecnológico del transporte y la comunicación: el ferrocarril, el motor de combustión, el transatlántico de vapor, aun la radio, sin duda, en la medida en que se integra en la propia obra sobre el relato del vuelo de Lindbergh. Para recuperar este momento único -que todavía no es el de la disolución humana en la computadora, pero ya marca la reificación de la fuerza de trabajo y la emergencia de la máquina como tal a partir de las formas más antiguas de trabajo corporal propiamente humano- tendríamos que captar y percibir el modo en que, todavía durante mucho tiempo, este movimiento de la máquina está precisamente en armonía con la producción. En *El vuelo de Lindbergh*, esta transformación de la materia prima original es figurada como un acto de *praxis* en tanto trascendencia.

Así lucho contra la Naturaleza
y contra mí mismo.
Sea yo lo que sea y cualesquiera las tonterías que crea
cuando vuelo soy
un verdadero ateo.
Durante diez mil años

donde las aguas se oscurecen junto al cielo
entre la luz y la penumbra irresistiblemente nació
dios.

(III, 16)*

Pero la modernidad del vuelo de Lindbergh es ahora el deliberado "rechazo de todos y de cada uno de los dioses / y siempre que reaparezcan". Secularización heroica, entonces, como la marca del proyecto iluminista y la reafirmación de una nueva Era Humana. Sin embargo, el plural inusual del título más definitivo -"Der Flug der Lindberghs" / "El vuelo de los Lindbergh"- sugiere una novedad mayor aún en lo que atañe a la concepción modernista del sujeto: no meramente la reemplazabilidad de este actor por todos los otros, como en el paradigma clásico del *Lehrstück*, sino la pluralidad de este actante, cuyas palabras ahora declamará un coro de niños y niñas; a lo que se debe agregar, en las puestas en escena o las producciones de oratorio, la designación del actor que interpreta el papel de Lindbergh como "El Oyente", una recreación de una situación radial primaria en la que la presunta pasividad y receptividad de la audiencia se revierte en forma drástica, y el acto de oír la obra se redefine violentamente como la *praxis* exploratoria del propio aviador que, al aventurarse en lo Nuevo y luchar con ello, lo produce. Una vez más entonces, el *Novum* no es un objeto inusual, como en tantas concepciones vanguardistas de la innovación modernista, sino todo un universo nuevo de relaciones, como el mundo nuevo de la física de Galileo o el mundo nuevo de la construcción socialista, en los que escritor y lector deben penetrar de igual manera por medio de la exploración osada y de la apropiación.

Realidad

¿Hemos podido, en las páginas anteriores, argumentar a favor del contenido intrínseco, no sólo del "método" de Brecht como tal, según lo vimos funcionar en instancias que van desde la construcción de tramas hasta el trabajo microscópico de artífice de las palabras, sino también del que se incluye en la dialéctica en sí, casi como lo que lo define y le da su especificidad respecto de otros métodos filosóficos o visiones de mundo? Tendría que ser una defensa profundamente relacionada con la propia argumentación de Hegel a favor de lo que denomina "lo especulativo": es decir, la forma en que la idea misma de un concepto lleva en su interior su propia energía utópica, proyecta un mundo "igual" al concepto en cuestión, al mismo tiempo que emite juicio sobre mundos que todavía no se han elevado a ese nivel. El cambio en Brecht reuniría las condiciones de un concepto especulativo precisamente de este tipo: una noción puramente formal que implica y proyecta su propio contenido en virtud de su forma única. Lo que quiero argumentar es que esto no es exactamente teleología, si bien es cierto que es este aspecto de los sistemas en cuestión el que se ha caricaturizado y desacreditado bajo el término teleología, tanto en el hegelianismo como en el

* N. de la T.: Las referencias a los originales de Brecht remiten por volumen y página a *Grosse kommentierte Berliner und Frankfurter Ausgabe* (Aufbau/Suhrkamp, 1989-98), eds. Werner Hecht, Jan Kopf, Wener Mittenzwei y Klaus-Detlef Müller.

marxismo. El error es, sin duda, en parte una confusión entre la cronología y las esencias hegelianas o las formas aristotélicas: definir la vocación del mundo en términos de vida social colectiva y de productividad planificada, la reducción del trabajo individual y una visión del control humano a través de la historia no es predecir una secuencia particular de acontecimientos, y por cierto no es afirmar la "inevitabilidad" del resultado (la historia también puede "terminar", según el famoso recordatorio de Marx, en "la ruina de las fuerzas contendientes").[3] Quizás sea simplemente restablecer una visión ideológica y volver a hacer posible la imagen de un futuro alternativo (una tarea no particularmente *folgenlos* o "sin consecuencias" en la actualidad). De todas maneras, si la dialéctica afirma la primacía de la situación, luego nuestros argumentos sobre el cambio y nuestra manera de ponerlo en escena, nuestra afirmación o reclamo de él, o, en realidad, la demostración de que ya está aquí, en proceso, sin que lo sepamos, serán dialécticos sólo si varían y describen otra dimensión del elefante proverbial. La objeción, por ejemplo, de que la teleología paraliza la iniciativa humana y alienta una rendición pasiva o fatalista ante lo predestinado es, desde luego, correcta, pero no tiene particular relevancia para una era que por lo general ya es pasiva y fatalista (en todo caso, el marxismo ha oscilado de modo sistemático y estratégico entre los polos del fatalismo y el voluntarismo).

Por otra parte, la demostración estructural de Marx, en *El capital*, de la emergencia de una nueva sociedad y de una nueva economía dentro de la antigua, de alguna necesidad interior de esa emergencia que es por completo diferente de una ruptura fundamentada sólo en la moralidad o en la desesperación, esa clase de demostración, todavía podría servirnos, y producir una concepción del socialismo muy diferente de la actual.

Con todo, la celebración del cambio en sí -ya sea en forma de Tao o de algún otro cronótopo- puede estar abierta a otro tipo de dudas y sospechas, en particular en una sociedad cuyos ritmos económicos se perpetúan y proliferan con el cambio permanente: la acumulación de capital, la inversión y la realización, la disolución de firmas y puestos de trabajo estables en un flujo de entidades nuevas y provisionales, inmersas en el desempleo estructural, su infraestructura cultural a merced de la revolución permanente de la moda y del imperativo de generar nuevos tipos de mercancías, cuando no, en las crisis más profundas, de inventar o explotar tecnologías de la producción completamente nuevas. Sin duda, fue precisamente esta aprobación estridente de los eslóganes modernistas de la innovación y la novedad por parte del capitalismo de posguerra lo que más contribuyó al descrédito del movimiento moderno.

Por tanto, el Tao está en cierta tensión con el paradigma histórico de los modos de producción marxistas, y tal vez sólo en el plano local puede ajustarse a él, un ajuste que ya no podemos confiar en que ofrecerá Brecht. Otras sospechas, sin embargo, se vincularán tanto con el tiempo plenamente existencial como con el histórico: un modo de sobrevolar el cementerio de las muertes individuales, además de navegar en la incertidumbre de las generaciones y confrontar eso tan peculiar que los teólogos llaman

Esperanza. Brecht no evadió esta dimensión inevitable de toda ideología del cambio, como lo demuestran algunas interesantes partes de *Me-ti**:

> *Y vi que nada estuvo nunca del todo muerto, ni siquiera lo muerto. Las piedras muertas respiran. Se modifican unas a otras y originan modificaciones. Aun la luna que dicen muerta se mueve. Arroja luz -aunque sea luz ajena- sobre la tierra y determina la trayectoria de los cuerpos que caen, y origina el flujo y el reflujo del mar. Y si la luna llegara a espantar a una persona que la contemplara, no, si una sola persona la viera, entonces no estaría muerta sino viva. Pero en cierto sentido, lo vi, después de todo está muerta; pues cuando se reúne todo aquello en lo que se puede decir que vive, resulta ser demasiado pequeño o bien irrelevante, y así se dirá que se la considera del todo muerta. Pues si no lo hiciéramos, si no consideráramos que está muerta, perderíamos una clasificación específica, es decir, la palabra "muerto" y la consiguiente posibilidad de nombrar algo que en realidad vemos. Pero ya que hemos visto que asimismo no está muerta, y por lo tanto estamos obligados a pensar ambas caracterizaciones sobre ella, y tratarla como algo muerto "no muerto", que, sin embargo, está más del lado de lo muerto, y en cierto sentido, una cosa que ha muerto; en realidad, en este sentido, una cosa que ha muerto completa e irrevocablemente, sin embargo, no en todo sentido.*
>
> (XVIII, 73-74)

Por lo tanto, si la corriente de las cosas es una mezcla de muerte y regeneración, los problemas del pensamiento que nos confrontan son dialécticos, en la identidad de opuestos, de negativo y positivo; también lingüísticos, en la validez lógica de las oraciones y la mutua exclusión de sus significados; y también estéticos, en la medida en que un aspecto de la vida persistente de la luna muerta es su percepción como *extraña* [*fremd*] siquiera por el último ser viviente, su *extrañamiento* de sí y de ese ser. Finalmente, la causalidad interviene y atraviesa el vasto paisaje sublunar de todo lo que es: plantea sus propias preguntas lingüísticas y dialécticas.

Brecht estaba dispuesto a forzar la cuestión aún más intencionadamente, como en su sugerencia de que:

> *a pesar de que la muerte puramente biológica del individuo no es interesante para la sociedad, se debería aprender a morir.*
>
> (XXI, 402)

Es probablemente una aspiración menos propia de Montaigne que la expresión de temas que rodean a *Die Massnahme*, de ese mismo período. Por otra parte, un Tao social está seguramente ligado a los problemas de tecnología y modernidad antes planteados, a los cuales volveremos al finalizar.

En este punto, sin embargo, parece más apropiado invertir el problema preguntando ya no cuál debería ser la posteridad de Brecht, sino cuál ha sido en realidad, e indagar su

* N. de la T.: *Me-ti: Buchder Wendungen* [Me-ti: Libro de las mutaciones], publicado póstumamente, es un texto considerado por Jameson como clave para comprender las reflecciones críticas de Brecht sobre la dialéctica.

influencia ahora subterránea en el pensamiento contemporáneo, una influencia que parece haberse olvidado, pero es, sin duda, el mejor testimonio de su contemporaneidad. En otras palabras, la elaboración de argumentos artificiales y razones de por qué Brecht nos serviría hoy en día y de por qué deberíamos volver a él en las actuales circunstancias parece hipotética en contraste con la demostración concreta de que en realidad ya hemos "vuelto a él" y que su pensamiento está presente en todas partes hoy, aunque no figure su nombre y por más que no tengamos conciencia de ello.

Esto es algo que quiero explicar en detalle para los así llamados antifundacionalismo y antiesencialismo, atravesando algunos de los grandes temas del propio posestructuralismo. La figura mediadora aquí ya ha sido mencionada: es Roland Barthes, cuyo profundo brechtianismo no se ha reconocido con frecuencia, aun cuando es responsable de las intervenciones más originales que constituyeron la significación histórica de Barthes en la década del cincuenta e influyeron en la formación de lo que en ocasiones se piensa como la *doxa* posestructural de los sesenta y los setenta. En esos primeros trabajos, la herencia de Barthes era la polémica sartriana y existencial contra la naturaleza y contra la esencia, como valores normativos y por lo tanto represivos. Hoy no se reconoce lo suficiente que gran parte del contenido de las apelaciones contemporáneas a la "performatividad" y a la postura antinormativa de la "teoría *queer*" es profundamente sartriana en espíritu.[4] Las relaciones de Barthes con la "naturaleza" -con la "naturaleza humana" así como también con la "naturaleza" metafísica inherente a las concepciones normativas del "significado de la vida humana"- de este modo representan el entrelazamiento creativo y explosivo de las polémicas filosóficas sartrianas y los distanciamientos brechtianos prácticos y estéticos de la misma ilusión de *stasis* y lo eterno. El origen brechtiano de algunos de estos temas y posiciones podría ayudarnos a recuperar también parte de su contenido político original.

En todo caso, el Brecht que conocemos hoy incluye, aunque no sea del todo el mismo, al Brecht de Weimar, o al de los diversos exilios (en particular el norteamericano); pero aparece plenamente, casi por primera vez en el escenario mundial, en el *Théâtre des nations* de París en el verano de 1954: la famosa visita, que trajo *Madre Coraje* desde un Berlín Oriental todavía devastado por la guerra (y en el siguiente año, la producción más suntuosa de todas, el primer gran *Círculo de tiza caucasiano*), sin duda influyó en la cristalización universal del marxismo entre los intelectuales franceses. En otras palabras, a diferencia de compañeros de ruta como Sartre, Brecht parecía ser el primer artista genuinamente marxista en completar la originalidad del marxismo y la dialéctica como modo de pensamiento con su plena originalidad (más allá de las monótonas predictibilidades del realismo socialista) como un nuevo tipo de estética.

Ya he sugerido la significación de la distancia interior, de los propios conceptos de distanciamiento y de sujeto escindido, en la práctica teatral de Brecht. Resta afirmar su significación e influencia filosófica en este París en el que se está produciendo la cristalización ideológica de lo que ahora llamamos estructuralismo y posestructuralismo (y ya hemos podido anotar el trabajo de Barthes, mucho más allá de su período marxista, como testimonio de la existencia de nuevas formulaciones estéticas poderosas de estos conceptos, que el propio Barthes encontró dramatizados y realizados de manera concreta en Brecht).

La cuestión de la naturaleza es central en un sentido más obvio, dado que siempre fue el rasgo crucial de la propia exposición de Brecht del "método" del extrañamiento: mostrar que lo que suponemos natural, y por lo tanto "normal" e "inmutable" de repente, es en realidad histórico, ha cobrado existencia pasando por una compleja historia humana, y por tanto contiene la posibilidad de ser suprimido también por la acción histórica. La diferenciación sobre la que se basa la operación V y que es reactivada por ella, por así decir, es coherente con gran parte de lo que aparece en ese período: con la influyente oposición entre naturaleza y cultura planteada por Lévi-Strauss, por ejemplo, aunque la perspectiva "sincrónica" parezca achatar la "cultura" en sí y volver a convertirla en algo relativamente estático o estable, en gran medida del orden de esa naturaleza a la que se debía oponer en primer lugar. La incomodidad general, ideológica y filosófica, con las bases naturales y naturalistas durante ese período está, sin embargo, claramente puesta en escena de modo más dramático por el existencialismo sartriano, en su intencionada arremetida contra la "naturaleza humana" (esencia) y contra una metafísica de lo natural. (Sin duda, no fue un accidente que la propuesta de retraducir las "estructuras" de Lévi-Strauss a formas de *praxis* humana se planteara por primera vez en la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre [1960], y luego, siguiéndolo de una manera mucho más minuciosa, en *Esquisse d'une théorie de la pratique* de Pierre Bourdieu [1972].) Pero es seguramente en *Mitologías* de Barthes donde se desarrolló la forma más utilizable del método brechtiano, y la más influyente en las áreas del análisis cultural e ideológico: la de Barthes era una "aplicación" del método en forma de libro de texto a un espectro de fenómenos sociales y culturales, junto con una teorización de los objetos de distanciamiento en términos protolingüísticos, que tuvo su propia influencia generativa sobre la evolución lingüística del denominado estructuralismo en sí. (La otra dimensión de la obra temprana de Barthes -que conserva su inmensa significación histórica-, su trabajo sobre historia literaria, que encontró expresión lapidaria en *El grado cero de la escritura*, es más bien de origen sartriano.)

Pero como he venido argumentando una y otra vez, el de Brecht fue un método, no un sistema filosófico (de allí que sea correcto extrapolar sus consecuencias a la lingüística, como hizo Barthes, más que a alguna clase reificable y ontológica de teoría social); y la relación con la naturaleza siguió siendo esencial en él y, en cierto modo, una avenida de doble mano. Por eso debemos siempre citar, como ejemplo supremo del efecto de distanciamiento, el gran momento precisamente en este *Círculo de tiza* que tanto electrizó a sus primeros públicos parisinos, en el que Grusha duda sobre asumir la carga del niño en peligro (heredero del gobernador derrocado y, en consecuencia, un blanco obvio para los conspiradores). La glosa del cantante-comentarista sobre esta vacilación es suficiente y resulta un programa completo: "¡Espantosa es la tentación de la bondad!" Pues en nuestra visión tradicional de la naturaleza humana y sus instintos, la noción de tentación (heredada del cristianismo y sus teologías) normalmente se centra en la maldad: son los instintos pecaminosos los que tienen poder y nos atraen contra nuestra voluntad. Esto significa a su vez que se da a entender de un modo inequívoco que la "bondad" -en este caso, los instintos cooperativos en general, aquellos en los que la ideología marxista o rousseauniana siempre ha procurado confiar- es un componente relativamente débil de nuestra naturaleza, en perpetuo peligro de ser subvertido por las fuerzas más poderosas de la autopreservación y el deseo, y de cuya

superficialidad se da cuenta de manera bastante tardía en la tradición mediante la noción freudiana de que la bondad es en primer lugar el resultado de la represión y del superyó.

De pronto, el luminoso verso de Brecht revierte toda esa antigua tradición del pecado y la naturaleza humana: ahora es la bondad misma la que ejerce la malsana fuerza de la tentación, que fascina a Grusha y está a punto de llevarla a hacer cosas que están en contra de sus propios intereses y de su seguridad personal. Ahora el ideal cooperativo ejerce todo ese poder de atracción que solía atribuirse al vicio; y son los buenos instintos los que parece haber reprimido momentáneamente el proceso de civilización, y están listos para volver a estallar ante el menor pretexto. La inversión entonces se ratifica por la espectacular palabra "schrecklich"*, que designa el horror de semejante impulso o instinto, y su impacto casi sublime sobre los aterrorizados mortales que son testigos de él, e inevitablemente caen presas de sus poderes. Y sin embargo, ¿no es una vez más "la compasión y el terror" aristotélicos? ¿O por lo menos una *Umfunktionierung* -una reestructuración radical- en la que es la compasión de Grusha la que inspira nuestro terror? Pero precisamente esa reestructuración cambia todo: pues ya no compadecemos a Grusha, como en la tragedia aristotélica, y nuestro propio terror -lejos de reflejar nuestra empatía con el héroe trágico- constituye en sí una especie de tentación para algún nuevo tipo de bondad, la de la *praxis* misma.

Esto es Brecht en su momento más utópico y redentor, y es significativo que se dé justamente en el contexto de una disputa protofilosófica con el tema de la naturaleza en sí. Luego, el argumento no es que de estas primeras dramatizaciones brechtianas de la naturalidad y sus paradojas dialécticas surjan directamente un antifundacionalismo y un antiesencialismo contemporáneos, sino que el trabajo de Brecht nutre de un modo central la corriente cultural que lleva a la aceptación generalizada de estas posiciones hoy en día.

Pero paralelamente al tema de la naturaleza, debemos virar el timón en otra dirección y subrayar el tema de la *praxis*, muy difamado hoy bajo el calificativo de prometeanismo, que se aplica a todo, desde la primera poesía de Marx a la industrialización estalinista, y a los procesos antiecológicos más generales de la propia modernización. Nos hemos detenido brevemente en el "modernismo" de Brecht, en el sentido de su entusiasmo futurista por las nuevas tecnologías. Ahora debemos agregar otro término característico: productividad. Sin duda, se evidencia en la conclusión del *Círculo de tiza*, en la que una transfiguración final de la historia marco (la lucha por la tierra entre las dos *kolkhoz***) se logra bajo la moraleja enunciada por el narrador:

> *Sepan entonces quienes escuchan que según el parecer de los antiguos las cosas deberían pertenecer a quienes las usan y las necesitan...*
>
> (VIII, 185)

* N. de la T.: Espantoso.

* *N. de la T.: Granjas colectivas.

Como tal vez no quede tan clara la manera en que esta noción de productividad recorre toda la obra de Brecht, y a fin de concluir con esa cuestión, seleccionamos unareflexión desacostumbrada sobre lo que normalmente se denomina historia literaria.

Historicidad

Debe comenzar con el conocido enigma con el que Marx interrumpe su borrador del Prefacio de 1857 a los *Grundrisse*, el problema del valor del arte de un modo diferente de producción (la antigua Grecia) para nosotros hoy.[5] Brecht primero ofrece una vía de distanciamiento de lo que es nuevo a través de la recuperación del pasado de lo que fue un *Novum*, y de la invención de un uso historicista para ese pasado:

> *Tiene lugar un distanciamiento del automóvil cuando, después de haber estado frente al volante de un automóvil moderno durante mucho tiempo, pasamos a conducir un antiguo modelo Ford-T. De pronto, volvemos a oír explosiones: es un motor de explosión. Comenzamos a sentirnos sorprendidos de que tal vehículo -en realidad, cualquiera que no sea de tracción a sangre- pueda llegar a moverse. Ahora percibimos el automóvil como algo extraño, nuevo, una hazaña de pura construcción, en pocas palabras, precisamente lo antinatural. La Naturaleza, a la que pertenece, como es obvio, aun el automóvil, de pronto revela el momento de la no naturalidad dentro de sí, y su concepto ahora está saturado con ello.* (Willett, 144-5)

Hasta ahora, bien: lo Nuevo, el *Novum*, es de alguna manera captado como producción y construcción, siempre es lo que está "contra la Naturaleza", lo que debe ser percibido estéticamente como tal en la conmoción del efecto V. (Míticamente, entonces, la avería del automóvil se reconstituirá en un momento legendario con la fundación de *Magahonny*.)

La relación con las obras de arte del pasado, por lo tanto, aquí se da en una forma: el contenido de esas obras bien puede en sí consistir en diversos distanciamientos, pero para experimentarlo de manera más vívida, nosotros mismos debemos de algún modo acordar en distanciar la obra como un todo (Hegel lo hizo para los clásicos griegos de Marx al posicionarlos como conquista después de la "sublimidad" muda de sus pirámides asiáticas y cosas semejantes). Pero comienza una teorización más minuciosa cuando Brecht retoma el rasgo más engorroso del problema de la historicidad, al menos desde la perspectiva estética: la historicidad de los propios sentimientos y emociones, una subjetividad que durante mucho tiempo se consideró que de todos modos constituía el principal centro de gravedad de la estética (tampoco es menos embarazoso que el propio teatro de Brecht haya sido con tanta frecuencia tildado de intelectualista y acusado de querer eliminar el contenido emocional del arte). Brecht permite una relación dialéctica entre la razón y las emociones, y una relación histórica entre emociones e intereses (y recomienda, por ejemplo, que comparemos a Kipling con el "Bateau ivre" de Rimbaud -ambos textos poéticos de suma importancia para él en el plano personal- para sentir las diferencias "entre el colonialismo francés de mediados del siglo diecinueve y el colonialismo británico de principios del veinte"). Pero luego ("como Marx ya había observado") admite:

Es más difícil, como ya observó Marx, explicar el efecto que tales poemas tienen sobre nosotros... Aparentemente, las emociones que acompañan el progreso social sobrevivirán durante mucho tiempo en la mente humana como emociones vinculadas con intereses, y en el caso de las obras de arte lo harán con más fuerza de lo que podría esperarse, puesto que mientras tanto se habrán hecho sentir intereses contrarios. Cada progreso cancela el anterior, en la medida en que, por definición, avanza más lejos que aquél. En otras palabras, cada progreso atraviesa el anterior y se aleja de él. Al mismo tiempo, en cierto modo también utiliza a su predecesor, para que este último de alguna manera se preserve en la conciencia humana como una forma de progreso, al igual que en la vida real perviven sus resultados. Tenemos aquí un proceso de generalización del tipo más interesante, un proceso continuo de abstracción. Siempre que las obras de arte heredadas nos permiten compartir las emociones de otras personas, tal vez de épocas pasadas o de clases sociales diferentes, debemos suponer que al hacerlo estamos compartiendo los intereses que son en verdad universalmente humanos. Los muertos, en este caso, representaron intereses de clase que impulsaron el progreso. (Willett, 146-7)

(Y lo demuestra con el argumento en contrario mediante el ejemplo del arte fascista, que no puede considerarse que tenga estos efectos.) ¿Qué puede significar "progreso" en este sentido, y cómo puede sentirse que se asocia con una forma histórica específica de emoción? El ejemplo de la lírica imperialista es menos paradójico de lo que podría parecer, ya que ha habido un largo debate dentro del marxismo (y no sólo dentro del marxismo europeo) acerca de los rasgos progresistas del imperialismo en un contexto tercermundista o colonial: que las energías antisociales de, supongamos, la canción de los cañones (en *La ópera de tres centavos*) podrían evaluarse positivamente en otros contextos que ya conocemos a partir de las reflexiones de Me-ti. No queda tan claro cómo podrían todavía conservar su "valor" otras clases de emociones históricas ya obsoletas (aunque Brecht, como es característico, presupone que el problema se resuelve de antemano: "cuando las compartimos", dice. El problema se plantea sólo si las obras del pasado siguen vivas para nosotros; no es una cuestión de deducción histórica o filosófica).

Quiero sugerir que la "productividad" es el significado más profundo del progreso en Brecht, y que tiene que ver con la actividad como tal. Esta asociación de la producción y la productividad con la actividad en sí misma parece la más apta para redimir la palabra estigmatizada para los valores contemporáneos, y es, en todo caso, coherente con la noción de "trabajo vivo" en Marx, que a su vez entonces vuelve a echar luz sobre el "modernismo" de las tecnologías en las que se deposita más cuantiosamente, en forma de lo que se denomina "trabajo muerto" o lo que Heidegger caracteriza como "existencias", "reservas" [*Bestand*].[6] En general, la lucha entre ideologías modernistas y posmodernistas se puede caracterizar como la que se entabla entre una fetichización de los reservorios visibles de energía -máquinas cuyo trabajo almacenado todavía es evidente y puede reactivarse de manera explosiva, como el motor de combustión- y una transmisión incesante de señales electrónicas cuya relación con la energía humana

es problemática y que, más bien, se ofrece como un inmenso elemento nuevo en el que los actores humanos podrían sumergirse. La promesa de Brecht dota al efecto V de la capacidad de revelar la productividad humana latente incluso en esta segunda clase de tecnología, cibernética o informacional, de darla a conocer a su vez como una forma de producción que es, al mismo tiempo, una forma de actividad. Y si se objetara que este proceso no es sino una apropiación de lo posmoderno, su captura por las viejas ideologías de lo Nuevo, sus retraducciones a una "nueva" forma de modernismo como tal, entonces también debemos recordar las diferencias extraordinarias entre cierto modernismo brechtiano (si eso es lo que es) y el tipo esteticista canónico. En ese caso, esta evolución no sería regresiva, y sea como sea, la lección más oportuna de Brecht, para una era que se ha vuelto cauta acerca de esa propia palabra, es que lo "progresista" no debe limitarse a una evolución en etapas hacia una sociedad mejor, sino que debe invocarse cada vez que están en juego la producción y la productividad. Es paradójico que la era actual esté dividida ideológicamente por estos dos términos: los retóricos del mercado que celebran la productividad con entusiasmo (aunque es precisamente la productividad del capital financiero la que está en cuestión), mientras que una nueva ortodoxia posmarxista denuncia sistemáticamente el concepto de producción como inadecuado para una era de la información y la comunicación, y en todo caso impregnado de productivismo estalinista y agotamiento ecológico de la naturaleza. He tratado de demostrar que la concepción brechtiana de la actividad transforma ambas versiones del concepto y restituye una frescura que exige una nueva caracterización. Tiene sus precursores, sin duda: mucho antes de Marx podemos pensar en Goethe: más que en el Goethe de la corte de Weimar, en el Goethe no canónico, herético; en el Goethe lector y admirador del innombrable y todavía escandaloso Spinoza, quien proclamó: "Odio todo lo que no eleva y aumenta mi actividad intelectual". "Intelectual" ahora se volverá gradualmente "colectivo", y la actividad llegará a asumir una dimensión histórica: éste es el punto en el que la productividad brechtiana toma su lugar como forma ejemplar, pero aún así real, de la *praxis* misma.

NOTAS

[1] "Un presente sonoro, la 'voz en *off* del narrador, que constituye un verdadero centro radiofónico cuya función es fundamental en Welles", Gilles Deleuze, *Cinéma II* (Paris: Minuit, 1985), pág. 152.

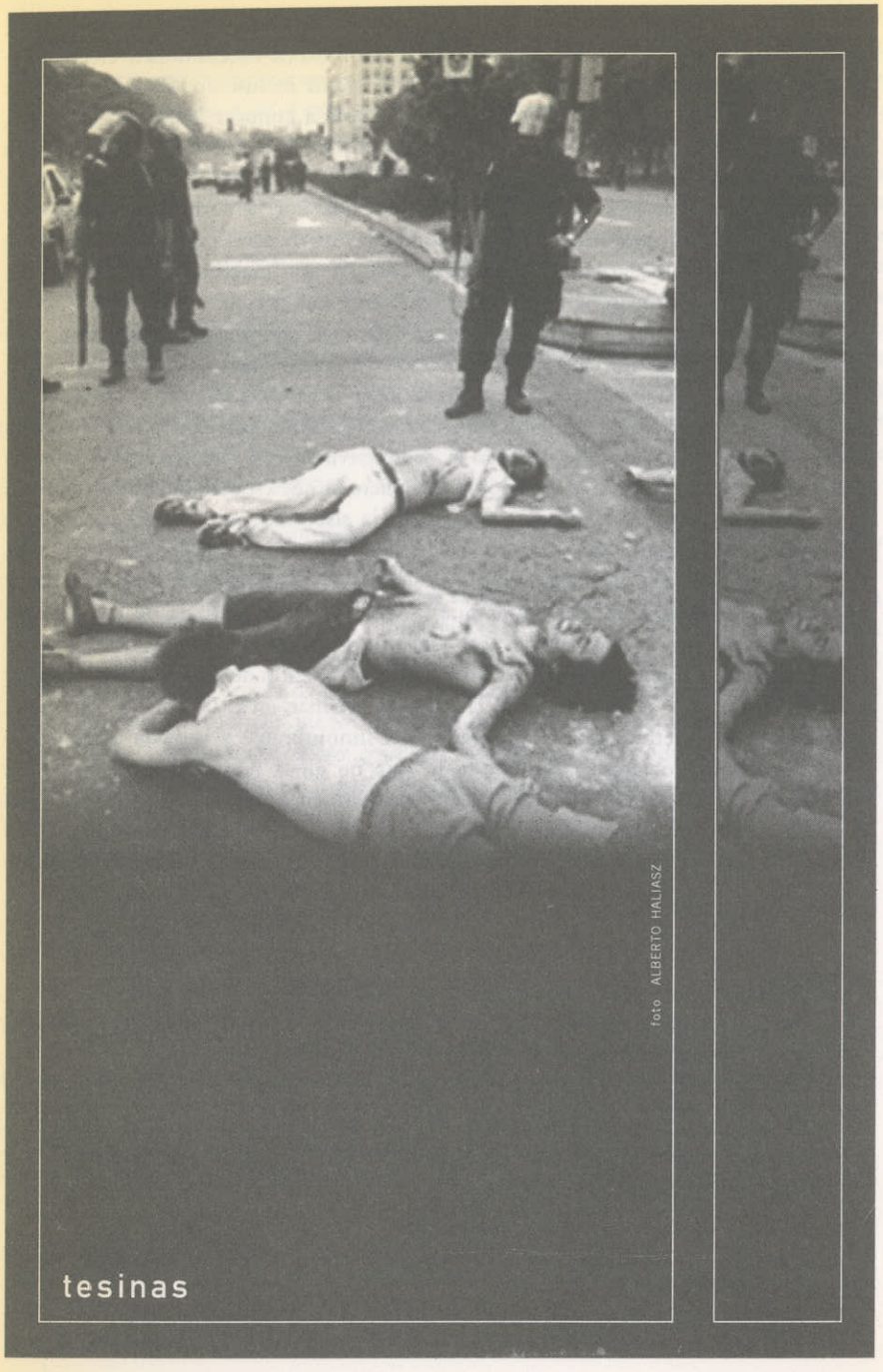
[2] Jean-Pierre Vernant, *L'Origine de la pensée grecque* (Paris: Presses Universitaires de France, 1962), pág. 7. Desde luego, el caballo también fue lo que definió al noble en la Edad Media y permitió la emergencia del poder feudal. Pero los anacronismos también son apropiados en la otra dirección temporal; por tanto esta relación simbiótica de ser humano y máquina también se ha modelado e ideologizado de modo influyente en nuestra época bajo la figura del *cyborg*: en un material ahora ya floreciente, el texto central que todavía se destaca es, sin duda, "A Manifesto for Cyborgs" de Donna Haraway, en *Simians, Cyborgs and women* (New York: Routledge, 1991)

[3] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Parte I.

[4] Para un desarrollo más profundo de este planteo, véase mi artículo "The Sartrean Origin", en *Sartre Studies International*, vol. 1, N° 1 y 2, 1995, pp. 1-20.

[5] Karl Marx, *Grundrisse*, en el Vol. 42 de las *Werke* de Karl Marx y Friedrich Engels (Berlin: Dietz Verlag, 1983), pp. 44-5.

[6] Martin Heidegger, *Gesamtausgabe*, vol. 79: *Bremer und Freiburger Vorträge* (Frankfurt: Klosterman, 1994), pág. 28.



Las TIC como instrumento de inclusión comunitaria y desarrollo social

El caso del proyecto "centros tecnológicos comunitarios"

María Alejandra Davidziuk

Introducción

Manuel Castells (1994) señala que las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) no son sólo ciencia y máquina, sino también tecnología social y organizativa. Estos dispositivos sociales interpretan un incremento de poder comunicacional sin precedentes, al proponer un nuevo compromiso con la sociedad y entre los diferentes actores que la conforman. Para estudiar las TIC es necesario reflexionar sobre qué tipo de comunicación tiene lugar en estos procesos. Comunicación, no como elemento accesorio ni instrumental, sino como un lugar donde se desarrollan los procesos de transformación.

A fin de analizar los factores que fortalecerían una comunicación nueva y liberadora, en profundo diálogo con las utopías sociales y políticas que plantean las nuevas tecnologías, el objetivo de este trabajo es estudiar el surgimiento y la evolución de los centros tecnológicos comunitarios (CTC) en la Argentina. Se examina el papel que tuvieron dichos centros tecnológicos como motores para la inclusión comunitaria y el desarrollo social, al proveer de un acceso físico a bajo costo o gratuito a las TIC. Las organizaciones comunitarias que contienen a los CTC, localizadas

generalmente en áreas de bajos ingresos, son los agentes del proceso de inclusión social con respecto a las TIC. Se toma como caso de estudio al Proyecto CTC[1], que forma parte del Programa Nacional para la Sociedad de la Información (PSI)[2].

Se analizan las acciones llevadas a cabo por las autoridades del proyecto nacional para implantar 1350 centros tecnológicos comunitarios en todo el país: planificación de los procesos de selección de entidades receptoras, equipamiento, capacitación, utilización, promoción y monitoreo. Entre otros dos programas públicos[3], se eligió el Proyecto CTC por su rápida puesta en marcha, las dimensiones de su campo de acción, la complejidad de su estructura, las diferencias cualitativas y cuantitativas que presenta con otros proyectos latinoamericanos, los sucesivos cambios de nombres y reformulaciones tanto conceptuales como programáticas.

El contexto en el que se vislumbran el surgimiento y desarrollo de los centros tecnológicos comunitarios argentinos, en general, y del Proyecto CTC, en particular, requiere una "lectura profunda", en el sentido en que lo entiende Daniel Castillo (1990), quien asegura que la sociedad nunca es transparente, porque "nos movemos a diario en un espacio de certidumbres, de creencias, de estereotipos que no nos permiten llegar mucho más allá de los fenómenos". De acuerdo a estos conceptos, este trabajo fue encarado como un diagnóstico, que consiste en una lectura esencial del Proyecto CTC desde una perspectiva histórica. Para conocer a fondo el fenómeno social de los centros tecnológicos comunitarios argentinos, lo importante no es conocer en qué estado material se encuentran hoy, sino entender –en cuanto a tener una comprensión y análisis del contexto- el proceso por el cual han llegado a ser lo que son. Esto implica evaluar la lógica de desarrollo, incorporación y socialización del proyecto en la comunidad. Las TIC y los centros tecnológicos comunitarios son objetos de estudio en continua construcción, transformación y comprensión. Es más, en Argentina, hay muchas personas que todavía no conocen qué son ni qué beneficios pueden ofrecerles, lo que supone un gran desafío comunicacional.

¿Qué significa que Internet sea un medio innovador, y qué relación tiene esto con el desarrollo? Manuel Castells (1994) define como medio innovador "al sistema de estructuras sociales, institucionales, económicas y territoriales que crean las condiciones para una generación continua de sinergias y su inversión en un proceso de producción que se origina a partir de esta capacidad sinérgica, tanto para las unidades de producción que son parte de este medio innovador, como para el medio en su conjunto". Los centros tecnológicos comunitarios son nuevas formas de organización ligadas a la innovación tecnológica; por lo tanto, en este trabajo se indaga qué clase de desarrollo se quiere alcanzar con estas innovaciones en el Proyecto CTC.

Schuler (1998) enfatiza el lugar que ocupa la comunicación en la vida cotidiana, por considerarla "el corazón de casi todos los aspectos de la vida urbana". Por lo tanto, para estudiar los CTC, es necesario realizar un abordaje desde la comunicación como proceso humano complejo de interacciones, que supere los procesos mediáticos, dado que no sólo es necesario conocer la infraestructura técnica sino también el desarrollo de los vínculos sociales que generan estas nuevas asociaciones. También se profundizarán el tipo de comunicación y el tipo de actividades que tendrían lugar en un centro tecnológico de acceso público que toma como característica propia el ser "comunitario". ¿Qué significado tiene que sea comunitario? ¿En qué varía una organización si se autodenomina comunitaria? ¿Existe una Informática comunitaria? ¿Qué significa? Este tema no es menor, ya que determina un estilo muy específico de relación con la comunidad y con las acciones que se persigan; por ejemplo, el acceso, la participación y el desarrollo. Es importante tener en cuenta que es imposible tratar separadamente la instancia comunitaria del dispositivo de comunicación, una socialidad y una tecnicidad (Vilches, 1993). Esta división será meramente instrumental para poder llevar adelante el análisis.

Dadas las críticas circunstancias por la que está pasando el Proyecto CTC desde diciembre de 2001, es necesario plantear cómo seguir con los centros tecnológicos comunitarios de ahora en adelante. Si entendemos que un proyecto es sólo un conjunto de actividades interrelacionadas y coordinadas, con el fin de alcanzar objetivos específicos dentro de los límites de un presupuesto y un período de tiempo dados (definición de la ONU, 1985)[4], sería esencial que los administradores y coordinadores de todos los centros del país, sin importar el origen o la denominación que tengan, se articulen, para alcanzar mayor representatividad, cohesión e identidad para hacer oír sus reclamos y alcanzar una mayor difusión de sus objetivos. "Necesitamos generar una red de CTC y contar con nuestro propio representante nacional para integrarnos con las experiencias de América Latina y el Caribe" - aseguró Carlos Azuaga, coordinador pedagógico del CTC Centro de Veteranos de Guerra de Lanús, durante la Jornada de Telecentros del Global 2001[5].

Objetivos

El objetivo principal de este trabajo es analizar el surgimiento y la evolución de los centros tecnológicos comunitarios en la Argentina. Se examina el papel que tuvieron los centros tecnológicos como motores para la inclusión comunitaria y desarrollo social, al proveer de un acceso económico a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) a las organizaciones comunitarias localizadas en áreas pobres y/o zonas donde no llega el trazado de servidores comerciales, las que se considerarán como agentes de este proceso.

El objetivo específico es reconstruir la historia del Proyecto CTC, a cargo de la Secretaría de Comunicaciones de la Nación (SECOM), para comprender desde la experiencia concreta de una iniciativa gubernamental, qué factores contribuyeron u obstaculizaron al proceso de transformación de las TIC en un instrumento de inclusión comunitaria y desarrollo social.

Hipótesis

a- Dado que en la Argentina existe un bajo grado de accesibilidad a las TIC por parte de los sectores de escasos recursos, es necesario buscar una solución a esta carencia. Los centros tecnológicos

comunitarios son entidades que conciliarían conceptos aparentemente incompatibles: pobreza y apropiación social de la tecnología, desarrollo y equidad social, localidad y globalidad.

b- Los centros tecnológicos comunitarios o telecentros favorecen la inclusión social y la participación comunitaria, pero la azarosa ejecución del Proyecto CTC los transformaría en una propuesta inconsistente y con pocas posibilidades de crecimiento. El hecho de no haber experimentado pruebas pilotos antes de lanzar los 1300 centros en 1998, sería uno de los factores determinantes de que en el 2001 hayan desaparecido el 40% de ellos. La falta de monitoreos y la incapacidad de considerar a los centros tecnológicos comunitarios como elementos constituyentes de una red, serían otras causas que comprometerían el éxito de este proyecto.

Metodología y Plan de trabajo

Se tomó como referencia metodológica al trabajo "Investigación del Impacto de Internet en las Organizaciones de la Sociedad Civil de Centroamérica", elaborado por Kemly Camacho (2000) para la Fundación Acceso de San José de Costa Rica. Más allá de que dicha investigación haya sido realizada para evaluar el impacto de las TIC en países centroamericanos, cuenta entre sus objetivos el propósito de establecer un "marco de trabajo (framework) que permite establecer guías fundamentales para acercarse al análisis del impacto de Internet en organizaciones comunitarias". Por este motivo, se consideró conveniente la utilización de este marco metodológico, con las adaptaciones que requiere una investigación sobre cuestiones originadas y desarrolladas en Argentina, con un encuadre económico y socio-cultural propio.

El diseño metodológico elegido divide el trabajo en tres fases: indagatoria, de profundización y participativa. Por razones de tiempo, dinero y tipo de estudio (tesina de grado), en esta investigación sólo se profundiza la primera. La etapa indagatoria permite conocer las diversas posturas teóricas en cuanto al impacto de las TIC, la situación de Internet en la región, los contextos nacionales en los cuales se desenvuelven las organizaciones comunitarias y las posibilidades que tiene el desarrollo de futuros centros tecnológicos comunitarios en la región. Las fases de profundización y participativa quedarán como propuestas para próximas investigaciones, en las que se cuente con recursos económicos suficientes como para realizar un exhaustivo trabajo en terreno y obtener un contacto efectivo con la totalidad de los centros tecnológicos comunitarios de la región.

Tareas programadas para la Fase Indagatoria:

- Revisión de publicaciones.

- Seguimiento de experiencias similares.

- Análisis del entorno.

- Análisis del proyecto y sus sucesivas transformaciones.

- Entrevistas con los coordinadores del proyecto y todas aquellas personas responsables de que el proyecto se concrete.

- Entrevistas con expertos y especialistas.

- Estudio de las formas de administración de los telecentros y el grado de formación específica de los administradores, coordinadores y miembros de la comunidad que los frecuenta.

- Determinar las condiciones de equipamiento y conexión (acceso físico al hardware y software). Determinar para qué se utilizan las TIC.

- Analizar la capacidad de sustentabilidad financiera, tecnológica y organizacional que tienen los telecentros elegidos

- Prueba de hipótesis y conclusión parcial del trabajo.

Conclusiones preliminares

Argentina cuenta con una gran desigualdad en materia de acceso a Internet, gran parte de la población de dicho país no accede a los beneficios de la SI, en especial la de menos recursos. Según Finquelievich, Karol y Vidal (1992), "la Argentina se caracteriza por una rápida apropiación individual de las innovaciones tecnológicas de información y comunicación y por procesos extremadamente lentos de apropiación social de dichas tecnologías".

Dos años después de su inicio, el proyecto sigue estancado en una etapa de revisión y reformulación, mientras que los administradores y coordinadores de los centros poco saben de los cambios, las mudanzas, las designaciones y las metamorfosis del proyecto que de alguna manera los representa. El deterioro paulatino que afectaron a los CTC incidió en las posibilidades de alcanzar la inclusión social y la participación de las comunidades que se esperaba en sus inicios. Falta de recursos para arreglar las máquinas y solventar los gastos generales fueron las constantes que amenazaron la sostenibilidad de la mayoría de los CTC. Uno de los mayores retos que enfrentan los CTC es el lograr sostenerse financiera y socialmente. En su mayoría, se ven enfrentados a la obligación de encontrar modelos de sustentabilidad que le permitan proyectar su operación más allá del horizonte de tiempo que surge a partir de los recursos aportados para su instalación, es decir, que le aseguren la sostenibilidad. ¿Cómo lograr que los CTC se conviertan en pequeñas empresas sostenibles? ¿De quién es la responsabilidad de promoverlos? ¿Deberán siempre ser subvencionados de alguna manera? ¿Cómo articular las experiencias existentes con otras de comunicación para el desarrollo?

Más allá del obvio problema económico que azota al país, una de las causas de la actual situación de parálisis del Proyecto CTC es que no alcanzó a cumplir con los requisitos claves para promocionar la difusión de TIC: implicación social, debate público y apoyo político comprometido a reforzar cada acción de la gestión. En las conclusiones de la tesina se exponen propuestas para lograr la incorporación plena de Internet en las comunidades como un instrumento para el desarrollo y la inclusión social.

Hay mucho por hacer para fortalecer los centros tecnológicos comunitarios argentinos, debido a que las nuevas tecnologías de la información no son sólo herramientas que aplicar, sino procesos que desarrollar (Castells, 1997). En el complejo panorama argentino actual, atravesado por el estallido social y la crisis político-económica, se presenta una oportunidad ideal para imaginar una "mediamorfosis"[6] con fines comunitarios, proceso que transformaría a los CTC en futuros Centros Vecinales Multimedia. La sociedad argentina está frente a un gran desafío: exigir la normalización de los 1350 CTC. ¿Logrará abandonar definitivamente su inercia histórica, aprovechando las recientes muestras de organización ciudadana, a fin de activar nuevas formas de participación comunitaria antes de que los equipos de los CTC no sirvan para nada?

NOTAS

[1] A fin de no generar confusiones, decidí llamar "CTC" específicamente a los centros tecnológicos comunitarios implantados por el Proyecto CTC y "centros tecnológicos comunitarios" o "telecentros comunitarios" a la modalidad general de este tipo de centros, que brindan acceso público a las TIC. Cabe destacar que desde 1998, año en que fue lanzado por la Secretaría de Comunicaciones de la Nación, el Proyecto CTC cambió sucesivamente de nombre: Argentina Internet Todos, Inform.Ar y finalmente Proyecto CTC. Más adelante se analizarán cada una de estas etapas.

[2] Hasta el momento de cierre de este trabajo la SECOM estaba bajo jurisdicción de dicho ministerio, sin embargo, era posible un cambio inminente.

[3] "Centros de Tecnología 2000" (dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires) y "Centros de Acceso" del Consejo Federal de Inversiones (CFI).

[4] Ver Cardoso, N. (1999).

[5] Textual tomado de la sección novedades de la página web del PSI: http://www.psi.gov.ar/novedades_ctc.htm

[6] Concepto introducido por Roger Fidles (1998) en su libro "Mediamorfosis: comprender los nuevos medios", que alude al proceso de transformación de los medios de comunicación. Según el autor los viejos medios no morirían sino que continuarían evolucionando y adaptándose.

BIBLIOGRAFIA

Camacho, Kemly (2000) *Investigación del Impacto de Internet en las Organizaciones de la Sociedad Civil de Centroamérica*, Fundación Acceso de San José de Costa Rica. www.acceso.org

Castells, M. y Hall, P. (1994) *Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI*, Madrid, Alianza Editorial.

Castells, Manuel (1997) "Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional", en *AAVV-Nuevas perspectivas críticas en educación*. Barcelona.

Castillo, D. (1990) *Diagnóstico de Comunicación*, Quito, Manuales Didácticos CIESPAL,

Fiedler, R. (1998) "Los principios de la mediamorfosis", en *Mediamorfosis. Comprender los nuevos medios*, Buenos Aires, Granica.

Finquelievich, Susana, Karol, Jorge y Vidal, Alicia (1992) *Nuevas tecnologías en la ciudad. Información y comunicación en la cotidianeidad*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Schuler, Douglas (1998) *New Community Networks. Wired for Change*, New York, Addison-Wesley Publishing Co.

Vilches, L. (1993) *La televisión. Los efectos del bien y del mal.* Barcelona, Paidós.

A diestra y siniestra

Un análisis de los símbolos políticos del Partido Comunista Argentino y la derecha nacionalista 1920-1950

Margarita Martínez

La presente tesina es un abordaje del campo de lo simbólico en la política como parte del movimiento general de circulación de sentido en la sociedad. Si se elige la comparación entre ideologías en base a su retórica de expresión, el análisis de la producción simbólica de los partidos políticos es uno de los campos más vastos y complejos a estudiar. Sin embargo, hablar de ideologías puede traicionar el objetivo de intentar encontrar maneras de constitución de prácticas globales en las que no opera exclusivamente un centro director, sino que se produce una articulación de la que emerge un sentido ubicuo y general. El término ideología es válido en tanto se tome como referencia al universo imaginario de relaciones que se establece a partir de la retórica simbólica, y no si se la concibe en el sentido de determinaciones impuestas exclusivamente desde un poder determinante. Son todos los actores sociales, en los niveles más variados de las jerarquías partidarias, los que potencian los usos diversificados de los símbolos políticos y los que difunden, en su propia retórica discursiva, estos significados al nivel en que se encuentran. Esto implica concebir que los símbolos hablan, en un sentido explícito, de contenidos no siempre presentes en el discurso oral y escrito. Hablan de ceremonias y rituales, de actitudes inmersas en una trama

general del poder. Acompañan movimientos opacos que no se revelan hasta que esos símbolos, estudiados más allá de sí mismos, iluminan la vasta red en que se insertan.

Los símbolos, emblemas o insignias partidarios ponen en juego dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, son una condensación del mensaje que opera de manera conjunta para una rápida transmisión de sentido: a ellos se accede independientemente de la formación teórica particular. En segundo lugar, pueden ser nexo entre lo individual y lo grupal pivoteando sobre lo emotivo, a través de rasgos que se asocian al lecho de significados propios de cada cultura. Transmiten un sustrato de manera fuerte y focalizada que, junto con el discurso oral, busca despertar un sentido de pertenencia de grupo. Por su forma de impacto, la gramática de la comunicación política debe tener dos características: ser de fácil comprensión y, en lo gráfico, contener elementos de composición de los íconos de amplia capacidad asociativa. Es preciso considerar también que existen, a grandes trazos, diferentes reacciones en relación con los llamados de la retórica política: la actitud del militante, conocedor de la doctrina partidaria; la del afiliado o seguidor, que adhiere por simpatía o afinidad a un plan concreto y que desconoce las profundidades teóricas que dan sustento al partido al que pertenece; la de todo aquel que por ser receptor de la circulación de mensajes, puede ser alcanzado por alguno de los fragmentos discursivos del sistema político; y, por ejemplo, la de los adversarios más o menos atentos a la propaganda. El objetivo final al que se apunta desde la elaboración consciente de propaganda (la gestación *ex profeso* de una gramática política) se reconstruye permanentemente en base no desdeñable a factores emocionales en los que tiene gran relevancia el papel del símbolo.

Este trabajo contempla un período de tres décadas (1920-1950) en las que se estudian los dispositivos simbólicos que se activaron en el Partido Comunista Argentino y en la derecha nacionalista restauradora, a partir del análisis de muestras de su producción simbólica que permitieran un acercamiento a la comprensión de la conformación de dos discursos partidarios enfrentados en el campo político, y en tensión con sus referentes internacionales. Se consideran los discursos a analizar como doblemente condicionados por el campo político general y por el campo particular de restricciones provenientes del lenguaje, con su propia evolución, para el caso, por ejemplo, de las publicaciones partidarias, puesto que para la circulación del discurso oral, los límites de género y estilo son mucho más lábiles y difíciles de rastrear. Parte del material para reconstituir el campo político contemporáneo lo más adecuadamente posible lo proporcionaron discursos oficiales de todo tipo, ya sea mensajes de propaganda, afiches, o publicaciones partidarias, a fin de tener soportes textuales que pudieran dar cuenta de las relaciones establecidas entre los hombres que ocupaban los puestos de poder, el resto de los dirigentes y la población en su conjunto. Con respecto al análisis que engloba elementos visuales y verbales, es preciso aclarar que no se equiparan ambos sistemas ni se intenta evaluar si uno de los dos puede emular al otro; cada uno de ellos es considerado como poseedor de valores, capacidades y características propias en el proceso de transmisión de sentido.

Al intentar encontrar líneas de continuidad entre ciertos mensajes correspondientes a visiones de mundo diferentes y sus formas estéticas de presentación, considerando los posibles referentes internacionales, queda en evidencia que el funcionamiento acompasado de las retóricas políticas no es siempre armónico. Nuestro país presenta algunos ejemplos interesantes de variantes amoldadas a la situación nacional. En lo que respecta al Partido Comunista Argentino, por ejemplo, es posible distinguir varias etapas en la organización de la retórica simbólica. Hasta 1925, la imagen no alcanza a transmitir lo que el lenguaje, codificado y estridente. La línea blanda, heredera de las antiguas publicaciones partidarias (con impronta del *art nouveau*), se irá abriendo cada vez más, hasta desaparecer, mientras emerge en el horizonte de las representaciones un futuro revelado en la máquina, acorde al neoverismo soviético que se impondría a partir de la exposición sobre "Vida y costumbres de los pueblos de la URSS", organizada por Stalin en 1926. En un segundo momento, el aluvión simbólico de las publicaciones comunistas internacionales reaparece en las revistas partidarias editadas en Buenos Aires, al punto de que las tapas de algunas de ellas son exactas reproducciones de las editadas contemporáneamente en París. Lentamente, la separación inicial entre discurso e imagen desaparece, pero lejos de convertirse en una instancia del comunicar, el discurso se cierra sobre sí mismo, autorreferencial, no contradictorio y perfecto en sí mismo. Este fenómeno es paralelo al período de purgas dentro del comunismo soviético, caracterizado por la ambigüedad del discurso estalinista: la fuerza del lenguaje y del lenguaje simbólico visual se conforma, en cierta forma, como una manera de contrarrestar la debilidad teórica de aquel otro discurso que permitió a Stalin moverse ágilmente entre sus opositores, eliminarlos, y tomar el centro de la escena política soviética hacia fines de la década del '20. Es el momento de cristalización en la simbología local del martillo y la hoz, y el desplazamiento de otros símbolos del trabajo, los correspondientes a los oficios (la escuadra, la cuchara de albañil, la maza, la paleta de pintor). La espada, copiada de la publicación comunista *L'Internationale Communiste*, aparece esporádicamente en esta primera época, para desaparecer rápidamente; del engranaje, que adquiriría protagonismo activo en años posteriores, no hay todavía vestigios. La espiga fue dejada de lado, junto a las hojas, las flores y el sol naciente de un nuevo mundo comunista, durante el progresivo abandono del *art nouveau* y del imaginario del agro, ese mundo del campo y el cultivo olvidado en la estética que haría del hombre el habitante de un paisaje natural habitado por chimeneas, humo y rieles de la fábrica. A esta evolución de la simbólica corresponde la constitución de un campo discursivo político que fue tan dependiente de las variaciones internacionales como autónomo dentro del juego de discursos locales, al punto de que la convocatoria retórica del PCA se dirigía más al militante comprometido que al potencial receptor del discurso político. Estos llamados se caracterizan, hasta la década del '50, más que por una apertura al eventual receptor, por la fijación de elementos adquiridos a partir de una

iniciación –por parte de otro militante–; se trata de la puesta en funcionamiento de moldes listos para vaciarse y volverse a llenar, a lo largo de 30 años, bajo el signo de la utilización de una estética comprometida. La dinámica revela un sistema lingüístico verbal progresivamente vaciado de sentido afianzado en una serie de símbolos visuales que, a la manera de un ancla, fijaban la creencia partidaria en relación con una experiencia revolucionaria primigenia –la rusa– signada por la lejanía. Queda por determinar hasta qué punto este proceso pudo haber cristalizado en la falta de arraigo partidario y en la pérdida de un eventual electorado, más tarde, en manos del peronismo.

Calificar a un movimiento como de "derecha nacionalista" es una tarea compleja cuyas particularidades exceden esta síntesis. A grandes trazos, podemos decir aquí que la primera generación de símbolos en la derecha argentina fue consecuencia del paso de Uriburu como aglutinador de las principales figuras, y de la influencia de intelectuales como Leopoldo Lugones. Otro era el problema que se planteaba en los movimientos de derecha. "Grabar" en el recuerdo, "excitar" e "irritar", son términos claramente diferentes de los que regían la lógica de propaganda leninista: "persuadir", "concientizar". En la dimensión emocional de la masa, problema que ya había preocupado a Mussolini, y en el objetivo primero de contrarrestar la propaganda bolchevique a partir de los modelos implantados por el fascismo, se originó la propaganda nazi. Ahora bien, para considerar la posible traslación de dicha simbología a los movimientos de derecha en la Argentina, dos son los factores a tener en cuenta. En primer lugar, la misma posibilidad de adaptación de esta simbología a otros movimientos de derecha en otras partes del mundo. El símbolo nazi por excelencia no se desparramó a la simbología de los partidos de ultraderecha europeos, sino que dio origen a una serie de insignias parecidas –nunca iguales- que no incluían la gamada, y esto posiblemente en virtud de cierta voluntad de exclusividad esgrimida por Hitler. Durante los años '30, la imaginación de la derecha argentina acerca de sí se despertó entre grandes contradicciones: el pensamiento francés del que se había nutrido el nacionalismo era descalificado por Hitler; el admirado Mussolini tenía conflictos con la Iglesia y despreciaba la idea de pureza racial. Los nacionalistas se enredaban en discusiones: pro-fascistas vs. pro-nazis, clericales contra fascistas, rosistas tradicionalistas contra pro-nazis, etc. Sin embargo, si hubiera que encontrar denominadores comunes en su más temprana producción simbólica, los encontramos en tres elementos: la espada, imposición de poder por parte de una élite, la cruz, y la pluma o el libro. El simbolismo nacionalista se edificó sobre dos grandes ausencias en relación con el comunista: la máquina y el paisaje urbano. Lo primero se originaba en la posición ante el futuro económico, que debía elaborarse en base a un plan rural y patriarcal, opuesto a toda industrialización. Lo segundo era la consecución de la prédica xenófoba, que hacía de la ciudad la Babilonia universal, foco infecto de accionar de logias y sectas, gran punto de contacto con el afuera conspirador. La terminología de corte militar en la jerga nacionalista nació conjuntamente con el afianzamiento del antisemitismo. La Liga Republicana, por ejemplo, era una "milicia voluntaria" que pretendía luchar contra "los enemigos interiores de la República"; el afianzamiento de un discurso fundado en la militarización terminológica se estructuró como discurso agresivo alrededor de la idea del peligro rojo, más tarde el enemigo único. En 1919, la Semana Trágica despertó los fantasmas que perseguirían a los nacionalistas desde la Reforma Universitaria: la idea de la conspiración comunista, provocada por agentes del Soviet, es uno de los tópicos recurrentes; la bandera roja -para las Ligas, el símbolo de la destrucción. De la misma manera que en el fascismo y en el nazismo, gran cantidad de las denominaciones y lemas del primer nacionalismo fueron una contraposición explícita a los slogans comunistas.

Cuando un objeto se constituye en símbolo, es porque dice algo más sobre sí mismo, y por ende, en el proceso de su utilización, habla de procesos generales de permanencia del sentido. A través de lo simbólico se puede atisbar una configuración, o alcanzar una idea más acabada acerca de los resortes sobre los que se impulsa una visión de mundo. Quizás sean más reveladores que otros elementos expuestos más claramente como presentación de una "ideología" (bases, manifiestos, programas), porque tienen la capacidad de sugerir y no afirmar, porque no son palabra definitiva en cuanto a nada y, sin embargo, pueden llevar más lejos una idea a partir de una aceptación tácita y gradual, una instalación social lenta, colectiva y perdurable. Por eso el segundo aspecto –quién elige y cómo se llega a la elección de un objeto para hacerlo símbolo, por vez primera o no– involucra la historia general y la historia del símbolo, en fuerte articulación con el momento histórico concreto que permite la conjunción. La decisión se vincula con sistemas de valores pasados, sesgados según la intención presente, dejando atrás, muchas veces, gran parte de la carga significante de los elementos elegidos.

Comunicación y salud:

trama relacional de parejas serodiscordantes. Acceso, uso y apropiación de la información sobre VIH / SIDA

Gabriela Wald

Como consecuencia de los avances en los tratamientos antirretrovirales, variados especialistas afirman que el VIH se ha transformado hoy en una "enfermedad crónica manejable" (van der Straten, et al., 1998). Dicha transformación inaugura un nuevo campo para la investigación dedicado a comprender el modo en que, quienes obtienen un diagnóstico positivo de VIH, logran convivir con el virus tanto en su esfera íntima como al interior de la comunidad, en el marco de relaciones sociales complejas.

Las relaciones entre "parejas serodiscordantes" -**cuando uno de los miembros vive con el virus y el otro no**- constituyen un fenómeno único, dado que éstas experimentan en su vida cotidiana, simultáneamente, el riesgo de transmisión permanente, y el progreso / no progreso de una enfermedad que al día de hoy no tiene cura.

La tesina que aquí se resume presenta un abordaje exploratorio de la problemática del VIH/SIDA desde la comunicación, a partir de una investigación cualitativa entre parejas serodiscordantes que formaron parte de un proyecto de prevención llevado a cabo por la Fundación Huésped[1].

El trabajo propone, por un lado, explorar desde una perspectiva transdisciplinaria, los cambios que genera un diagnóstico positivo de VIH, tanto en la vida cotidiana de las parejas como en la trama de relaciones que éstas establecen con otros actores sociales: la familia y los amigos, el ámbito laboral, el sistema de salud y las organizaciones no gubernamentales que luchan contra el VIH.

En una segunda instancia, se analizan las prácticas de acceso, uso y apropiación de la información existente sobre VIH / SIDA por parte de las parejas serodiscordantes, tanto aquélla que aparece en las campañas preventivas como la que se difunde en los medios masivos de comunicación, y aquélla que puede obtenerse mediante el consumo de medios de comunicación especializados, Internet o mediante la comunicación interpersonal.

Una primera observación que se desprende de la investigación realizada es que, tanto la red de relaciones que establecen las parejas serodiscordantes con su entorno como su vinculación con la información sobre VIH / SIDA, sólo puede ser explorada a la luz de lo que los antropólogos de la salud han denominado la "construcción social del VIH / SIDA" (Grimberg, 1998; Margulles, 1998). Dicha construcción está basada en una combinatoria de distintos modelos explicativos, entre los cuales se destaca el modelo biomédico y las versiones de difusión desde los medios masivos de comunicación. A partir de la misma, se naturalizan las nociones de "grupos de riesgo" y "portador sano", posibilitando así la rotulación de aquel que ha sido diagnosticado VIH positivo como sujeto "riesgoso" o "peligroso". Se suma a esta construcción la estrecha vinculación que -a pesar de los avances en los tratamientos- aparece en los discursos mediáticos entre SIDA y muerte, lo cual torna socialmente invisibles a aquellos que viven con el virus y sus parejas: a la luz de la construcción social de la enfermedad deberían estar muertos.

Si bien las parejas entrevistadas afirmaron que la construcción social del VIH / SIDA no coincide con su propia construcción de la enfermedad, fue posible observar en el discurso de éstas la reproducción de aquello que critican: a pesar de no hablar de "grupos de riesgo", los hombres que tienen sexo con hombres sienten que su condición los expone en mayor grado a la enfermedad, y aquel que es usuario de drogas reprocha constantemente su práctica de consumo, considerando a dicha práctica como causante de su serostatus positivo.

Introduciéndonos en el análisis de las relaciones de las parejas serodiscordantes con ciertos actores sociales, fue posible observar que vivir con VIH / SIDA implica para éstas confrontar su serostatus mixto tanto al interior de la relación como en el hogar, en las relaciones con la familia y los amigos, en el ámbito laboral, al interior del sistema de salud –sea este público, privado o no gubernamental- y en la comunidad en general.

En la esfera íntima de las parejas entrevistadas, el estigma de ser parte de una relación serodiscordante se superpone con la internalización de dicho estigma. Es decir, que por un lado, aparece una identidad compartida como "pareja que vive con VIH" y por el otro, se evidencian diferencias al interior de las parejas entre el miembro positivo y el miembro negativo, que se manifiestan en con-

cepciones tales como: "hasta que no lo tenés, no podés opinar" o "vos que no lo tenés, no deberías estar angustiado", entre otras. El VIH se revela a veces como la "amenaza constante", el "riesgo permanente" y en algunos casos, el temor al contagio –no sólo por parte del miembro negativo sino particularmente por parte del positivo- genera el debilitamiento del vínculo.

La actividad sexual es, para las parejas serodiscordantes, una práctica conflictiva, dado que constituye la potencial "vía de contagio" de los miembros actualmente negativos. El impacto que un diagnóstico positivo de VIH tiene en la vida sexual de dichas parejas abarca un amplio espectro, que va desde la anulación de toda acción relacionada con la sexualidad hasta la negociación de nuevos modos de practicarla, incorporando el preservativo.

En las relaciones de las parejas serodiscordantes con sus esferas más cercanas: la familia y los amigos, no ha sido posible evidenciar un patrón de ocultamiento o revelación del serostatus mixto, y otros comportamientos estigmatizados socialmente, como ser el consumo de drogas o la homosexualidad. Salvo excepciones, revelar o no la presencia del VIH es consecuencia de las relaciones interpersonales previas al conocimiento de la enfermedad, así como también de características subjetivas. Aquellas familias que conocen la serodiscordancia –en su mayoría familiares del miembro positivo- constituyen un soporte emocional muy fuerte para las parejas.

Totalmente opuesta es la vinculación de los entrevistados con sus ámbitos laborales. Constituyen una excepción aquellos miembros que revelan su serostatus en el trabajo, dado que aparece un gran temor a la estigmatización, a la vez que se han descripto importantes procesos de discriminación.

En cuanto a la relación de las parejas serodiscordantes con el sistema de salud, la misma debe leerse en el marco de relaciones de poder. Las parejas reconocen en los profesionales vinculados a la salud el ejercicio legítimo de cierto poder, basado en el saber médico específico. Este saber, constituye un capital simbólico que, como tal, implica procesos de consenso y reproducción del mismo, a la vez que espacios de resistencia. La existencia de una "construcción biomédica" del VIH / SIDA (Grimberg, 1988), que ha engendrado las categorías de "portador", "sidoso" o "grupos de riesgo" ha sido, en muchos casos, interiorizada por las parejas, quienes logran desde el discurso oponerse a dicha construcción aunque la mantienen y reproducen desde ciertos comportamientos y supuestos implícitos. Prácticas de resistencia al modelo médico hegemónico también han aparecido entre los entrevistados, y las mismas han ido desde la discusión abierta con el médico, pasando por la realización de consultas paralelas hasta la adopción, en uno de los casos, de un tratamiento de medicina alternativa, basado en medicamentos naturales.

Por su parte, las organizaciones no gubernamentales han aparecido en el discurso de los entrevistados como instituciones mediadoras en la relación de las parejas con la comunidad y el conjunto social. A ellas concurren para obtener tanto contención como información, y –en menor medida- asesoramiento legal.

Las parejas entrevistadas forman parte de dos grupos de asistencia, los cuales fueron considerados desde "muy necesarios" hasta "indispensables". En ellos pueden calmar su angustia, relacionarse con otros que viven similares problemáticas y compartir y discutir información específica sobre la enfermedad.

Y aquí nos adentramos en el segundo eje de análisis del presente trabajo: se trata de la relación que las parejas serodiscordantes establecen con un bien muy preciado: la información que circula sobre VIH / SIDA. El objetivo es ahora evaluar el acceso, el uso y la apropiación que las parejas tienen de dicha información.

Es posible analizar la información sobre VIH / SIDA a partir de dos grandes categorías. La primera, está compuesta por aquella "**información básica**", materializada en campañas preventivas contra el VIH que intentan, por un lado, especificar las vías de contagio de la enfermedad, y por el otro, generar un cambio de comportamiento en la población que la haga –fundamentalmente- proclive al uso del preservativo. La segunda, está compuesta por aquella "**información específica**" acerca de la enfermedad (surgimiento, manifestaciones, tratamientos, efectos colaterales, etc.) que también incluye las novedades sobre "avances científicos" y Congresos.

Cuando las parejas se enfrentan a un diagnóstico positivo de VIH se lanzan a la búsqueda compulsiva de lo que hemos denominado "**información específica**", complementando aquello que sus médicos les explican (con diferentes grados de dedicación) con el consumo de medios de comunicación masivos o especializados, fundamentalmente libros, Internet, folletería y artículos de diarios. En esta primera etapa, el problema que afrontan dichas parejas es la imposibilidad de filtrar o seleccionar aquella información que puede ayudarlos a comprender la enfermedad, de aquella que los abruma, confunde y genera temor.

Pasados los primeros meses, la relación con la información se modifica. El conocimiento de las características principales de la enfermedad deja de ser prioritario. Si bien la información sigue siendo un elemento de vital importancia para las parejas, que están siempre a la expectativa de nuevos descubrimientos y posibilidades de tratamiento, se acrecienta el consumo de información sobre "**avances científicos**", con el consiguiente cambio en los modos de acceso y apropiación.

Las novedades sobre "avances científicos" aparecen casi exclusivamente en los medios masivos de comunicación, fundamentalmente en la prensa escrita y los noticieros de radio y TV. Sin embargo, las parejas desconfían de estas instancias de comunicación, dado que muchas veces aquello que informan no es verdadero, posible o realizable en el corto plazo en el país. En esta nueva relación con cierta información, divulgada por los medios masivos en busca de "la primicia", las parejas serodiscordantes realizan un doble proceso de lectura y filtrado, cuyo principal objetivo es contrastar aquello que los medios presentan como "solución mágica" con sus propias realidades. Así, además de aprehender dichas novedades, deben chequearlas en instancias de comunicación interpersonal. En esta segunda etapa, las parejas privilegian

aquellos referentes que, poseedores de un capital simbólico ligado al saber, los acompañan en su tratamiento médico, terapéutico o en el marco de las organizaciones no gubernamentales a las cuales concurren. El vínculo de confianza aquí es fundamental para avalar o desestimar la información que aparece como prometedora.

NOTAS

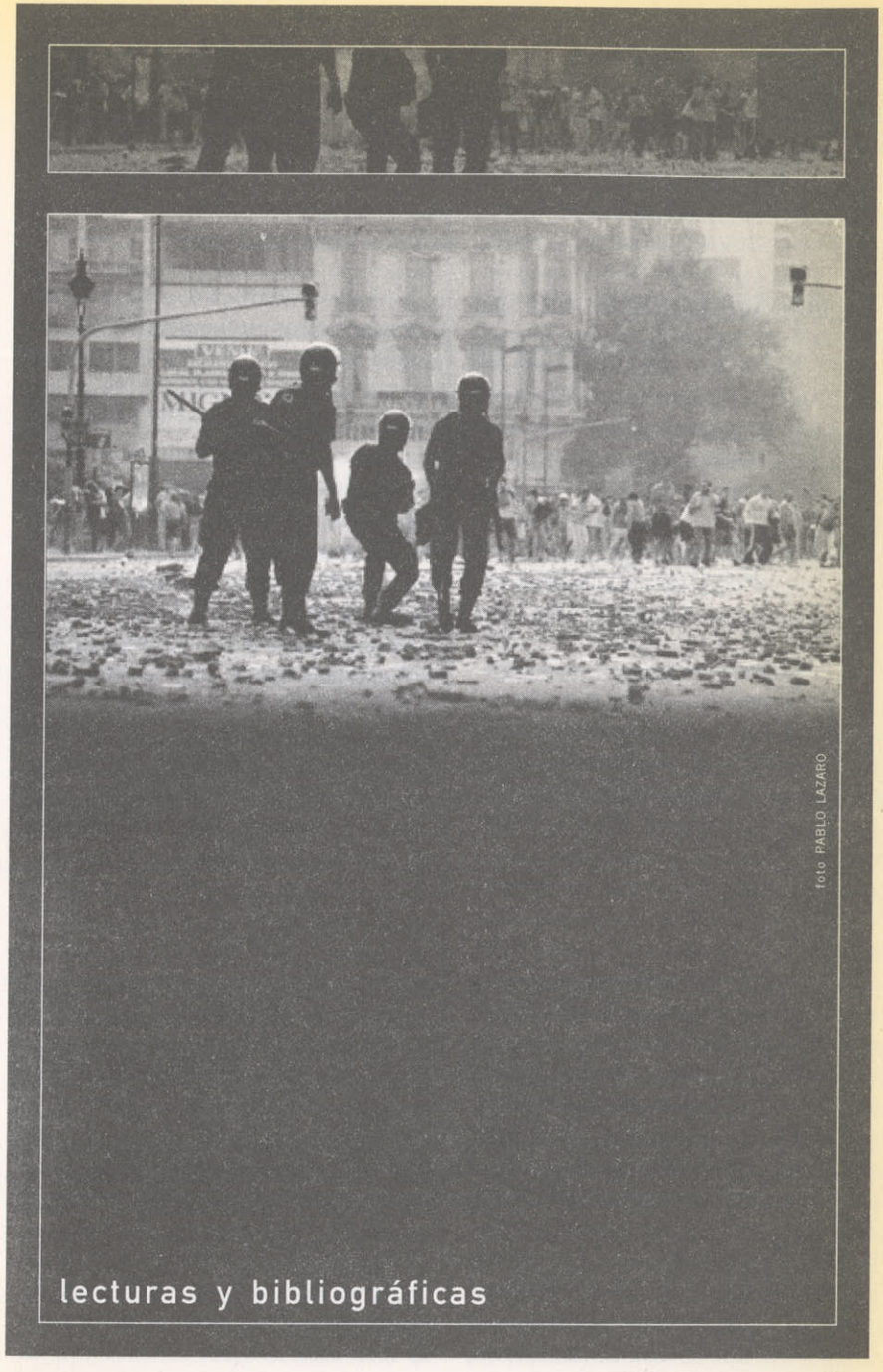
[1] Luego de casi una década de trabajo asistemático con Parejas Serodiscordantes, la Fundación Huésped formalizó entre los meses de marzo y diciembre de 2001 un proyecto denominado *"Parejas Discordantes. Un abordaje de prevención integrada"*. El mismo comprendía actividades de captación, testeo y counselling de parejas serodiscordantes y la constitución de grupos para el desarrollo de talleres de prevención primaria y secundaria del VIH / SIDA, y para la formación de multiplicadores entre pares.

Bibliografía

Grimberg, Mabel (1998) "Sexualidad y relaciones de género: una aproximación a la problemática de la prevención al VIH – SIDA en sectores populares de la Ciudad de Buenos Aires", *Cuadernos médico sociales,* N° 75.

Margulles, Silvia (1998) "Candidaturas y VIH-SIDA: tensiones en los procesos de atención", Cuadernos Médico Sociales, Instituto Lazarte, Rosario.

Van der Straten, Ariane; Vernon, Karen; Gómez, Cynthia; Padian, Nancy (1998) "Managing HIV among serodiscordant heterosexual couples: serostatus, stigma and sex", *AIDS Care* 10 (5), California.



Los tiempos de la memoria

Héctor Schmucler

El pensamiento no sólo requiere inteligencia y profundidad, sino sobre todo coraje.

Hannah Arendt

¿La memoria se corresponde con algún tiempo verbal? Aunque se vincula espontáneamente con el pasado, la memoria no puede dejar de ser presente. Cuando, como en el caso del libro de Andreas Huyssen[1], alude al futuro, la memoria se esfuerza por buscar algo "perdido". Un pasado que no ocurrió ni podría haber ocurrido porque su única posibilidad estaba en un tiempo por venir. La tensión que establecen las palabras dibujan la tragedia contemporánea: un futuro perdido cuando el tiempo futuro siempre contiene la expectativa de que algo se realice. En verdad se trata de un fracaso del presente, cuya aridez lo condena a la esterilidad, a concluir en sí mismo sin esperanza de llegar a ser pasado, es decir, sin esperanza de que haya un futuro que lo recuerde. El instante trágico se instala no tanto en la certidumbre de lo perdido, sino en la imposibilidad de aceptarlo como tal. De allí la búsqueda, la espera de recuperar algo condenado a alejarse indefinidamente. Bruscamente, leído en la Argentina, el drama contenido en el título del libro describe el hueco infinito de los desaparecidos.

Huyssen, que con notable erudición y perspicacia estudia diversas maneras en que la memoria claudica y triunfa en nuestros días, está lejos de ofrecer una mirada pesimista. Ninguna melancolía recorre las páginas de este libro que muestra la cancelación de proyectos de futuro que hasta hace unas décadas movilizaban las inquietudes del mundo. El intento está aplicado, más bien, a reconocer las borrosas señales que, aún en medio de la confusión, pueden indicar las nuevas formas de sensibilidad con que la cultura actual sostiene la antigua vocación de no olvidar. Los diez capítulos del libro -ensayos recopilados de diversas fuentes donde habían sido publicados- recorren un extenso camino que va desde rigurosas consideraciones teóricas (el primer capítulo, "Pretéritos presentes: medios, política, amnesia", ilumina al conjunto), hasta intervenciones más ocasionales que no siempre se compadecen con el espíritu crítico que nutre la mayor parte de los trabajos (tal el caso del capítulo 8: "Miedo al ratón: las transformaciones de Times Square"). El último capítulo, "Recuerdos de la utopía", sin embargo, deja entrever las reverberaciones de cierta nostalgia. Aunque la voluntad expresa de Huyssen es otra (tal vez acompasada al mundo académico en el que se desenvuelve y donde resulta de mal gusto encontrar cerrados los caminos), se respira un aire de decepción cuando afirma que "no puede existir utopía en el ciberespacio porque no hay ningún lugar allí desde el que pueda surgir la utopía. En esta era de proliferación ilimitada de imágenes, discursos, simulacros, la misma búsqueda de lo real se ha vuelto utópica y esa búsqueda está investida fundamentalmente de un deseo de temporalidad". La afirmación de Huyssen nada tiene de celebratoria porque la posibilidad de imaginar utopías es la manera de impedir que se diluya nuestro propio presente. No es posible encontrar "otro" lugar (significativamente el inalcanzable lugar de la utopía es, sustancialmente, otro) desde un espacio desintegrado como el que se nos ofrece. Con todo, Huyssen reinstala la palabra "utopía" en la literatura y el arte contemporáneos, que constituyen las regiones privilegiadas por los análisis de *En busca del futuro perdido.* Allí el autor observa las zonas resistentes de un terreno que no se resigna a perder. Allí, en la literatura y el arte contemporáneos, Huyssen observa "obsesiones con la memoria y la historia" que "ocupan una posición utópica, por un lado frente al nihilismo posmoderno *chic* y cínico y, por el otro, frente a la visión del mundo neoconservadora".

Para bien y para mal las palabras no regresan, de la misma manera que no se repiten las historias pese al lugar común que afirma lo contrario. En el mejor de los casos las historias son relatos de lo que les acontece a los hombres que, ellos sí, repiten indefinidamente los rasgos que los caracterizan como humanos. Cuando las palabras parecen regresar, ya son otras. El momento que las palabras evocan revive en el presente. Se trata, rigurosamente, de un salto al pasado: las palabras recuperan la intensidad del recuerdo que parecía borrado y que en realidad nos estaba esperando. Pero ellas ya son otras cuando nos permiten reconocer que somos nuestro pasado más nuestra apetencia de un futuro. Estamos en las comarcas de la memoria. Un término que nunca, como en nuestra época, había alcanzado tanta expansión estimulada, seguramente, por el dominio de la informática. La informática, dicho sea de

paso, no sólo multiplicó sin límites el uso de la palabra memoria: también lo sumergió en la banalidad de un cifrado indiferente a cualquier significado. La memoria electrónica, al expresar su propia insustancialidad, reproduce una cultura edificada sobre el borramiento de los tiempos verbales que muestra la inconsistencia de un existir volcado a la nada de un presente irreconocible. Sin lugar ni para el pasado ni para el futuro. El equívoco es escandaloso: se nombra de la misma manera tanto la ajenidad de un objeto que retiene combinaciones binarias de marcas ciegas, como esa inexplicable capacidad humana de hacer presente (o imaginar) lo que ocurrió ayer y lo que podría ocurrir mañana.

La memoria en la que se sustenta la existencia humana es un espacio de riesgo: carga de responsabilidad nuestros actos. Tal vez por eso resulta inquietante. Épocas como la nuestra la vuelven sospechosa, lo que muestra la inconsistencia que nos rodea. Resulta ingrato que, sospechada, cada palabra demande el esfuerzo de aclarar lo que no debería entenderse cuando se la menciona. La confianza exige un común reconocimiento del espesor que el tiempo ha depositado en ellas. Parecemos obligados a redescubrir palabras que nunca deberían haber sido alcanzadas por el olvido. Si jamás es ingenuo invocar la memoria, menos lo es la sospecha con que se la rodea y que repite los lugares comunes de un pensamiento que merecería ser enfrentado. La tradición moderna, que ha construido el culto a lo nuevo, gime ante cualquier mención del pasado que no se proponga principalmente sepultarlo. De allí que se haya divulgado un credo negativo sobre la nostalgia o sobre la voluntad de conservar tradiciones. Es verdad que la memoria resulta inseparable del pasado, pero su ejercicio no pretende dolerse en la contemplación de lo irremediablemente perdido: su mirada al futuro cabe en la no aceptación de ese irremediable. El "futuro perdido" bien puede interpretarse como la pérdida de un pasado en que el futuro era posible.

El otro peligro que rodea a la memoria proviene de un lugar en las antípodas de la sospecha: la moda. El libro de Huyssen da cuenta de una imparable tendencia que se reproduce en Europa y en los Estados Unidos, donde la memoria se ha ido expandiendo como tema privilegiado en ámbitos académicos, en grupos sociales de acción colectiva, en comunidades presurosas por inscribir su identidad en límites precisos. Para usar un término de la dominante jerga del mercado, podría afirmarse que la memoria vende. Vende desde proyectos de investigaciones en diversos centros de estudio, hasta libros: testimonios, biografías, novelas. El espectro se extiende a todas las formas de lo mediático: películas cinematográficas, programas de televisión, canciones, vestimentas. Los museos se multiplican y se museifican los espacios urbanos mientras los monumentos indican una interpretación que pretende orientar la memoria. Nada de esto, en sí, es demasiado definitorio para impedir el avance de la oleada de olvido que está en la raíz misma de las ideas dominantes en el mundo. Tampoco entraña riesgos desproporcionados para la consolidación de una conciencia crítica. La amenaza está en su condición de moda, es decir, en el necesario olvido que sigue a toda moda. La memoria, incorporada a lo que Adorno y Horkheimer llamaron "industria cultural", puede llegar a constituirse en apenas otro producto del marketing. En la época de la producción mercantil de la cultura (un acto de barbarie que, bajo la bandera de la democratización, se anuncia como intento de superar la barbarie) la moda ofrece la posibilidad de expandir su consumo en círculos concéntricos cuya magnitud final sólo depende del tiempo que se mantenga el impulso expansivo. Cada vez que el círculo se amplía queda incluida una masa creciente de consumidores, aún bajo el ropaje de productores. Los fabricantes de "bienes simbólicos" (el contradictorio sentido de la expresión que une en una misma naturaleza lo simbólico con bienes, equiparables a "capital", ha sido señalado por varios autores) forman una extraña categoría que comprende al consumidor como productor, es decir, aquello cuya función en el ordenado mapa del consumo tiene asignado la función de "creador". La academia, en buena medida, ha sucumbido a este marasmo. En la frágil realidad de la Argentina contemporánea, la creciente preocupación por el tema de la memoria, que se manifiesta en algunas esferas públicas, tiene motivaciones legítimas más que suficientes. Y sin embargo, es preciso reconocer que no deja de enrolarse en la sugestiva tentación de la moda que, subalterna, puede transformar nuestro esfuerzo en algo tan incorpóreo como cualquier eco.

Las consideraciones precedentes surgen de interrogantes que, aunque no siempre de manera explícita, quedan habilitados por el libro de Andreas Huyssen. Pero sólo tiene sentido formularlas si evoca un significado compartido sobre lo que mencionamos como memoria. La disputa que desencadena la palabra memoria cuando se la utiliza en círculos intelectuales no es insignificante. En los espacios más sensiblemente políticos (incluidos algunos movimientos por los derechos humanos) la palabra, entre nosotros, tiene especial poder irritativo. En nada se parece a las querellas ideológicas con fuerte sesgo estético que analiza Huyssen. Al margen de cualquier énfasis patético, podríamos afirmar que mientras en otras geografías se alude a documentos sobre los cuerpos, en nuestro caso la memoria toca cuerpos aún calientes.

Si prescindimos del evocar indiferente, la memoria, como voluntad de recordar y de transmitir, suele verse exigida a responder sobre su legítimo lugar en el mundo. ¿Para qué estudiar la memoria? La pregunta, cargada de finalidad, presupone que la memoria es instrumento para otra cosa que no es ella misma. El objetivo a lograr justificaría la preocupación por indagar en su espacio. "Para que no vuelvan a repetirse hechos repudiables", "para que se haga justicia y se condene a los responsables de crímenes aberrantes", "para que determinados ejemplos sirvan de guía en el accionar colectivo presente", constituyen respuestas frecuentes tanto en la Argentina como en otras regiones. El para qué presupone, en todo caso, una elección prevista del relato que la memoria se encargaría de hacer perdurable. Y esta presunción, la de una memoria que necesariamente instalará el tipo de verdades que han hecho suyas quienes aspiran a ciertos resultados, suele naufragar ante la trama imponderable que configura la memoria colectiva. De hecho, y el caso es frecuente en la Argentina, se trata de imponer una visión de los hechos acontecidos (¿una versión de la historia?) que produzca ciertas acciones en el quehacer político. La "militancia" por la

memoria suele otorgar a su práctica un valor envolvente y "memoria", vuelta sobre todo ideología, reemplaza cualquier especificidad cuyos bordes no deberían diluirse: en memoria suele subsumirse la política, la historia, la ética. Panacea universal, comparte con la búsqueda alquimista, la intención de encontrar un remedio para todos los males. También puede pegarse a un determinismo que, al obligarnos, borre las huellas de la imaginación.

En lo inmediato, la holgura con que se menciona la palabra "memoria" tiende a colocarla entre los conceptos desguarnecidos de rigor que se expanden, por contagio, epidémicamente.

Entre nosotros coexisten todas las variables: desde consigna política hasta esfuerzo por comprender el pasado (y en este caso los límites con la idea de historia apenas son visibles). Desde zigzagueos caprichosos de un pensar precarizado hasta banderas (girones de banderas) que combaten por ondear en el lugar más visible. Desde el ya señalado plegamiento a tendencias académicas de los países centrales[2] hasta la reducción de los alcances temporales de la memoria a los años en que se ejerció el terrorismo de Estado durante la última dictadura. Vale la pena destacar los sentidos contradictorios de las últimas opciones señaladas: mientras en el último caso se impone una resonancia política que, muchas veces, lleva a hacer sinónimo el tema de la memoria y el de dictadura, en el anterior la política suele ser aleatoria y, en más de una ocasión, la apuesta transita andariveles estéticos o por polémicas entre analistas de intencionalidades constructivistas que, con frecuencia, se agitan en diferenciar o fusionar tipos de prácticas culturales que incluyen sistemáticamente las expresiones mass mediáticas. La pugna, habitualmente, deja escapar al objeto que está en su origen: la memoria. En su lugar sólo aparecen instrumentos y la fuerza significativa del hecho de la memoria queda sofocada. La memoria, residencia de lo humano, deja de ser interrogada en su magnitud trascendente.

Como el dolor, la imaginación o el interrogarse por los orígenes, la memoria es un dato inescindible de la existencia humana. Al conformarlo, la memoria define los límites del mundo. Un simple cambio en la pregunta nos instala en la hondura de su esencia. No se trataría de exigir un "para qué", sino en dejarnos arrastrar hacia las inquietudes del porqué.

NOTAS

[1] *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica-Goethe Institut, 2002.

[2] Pese a los argumentos bienpensantes de quienes, seducidos por las redes, creen que los "centros" han caducado, formas precisas del poder siguen señalando los rumbos por donde se deslizan las bibliografías.

El Imperio contraataca

Pablo Rodríguez

En el cruce de sus tesis provocativas con los sucesos de diciembre, *Imperio*, de Michael Hardt y Toni Negri, provocó un revuelo en nuestro país, manifestado en los libros *Imperio & Imperialismo* de Atilio Borón y *El fin de las pequeñas historias* de Eduardo Grüner y en la amplia cobertura de los medios masivos y académicos. Aquí proponemos un breve recorrido por el revuelo.

"*Imperio* es el Manifiesto Comunista del Siglo XXI", saluda Slavoj Zizek. "La nueva gran síntesis teórica del nuevo milenio", concluye Fredric Jameson. "Es un libro quizás más sustancialmente comunista que la clásica teleología marxista", opina Etienne Balibar. Y siguen las firmas en la contratapa del libro. Aquí, allá y en todas partes, *Imperio* se convirtió en la bestia teórica a batir. Han corrido regueros de tinta sobre la obra que el mítico líder autonomista italiano Antonio "Toni" Negri y el joven Michael Hardt escribieron entre el fin de la guerra del Golfo y el comienzo de la de Kosovo. En una entrevista reciente, Negri busca inocentarse diciendo que "(...) no se puede leer *Imperio* como un manifiesto político. Es un libro de teoría escrito hace casi diez años, en 1994. Fue una tentativa de definición de lo que estaba sucediendo, que el tiempo confirma. Nada más"[1].

En la versión original y en su traducción al castellano, *Imperio* salió al cruce de su

época. Cuando invadió las librerías norteamericanas y europeas, el movimiento antiglobalización ya había adquirido identidad para los medios desde las protestas de Seattle. *Imperio*, como hablaba de las formas de resistencia global, se transformó en la Biblia de estos movimientos. Las publicaciones "de izquierda" como *The Nation*, *Le Monde Diplomatique* y *The Guardian*, corrieron a cubrirlo con holgura. Era tanto el ruido que los pescados gordos, como *The New York Times*, *Time*, y el *Times* londinense, movieron sus pesadas aletas para abordarlo. En Argentina, ya antes de los sucesos de diciembre pululaban por Internet las copias piratas del libro como alternativa a la demora (para las ansias que había) de Paidós en publicar su traducción. Después de la tormenta, los intelectuales argentinos, salieron a responder a las tentativas de pensar la Argentina desde *Imperio*. Cuando finalmente, en marzo, llegó la traducción de Paidós, la marea tapó todo. Atilio Boron sacó su *Imperio & Imperialismo*, Eduardo Grüner lo incluyó en su reciente *El fin de las pequeñas historias*, y la obra entró en programas de materias y seminarios de esta Facultad. En la escena mediática ya le dedicaban amplios espacios, además de *Clarín* y *Página/12*, *Veintitrés*, *Noticias*, *La Nación*, y hasta *La Primera*. En la Argentina devaluada, *Imperio* vendió 10.000 ejemplares en tres meses y debe haber sido uno de los pocos libros de filosofía política en ocupar el primer lugar entre los best-sellers durante varias semanas.

¿Qué tendrá *Imperio* que a todos los vuelve locos? Como dice Beatriz Sarlo en una nota de *Trespuntos*, "Imperio ofrece algo a una sed de ideología que parecía adormilada en los noventa"[2]. A la sed de ideología, *Imperio* respondió con hambre de gloria.

Exuberancia

Imperio es un libro exuberante. Es posible que en su intento de resolver el mundo entero, Hardt y Negri, en adelante H&N (tomando la sigla empleada por Borón), cometan gran cantidad de "errores", saltos teóricos inentendibles, arbitrariedades, simplificaciones excesivas y complicaciones innecesarias. Pero esto es lo que suele ocurrir con las obras de ruptura, que buscan otro modo de estar y actuar en el mundo. A pesar de lo que diga Negri, *Imperio* no es un libro de aséptica teoría política, sino un auténtico manifiesto para los tiempos que vienen escrito en tono profético.

Los insumos teóricos de *Imperio* son múltiples, casi exagerados: una reelaboración de la teoría política vía Spinoza; una teoría alternativa de la modernidad; una reflexión sobre las nuevas tecnologías, asentada en el posindustrialismo; una revisión de la teoría de Foucault, guiada por la figura de "las sociedades de control" de Deleuze; un pasaje por la teoría de las relaciones internacionales; otro por la teoría cultural de Jameson; otro por el poscolonialismo; otro por la "sociedad del espectáculo" de Debord; una revisión de categorías marxistas, donde Negri prefiere los *Grundrisse* a *El Capital*; una mirada a la teoría económica con el prisma de la teoría de la regulación; un análisis de la constitución histórica de Estados Unidos y una discusión sobre el concepto de soberanía que va de Foucault a Agamben. Más que sintetizar, *Imperio* mezcla todo esto.

El planteo que provocó todas las polémicas se puede formular de manera simple, aunque no lo sea. El Estado-nación, dicen H&N, está dejando de ser eficaz como entidad y el imperialismo, que era la extensión de los Estados-nación dominantes al resto del mundo, cede su reino al Imperio, una formación etérea sostenida en la globalización que "construye sus propias relaciones de poder basadas en la explotación que son, en muchos sentidos, más brutales que aquellas que destruyó"[3]. Y esto porque el Imperio es inmanente, porque los cuerpos y las almas ya no tienen un afuera donde identificar al enemigo. Pero el panorama dista de ser sombrío, porque el Imperio representa la oportunidad de desengancharse de la constitución subjetiva moderna y apostar por otra subjetividad política que reemplace al pueblo, y que es la multitud. Inorgánica, caótica y múltiple, la multitud no quiere ya hacer la revolución sino crear un contrapoder.

La traducción de este paquete a la Argentina actual llevó a que la mayoría de los intelectuales de izquierda vieran con desconfianza, sino con abierta rabia que se hablara del fin del imperialismo en tiempos de Bush y de un FMI que parece una potencia colonial. Entre los pocos que desarrollaron algunas de las tesis del contrapoder de Negri y de *Imperio* para explicar algunos de los cambios políticos producidos desde diciembre, figura el Colectivo Situaciones, que editó recientemente el libro *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, reseñado en otra sección de esta revista. Los argumentos en pro y en contra del planteo del fin del imperialismo y el futuro reino de la multitud son muchos y están ampliamente desarrollados en los artículos de los medios, *El fin de las pequeñas historias* de Grüner e *Imperio & Imperialismo* de Borón. Aquí se buscará, más bien, restituir someramente la arquitectura conceptual de la teoría de H&N. Si acaso esto se lograra, se intentará subrayar la pertinencia y hasta la inevitabilidad de los planteos de *Imperio* acerca del papel de la comunicación en la constitución de las nuevas formas de poder.

Filosofía spinozista de la historia

El apoyo fundamental de *Imperio* es la teoría política de Toni Negri. Esto significa destacar que su tan promocionado marxismo es heterodoxo con respecto a cualquiera de las tradiciones que se reconocieron herederas de Marx. La teoría política de Negri parte de la idea de que la construcción de la modernidad, allá por el Renacimiento, tenía dos caminos: afirmar la inmanencia del espíritu revolucionario o encauzar dicho espíritu en el espacio de la trascendencia. La modernidad tomó el segundo camino y el resultado fue el contrato social que dio lugar al Estado, y luego al Estado-nación: un acto absoluto en el que los sujetos políticos entregan su potencia a una entidad trascendental. Conviene subrayar la radicalidad del planteo, porque a partir de aquí Negri y Hardt encadenan como alternativas falsas gran parte de los conceptos de la teoría política moderna: soberanía, democracia, representación. El Estado dio paso a la nación, el Estado-nación se erigió sobre la soberanía territorial, y desde esa soberanía floreció la democracia, pero sólo en la medida en que el pueblo soberano decidiera ser indirectamente representado[4].

La otra vía de la modernidad es la inmanencia, que en términos políticos es el poder constituyente. Este poder es inmanente a la modernidad porque es la edad en la que el hombre se "reapropió" de las fuerzas creadoras que había delegado en lo divino. Pero de esta versión oficial de la modernidad, Negri deriva otra línea: la que vincula a Maquiavelo con

Spinoza, y a Spinoza con Marx. Ellos serían quienes desarrollaron la potencia inacabable del poder constituyente, y a través de ellos se puede ver cómo el contrato social la secuestró. Pero este poder no desaparece: fulgura en todas las revoluciones para luego ser capturado. Si el sujeto del contrato social es el pueblo, la subjetividad del poder constituyente es la multitud. Se puede componer otro encadenamiento de secuestros de las potencias revolucionarias: la multitud fue encapsulada en el pueblo, el pueblo fue encapsulado en la nación, la nación fue encapsulada en el Estado, y el Estado está encapsulado por, y al servicio de, el capital. Para H&N, la globalización neoliberal representa un quiebre porque el capital decidió desembarazarse del Estado-nación y con él cae toda la secuencia. El capital queda cara a cara con la multitud que la primera vía de la modernidad quiso anular. La actual "crisis de representación" sería un "síntoma de pasaje".

Con esta teoría de las dos vías, H&N proceden a escrutar la historia moderna por regiones. Europa representa el modelo clásico de la constitución de los Estados-nación. Pero H&N señalan que la afirmación de la identidad europea resultante dependió, ya bien entrado el siglo XIX, de un conjunto de mecanismos de "racismo colonial". Europa Occidental comienza a definirse en relación con los otros: el colonialismo tradicional deja paso al imperialismo, esto es, la extensión de los Estados-nación conquistadores. Estos "otros" realizan otra secuencia. En el caso de Latinoamérica (siglo XIX) y de Africa (siglo XX), en forma variable en el tiempo en el caso de Asia, la afirmación del nacionalismo es revolucionaria, y el concepto de nación exportado por Europa se vuelve contra ella. Sólo que la idea de la "liberación nacional" terminaría siendo "un regalo envenenado" para las ex colonias, ya que reproducen el esquema de dominación del Estado-nación. Y la tercera pata del esquema es el peculiar recorrido de Estados Unidos. La Revolución Norteamericana produjo una noción de soberanía que no se relacionaba con la trascendencia del contrato social. El Estado-nación norteamericano se constituyó sobre la base de fronteras abiertas, lanzándose a una expansión que no seguía el principio de la conquista territorial. La elasticidad de la concepción política norteamericana es la manera más astuta de secuestrar el poder constituyente de la multitud, y por eso Estados Unidos puede aparecer hoy, tras su ropaje imperialista, como la monarquía del Imperio.

El Imperio se fue forjando desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Los síntomas son, para el caso de los países de Europa Occidental, el fin definitivo de sus prerrogativas colonialistas e imperialistas, junto a la emergencia de una megaentidad que intenta fundir los Estados-nación en lo que hoy es la Unión Europea, permitiendo el auge de los nacionalismos; para el caso de América Latina, África y Asia, los procesos de liberación nacional que se revelarán falsos como potencias revolucionarias, porque la afirmación del Estado-nación lleva a reproducir internamente los mecanismos de dominación que se creía atacar enfrentando a las grandes potencias; y para el caso de Estados Unidos, sus veleidades de imperialismo tradicional que terminan chocando en Vietnam. De allí que, según H&N, hay dos maneras de reconocer la constitución del Imperio: la cesión de la soberanía a organismos supraestatales (la ONU, el FMI, la OMC, el Banco Mundial), y la emergencia de racismos de nuevo tipo y de un multiculturalismo sospechado de

seguirle el juego a la creación de la "ciudadanía global" para colocar la explotación en otro plano.

Pantalla del mundo nuevo

De la modernidad a la posmodernidad y del imperialismo al Imperio, H&N consideran que el análisis material del proceso, o sea, el pasaje de producción (de bienes y de sujetos) que preside estos cambios en las configuraciones políticas, debe basarse en la descripción del paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Ellos afirman que Foucault preparó el camino y que Deleuze tomó la posta al esbozar las sociedades de control. En este sentido, *Imperio* es el primer ejercicio serio de continuar una senda prácticamente abandonada en la teoría social.

Como Nicos Poulantzas en su última obra (*Estado, poder, socialismo*), H&N consideran que Foucault y las diversas variantes de la teoría marxista pueden converger en algunos puntos, sobre todo en cierta complementación entre los fundamentos materiales y económicos del capitalismo y las estructuras corporales y subjetivas de su dominio. Para demostrarlo, H&N torsionan dos conceptos claves de Foucault: disciplina (anatomopolítica) y biopolítica. Si en Foucault la disciplina es un micropoder aplicado en las instituciones de encierro sobre el cuerpo de los sujetos y apuntando a la internalización de sus principios en algo así como una estructura subjetiva, H&N tomarán a la disciplina como un "régimen de producción social" mucho más extendido que llegó a su extremo con el Estado de Bienestar. Con respecto a la biopolítica, Foucault la había dejado en el punto de materializar el control de las poblaciones, con sus nacimientos, sus muertes y sus enfermedades, por parte de un Estado que construía complejos mecanismos represivos-productivos como el dispositivo de sexualidad.

H&N amplían el concepto hasta considerar que el propio poder se ha vuelto enteramente biopolítico. Ya no es la vida biológica la que queda regulada mediante mecanismos sociales, sino toda la vida, biológica o social, la que está ahora en la mira de un poder total. Es como si en varios momentos de *Imperio* se pudiera reemplazar la foucaultiana "biopolítica" por la althusseriana "ideología". En lugar de Aparatos Ideológicos del Estado, se puede hablar de Aparatos Biopolíticos del Imperio.

Según el planteo de Deleuze en "Posdata sobre las sociedades de control"[5], las instituciones disciplinarias entraron en crisis cuando comenzaron a fallar en la formación de sujetos (alumnos, estudiantes, soldados, obreros, etc.) y cuando otros principios de vigilancia, centrados en nuevas tecnologías digitales, hicieron obsoleto el panoptismo de base territorial donde la visibilidad tiene los límites de las instituciones. En su lugar, queda el control donde aquellas subjetividades que atravesaban una secuencialidad discreta (primero alumno, luego soldado, después obrero) pasan a ser híbridas: siempre alumno en la formación continua, trabajador múltiple ya sea como obrero posfordista o como desempleado que debe adaptarse a tareas cortas y distintas, ya no más soldado porque el Ejército dejó de tener importancia en la formación de subjetividades y de allí la decadencia del servicio militar obligatorio. H&N deducen de esto que el disciplinamiento es mayor, porque en los tiempos en que nada es seguro el temor a la exclusión social funciona como un elemento de terror que obliga a aceptar

los términos en los cuales se es incluido. Y, en realidad, esto choca con su misma afirmación acerca de que las subjetividades híbridas ofrecen una posibilidad de liberación de la subjetividad moderna, pues su inestabilidad los hace "inhallables" para el ojo del poder, él también, de algún modo, hibridizado. Si la disciplina formaba sujetos con valores definidos y cierta previsibilidad en sus actos, entonces el control, generador de formaciones subjetivas débiles y cambiantes, no puede "disciplinar mejor". No se aleja la dominación, sólo adopta rostros indiscernibles.

En cuanto a la biopolítica, H&N se asientan en un amplio cuerpo teórico (Debord, Jameson, hasta ciertos aspectos de la Escuela de Frankfurt) y en los propios desarrollos de Negri respecto del "obrero social" y el "trabajador posfordista". Y aquí es donde se vuelve determinante la noción de comunicación. En el paso del fordismo al posfordismo, no sólo como formas de organización del trabajo sino como verdaderos ejes de organización subjetiva, el trabajo manual comienza a ceder respecto al intelectual. La robotización expulsa a los obreros fordistas de las fábricas y quienes quedan pasan a ser trabajadores con múltiples funciones; los desempleados están a sueldo del Estado de Bienestar para que consuman; los que no lo están, pasan al sector servicios, donde se requiere más mente que manos; y todo esto, basado en la miseria de las regiones donde no hay fábricas, ni Estado de Bienestar, ni sector servicios, o donde el neoliberalismo organizó el saqueo vendiendo promesas de modernización, como en nuestro país.

En todos los casos, lo que quieren señalar H&N es que la explotación se basa ahora menos en los brazos de los obreros que en las mentes de una panoplia de distintos tipos de subjetividades. Esto es exactamente lo que vaticinó Debord cuando consideró al espectáculo como el colmo del fetichismo de la mercancía. La sede de la alienación ya no es simplemente el alejamiento del sujeto respecto del objeto que produce, sino el alejamiento a través de las imágenes de los sujetos respecto del mundo que habitan. Al extraer la plusvalía de lo simbólico, el Imperio vive del trabajo intelectual de todos.

Con la intención de dominar la totalidad de la vida social como nunca antes, razonan H&N, el capitalismo se vio impulsado a ceder, a intelectualizar lo que antes había embrutecido. O al revés: por las sucesivas luchas que periódicamente lo quiebran, el capitalismo fue cambiando hasta buscar el dominio total de la vida social. En la versión de H&N del posindustrialismo, el capitalismo es más feroz que nunca porque ha aprendido a hacer modulaciones, pero en su voracidad se lanza al abismo pues la multitud está "tomando conciencia" de que puede reapropiarse de las potencias vitales que le habían sido quitadas en la modernidad industrial, estatal y nacional. Es en función de estos objetivos que, una vez tomado en consideración, Foucault es desechado por su noción de poder imbatible (como hace Poulantzas)[6], para instalar en el esquema del Imperio una subjetividad que funcione como plano inmanente de la historia.

Si el cemento teórico del Estado-nación era el contrato social, el de esta "sociedad del espectáculo" es la comunicación. Y en el lugar de los Estados-nación están las corporaciones transnacionales, en su mayoría vinculadas a la industria de la comunicación. Una vez bajadas las barreras nacionales, cuando el capitalismo alcanzó a subsumir la naturaleza dentro de la cultura (Jameson) con una soberanía transnacional (los organismos internacionales) por arriba y, por debajo, un enjambre de subjetividades híbridas —estudiadas por el multiculturalismo—, la comunicación y la información pasan a ser el armazón simbólico clave: parece ser la sede de la dominación y el lugar de la resistencia.

En la consideración de la centralidad de la información y la comunicación también anida una reflexión polémica sobre la técnica y el salto tecnológico que dio el capitalismo. Para ello, H&N torsionan ahora sus presupuestos marxistas. *Imperio* sostiene que la "informatización de la sociedad" está basada en una nueva fase de acumulación primitiva, del lado del capital, y de reproletarización, del lado de la multitud; todo ello basado en la revolución de la información. Esta nueva fase se caracteriza como el paso de la subsunción formal de los territorios no capitalistas a la subsunción real de todo el planeta, retomando a Jameson, con lo que se borran las diferencias entre base y superestructura.

Ahora bien, no es lo mismo información que comunicación. Se ha dicho mucho que H&N inventan algo así como una axiología revolucionaria a tono con los tiempos de Internet y de los movimientos antiglobalización que echan mano a la red de redes, pero una breve mirada por el índice analítico de *Imperio* muestra que la palabra "comunicación" aparece desarrollada unas diez veces e "Internet" es mencionada una sola. H&N comparten la desconfianza de Deleuze: tantos discursos sobre la comunicación parecen emergentes de un nuevo modo de dominación de inusual sutileza. Pero distinto es el caso de la información, concepto científico clave que permite darle un contenido subversivo al borramiento de las fronteras entre natural, cultural y artificial que planteaba Jameson respecto al posmodernismo como lógica cultural del capitalismo tardío[7]. En esto, H&N son fieles al optimismo *cyborg* de Donna Haraway. Según *Imperio*, convertirse en hombre-máquina es una parte de la nueva subjetividad revolucionaria, la que ejerce un contrapoder entendido como desenganche del entramado simbólico y material del sistema capitalista.

Despotricando contra el capital

Como se puede observar, si este semblante se ajusta en algo a lo que H&N edificaron, *Imperio* es una catarata. O una multiprocesadora. Luego del encadenamiento extático de sus conceptos, queda la sensación de que, tal como plantearon varios intelectuales argentinos, a *Imperio* le faltan varios ajustes de tuerca para que sirva de inspiración de este lado del Ecuador y del Meridiano de Greenwich. Negri declaró recientemente que *Imperio II* contendrá un capítulo sobre Argentina, como caso testigo de la constitución del Imperio, y prestará más atención a la cuestión latinoamericana. De todas maneras, como muestra *19 y 20*, la vinculación de la crisis de la disciplina con la del Estado-nación es pertinente para analizar lo que ocurre en Argentina.

En toda esta serie de rectificaciones, sin duda, figurará un desarrollo de todo lo que cambió o se mantuvo en el Imperio después del 11 de septiembre y antes aún, con la asunción de George Bush en el centro del comando imperial. Y si H&N encararán estas "correcciones", es porque

se trata, como se observó en el reciente Foro Social Mundial realizado en agosto en Buenos Aires, de una batalla política e ideológica por la definición del movimiento antiglobalización o, como se ha comenzado a nombrar ahora, anticapitalista: si el movimiento debe afirmar la soberanía o apuntar a la resistencia global, si las tradiciones y las luchas son comunicables o no, si la definición de la nueva "subjetividad histórica" requerirá o no cierta homogeneización de intereses, etc.

Entre el gran relato proveniente del marxismo, la descripción material atribuida a Foucault y la elaboración de una nueva subjetividad histórica sostenida en Spinoza, *Imperio* seguramente hace más de un derrape. No es menor el que señala John Holloway, o Alberto Bonnet en el último número de la revista *Theomai* (Universidad Nacional de Quilmes): H&N muchas veces no se deciden, a pesar de lo que predican, entre encuadrar las sucesivas transiciones de la modernidad (colonialismo, imperialismo, Imperio) en la estructura y evolución del sistema capitalista o entenderlas como formas empujadas por la multitud[8]. Respecto del optimismo de la multitud, Grüner dice que "a Negri se le va la mano"[9]. Acerca del pesimismo que inspira a la paciencia gris de la construcción teórica, Holloway espeta: "Ya basta de Polibio, Maquiavelo, Spinoza y Harrington. Traigamos de vuelta a Joachim de Fiore, Abiezer Coppe y William Blake. ¡Despotriquemos!"[10].

Como es un libro de teoría, despotrica demasiado poco. Como es un libro urgente que pide acción, despotrica demasiado. Y quizás ese sea su mayor mérito: ser desprolijo respecto de todas las exigencias, porque reinaugura la construcción de una teoría para la acción. Y lo que es mejor aún: se atreve a hacerlo en estos tiempos de confusión.

NOTAS

[1] Gago, V. y Sztulwark, D., "El capital ya no tiene capacidad de dominio", entrevista a Toni Negri, revista *Trespuntos*, Buenos Aires, 15/07/02, p.12.

[2] Sarlo, B., "Disparen sobre *Imperio*", revista *Trespuntos*, Buenos Aires, 30/05/02, p.27.

[3] Hardt, M. y Negri, A., *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p.56.

[4] Un resumen claro y conciso de este planteo sobre la democracia representativa está expuesto en un artículo llamado "La multitud contra el Imperio" que el *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, dependiente de CLACSO, tradujo del francés en su N° 7 de junio de 2002. Junto a él figura la respuesta de Atilio Borón.

[5] Este pequeño artículo fue publicado en varios libros y revistas. Aquí nos referimos a la versión que figura en Ferrer, Ch., (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Altamira, Buenos Aires, 1999, pp.105-110.

[6] Efectivamente, en sus investigaciones Foucault no parece mostrar el complejo de tácticas y estrategias, represiones y resistencias con el que retrata el poder en artículos y entrevistas.

[7] Se suele pensar que información es dato. Pero la cibernética concibió a la información como una nueva dimensión física del universo, distinta de la materia y la energía, y que de hecho las gobierna. De esta concepción, y de las virtudes salvadoras de la comunicación entendida como patrón de organización, derivan las llamadas "nuevas tecnologías" y la bendita "sociedad de la información".

[8] Bonnet, A., reseña sobre *Imperio*, en www.unq.edu.ar/revista-theomai/numero5/contenido5.htm; Holloway, J., "Yendo en la dirección equivocada o Mefistófeles: no San Francisco de Asís", en revista *Doxa*, Nª 21.

[9] Gruner, E., *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p.220.

[10] Holloway, op.cit.

"Al salir de esta cantidad de obras, uno queda agobiado, sin haber podido encontrar el secreto. Pero la clave está en el fondo del país, como al fondo de un pozo."

La toma de la palabra y otros escritos

Michel de Certeau

Diciembre y después: la Argentina y sus relatos

María Pía López

Notas sobre el modo en que fueron considerados los sucesos de diciembre en los libros *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* del Colectivo Situaciones, *Olla a presión...* de Emilio Cafassi; *Sucesos argentinos. Notas ad hoc* de Lewkowicz & Asociados; en las revistas *Acontecimiento* N° 23, *La escena con-temporánea* de mayo de 2002, *La Náusea* N° 14, *El Rodaballo* N° 14; y en los debates en *Clarín* y en *Página 12* – recordados y no revisitados por quien escribe- planteados en febrero de este año.

Con un poco de optimismo se puede encontrar en la crisis argentina un motivo para el resurgimiento de las empresas editoriales. Las dificultades de importación convierten al lector en un sujeto a seducir por las escrituras y traducciones locales. Además, vivir en este país, es estar *en un lugar donde pasan cosas*. La percepción es compartida: el fluir habitual de la historia se ha crispado, y este momento se presenta como plenamente cargado de una tensión transformadora -en cualquier sentido en que se piense a esa transformación. El momento es dramáticmente histórico, y en él, Argentina ocupa una posición de privilegio: laboratorio de formas extremas del poder y, también, de experiencias de resistencia.

Si algo no es este país, es el *país normal* que reclamaban algunos politólogos hace unos años, y que soñó construir la Alianza de escasa duración. No es un país normal, en el sentido de una nación constituida alrededor de un conjunto de reglas claras

y permanentes, capaces de organizar la vida de los ciudadanos -permitir la internalización de las normas como patrones de conducta, como se decía en los inicios de la lengua sociológica-, y hacer del futuro un escenario relativamente previsible. Cuando se reclamaba esto, se suponía que la debilidad del "modelo argentino" estaba en su escasa transparencia administrativa y el apego de los hombres de estado a desviar fondos públicos a sus cuentas privadas. Se suponía, vale insistir, que era una cuestión a corregir mediante la buena voluntad de los hombres de gobierno. La renuncia del vicepresidente durante el gobierno de la Alianza puede leerse como efecto de la comprobación de que una lógica mayor y más profunda arrastraba a la política argentina, más allá de las voluntades, los atributos personales, el origen partidario. Una lógica de *mafistización:* la lucha entre partidos parece la lucha entre familias rivales que disputan negocios. Hoy se disputan los restos de un estado.

Circulan versiones conspirativas para explicar el hundimiento de este país. La imaginación de sus habitantes todavía recuesta a la Argentina sobre los mitos de la abundancia y la concesión divina de riquezas naturales y climáticas por un lado; y por otro, supone que esas cualidades naturales fijan destinos a las naciones: destino de grandeza, fortaleza o potencia. La Argentina de los *cuatro climas* es la materia natural de la *Patria fuerte* y su derrota como nación sólo puede ser explicada por factores externos: conspiraciones, infiltrados, extranjeros. Una de las versiones más o menos verosímiles sobre confabulaciones, que se leen en diarios y en la red, habla de un experimento de los organismos reguladores del capital financiero -el Fondo Monetario, en especial- de desguace de un país y conversión en *otra cosa.*

Habría una estrategia, entonces, de ahogo económico, disciplinamiento político, y reconstitución de un poder cívico, militar, y también mediático (no hay que obviar la reciente experiencia venezolana, que nos dice demasiado sobre el modo en que confluyen y se articulan los poderes del momento, y alimenta las corrientes profundas del pensamiento conspirativo).

Lo que se relata por esa vía, es la Argentina como *operación.* Para conocerla se apela a los saberes críticos, a los relatos de aroma *chestertoniano*, a las teorías del conflicto social, y a la denuncia del imperialismo o del imperio. Los variados idiomas de la crítica y la denuncia se activan, para encontrar el núcleo que motoriza la catástrofe. El periodismo abunda en esta búsqueda o, por lo menos en anunciarla. Narra reuniones, encuentros que se pretenden secretos, financiamientos ilegales, intenciones oscuras. Busca culpables individuales del desastre, y parece suponer que corriéndolos, encarcelándolos, el país retorna a la normalidad.

El periodista objetivo, el politólogo y el político de la honestidad se asemejan en persistir en la confianza en que se puede extraer el mal -encarnado en algunas personas- para que el sistema institucional funcione. El saber popular parece ser menos confiado, al menos eso trasluce el radical desdén del *que se vayan todos.*

La frase condensa la percepción de que en un estado devenido territorio mafioso, todos los que circulan por él, lo agencian, o, incluso, parecen oponerse, actúan como mafiosos. Los que se oponen quedan, así, reducidos a la posición de postulantes o aspirantes: quieren ingresar. Los otros son los poseedores. Son los términos deportivos que Bourdieu usó para pensar las luchas en un campo determinado: luchas, decía entre los que detentan una posición y entre los que aspiran a ocuparla, y, para hacerlo, deben desplazar a quienes la ocupan. Ni unos ni otros discuten la lógica del campo aunque los primeros parezcan hacerlo, sólo cuestionan aquello que impide que ocupen las posiciones aspiradas. Algo de esta idea, narrada como desdicha cíclica, aparece en el *que se vayan todos. Todos*, cuando ocupen la posición de gobierno, harán lo mismo que sus antecesores: actuar como mafiosos o ineptos o personas sin voluntad ni principios.

La Argentina como *operación* tiene sus escritos, sus narrativas, sus explicaciones. Pero no es el único modo de pensar la singularidad de estos momentos del país. Junto, y en confrontación, con la estrategia de poder -o de los poderes que confluyen en un mismo sentido- para la Argentina, hay una incipiente, temblorosa, por momentos inasible, experiencia colectiva. La Argentina como *experiencia* es el revés de la Argentina como *operación.* No son excluyentes, sino conflictivas. Si de un lado, hay operaciones de poderes nacionales e internacionales; del otro, hay resistencias, intentos de organización, relatos épicos o heroicos y lenguas incipientes. El instante de visibilidad privilegiado de *este* país, fue el fechado 19 y 20 de diciembre.

Los relatos de la *operación* y los de la *experiencia* se conjugan, también, frente a esos acontecimientos: los primeros señalan la organización peronista de los saqueos que detonaron la salida del presidente radical; los segundos, la épica callejera y masiva que destroza el estado de sitio. Es probable que los déficit de cada uno de los relatos dependa de las debilidades del otro: sin una caracterización lúcida de los nuevos modos de operación del poder, es difícil comprender plenamente las nuevas experiencias políticas.

La sorpresa de diciembre, el surgimiento de un vecinalismo asambleario durante el verano, la multiplicación de estrategias para reproducir las condiciones de vida -reproducción que no es garantizada por el mercado laboral ni el subsidio estatal-, han colocado a quienes tratan de pensar desde la Argentina como *experiencia,* en un territorio fértil como pocos.

Las revistas políticas o sobre política, se *argentinizaron.* Esto es: se encontraron con este país como objeto principal de sus preocupaciones y dilemas -y angustias-; pero también como objeto de debate teórico y conceptual. Este debate había comenzado en dos periódicos nacionales, ya en el verano, que si bien presentó aristas apresuradas y simplistas, tuvo la virtud de colocar como problema explícito el problema que recorre los distintos escritos posteriores. Digo, se trata de la cuestión de la existencia o ausencia de una filosofía o una teoría política, cuyos conceptos *vengan como anillo al dedo* a nuestras condiciones políticas actuales. La idea de multitud, articulada con las lecturas italianas que encontraron su mayor difusión con *Imperio,* pero que tienen matices y diferencias a considerar, fue la que crispó los ánimos. Pero también

estuvieron allí, en debate, la idea rotunda de clases o el evanescente pueblo.

La teoría es una caja de herramientas, decía Foucault. Esa metáfora que remite al taller o a la fábrica, porta la incomodidad de una alusión instrumental, pero al mismo tiempo señala que la relevancia de una idea se prueba en su capacidad de producir efectos. Quiero decir: si la idea de *multitud* sólo viene a colocar un nombre nuevo a un desconocimiento viejo, o si la idea de *clase* está destinada a clasificar sectores y conductas de colectivos humanos y considerar la adecuación de sus acciones, lo que producen no es relevante.

La improductividad puede estar del lado de las ideas a las que se apele -no son los conceptos o las palabras adecuadas para pensar-, o estar en el *modo* en que se las trata. Sospecho, cuando digo el modo, en que hay un estilo que es transversal a distintas teorías y políticas, que consiste, para delinearlo bruscamente, en *aplicar* a fenómenos más o menos novedosos, conceptos ya sostenidos, cultivados, y afirmados en otros momentos. Es obvio que todos hacemos eso, y que sería por lo menos ingenuo, suponer que una experiencia histórica atraviesa de tal modo a los sujetos que les permite desprenderse de sus ideas y construir otras al propio calor de los sucesos. Pero si la mutación absoluta o la sumisión plena a la experiencia son impensables, la suposición contraria es también de una gran falsedad: la suposición contraria sería la de considerar las condiciones de la Argentina actual, y lo sucedido en diciembre como mera continuidad del pasado, y, en ese sentido, incapaz de producir la apertura de algún tipo de pensamiento.

Se da una situación paradójica: muchos de los que consideran que diciembre fue una escansión, un hito sobre el cual no hay vuelta atrás, perciben, sin embargo, que diciembre confirma sus teorías, que pueden seguir siendo las mismas. Eran ésas *antes* de los sucesos, y por lo tanto la realidad sólo vino a ratificar, cumplir aquello que las ideas venían señalando. Es el caso de las teorías revolucionarias clásicas que se esfuerzan en hallar en cada movimiento de la sociedad la verdad que le otorga una dialéctica que todo prevé, y es el caso de las teorías acontecimientalistas y radicales del momento. En las cuales la tensión es mayor que en los pensamientos tradicionales de la revolución: porque se esfuerzan en señalar lo nuevo, pero para hacerlo lo incluyen en una lengua que también lo preexiste y clasifica.

Hay un *modo* en que se vinculan las teorías, sus lenguas, y las experiencias sociales, que persiste en abordajes muy distintos. Y ese *modo* dice incluso ideas muy capaces de arrancarle claves de interpretación a la escena actual. La Argentina como *operación* tiene relatos fuertemente constituidos, fundados -relatos económicos, periodísticos, sociológicos, también literarios-. Es distinto el caso de la interpretación de la *experiencia,* en la que hay mucho de aplicación improductiva, mucho de balbuceo, mucho de aprendizaje. Es decir, al tiempo que *algo pasa,* ese algo no ha constituido su lengua y se traduce a las ya existentes. La traducción a veces supone incorporación a un sistema conceptual constituido; otras veces, se trata de una apelación a un eclecticismo vago. Si en el primero se renuncia a la búsqueda porque ya estaban allí las palabras necesarias; en el segundo se convierte a la búsqueda en mascarada.

Lo que se discutió en notas y entrevistas periodísticas durante febrero ya planteaba la cuestión de cuáles son las palabras que puedan estar a la altura de los tiempos, y cuáles las ideas que puedan funcionar como brújula en este momento. Esta cuestión no ha sido resuelta en las publicaciones posteriores.

Más bien, ha mutado el problema y ha mostrado su carnadura: si allí adoptaba la forma de la pregunta por la adecuación de un concepto (que encubre *simplemente* cuestiones gravemente políticas); aquí se pregunta sobre si el presente de las experiencias abonan algunos u otros caminos. Apenas *paso revista: Acontecimiento* se ocupa de plantear, casi axiomáticamente, una nueva política, que si se inspira en la filosofía de Badiou, encuentra como hitos locales a las madres de Plaza de Mayo, a los movimientos de desocupados, al grupo del 501, y el momento decembrino; *El rodaballo* ausculta las posibilidades democráticas que abre el movimiento de las asambleas, desde el nuevo internacionalismo de las luchas globales; *La náusea* y *La escena contemporánea,* con tamaños ajustados, combinan la crítica con el intento de pensar al interior de la crisis. En todas se percibe la urgencia de pensar el nuevo escenario, de pensar, también, si las asambleas, movilizaciones, grupos de desocupados, tienen el germen de *otra* política.

Ese movimiento y urgencia, también organizan uno de los libros, el *19 y 20. Apuntes para un nuevo protagonismo social,* quizás por la intención declarada en el subtítulo. Si bien comparte ciertos estilos de reflexión con *Sucesos argentinos* (escrito en general por Ignacio Lewcowicz), en éste se desplaza la urgencia de dar cuenta de una experiencia, mediante la consideración del relato de un conjunto de intuiciones y percepciones personales como materia bruta de una intervención teórica y política. La displicencia frente a los efectos, caracteriza, más aún, al libro de Emilio Cafassi (*Olla a presión...),* que recurre a un bagaje considerable y ecléctico de conceptos y lenguajes, pero no los somete a la pregunta, necesariamente exigente, de su eficacia real.

La tensión entre la experiencia histórica y las palabras con las cuales se interpreta y otorga sentido, no puede pensarse sólo como el debate sobre la aplicación de ideas adecuadas, que garantizan la conservación de un coto teórico o político. Es una tensión que hace a la existencia misma de una ética práctica. La pregunta del *¿qué hacer?* –fundante, sin duda, de la ética y la política- le solicita a las ideas, a los conceptos, pautas para la acción. En cada uno de los libros y revistas visitadas, esta exigencia se resuelve de distintos modos: en algunos, prima la conservación de una posición –una tradición, una lengua, un mercado-; en otros, se percibe el intento de construir un pensamiento capaz de dar cuenta de las circunstancias presentes y de las prácticas posibles.

En ese sentido, es posible considerar las publicaciones, en especial las que ponen en juego y en circulación discusiones de distintos grupos de intervención cultural y política, como partes de un esfuerzo inconcluso del pensar las condiciones de existencia presentes. Esfuerzo inseparable de la Argentina como *experiencia.*

Hacia un horizonte totalizador en la teoría crítica

A propósito de Grüner, Eduardo, *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Karina Micheletto

¿Pueden los contemporáneos volver a sentar las bases para una teoría verdaderamente crítica de la cultura? ¿Es posible reconstruir un 'gran relato' capaz de ir más allá de los fragmentos discursivos a los que redujo la realidad el postmodernismo? Después de tanto multiculturalismo abstracto, deshistorizado y deshistorizante ¿queda algo sólido que no se haya desvanecido en el aire en el campo del análisis cultural? *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, el último libro de Eduardo Grüner, plantea algunas líneas para comenzar a responder afirmativamente a estas preguntas, al tiempo que señala la urgencia de una empresa de este tipo y el boicot en el que caen las ciencias sociales cuando ni siquiera se apropian de la intención de acometerla.

En algún momento, dice Grüner, la filosofía -y con ella todo el campo de la teoría social- dejó de hacerse las preguntas fundamentales, a saber, las que tienen que ver con entender por qué la humanidad devino cada vez menos humana, o en palabras del autor, por qué todo documento de civilización tiene que ser *también* uno de barbarie. Si el marxismo no fue capaz de responder acabadamente a estas preguntas, otras alternativas teóricas optaron por renunciar a formularlas.

Y si es que en alguna parte del camino la teoría social equivocó su rumbo en el intento de comprender el mundo e intervenir sobre él, es hora de sentar una nueva posición, "intelectual y pasional", se precisará en más de una oportunidad. Tomando como punto de partida teórico al marxismo, y otra cantidad de tradiciones -la fenomenología, el psicoanálisis, la escuela frankfurtiana, el existencialismo sartreano, por ejemplo-, el autor advierte que la reconstrucción de una forma de pensamiento crítico, si es que ha de emprenderse, debería contener una concepción tanto política como trágica y poética de la experiencia histórica, manteniendo la idea de un gran relato que apunte a un horizonte de totalización como forma de volver a pensar esa posibilidad. Y su obra es un llamado a emprender esa tarea de reconstrucción. Hay en ella una profunda apuesta a la posibilidad de conformación de una vanguardia teórica. Y, va de suyo, una creencia en esa vanguardia. Así como una advertencia respecto de la necesidad y la urgencia de tal empresa -advertencia que es política en todos sus sentidos.

Un mundo horrible, malvado, sin esperanza

La cita de Jean-Paul Sartre con la que Grüner abre y cierra su obra aporta varias pistas respecto de las intenciones del autor: *"El mundo de hoy se nos aparece horrible, malvado, sin esperanza. Esta es la tranquila desazón de un hombre que morirá en ese mundo. No obstante, es justamente a eso a lo que me resisto. Y sé que moriré esperanzado. Pero es necesario crear un fundamento para la esperanza"*. Veamos: El mundo de hoy no ha dejado en pie promesa alguna de futuro. Y si eran algunos posibles horizontes venturosos -partieran de la mirada que partieran- los que otorgaban la capacidad de articular relatos amplios que tuvieran la potencialidad de explicar el mundo, esos horizontes se fueron desvaneciendo. El mundo que en 1975 rugía sus miserias ante Sartre (la frase corresponde a una entrevista que concedió a Michel Contant casi al final de su vida) arroja hoy un gemido lastimoso. Es necesario aceptar y comprender en toda su dimensión la desazón de este punto de partida.

Frente a lo horrible y malvado del mundo, Sartre todavía podía albergar una esperanza. Tenía al existencialismo como herramienta para abordar la comprensión de ese mundo, renovando las categorías marxistas. Tenía una forma *posible* de esperanza. Grüner, al igual que cualquier intelectual contemporáneo que se plantee estas cuestiones, no tiene esta posibilidad tan a mano. Estamos a la intemperie, dirá en este libro, interpelando a un *nosotros-académicus*. Como si la metáfora benjaminiana que presenta a la sociedad entera como campo de concentración se hubiera vuelto más palpable que nunca, se nos ha vuelto imposible siquiera plantearnos las preguntas fundamentales. Se nos ha vuelto imposible pensar lo fundamental. Se nos ha vuelto imposible pensar: sólo queda masticar lo ya pensado. Ahora bien, ¿nos exime esta imposibilidad de la responsabilidad de volver a intentarlo? Y asumiendo una respuesta negativa a esta pregunta, ¿cómo pensar a la intemperie? Para Grüner, un posible recomienzo gira en torno de las tres experiencias fundantes sobre las que es posible emprender la

reconstrucción de una forma de pensamiento crítico que no pierda de vista un horizonte de "totalización" en el sentido sartreano: la experiencia de lo trágico, la experiencia de lo poético y la experiencia de lo político. A cada una de estas experiencias Grüner dedicará un capítulo de su libro. Y a lo largo de su obra dejará sentado que, de todos modos, las ciencias sociales no tienen por qué limitarse a describir lo *horrible del mundo*, aceptándolo con tranquila desazón. Si es que están dispuestas a renunciar a lo que denomina "tentación del patetismo", habida cuenta de que "difícilmente haya habido una etapa anterior de la historia en la que la potencialidad inmensa y cierta, científicamente posible, tecnológicamente verosímil, de una 'buena vida' humana haya conducido a una catástrofe semejante". Otra clave de lectura posible para el libro: si las ciencias sociales y los estudios culturales tienen como fin único y último la descripción del patetismo, ciertamente han perdido su razón de ser.

Un nuevo fundamento para la esperanza

Buena parte de las páginas de *El fin de las pequeñas historias...* están dedicadas a analizar y debatir críticamente cómo y por qué el campo de las ciencias sociales se pobló de disciplinas teóricas que a esta altura han demostrado su incapacidad abarcativa, limitaciones explicativas u orfandad imaginativa -o las tres juntas-, en especial, las diversas teorías "post", el multiculturalismo y los estudios culturales.

Sobre el multiculturalismo y su "sueño de la hibridez cultural", en particular, Grüner realiza una acusación directa, aunque sin nombrar a los responsables más que por esta etiqueta generalizadora en la que se inscriben: la de resultar, una vez generalizado y reproducido por la academia, un "fetichismo de la diversidad abstracta", que presenta lo "intercultural" como un fluir libre y democrático sin fisuras ni relaciones de poder y dominación que lo atraviesan y determinan. Esto en el mejor de los casos. En su peor faceta, sostiene, el multiculturalismo termina siendo una de las caras posibles del racismo.

En el caso de los estudios culturales, el análisis señala cómo buena parte de su potencial transformador inicial y de la originalidad de su búsqueda quedó en el camino, tan pronto como la segunda generación de Birmingham abandonó sus preceptos fundadores y comenzó a hablar de audiencias y consumidores receptores. O, dicho de otro modo, dejó de hablar del mundo y comenzó a hablar del "mundo de la vida", despolitizado y fragmentado en tantas individualidades como consumidores son posibles.

Tal como están conformados hoy, los estudios culturales son para Grüner un síntoma de ciertas formas dominantes del pensamiento teórico actual: "Son 'políticamente correctos' y progresistas, pero pueden tener un efecto reaccionario (o por lo menos conformista) sobre el pensamiento. Son democráticos, pero pueden terminar produciendo una dictadura académica. Son creativos y son plurales, pero se arriesgan a caer en un discurso monótonamente único. Son, de alguna manera, como la propia época que nos ha tocado vivir. Y son un producto histórico: son la forma de pensamiento sobre la cultura (aunque no la 'reflejen' mecánicamente) que corresponde a la fase del capitalismo 'tardío' actual. Podríamos decir, parafraseando a Jameson: son la meta-lógica teórica de la lógica cultural de ese capitalismo tardío. Son tan contradictorios y ambivalentes como esa lógica cultural". Aún así, insistirá Grüner, no se trata de tirarlos por la borda, siempre y cuando se logren redefinir rescatando sus impulsos "contestatarios" originarios, recuperando los elementos más radicalmente críticos que quedaron en el camino para apuntar a una nueva síntesis de totalización. De lo que se trata, finalmente, es de crear un fundamento para la esperanza. De encarar, desde el campo de la teoría política y social, la filosofía y los análisis de la cultura, una refundación que intente otorgarle a la teoría ese "horizonte de totalidad", que reclama la noción sartreana a la que Grüner recurre, una y otra vez, y que la haga formar parte nuevamente de un pensamiento crítico. Una refundación que implica una tarea colectiva de transformación del campo cultural actual.

La oportunidad de las teorías postcolonial y sistema-mundo

En otros pasajes del libro, Grüner se aboca a la tarea de revisar críticamente los fundamentos teóricos y metodológicos de dos campos de estudios surgidos en las últimas décadas en el área de las ciencias sociales: la teoría poscolonial y la teoría del sistema-mundo, dedicadas al análisis crítico de las relaciones centro-periferia producto del colonialismo, y la expansión mundial del modo de producción y acumulación capitalista, respectivamente.

En el marco de una revisión que atiende las diferencias al interior de cada una, sus posibles vías de desarrollo y hasta las diversas críticas y acusaciones que han caído sobre ellas, ambas teorías son rescatadas por el autor fundamentalmente por su virtud de sostener perspectivas potenciales de gran relato, y por asumir una posición comprometida ética e ideológicamente contra todo tipo de opresión. En el caso de la teoría poscolonial, representada por pensadores como Edward Said, Gayatri Chakravorty Spivak, Homi Bhabha, entre otros, Grüner saluda el hecho de que haya puesto en evidencia las múltiples formas en que el colonialismo sigue gozando de buena salud. En relación con los estudios culturales, la teoría poscolonial reintrodujo en éstos una dimensión histórica y política que la domesticación académica parecía haber eliminado.

En cuanto a los riesgos que la teoría poscolonial debería atender, Grüner advierte que la teoría "post" puede llegar a limitar su potencial totalizador, habida cuenta de su excesivo apego al post-estructuralismo y a las lecturas deconstructivistas a las que recurre en sus análisis. Esto conlleva algunas características que el autor califica provocativamente como "de derecha": la lógica de fetichización de lo fragmentario, de la arreferencialidad, de la ahistoricidad y del textualismo. A la hora de enfrentarse con el trabajo de análisis, a la teoría postcolonial le faltan herramientas para un abordaje concreto de las etapas históricas en función de coordenadas económicas, sociales y políticas. Esta ausencia de un soporte duro (que sí posee la teoría

sistema-mundo) la hace correr el riesgo de caer en abstracciones discursivas fragmentadas y sin historia.

La teoría del sistema-mundo (Immanuel Wallersetein y Samir Amin), por su parte, suele descuidar una dimensión filosófica, que sí tiene la teoría poscolonial, que dotaría a sus investigaciones de un alcance reflexivo y crítico más rico y abarcativo.

Haciendo la salvedad de que ninguna de estas teorías constituyen paradigmas homogéneos y plenamente consensuados, y que las perspectivas y cruces transdisciplinarios de los que parten son muy diferentes, Grüner propone una articulación entre ambas, de forma tal que cada una incluya en esta articulación su mutua crítica y se nutra de aquello de lo que carece. Así, la teoría poscolonial adopta el punto de vista más "flexible" de la cultura de las sociedades poscoloniales, pero también de los efectos simbólicos del intercambio cultural histórico con los centros coloniales, y sus fundamentos teóricos se nutren en la teoría literaria y estética, la filosofía postestructuralista, la historia y la antropología culturales, el psicoanálisis, las variantes del giro lingüístico, entre otras. La teoría del sistema-mundo, por su parte, sienta sus bases teóricas en las disciplinas más "duras" de las ciencias sociales y humanas, como la economía, la historia, la sociología histórica y la teoría política. En ese sentido, si esta última puede ofrecer un paradigma de contextualización extremadamente útil a la primera, la teoría poscolonial puede dotar a la teoría del sistema-mundo de la dimensión filosófica de la que carece. A lo largo de las páginas Grüner fundamentará sobradamente por qué es no sólo posible sino necesaria esta articulación, que debería apuntar a un alcance reflexivo totalizador, y al mismo tiempo resguardar la especificidad de los análisis de cada una de las teorías.

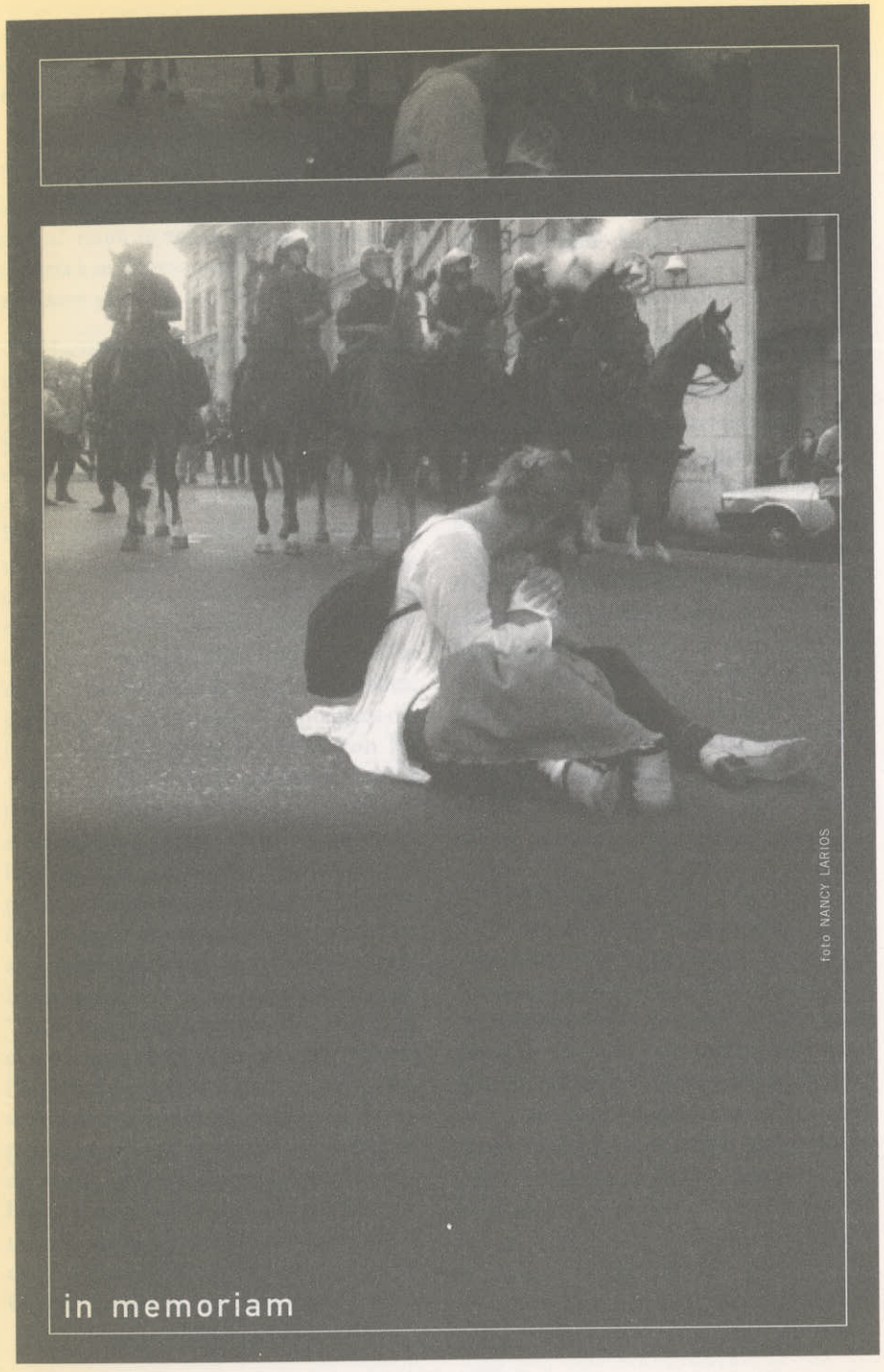
11 de septiembre: el último derrumbe teórico

Sacudido por la explosión de la realidad, el libro obliga a su autor a incluir unas palabras preliminares de último momento: después del 11 de septiembre, "una fecha que presumiblemente alterará el universo entero de la cultura", afirma Grüner sin medias tintas (la proximidad del suceso puede hacerle magnificar su incidencia en el curso de la historia), el autor se plantea si pecó de "timidez" al definir las limitaciones de los estudios culturales. Si quizás no se quedó corto al marcar la incapacidad de éstos para articular las "pequeñas historias" en un horizonte totalizador que permita darles su verdadera dimensión. Y se pregunta también si el 11 de septiembre no derrumbó algunas de las líneas de debate que intentaba abrir este libro[1].

Si quedaba alguna duda, dirá Grüner, el 11 de septiembre decretó la muerte teórica del multiculturalismo. Permitiéndose una chicana maliciosa, levanta su diagnóstico: "Las teorías del multiculturalismo son, a partir de ahora, o bien una loable expresión de deseos para otro mundo, o bien una curiosidad académica para ser estudiada, en el futuro, por algún 'arqueólogo' más o menos foucaultiano, intrigado por las relaciones de poder/saber en las últimas décadas". En este punto, Grüner vuelve a la propuesta central del libro: la del retorno de las ciencias sociales a horizontes que advierte no agotados, la de la restitución de las preguntas no formuladas o desplazadas. En otras palabras, la de la no renuncia a la Totalidad, una categoría, afirma Grüner, "cuya devaluación actual en abstracto es un síntoma de barbarie teórica e ideológica".

NOTAS

[1] Algo que el autor también problematiza en el texto "Babel sin su(s) torre(s)", escrito a un mes del atentado: "Uno se siente tentado de acuñar una forma paradójicamente postmoderna: estamos ante el fin de la postmodernidad. Si el derrumbe del muro de Berlín legitimó el mediocre ideologema del 'fin de la historia', ahora el derrumbe de las Torres Gemelas hace pensar en el 'fin del fin'[...] El 'fin de los grandes relatos' viene a ser sustituido por el 'fin de las pequeñas historias'".



Amarcord

No puedo hilvanar una serie de recuerdos, menos todavía elegir una anécdota o hacer un retrato de Maite. Era para mí tantas historias, tantas imágenes, tantos años de afecto entrañable. Cuando pienso en ella -y no puedo dejar de pensar en ella- me atraviesan escenas, palabras, gestos que la hacen presente. Tan presente.

Me acuerdo de su voz, de la manera cortita y cantarina en que decía su nombre, respingando la a y escondiendo la e. Escucho los ecos de sus mensajes en mi contestador.

Me acuerdo de sus clases, de sus maravillosas clases. Maite tenía el don de convertir los teóricos en aventuras o en relatos encantadores aun cuando tuviera que explicar temas arduos o aburridos. Sus alumnos la escuchaban siempre entusiasmados.

Me acuerdo de sus casas: el caos de Azcuénaga, el perfume a eucaliptus de Charcas, las copas florecidas de los palos borrachos en Rivarola, la plácida belleza de Zapata.

Me acuerdo de las tortas de chocolate que hacía cuando iba a su casa a tomar el té. De su "cortado mitad y mitad", que siempre dejaba por la mitad. De su pasión por el helado de frambuesa.

Imágenes de Maite

Contra la solemnidad del obituario, algun@s amig@s, compañer@s de cátedra y exalumn@s de Maite Alvarado (1953-2002) componen una entrañable constelación de recuerdos e imágenes que evocan (e invocan) su alegría, su creatividad, su generosidad, su bella vida...

Me acuerdo de mayo del '95, después de la reelección: recuerdo su bronca mascullada mientras caminábamos hasta su casa desde la Facultad. Estaba tan enojada.

Me acuerdo de unas luminosas vacaciones de invierno en Vaquerías.

Me acuerdo de la generosidad y la delicadeza con la que daba a leer textos propios y ajenos. Maite me enseñó infinidad de cosas, me hizo conocer muchos autores que yo nunca había leído. Y siempre lo hacía como sin darse cuenta, como quien sugiere apenas, jamás como una imposición o un alarde. Aunque se tratara de textos que ella conociera profundamente, siempre que me acercaba algún escrito era como si esperara encontrar algo más ("Fijáte, a ver qué te parece", me decía), como si no los hubiera leído y esperara compartir con el otro esa lectura.

Me acuerdo de su honestidad, de su nobleza, de su inteligencia, de su creatividad inagotable. Me acuerdo de su rigor intelectual y su increíble, desmesurado sentido de la responsabilidad. Y su modestia. Infinita, hiperbólica y verdadera modestia.

Me acuerdo de un día, en 1987, cuando Maite me llamó para invitarme a formar parte de la cátedra de Taller I que acababa de crearse en la carrera de Comunicación. En ese momento sentí que esa oportunidad era como uno de esos regalos que de vez en cuando nos da la vida. Desde entonces, y hoy más que nunca, tengo la certeza de que fue así.

Analía Reale

La hermana mayor

Fue en aquellos días de marzo del '77 cuando tu hermana Anamari y yo emigramos de Zárate a Capital a estudiar Bellas Artes, pegadas las dos al banco de la escuela, cargadas de sueños, nostalgias, expectativas y sorpresas, ante el nuevo mundo que nos abría esa página que debíamos escribir en los nuevos cuadernos. Vos ya estabas allí, en el departamento de Azcuénaga y Corrientes (mitad de tu carrera, mitad de tu historia escrita) con la tía Esther quien siempre tenía preparado el mate o la chocolatada hecha en la licuadora (para que largara espuma) cuando llegabas a la tarde, de la facultad de Filosofía y Letras. Me sonreíste cálida tomando la chocolatada, descalza, con el solero de bambula y desde ese día, fuiste para mí la hermana mayor. De tu mano, dimos los primeros pasos por la ciudad hasta echar raíces por las veredas del Barrio del Once, plagado de nombres bíblicos con reminiscencias de Manhattan para mí, venida del pueblo, la calle de tierra y después el campo (que me marcaba el confín del planeta).El brillo de las luces nos encandilaba todo el tiempo y entrar en tu mundo fue lo mejor. En el pueblo no habían llegado ni Bergman, Truffaut o Chabrol y tampoco existía una Cinemateca a la vuelta de la esquina. Venías corriendo de la facultad, dejabas sobre la mesa tus mil papeles y casi sin aire nos decías: "¡Chicas, dentro de 5 minutos dan 'Los Cuatrocientos Golpes' y hay que verla!". Anamari y yo nunca vacilábamos aunque la cola llegara hasta la esquina. La infinidad de amigos tuyos que tocaban el timbre eran también nuestras visitas, y con ellos compartíamos el mate, el eterno arroz con manteca y las últimas galletitas de la lata hasta muy tarde. El gris de la calle, el aire denso de la dictadura, las voces murmurando y las miradas esquivas se borraban al entrar en aquella pequeña casa, nuestra casa.

Rosana Bárcena

¿Quién es?

¿Quién es Maite? Una preciosa persona.

Además fue alegre defensora de la postergada literatura infantil. Fue innovadora investigadora de los procesos de escritura. Una maravillosa invitadora, y anfitriona, a los terrenos de la lectura y la escritura para los más chicos, los medianos, y para nosotros también. Y muchas cosas más: docente, escritora, directora de colecciones de libros... Sorprende hoy leer a quienes la recordaron cuando nos hacen saber de recorridos profesionales que no le conocíamos a pesar de haber podido compartir vida con ella. Sorprende darnos cuenta (tarde) que Maite privilegió siempre al otro por sobre ella. Estar con Maite era estar con alguien que no hacía de sí el tema del diálogo, que hacía protagonista del mismo al otro. Por eso lo primero que (ya) se extraña de ella es justamente Ella. A quien no supe, y no pude, retribuirle algo parecido a lo que ella me regaló, nos regaló. Queda su trabajo: su calidad nos dice que no hay riesgo de olvido. Pero perdimos la posibilidad de disfrutar su pasión por todo lo que hacía, que es lo único que alguien puede transmitir. Perdimos su reto dulce, su lucha honesta, su preocupación exageradamente altruista.

¿Quién es Maite? Ella es la felicidad que sentimos por haberla conocido, mezclada con un injusto y persistente dolor por ya no saber dónde, o cuándo, volver a encontrarla.

José Luis Petris

La noche que Maite prendió el fuego

Tarde calurosa de un sábado de verano. Maite, Adriana Silvestri y yo habíamos llegado esa mañana a la quinta de Maschwitz. Tendidas al sol en el parque, junto a la pileta, hablábamos de bronceadores, de los experimentos de Stanley Milgram y de bueyes perdidos con los ojos entrecerrados, respirando el aire de los árboles. Cada tanto, nos dábamos un chapuzón. El momento de placidez total se disfrutaba sobre todo por el contraste, todavía nítido, con la agitación de la ciudad que habíamos dejado pocas horas antes. Un gato pequeño, bastante sucio, nos adoptó: instalado a la sombra de las reposeras, se acicalaba sin pausa. "Miralo a éste", dijo Maite. Era vivaz.

En algún momento imprecisable comenzaron a oírse frases melódicas y acordes dispersos de un teclado distante. Los sonidos provenían del otro lado de una cerca de ligustrina sin podar, el límite con la quinta de al lado: alguien estaba componiendo. "Es Javier Calamaro", informó Maite. El dato era encantador.

Fue más o menos por entonces cuando nos pusimos a debatir sobre la cena; esa noche, según lo previsto, no habría visitas. Si hubiera teléfono, dijimos, podríamos invitar gente; la noche iba a estar ideal

para comer afuera. Entonces Maite nos sorprendió con lo que para las tres era una excentricidad: un teléfono celular obtenido hacía varios meses, que nunca se había habituado a usar. En la quinta, supuso, sería por fin verdaderamente útil.

Entró en la casa a buscarlo y al rato volvió a salir, algo vacilante. "No anda, che": el teléfono estaba sin batería y no teníamos el cargador. Comenzamos entonces a elaborar hipótesis para pedirle ayuda a Calamaro pero, ¿quién iría de las tres? ¿las tres juntas? ¿le pediríamos el cargador o simplemente el teléfono? Nos divertimos un buen rato con las diversas posibilidades del ridículo hasta que quedó claro que cenaríamos las tres solas. Asado. Pero, ¿alguien sabe hacer asado?

Caía la luz cuando encaramos decididamente el asunto, no sin bastante deliberación. De buenas a primeras, Maite había prendido el fuego y lo apantallaba vigorosamente con una palita de plástico. Al rato, las tres contemplábamos hipnotizadas el fuego, en silencio. Recuerdo ese momento de fascinación absolutamente triunfal que duró hasta que se hicieron las brasas y pusimos la carne del lado del hueso, con la certidumbre de quien reproduce los pasos de un proceso mecanizado por la costumbre, como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Yo sostenía una linterna, Maite estaba bastante tiznada y el gato –al que bautizamos Odex– ya totalmente limpio cuando Adriana sirvió el vino. "Acabamos de destruir un mito", dijo Maite. Entonces brindamos.

Carmen Crouzeilles

"Un texto solo no hace escritor"

Para mí, sin dudas, Maite fue la mejor profesora de la Carrera de Comunicación de la UBA. Cursé su taller de escritura en el año 1991. Sus clases eran excelentes. Con el argumento de que tenían muchos alumnos, había profesores que despersonalizaban sus clases, que iban a recitar y a nada más. En cambio, Maite sabía y seguía el ritmo de aprendizaje de cada alumno, a pesar de la cantidad. Cada clase de Maite era más interesante que la anterior.

Además, ella enseñaba que cuando uno escribe, no lo hace de una vez y para siempre, sino que vale la reescritura así como vale la equivocación. Uno de los dichos que de ella escuché era: "Un texto solo no hace escritor". Gracias a sus clases, entre otras cosas, yo "aprendí" el placer de la escritura, conocí textos de –nada menos– Rodolfo Walsh, y a escuchar mucho más a los demás. ¡Ah! También descubrí allí que mi futuro iba a pasar por el periodismo gráfico.

Valeria Román

Aura

De Maite recuerdo, antes que todo, su aura. Todas las personas tienen un aura que las rodea y acompaña, cuya manifestación nos lleva a admirarla o a rechazarla. De Maite emanaba una suerte de decencia integral que invitaba a tomarla muy en serio, a no andar con vueltas ni a sentir la necesidad de cuidar las palabras. Imagino que era una decencia que provenía intacta desde siempre, como un don recibido y aceptado naturalmente. En lo que nos concernió, además como integrantes de un claustro de profesores, agrego que esa decencia se vertía constantemente en dos atributos: la rectitud política y el trabajo bien hecho. Sé que voy a extrañar esas tres virtudes suyas. Y que lamentaré no haber intimado más con ella.

Ahora estamos muy cerca todavía de sus últimos días, de su larga e injusta agonía. De sus planes de participar en una editorial, de su deseo de fabricar juegos para niños, de su última y luminosa casa. Pero pronto llegará el momento en que necesitaremos llamarla por teléfono para consultarla, para solicitarle una idea, para conversar un poco. En ese momento, nos sentiremos más solos aún. Y quizás barruntemos que llegará el tiempo en que ella abandonará nuestra actual inmediatez dolorida, y que de allí en más su nombre habitará la memoria, y que en algún momento incluso su recuerdo se fundirá finalmente en nuestra propia carne. Cuando retorne, mucho más adelante, entre los que la conocieron y quisieron porque así era ella, sabremos que también nosotros somos tan frágiles, tan pasajeros, tan únicos, como Maite lo fue.

Christian Ferrer

Clase magistral

Después de 9 meses gestó una clase magistral, y ahora hay que hacer silencio para escucharla (aunque nunca alzó el tono, hoy, el suyo es más cálido y más íntimo): en todos los lugares hay una cifra que permite oír su voz, una anécdota que se suma y urde la trama del texto abierto. Cada uno la descubre y describe, continuamente, en un perfil que multiplica sus espejos.

Este refleja una intelectual fina y aguda, que no se dejó seducir por la falsedad del efecto, sino que practicó el conocimiento para repartirlo; y supo hacerlo con honestidad, y lo vistió con donaire. Otro devuelve su perfil construyendo equidad en las condiciones de trabajo: sin proclamas, sin altisonancias, con la naturalidad de una convicción que no necesita doctrina para sustentarse porque fue consustancial con su respeto por el otro.

Más cerca, el cristal reparte una silueta más compleja, más rica, más sabia: en la ausencia de ritos que nos consuelen por su ausencia, nos enseñó que podíamos ayudarla a transitar el adiós extremo, que podíamos estar con ella para permanecer más acá de los libros y las palabras. Aquí, en este espejo que devuelve otra pregunta, quiero saludarte para siempre.

Carla Ornani

Biblioteca

Mientras busco las palabras para este homenaje, dejo vagar mi mirada por la habitación. Las bibliotecas que me rodean me distraen aún más. Sin embargo, es allí donde me voy encontrando con Maite. Violeta resalta el paratexto del *Paratexto*; está cerca de Los oficios terrestres de Walsh, vaya a saber uno porqué caprichoso criterio de orden. No creo que a

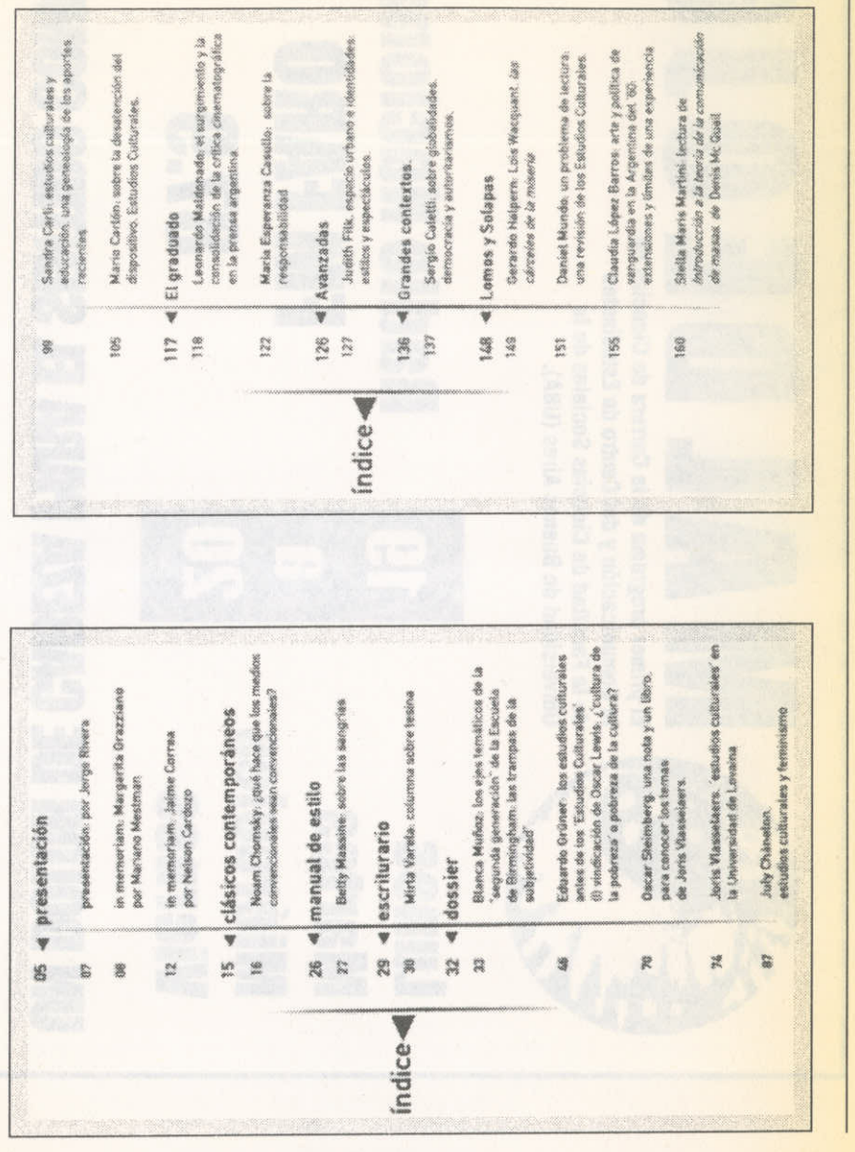
ninguno de los dos les moleste. Unos libros más allá *La escritura y sus formas discursivas*. Desde otro estante me chifla *El Lecturón. El escriturón* se pone celoso y me reclama. Le acaricio el lomo a *El nuevo Lecturón*, por las dudas. Continúo pasean-do por la biblioteca que la contiene. Y, gracias a esa manía de guardar papeles, diarios y revistas, sobresale blanca y enor-me, con un formato impensable para esta economía de guerra, La Bizca. La Bizca, de mirada torcida, La Bizca, recalcitrante y de empedernida mirada girada hacia no hace falta decir dónde. Pero eso fue hace... hace un rato. No se iba tan lejos como creímos. Aquí está presente, enseñán-donos a enseñar. Generosa y divertida. Firme, precisa. Tenaz.

Laura C. Di Marzo

Difícil

No es que me haya olvidado de los gestos honestos, generosos que ha tenido conmigo, con esta revista y con muchos de mis amigos. Tampoco del talento, del gusto y de la gracia con que enseñaba, escribía y vivía. Pero lo que con mayor nitidez vuelve a mí por estos días son otras imágenes: las de los encuentros fortuitos, por los pasillos de la facultad, por ejemplo, que Maite convertía en una fiesta. Es que su mirada te distinguía, te inundaba de luz, te alegraba la tarde. Era muy fácil sentirse amiga de Maite y es casi imposible escribir sobre ella ahora.

Alicia Méndez



MAL DE OJO

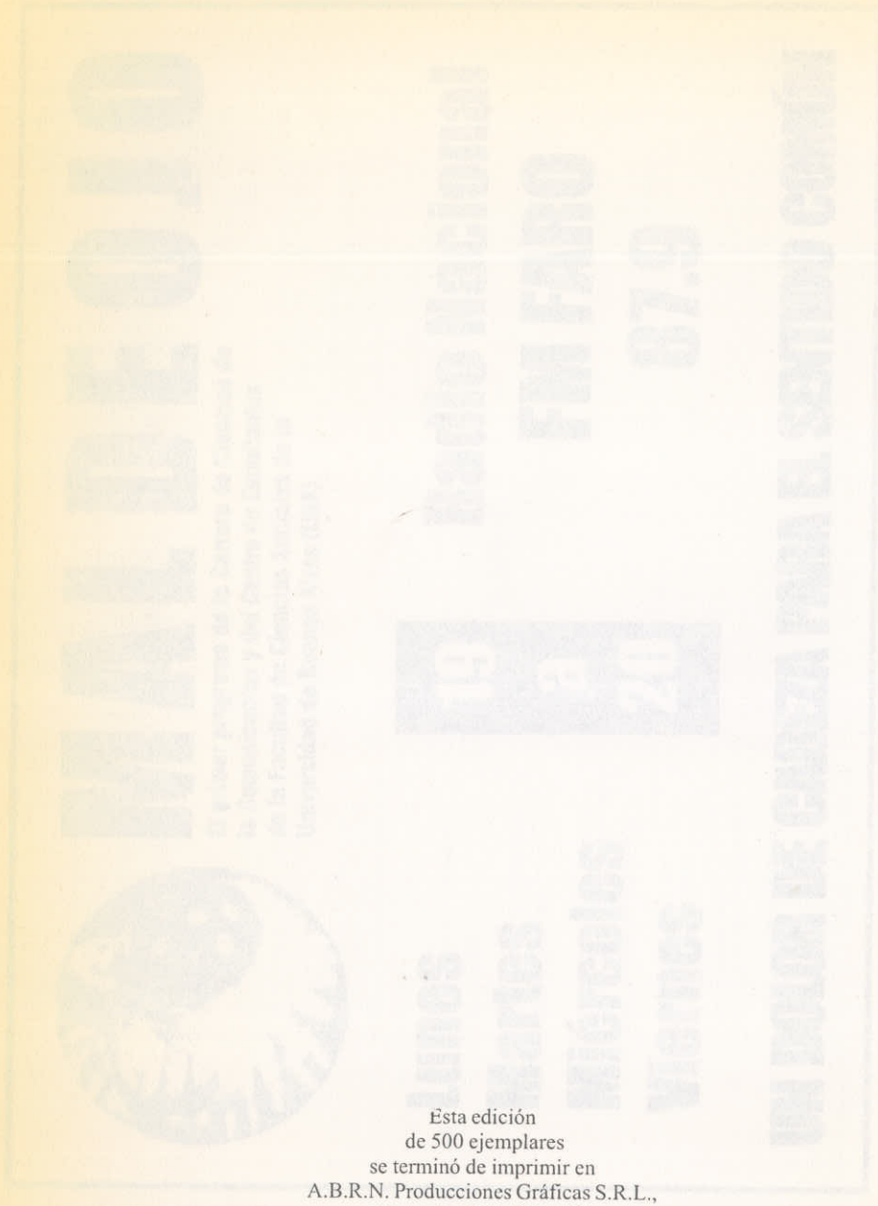
El primer programa de la Carrera de Ciencias de la Comunicación y del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Lunes
Martes
Miércoles
Viernes

19 a 20

Radio Nacional
FM FARO
87.9

UN DOLOR DE CABEZA PARA EL SENTIDO COMÚN



Esta edición
de 500 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en octubre de 2002.